

LA CRISIS DE LA ECONOMIA DE MERCADO

**Publicado como
"LA ECONOMÍA DE MERCADO"
en Editorial Trotta.
(1991)**

JESUS ALBARRACIN

"Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacaran a él otro quinto como a Su Majestad, pues se lo prometimos en el Arenal cuando le alzamos por capitán general y justicia mayor. Luego tras esto dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba, que gastó en la armada; que lo sacasen del montón, y demás desto, que se apartase del mismo montón la costa de Diego Velázquez, en los navips que dimos al través, pues todos fuimos en ello, y tras esto, que para los procuradores que fueron a Castilla, y demás desto, para los que quedaron en Villa Rica, y para el caballo que se le murió, y para la yegua de Juan Sedeño, para el fraile de la Merced y el clérigo Juan Diaz....., de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hobo que no lo quisieron rescibir, y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar".

(Bernal Diaz del Castillo. **La historia verdadera de la conquista de la nueva España**)

"No se trata de dinero. Es por cuestión de principio".

(Dashieel Hammet. **La cosecha roja**)

INDICE**¿CRISIS, QUE CRISIS?
(LA CRISIS DE LA ECONOMIA DE MERCADO)****I****LES MUEVE LA CODICIA
(LA ESTATICA DE LA ECONOMIA DE MERCADO)****1. LAS COSAS VALEN EL ESFUERZO QUE CUESTA PRODUCIRLAS
(LA TEORÍA DEL VALOR Y LA EXPLOTACIÓN)**

- 1.1. Es necesario trabajar para vivir, pero algunos viven sin necesidad de trabajar
- 1.2. Bueno para comer significa bueno para vender, independientemente de sus capacidades nutritivas
- 1.3. El trabajo humano es la madre de todos los valores
- 1.4. El vil metal es una mercancía especial
- 1.5. Nos pagan lo que valemos, pero les damos mas a cambio
- 1.6. Una parte para las máquinas, otra para nosotros y el resto para ellos
- 1.7. Hagamos las cuentas de la sociedad
- 1.8. Si no queremos perdernos, aprendamos algunas cosas elementales

**2. LAS COSAS VALEN LO QUE SE ESTA DISPUESTO A PAGAR POR ELLAS
(LA TEORIA DE LOS PRECIOS Y DE LA DISTRIBUCION DE LA RENTA)**

- 2.1. La teoría económica dominante es la de la clase dominante
- 2.2. No se producen mercancías, sino "bienes"
- 2.3. Todos somos iguales
- 2.4. Las cosas valen mas cuanto mas útiles son
- 2.5. El precio y el valor es lo mismo
- 2.6. A cada cual lo suyo
- 2.7. Si estamos parados es por nuestra culpa

**3. SOLO LOS NECIOS CONFUNDEN VALOR Y PRECIO
(LA ECONOMÍA DE MERCADO)**

- 3.1. ¡Viva el mercado!
- 3.2. Las reglas del juego
- 3.3. No siempre el que mas explota es el que mas gana
- 3.4. Solo los necios confunden valor y precio
- 3.5. El mercado es maravilloso, sobre todo para algunos
- 3.6. ¿En qué ha quedado la libre competencia?
- 3.7. ¿Qué queda de los modelos ideales?

**4. ¿LAS COSAS VALEN LO QUE QUIEREN LOS BUROCRATAS?
(EL MERCADO EN LA PLANIFICACION SOCIALISTA)**

- 4.1. El desastre de la planificación burocrática
- 4.2. Marx era socialista
- 4.3. Hay mercado para rato
- 4.4. Lo malo no es el mercado, sino la economía de mercado
- 4.5. Nada nos evitará tener que "echar las cuentas"

II**COMO LOS ASTROS, LA ECONOMIA
DE MERCADO SE MUEVE DESCRIBIENDO CICLOS
(LA DINAMICA DE LA ECONOMIA DE MERCADO)**

**5. ¡ACUMULAD, ACUMULAD, MALDITOS!
(LOS DETERMINANTES DE LA ACUMULACION DE CAPITAL)**

- 5.1. Una decisión cuidadosamente estudiada
- 5.2. Las máquinas nos ganan terreno
- 5.3. Somos una tropa, pero muchos estan en la reserva
- 5.4. A largo plazo, van hacia el desastre
- 5.5. Pero tienen forma de evitarlo

**6. LA RECTITUD NO ES SU CARACTERISTICA MAS NOTABLE
(LOS CICLOS Y LAS ONDAS LARGAS)**

- 6.1. Observemos la realidad
- 6.2. Como los enfermos, de vez en cuando tiene una crisis
- 6.3. Hay épocas buenas que incluso duran
- 6.4. Pero terminan acabandose y luego no es tan facil mejorar
- 6.5. ¿Pioneros que muestran el camino a un rebaño de corderos?
- 6.6. Una cosa es predicar y otra dar trigo
- 6.7. Afortunadamente no depende solo de ellos

**7.- LA TERCERA EDAD DE LA ECONOMIA DE MERCADO
(LA ONDA LARGA DEL CAPITALISMO TARDIO)**

- 7.1. Una segunda juventud
- 7.2. Pero la euforia se acaba y llega la decadencia
- 7.3. Hay momentos buenos, pero tambien los hay malos
- 7.4. Las medicinas solo curan a los sanos
- 7.5. ¿Nuevas perspectivas?
- 7.6. El motor de la historia
- 7.7. La "virtud" de la austeridad

III

**EL DINERO LO COMPLICA TODO
(LOS ASPECTOS MONETARIOS Y FINANCIEROS)**

**8. EL COLOR DEL DINERO
(LA TEORIA MARXISTA DEL DINERO Y EL CREDITO)**

- 8.1. Cuando las monedas eran de oro
- 8.2. De las deudas tambien se vive
- 8.3. El dinero de papel
- 8.4. El dinero de los mercaderes de dinero
- 8.5. Monedas, billetes, cuentas corrientes, tarjetas de crédito: los diferentes colores del dinero

**9. SI LOS PRECIOS SUBEN CONTINUAMENTE,
(LA INFLACION PERMANENTE)**

- 9.1. Algo mas que un velo monetario
- 9.2. Una revolución pacífica
- 9.3. Mas Estado no es peor si sirve para vivir mejor
- 9.4. La inflación de instala en nuestras vidas
- 9.5. ¡El déficit público es insostenible!
- 9.6. ¿Los precios suben porque los costes aumentan?
- 9.7. ¿La culpa es de los salarios?

**10.- CAMBIO, CHANGE, EXCHANGE, WECHEL
(EL SISTEMA MONETARIO INTERNACIONAL)**

- 10.1. ¿Cuanto vale un dolar?
- 10.2. Una balanza llamada "de pagos"
- 10.3. Diferentes formas de fijar los cambios
- 10.4. La dictadura de la reliquia bárbara
- 10.5. El reino del mercado
- 10.6. El imperio del dolar
- 10.7. Un emperador destronado

IV

**¿QUÉ CRISIS?
(LA CRISIS DE LA ECONOMIA
DE MERCADO EN SU CONJUNTO)**

11. A MODO DE RESUMEN

- 11.1. El malo de la película
- 11.2. Coloquemos al petróleo en el lugar que le corresponde
- 11.3. Una época mala
- 11.4. La felicidad es efímera
- 11.5. El dinero no da la felicidad
- 11.6. El desorden del nuevo orden

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

1. Selecciones de lecturas, manuales y libros introductorios
2. La teoría del valor y la explotación
3. El marxismo y la teoría económica convencional
4. La transformación de los valores en precios de producción y la formación de la tasa de beneficio general. La crítica neoricardiana
5. El mercado, los monopolios y las características del capitalismo real
6. El mercado y la planificación
7. La literatura sobre las ondas largas
9. El dinero y la inflación

**¿CRISIS, QUÉ CRISIS?
(LA CRISIS DE LA ECONOMÍA DE MERCADO)**

1

¿Porqué un libro sobre la crisis de la economía de mercado?. Hasta hace unos años esto hubiera resultado obvio, ahora no lo es tanto. La crisis del llamado "socialismo real" está teniendo unos efectos devastadores. Hasta ahora, una parte de la humanidad vivía en estados en los que la asignación de los recursos no era efectuada por el mercado, sino por la planificación. El debate sobre su viabilidad quedaba saldado por la evidencia de la practica, por mas que todavía quedaran muchos problemas por resolver, entre los que la falta de democracia no era el menor. La crisis actual ha puesto en duda si no la viabilidad, pues la planificación ha funcionado durante mas de 70 años, si al menos su eficiencia.

El nivel de vida de los países del Este se ha demostrado muy alejado de lo que constituían los patrones occidentales. La extinta República Democrática Alemana, por ejemplo, que era el "buque insignia" del llamado "socialismo real", contaba con una renta per capita que, en la valoración mas favorable, era menos de la mitad de la de la República Federal Alemana. Un factor esencial que ha determinado este hecho es el aspecto acumulativo de los fracasos económicos de la planificación, que se han traducido en un descenso progresivo del ritmo de crecimiento. Mientras que antes de 1960, la economía soviética creció a ritmos superiores al 6% anual, en la década de los setenta lo hizo al 3% de media al año, en el período 1980 a 1985 al 2,7% y, en la actualidad, el crecimiento puede ser nulo si no negativo. Si se comparan estos datos con los de Estados Unidos, la URSS tuvo un crecimiento superior hasta 1975 y prácticamente similar en el período 1975 a 1985, pero, en todo caso, las "realizaciones" de la economía soviética, no han permitido alcanzar a los Estados Unidos, como se propusieron primero Kruchov y después Bresnev.

Durante los últimos años, el menor crecimiento ha ido acompañado de una agudización de los desequilibrios fundamentales de la economía. En la Unión Soviética, la oferta de mercancías y servicios es insuficiente para abastecer la demanda que se puede expresar porque existe capacidad adquisitiva para ello y este desequilibrio es creciente. De darse en una economía de mercado, dicho desequilibrio se habría traducido en una inflación galopante al estilo de las que se dan en Latinoamerica pero, en un sistema con planificación burocrática en el que los precios no se fijan por el mercado, se ha traducido en una penuria creciente de mercancías de consumo. Al insatisfactorio nivel de vida existente se ha unido una crisis que ha aumentado el malestar social y todo parece indicar que la Perestroika ha contribuido a agravarla.

Esta crisis está dando pie para una fuerte ofensiva ideológica en los países occidentales. El fracaso económico de la URSS y de los países del Este se está presentando en el Oeste como una prueba palpable de la primacía del mercado sobre la planificación y del capitalismo sobre el socialismo. Se idealiza el mercado, presentándolo como de libre competencia, perfecto, justo, ajeno a la división de la sociedad en clases, exculpandolo de provocar crisis periódicas, paro en los países industriales y hambre en el tercer mundo. Y se le contrapone no a la planificación socialista, sino a la burocrática, desequilibrada, plagada de corrupción e ineficacia que realmente ha existido en los países del Este. La pregunta que parece flotar en el aire no es si la economía de mercado es mala, sino si la planificación no es peor.

2

Mercado y economía de mercado no son sinónimos. El mercado es una institución que ha existido antes de que llegara el capitalismo y probablemente existirá mucho tiempo después de que este haya desaparecido. Por el contrario, la llamada economía de mercado no es una institución, sino una forma particular de organización social: es el modo de producción cuyo objetivo fundamental es producir mercancías para ser vendidas en el mercado y obtener un beneficio con su venta. En este sentido, economía de mercado y capitalismo son lo mismo. Este modo de producción, vigente desde hace solo mas de dos siglos, ha representado un enorme paso adelante para la humanidad, de forma que hay que comenzar reconociendo sus conquistas históricas. Pero tambien ha tenido consecuencias negativas para la humanidad y para la propia naturaleza. No es el sistema justo, perfecto y eficiente que se propugna y, en los albores del siglo XXI, sus consecuencias negativas son superiores a las emancipadoras.

Su pretendida eficiencia deja mucho que desear. Desde el punto de vista teórico, muchas de las consecuencias negativas de la economía de mercado son corolarios lógicos de su funcionamiento. En primer lugar, el mercado asigna los recursos productivos para satisfacer solo las necesidades que se pueden expresar porque alguien paga por ellas y a condición de que alguien obtenga un beneficio en su satisfacción. La consecuencia es que tiende a satisfacer los deseos de unos pocos que ganan mucho, asignando los recursos a la producción de mercancías de lujo, en contra de unos muchos que ganan poco, que ven como escasean los productos de primera necesidad, consolidando y profundizando la desigualdad social que es inherente a su propio funcionamiento. En segundo lugar, las necesidades no preceden a las decisiones de producción, sino al contrario, primero se realiza la producción y después se comprueba si son coherentes con las necesidades que expresa el mercado. El resultado es una enorme dilapidación de recursos y la aparición de crisis periódicas y de paro que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas. Finalmente, la búsqueda del máximo beneficio impide el apovechamiento racional de los recursos naturales y tiene efectos destructivos sobre el medio ambiente.

Desde el punto de vista empírico, la economía de mercado puede apuntarse al menos tantos fracasos como la planificación burócrata. Mas de 25 millones de parados en los países industriales, la enorme desigualdad que existe en ellos, el hambre y la descomposición social en las que ha sumido al tercer mundo e incluso la aparición de epidemias altamente destructivas, como el cólera en latinoamérica, son una prueba palpable de sus efectos mas negativos. Ante la crisis del "socialismo real", algunos se han atrevido a pronosticar incluso el "fin de la historia", en el sentido de que ya se había encontrado el régimen mas idóneo de organización social y solo quedaba desarrollarlo. Los que así piensan, olvidan la desigualdad social, la ineficacia y los disfuncionamientos que son intrínsecos a la economía de mercado. Mientras subsista la desigualdad entre las personas y los países, mientras que hombres y mujeres no tengan los mismos derechos, tratamiento e igualdad en la practica, mientras los estados mas poderosos se impongan a los mas débiles por la fuerza y, en fin, mientras el desarrollo del sistema social dominante siga chocando con la naturaleza, la Humanidad seguirá luchando por su liberación y el "fin de la historia" no habrá llegado.

3

La ofensiva ideológica trata de ocultar que junto a la crisis del "socialismo real" debe hablarse de una crisis del "capitalismo real". Desde los primeros años setenta, la llamada "economía de mercado" se encuentra sumida en una crisis de larga duración de la que todavía no ha salido. Es verdad que, durante los últimos años, se ha producido una recuperación económica que ha tenido una cierta intensidad, pero la misma no ha pasado de ser un fenómeno cíclico que debe inscribirse en el contexto de la crisis económica. Por un lado, no puede decirse que la economía occidental haya vuelto a las tasas de crecimiento que la caracterizaron durante los 25 años de esplendor posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Por otro, las principales secuelas de la crisis siguen sin solucionarse y algunas, incluso, se han agravado. El paro continúa siendo el problema número uno de los países industriales, el hambre se apodera del Tercer Mundo, el problema de la deuda de los países subdesarrollados amenaza a la estabilidad del sistema financiero mundial, a la vez que la política económica que los países industriales exigen para que la pueda pagar se traduce en explosiones sociales espontáneas, y los signos de una inestabilidad creciente de las bolsas y el sistema financiero se acumulan como nunca lo habían hecho hasta ahora.

A este respecto, la intoxicación ideológica no se refiere solo a las virtudes del mercado, sino también a la política necesaria para salir de la crisis. Para la explicación dominante, que es la de la clase dominante, la crisis económica actual ha sido provocada por lo que se ha denominado un "shock de oferta", esto es, por un hecho exógeno al propio sistema que ha afectado negativamente a las condiciones que determinan la producción. Como es conocido, este hecho exógeno fue la elevación del precio del petróleo que se produjo en 1973. Una nueva subida vino a agravar la situación en 1979, cuando parecía que las economías de los países industriales se estaban ajustando al cambio que se había producido en los precios relativos.

Así pues, la causa de la crisis no hay que buscarla en ningún pretendido debilitamiento de la demanda o en un descenso de la tasa de beneficio que hubiera sido provocado por el propio sistema, sino en un factor externo. La crisis hubiera podido ser salvada sin grandes costes, si todos hubieran reconocido el empobrecimiento que suponía el nuevo precio del petróleo y hubieran aceptado la correspondiente reducción de sus rentas reales. En particular, si los trabajadores hubieran estado

dispuestos a reducir sus salarios, no habría aparecido el paro masivo o, al menos, no habría durado mucho tiempo. Esquemáticamente, el argumento es el siguiente.

El encarecimiento de la energía provocó una contracción de los beneficios, puesto que los salarios no se ajustaron inmediatamente a la nueva situación, lo que, unido al empeoramiento de las expectativas de los empresarios, afectó a la inversión, que pasó a tener tasas de crecimiento negativas. Esto por si solo ya suponía un fuerte factor depresivo que haría aumentar el paro, pero vinieron a unirse otros. La nueva estructura de los precios relativos había dejado sin sentido económico a una buena parte del aparato productivo de los países industriales, diseñado para la utilización de una energía barata, lo que se tradujo en la desaparición de miles de empresas y la correspondiente pérdida de puestos de trabajo. La existencia de unos salarios mas elevados que los que permitían las nuevas condiciones impuestas por la crisis económica indujo a los empresarios a reducir sus plantillas, introduciendo inversiones que sustitúan puestos de trabajo por máquinas. Finalmente, el nuevo precio del petróleo supuso una gran transferencia de recursos de los países industriales a los jeques árabes, lo que originó importantes déficits en las balanzas de pagos de los primeros y provocó una aceleración de la inflación, lo que aconsejaba la adopción de medidas estabilizadoras tendentes a restaurar estos "equilibrios fundamentales".

Para la explicación dominante, la crisis habría tenido una corta duración si los trabajadores hubieran aceptado unos salarios mas bajos, la perdida conyuntural de sus empleos, el cambio en sus condiciones laborales y, en general, las medidas estabilizadoras. Como esto no fue así, los gobiernos de los países industriales no tuvieron mas remedio que poner en marcha la política de austeridad, que tiene precisamente esos objetivos. En conclusión, si los trabajadores hubieran permitido jugar libremente a la ley de la oferta y la demanda, se hubiera salido ya de la crisis. Como esto no ha ocurrido, es misión de los gobiernos hacer que se cumpla.

4

La anterior es una explicación interesada que hace mas necesario que nunca comprender la economía de mercado y su crisis desde una perspectiva que no sea la dominante. El enfoque marxista, que es el que se adopta en las páginas siguientes, no está de moda, pero no por ello ha dejado de ser un poderoso instrumento para analizar la realidad desde una perspectiva emancipadora.

El presente libro es el resultado de varios cursos y seminarios que el autor ha impartido sobre el tema en el Institut Internacional de Recherche et Formations, de Amsterdam, en la Escuela de Relaciones Laborales de la Universidad Complutense de Madrid y en Comisiones Obreras. Se ha visto beneficiado de las continuas observaciones de los asistentes a esos cursos, pero como es obvio, los mismos no son responsables del producto final.

El esquema del libro se ha dividido en varias partes bien diferenciadas. La primera se dedica al análisis de la economía de mercado desde un punto de vista teórico y en ella se sientan los elementos fundamentales necesarios para el desarrollo posterior. La segunda, analiza la crisis económica actual, desde el punto de vista de las variables reales, situándola en el contexto de la dinámica del capitalismo. En la tercera, se pasa a la consideración del dinero, el crédito y los elementos financieros y el papel que juegan en la crisis, y en la cuarta, a modo de resumen, se dá un panorama del estado actual de la crisis. En todas ellas, se ha buscado ahorrar tiempo y trabajo a todas aquellas personas que estando interesadas por el tema, no disponen de tiempo para dedicarse a él. En consecuencia, se han tratado solo los elementos que se consideran mas importantes para comprender la crisis actual y se ha buscado una exposición clara y sucinta, con el menor espacio posible no contradictorio con la claridad. Finalmente se facilita una bibliografía seleccionada, que pretende ser una guía de lecturas para quienes estén interesados en profundizar en los temas mas importantes tratados en el texto.

Madrid, mayo 1991

I

**LES MUEVE LA CODICIA
(LA ESTÁTICA DE LA ECONOMÍA DE MERCADO)****1. LAS COSAS VALEN EL ESFUERZO QUE CUESTA PRODUCIRLAS
(LA TEORÍA DEL VALOR Y LA EXPLOTACIÓN)**

La principal característica de la economía de mercado es que su objetivo principal no es producir bienes y servicios para satisfacer las necesidades humanas, sino mercancías para ser vendidas y obtener un beneficio. El análisis debe empezar, por tanto, por el estudio de la mercancía, que es lo que determina su valor y cuáles son los mecanismos fundamentales de la producción capitalista. Este es el objeto de la teoría del valor y la explotación.

1.1. ES NECESARIO TRABAJAR PARA VIVIR, PERO ALGUNOS VIVEN SIN NECESIDAD DE TRABAJAR

Comencemos por una sociedad primitiva en la que todo el esfuerzo humano se dedica a que la comunidad sobreviva, de forma que no es posible aplicar trabajo para acumular alimentos para el futuro, por ejemplo, porque esto supondría restar recursos para la supervivencia hoy. En esta sociedad, todo el trabajo sería necesario, con el se obtendría el producto necesario para la supervivencia de la misma y no habría ningún producto excedente que acumular para el futuro. No habría división social del trabajo ni sociedad de clases, porque todo el mundo debería trabajar para sobrevivir y nadie podría apropiarse del trabajo de los demás. Pero esto no querría decir que no existiera una división del trabajo en función del sexo. Una parte del trabajo necesario estaría constituida por el trabajo doméstico que realizan las mujeres. Además, en estas sociedades de subsistencia, esta parte sería normalmente la más importante, pues la preparación de alimentos, la fabricación de vestidos, etc, tareas encomendadas a las mujeres, constituirían la inmensa mayoría de la producción social. Fuera del trabajo doméstico, la producción sería muy pequeña.

La superación del nivel de subsistencia cambiará las cosas. Una parte del trabajo social, se dedicará a producir objetos para que los individuos de la misma se alimenten, se vistan, etc y, en definitiva, sobrevivan. Es el trabajo socialmente necesario y, con el, se obtendrá el producto socialmente necesario. En esta categoría estará incluido el trabajo doméstico, pues del total de horas de trabajo necesarias para la supervivencia, una parte la realizará la mujer en su casa.

El resto del trabajo será excedente, pues se utilizará en una producción que no es necesaria para la supervivencia. Puesto que ya no es necesario que todos los individuos trabajen para sobrevivir, será posible realizar una división técnica del trabajo: unos producirán alimentos, otros utensilios, herramientas, etc. También será posible sostener a personas que no participan en la producción, pero que realizan una actividad que la sociedad considera importante (militares, sacerdotes, intelectuales, etc). Habrá aparecido la división social del trabajo.

El hecho de que exista excedente, no significa que no haya escasez. La división social del trabajo facilitará que algunos de los miembros de la sociedad, mejor situados para ello, intenten apropiarse por la fuerza del producto excedente. De esta forma, la aparición del excedente y de la división social del trabajo implican la aparición de la propiedad privada y de la división de la sociedad en clases. Entonces, aunque el trabajo es necesario para vivir, algunos vivirán sin trabajar.

En una sociedad desarrollada, todo el esfuerzo que realiza para reproducirse a sí misma constituye el trabajo necesario y con el se obtiene el producto necesario. Este no debe interpretarse en sentido estricto, sino en un sentido histórico sociológico. Lo que cada sociedad considera producto necesario, es resultado de su pasado, del nivel tecnológico al que ha llegado, de su grado cultural, de sus patrones de consumo, etc. Para un indio del Amazonas, cualquier cosa por encima de sus alimentos, sus vestidos, las flechas con las que caza, etc, supondría un excedente que le haría sentirse rico. Para un habitante de los países industriales, la reducción de la producción de automóviles podría suponer un grave conflicto social. Pero, el producto necesario no se debe identificar con la producción destinada al consumo, pues una parte de esta es totalmente innecesaria para la supervivencia de la sociedad e, incluso, en ocasiones perniciosas.

Todo esfuerzo humano por encima del necesario constituye el trabajo excedente y con el se obtiene el producto excedente. Una parte del mismo puede destinarse a mejorar el nivel de vida de los trabajadores productivos; otra puede servir para sostener a los elementos no productivos de la sociedad

(los servidores del estado, el ejército, etc), pero el resto serán materias primas, medios de producción, etc, que no estarán en manos del conjunto de la sociedad, sino de las personas a las que la «propiedad privada» reconoce este derecho. Una parte de este producto excedente la utilizarán en mantener un nivel de vida mas alto que el de los productores, pero otra la acumularán para que el producto excedente sea mayor en el futuro.

1.2. BUENO PARA COMER SIGNIFICA BUENO PARA VENDER, INDEPENDIEMENTE DE SUS CAPACIDADES NUTRITIVAS

En las sociedades primitivas, la producción estaba esencialmente basada en la satisfacción de las necesidades de la colectividad. El trabajo no se dedicaba a producir cosas para el cambio o para el enriquecimiento convertido en un fin en si mismo. Algunos productos se intercambiaban por otros, pero esto era una cuestión accidental y el cambio no se producía mas que para una pequeña parte de los bienes de los que disponía la comunidad. La primera división del trabajo en función del sexo no altero esta característica de producción para satisfacer las necesidades, no para el cambio.

A partir de la división social del trabajo, la organización de la producción en grandes unidades que trabajaban independientemente unas de otras (grandes familias patriarcales) hizo necesario el intercambio de los productos del trabajo de cada una de ellas. De esta forma, se pasó a producir objetos, no para ser consumidos inmediatamente por su productor o por la comunidad de la que este forma parte, sino para ser intercambiados en el mercado por otros objetos. Esto es, se pasó a la producción de mercancías, que ha conocido su mas amplia expansión en la sociedad capitalista. Es la primera sociedad histórica en la que la mayor parte de la producción está compuesta por mercancías. En ella, todo lo que pueda satisfacer una necesidad, o parece que la satisface, será producido por alguien para ser vendido en el mercado. Y lo importante no será en que grado satisface la necesidad, sino si la gente lo comprará o no.

En las sociedades actuales, una parte del trabajo necesario se dedica directamente a la satisfacción de las necesidades. Por un lado, los productos que los campesinos obtienen en sus huertas para su propio autoconsumo no han sido cultivados con el objetivo de venderlos en el mercado, sino de alimentarse, vestirse, etc ellos y sus familias. Por otro, los productos del trabajo doméstico están destinados a ser consumidos en el seno de la familia. Ambos constituyen el trabajo que se realiza fuera del mercado y su producto no se destina a la venta sino a satisfacer las necesidades de sus propios productores.

El resto del trabajo social se efectúa en los circuitos del mercado. Una parte será realizado por personas que venden los productos que fabrican o los servicios que prestan y con el importe de esta venta obtienen los ingresos necesarios para comprar las cosas o pagar los servicios que necesitan para vivir. Son los trabajadores autónomos, los artesanos, los campesinos, etc. El resto será realizado por personas que obtienen sus ingresos no de la venta de las cosas que producen, sino como pago a su trabajo. Son los asalariados. La característica fundamental, tanto de los primeros como de los segundos, es que el producto del trabajo no es directamente utilizado por el que lo presta, esto es, no se dedica a satisfacer directamente las necesidades de ellos y de sus familias. Su objeto es producir cosas que se puedan vender en el mercado, es decir, producir mercancías.

Una parte de la producción de mercancías será producto necesario, pues el trabajo doméstico y el dedicado al autoconsumo de los campesinos es insuficiente para que la sociedad sobreviva. Con los ingresos que obtienen los productores por la venta de sus productos o de su fuerza de trabajo, acudirán al mercado a comprar los objetos o pagar los servicios que necesitan para sobrevivir. Pero la producción de mercancías es mucho mayor que la que se necesita para la supervivencia de la sociedad. El resto constituye el producto excedente.

1.3. EL TRABAJO HUMANO ES LA MADRE DE TODOS LOS VALORES

En las sociedades actuales, la mayor parte del trabajo social se destina a la producción de mercancías. La mercancía es un producto del trabajo humano que no ha sido creado para ser consumido inmediatamente, sino para ser cambiado en el mercado y obtener con ello un beneficio. Por tanto, para que una mercancía encuentre un comprador, debe tener una utilidad. Esta utilidad es su valor de uso.

Pero las mercancías no se intercambian en el mercado según la utilidad que tienen (su valor de uso), sino según la cantidad de trabajo que ha costado producirlas (su valor de cambio). Si una chaqueta le ha costado producirla 15 horas al sastre y unos pares de zapatos 5 horas al zapatero, el valor de cambio de la chaqueta será 15 horas de trabajo y el de los zapatos 5 horas. La chaqueta y los zapatos tienen un valor de uso (una utilidad) y por eso alguien los quiere en el mercado. Pero la relación de intercambio entre ambas mercancías no depende de sus valores de uso, sino de sus valores de cambio respectivos (el trabajo que ha costado producir a cada una de ellas). Así, en el mercado, se intercambiará una chaqueta por 3 pares de zapatos.

El valor de cambio de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo que cuesta producirla de forma que, en el mercado, cuando se intercambian dos de ellas, se está intercambiando trabajo por trabajo según la cantidad que cada una de ellas lleve incorporado. Pero se intercambia trabajo abstracto, es decir, se hace abstracción de sus características específicas. De hecho, en el ejemplo que hemos puesto, se intercambian horas de trabajo de sastre por horas de trabajo de zapatero. De la misma forma, podríamos poner otro ejemplo en el que se estarían intercambiando horas de ingeniero por horas de peón. Porque lo que el mercado hace es intercambiar lo que de común tienen todas las mercancías: ser productos del trabajo humano en abstracto.

Además, no es el trabajo que cuesta producir cada mercancía concreta, sino el socialmente necesario para producirla. Cada mercancía específica tiene un valor individual que estará determinado por el número de horas de trabajo que costó producirla. Si la producción de una chaqueta le ha costado al sastre 20 horas de trabajo, este será el valor individual de la chaqueta. Pero este no será su valor de cambio. Si en la sociedad existe otro sastre que la produce, digamos, en 10 horas de trabajo, sería ridículo que alguien comprara una chaqueta por 20 horas cuando la puede conseguir por menos. El valor de cambio de una mercancía ha de estar determinado por el trabajo socialmente requerido para producirla, esto es, no por el número de horas empleadas en la producción de un objeto concreto, sino por el número de horas que se requieren para fabricarlo en las condiciones medias de productividad de esa sociedad en esa época. Con el ejemplo de las chaquetas, si se producen dos y una cuesta 20 horas y otra 10, el valor de cambio de ambas sería 15 horas. El primer sastre habrá derrochado trabajo social y el segundo se verá premiado por la sociedad por su eficiencia.

Es importante señalar que en las sociedades capitalistas avanzadas el mecanismo es similar. Si en una sociedad se producen al año 100.000 chaquetas mediante el empleo de 1.500.000 horas de trabajo, el valor de cambio de cada chaqueta será de 15 horas. Los fabricantes que hayan empleado menos de 15 horas por cada chaqueta producida obtendrán en el mercado un valor de cambio superior al que les ha costado producir cada chaqueta. Los que hayan utilizado más, habrán derrochado trabajo social pues, dados los conocimientos y la tecnología existente, se pueden producir con menos horas de trabajo. Cuando las vendan en el mercado obtendrán a cambio productos que tendrán un número de horas de trabajo incorporadas menor que el que les costó producir las chaquetas. Así pues, el valor de cambio de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo abstracto socialmente necesario para producirla.

Con el trabajo humano toda sociedad produce cosas que le sirven para satisfacer sus necesidades o, simplemente, para acumular para el futuro. Todas las cosas que se producen con trabajo humano deben tener una utilidad, es decir, un valor de uso, pero no todo lo que produce una sociedad tiene un valor de cambio, es decir, es una mercancía. Ello es así porque no todo el trabajo de la sociedad se dedica a la producción de mercancías (que tienen simultáneamente valor de uso y valor de cambio). Tal es el caso del trabajo doméstico, que es la producción por la mujer en el seno de la familia de valores de uso que sin embargo no tienen un valor de cambio porque no pueden ser intercambiados.

1.4. EL VIL METAL ES UNA MERCANCIA ESPECIAL

En el epígrafe anterior, se ha visto que el valor de cambio de una mercancía no es más que la relación de intercambio entre esa mercancía y las demás o, dicho de otra manera, el número de unidades de otras mercancías que se pueden obtener en el mercado a cambio de una unidad de ella (en el ejemplo que se puso, se obtenían tres pares de zapatos por cada chaqueta). Se ha visto también que las relaciones de cambio entre dos mercancías dependen de las horas de trabajo socialmente necesario que cada una de ellas lleva incorporadas. Pero la humanidad, no ha procedido al trueque de unas mercancías por otras más que en los estadios muy primitivos de su organización social, sino que normalmente, ha utilizado una mercancía como patrón para expresar las relaciones de intercambio de todas las demás y ser un medio con el que se cambian todas ellas. Esta mercancía que se ha utilizado como patrón es el dinero y, normalmente, la que se ha escogido para cumplir esta misión ha sido el oro.

Siguiendo con el ejemplo anterior, si producir una libra de peso de oro cuesta en esa sociedad 1 hora de trabajo de un minero, en el mercado se intercambiaría una chaqueta por 15 libras de oro y un par de zapatos por 3 libras. El dinero, en este caso, el oro, es una mercancía que se utiliza como unidad de cuenta, pues las relaciones de cambio de todas las mercancías se expresan como la cantidad de dinero que es equivalente a una unidad de esa mercancía. El precio es la expresión del valor de una mercancía en dinero, es la relación de intercambio entre esa mercancía y la mercancía que se utiliza como dinero (15 libras de oro cada chaqueta, en el ejemplo).

La primera función del dinero consiste, pues, en proporcionar a las mercancías la expresión de su valor, esto es, en ser una unidad de cuenta. Desde la aparición del dinero ya no hace falta llevar una contabilidad explícita en términos de horas de trabajo para realizar el intercambio de las mercancías. Pero las mercancías no se vuelven medibles por obra del dinero, sino porque tienen un valor de cambio, es decir, porque llevan incorporado un determinado número de horas de trabajo. Además, el precio es una denominación dineraria del trabajo objetivado en una mercancía, pero de esto no se desprende que el precio sea necesariamente un exponente de la magnitud de su valor. El funcionamiento del mercado capitalista puede hacer que haya una divergencia entre precio y valor (una mercancía que se ponga de moda sufrirá una elevación de su precio mientras que su valor no cambia) y puede haber cosas que tengan un precio pero que no tengan valor, como ocurre con la tierra no cultivable (que no tiene valor porque no tiene ningún trabajo incorporado, pero que puede tener un precio, pues puede servir, por ejemplo, para construir un chalet en ella).

La segunda función del dinero es ser un medio de pago generalmente aceptado. Cuando el sastre va al mercado a intercambiar su chaqueta, acepta el oro como pago de la misma, porque sabe que a él también se lo aceptarán cuando vaya a comprar otras mercancías.

En tercer lugar, el dinero es también un depósito de valor, en la medida en que guardando oro se puede intercambiar por otras mercancías, que también tienen valor de cambio en el futuro. El sastre que va al mercado para vender una chaqueta, ya no necesita intercambiarla por 3 pares de zapatos como antes. Le bastará cambiar la chaqueta por 15 libras de oro y luego comprar un par de zapatos pagando 5 libras. En su bolsillo le quedarán las 10 libras de oro restante. Esas 10 libras son un depósito de valor (horas de trabajo) con las que puede ir al mercado en el futuro y comprar otras mercancías.

En la actualidad, ya no se utiliza directamente oro en las transacciones que se hacen en el mercado. Ello es así porque el dinero se ha ido sofisticando. Cuando el oro se utilizó directamente como dinero, fue preciso fijar un peso en oro como unidad de medida. De esta forma, en un principio, el precio de las mercancías se expresaba en denominaciones dinerarias que se referían a unidades de peso (libras de oro, pesos, etc). Pero las denominaciones de las monedas se separaron gradualmente de los pesos (una libra ya no se correspondía a una libra de peso de oro). Como el patrón dinerario es puramente convencional y, por otra parte, requiere vigencia general para que todo el mundo lo acepte, a la postre se le reguló por vía legal. El dinero en circulación ya no eran monedas de oro o metales preciosos, sino billetes de papel, de aceptación obligatoria, en los que figuraba el compromiso de cambiarlos por una determinada cantidad de oro a su presentación en la ventanilla del banco que los había emitido.

Con el tiempo, la obligatoriedad de los bancos centrales de cambiar sus billetes por oro a los residentes de su propio país desapareció, de forma que esta vinculación directa con el oro se ha perdido completamente. Los precios (cantidades de oro en que idealmente se transforman los valores) se expresan ahora en denominaciones dinerarias o denominaciones de cuenta. Pero, en las transacciones internacionales, la moneda de cada país está relacionada con el dólar a través del tipo de cambio (que no

es mas que el precio de cada moneda en términos de dólares), que fija el mercado según la abundancia o escasez de la moneda correspondiente. Dado que también existe una relación entre el dólar y el oro, existe de hecho una relaciona entre la moneda de cada país y este. El sistema monetario internacional es precisamente el mecanismo en el que se establecen estas relaciones. En un capitulo posterior, se volverá a explicar su funcionamiento.

De esta forma, aunque no circule materialmente, el oro esta representado por el papel moneda y, aunque quede oculto por la complejidad de la economía capitalista, indirectamente sigue siendo la mercancía en la que se expresan las relaciones de intercambio de todas las demás.

La aparición del dinero bancario (los depósitos en cuentas corrientes) complica las cosas, pero no cambia la naturaleza del dinero. Supongamos, siguiendo el ejemplo anterior, que el minero que ha producido las 15 libras de oro, en lugar de acudir al mercado a gastárselas, las deposita en un banco. Ya no las tiene físicamente, pero su capacidad de compra sigue siendo la misma porque sabe que basta con extender un cheque para disponer de ellas. Para el minero, el depósito de valor (las horas de trabajo acumuladas que se puede gastar cuando quiera) no se han materializado en un metal, ni siquiera en un billete, sino en una cuenta corriente. Por tanto, dicha cuenta corriente es también dinero.

Pero el banco sabe que sus clientes no acuden todos a la vez a retirar sus depósitos por lo que puede utilizar una parte de estas 15 libras para realizar un préstamo al sastre y obtener un beneficio con el interés de dicho préstamo (en esto consiste su negocio). Si, por ejemplo, le presta 10 libras, nos encontraremos que con las 15 libras de oro primitivas, en la economía habrá 25 libras de dinero (15 de la cuenta corriente del minero y 10 en moneda del sastre). Con la misma cantidad de oro, la cantidad de dinero se habrá multiplicado. El proceso continuará (el sastre puede acudir a otro banco o al mismo a depositar sus 10 libras procedentes del crédito), pero el aumento en la cantidad de dinero cada vez será menor porque en cada nueva operación el banco deberá reservarse una parte del dinero que le depositan en cuentas corrientes para hacer frente a la retirada normal de depósitos. Al final del proceso, las 15 libras primitivas se habrán multiplicado y la cantidad de dinero existente en la sociedad será muy superior.

En la actualidad, en las economías capitalistas desarrolladas, la mayor parte del dinero en circulación esta constituido por depósitos bancarios, esto es, por cuentas corrientes en los bancos. De hecho, en la vida diaria, el trabajador medio ve muy poco dinero en billetes: su nómina se abona en una cuenta corriente de un banco, que a su vez se encarga de pagar la mayoría de sus recibos, etc. El solo dispone de las pequeñas cantidades que necesita para sus gastos diarios. Con la aparición de las tarjetas de crédito, con las que se puede disponer del dinero que se tenga en una cuenta corriente, los billetes en circulación han disminuido aun mas.

Pero la cantidad de dinero, en billetes y depósitos. en cuenta corriente, esta estrechamente relacionada con el volumen de papel moneda que haya puesto en circulación el Banco Central. Esta relación no es rígida, porque los poseedores de dinero pueden preferir no utilizarlo y mantener congelada su capacidad de compra, o no depositarlo en un banco, sino guardarlo en un cajón en su casa. De esta forma, la cantidad en que se multiplicaría el dinero puesto en circulación por el Banco Central en depósitos bancarios se alteraría. Además, los gobiernos pueden actuar sobre la multiplicación del dinero y del crédito, actuando, por ejemplo, sobre la proporción de cada depósito que los bancos no pueden prestar. Este es el terreno de actuación de la política monetaria.

La cantidad de dinero total esta relacionada también con los precios. Si, para una determinada producción de mercancías, el dinero total (en billetes y en depósitos bancarios) crece, los precios deberán aumentar (porque mas cantidad de dinero debe hacer frente a una misma cantidad de mercancías), es decir, se desarrollara una inflación. Volveremos a todos estos temas en la parte tercera del presente libro pues, por el momento, basta con lo dicho anteriormente para seguir adelante.

1.5. NOS PAGAN LO QUE VALEMOS, PERO LES DAMOS MAS A CAMBIO

En la sociedad capitalista, una parte de las necesidades de los trabajadores y sus familias se cubre con el trabajo realizado en el propio seno de la familia, esto es, con el trabajo doméstico. Pero solamente con él la familia no puede obtener todo lo que necesita para vivir, por lo que necesita realizar un trabajo en el mercado a cambio de un salario con el que poder comprar las mercancías que le faltan para su subsistencia. Así pues, el nivel de vida de los trabajadores y sus familias está determinado por los valores de uso que se obtienen con el trabajo doméstico y por las mercancías que compra con el salario del trabajo asalariado. La familia es la institución que se encarga de la división sexual del trabajo haciendo recaer normalmente el trabajo doméstico sobre la mujer y el trabajo asalariado sobre el hombre. El hecho de que haya familias en las que realice el trabajo asalariado el hombre y la mujer o solamente la mujer no cambia las cosas, pues, normalmente, es sobre esta última sobre la que recae el peso del trabajo doméstico.

En la sociedad capitalista, el trabajador está obligado a vender su fuerza de trabajo (esto es, su capacidad de realizar un esfuerzo humano durante un espacio de tiempo) a cambio de un salario, pues es esta la única mercancía que tiene y que puede vender para obtener lo necesario para comprar las que le faltan a él y a su familia para subsistir. La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía y, al igual que el valor de cualquier otra mercancía, su valor es la cantidad de trabajo necesario para producirla y reproducirla, es decir, el valor de los medios de subsistencia que el trabajador y su familia deben comprar en el mercado para subsistir.

Dichos medios de subsistencia no deben interpretarse en un sentido estricto, esto es, como los imprescindibles para que el individuo y su familia vivan y se reproduzcan, sino en un sentido amplio: incluyen también mercancías o servicios que si bien no son necesarios para la supervivencia, si lo son desde un punto de vista histórico sociológico. Por eso, el salario debe ser suficiente para que en el nivel de vida de los trabajadores se incluyan valores de uso como el automóvil, si el capital quiere una cierta estabilidad social y que aumente la productividad del trabajo, hay un salario indirecto determinado por la prestación de ciertos servicios imprescindibles, como sanidad o educación para cuya prestación el capital debe dedicar recursos, etc.

Pero la fuerza de trabajo no es una mercancía mas: es la única que es capaz de crear valor, debido a que el valor que produce (que se mide por la duración del trabajo), es siempre superior a su propio valor (esto es, a lo que cuesta producir los medios de su subsistencia). La diferencia entre el valor producido por la fuerza de trabajo y su propio valor es la plusvalía.

Sigamos con el ejemplo anterior. Habíamos visto que la aparición del dinero le había permitido al sastre vender su chaqueta por 15 libras de oro sin necesidad de tener que cambiar por ella tres pares de zapatos. Con cinco libras de oro se había comprado unos zapatos y se había guardado las 10 restantes en el bolsillo. Este dinero, puede guardarlo en su casa o puede utilizarlo para producir mas chaquetas, esto es, puede utilizarlo como capital.

En efecto, supongamos que las 15 horas que cuesta producir cada chaqueta se descomponen en 7 horas las necesarias para producir la tela y 8 horas las que se requieren para coserla. Supongamos que cuesta 3 horas producir las mercancías necesarias para que viva un día un trabajador y su familia. Entonces, el sastre puede acudir al mercado con sus 10 libras y gastárselas en adquirir la tela (que cuesta 7 libras) y los servicios de un trabajador (cuyo salario será de 3 libras). Se habrá gastado las 10 libras, pero al final de la jornada tendrá una chaqueta que puede vender por 15 libras. Utilizando su dinero como capital, habrá obtenido una plusvalía de 5 libras.

La plusvalía es la fuente de los beneficios capitalistas y es extraída de la siguiente forma. El capitalista le paga al trabajador un salario que se corresponde con el valor de la fuerza de trabajo, esto es, con el valor de los medios de subsistencia que dicho trabajador necesita para subsistir él y su familia (en el ejemplo, 3 libras, con las que adquiere mercancías que cuesta producirlas 3 horas de trabajo). Pero, en el capitalismo, el trabajador puede ganar el valor de sus medios de subsistencia solo con unas horas del total de su jornada de trabajo (solamente con 3 de las 8 horas de jornada), debido, por ejemplo, al aumento de la productividad que se deriva de la utilización de maquinaria, por lo que el valor de la producción del resto de la jornada (las 5 horas restantes) se la apropia el capitalista, en forma de plusvalía. La plusvalía es el excedente de horas de trabajo por encima de las que el trabajador necesita para producir sus medios de subsistencia que es apropiado por el capitalista.

1.6. UNA PARTE PARA LAS MAQUINAS, OTRA PARA NOSOTROS Y EL RESTO PARA ELLOS

El valor de una mercancía, que se mide por el número de horas de trabajo abstracto socialmente necesario para producirla, tiene varios componentes:

a) El número de horas de trabajo que se incorporan al valor de las mercancías con las materias primas, la utilización de la maquinaria, etc. En el total del valor de una mercancía hay que contar también las horas de trabajo que costó producir sus materias primas y las que se incorporan a través del desgaste de las máquinas que se utilizan en su producción. Es el capital constante (que llamaremos c). En el ejemplo que estamos utilizando, el capital constante sería las 7 horas de trabajo que cuesta la tela con la que se produce la chaqueta.

b) El número de horas de trabajo que el trabajador ha utilizado directamente en la producción de la mercancía (como se ha dicho antes, en las condiciones medias de productividad, habilidad, etc de la sociedad en esa época). Es el trabajo vivo que se incorpora al valor de la mercancía. En el ejemplo de la chaqueta, sería las 8 horas de trabajo que el operario utiliza para coserla. Pero el trabajo vivo tiene dos componentes:

b.1) El capital variable (que vamos a llamar v), es decir, la parte de las horas de trabajo directo que es equivalente al valor de los medios de subsistencia que necesita el trabajador y su familia (las 3 horas de trabajo que tiene que pagar como salario).

b.2) La plusvalía (que llamaremos p), que es la parte de las horas de trabajo directo que es apropiada por el capitalista (las 5 horas restantes).

Para llevar a cabo la producción, el capitalista deberá contar previamente con las materias primas y las máquinas y deberá adelantar el salario a los trabajadores con los que estos comprarán sus medios de subsistencia. En el ejemplo, tendrá que contar previamente con las 10 libras de capital. Es por esto por lo que estos dos componentes del valor se llaman capital constante y capital variable. Al final del proceso productivo, el capitalista tiene una mercancía cuyo valor es superior al capital utilizado en su producción (constante más variable), justo en la plusvalía. Así pues, el valor de una mercancía será, por tanto,

$c + v + p$

Las 15 horas que vale la chaqueta se descompondrían en: 7 horas de capital constante más 3 horas de variable más 5 de plusvalía.

En el ejemplo anterior, el capitalista ha debido invertir un capital de 10 libras (7 en la tela y 3 en el salario), pero en la realidad, el capital deberá ser mayor, pues deberá contar también con una máquina. Un ejemplo más realista podría ser el siguiente:

Para producir una chaqueta, un capitalista necesita:

a) Una máquina que le cuesta 1.000 libras, con la que puede producir 500 chaquetas antes de que se rompa totalmente. Por tanto, en cada chaqueta se incorporarán 2 libras como consecuencia del desgaste de la máquina.

b) Tela, por importe de 5 libras para cada chaqueta.

c) Una jornada de 8 horas de un trabajador, que le cuesta un salario de 3 libras.

El valor de la chaqueta seguirá siendo el mismo, pero las 7 libras de capital constante (7 horas de trabajo) se dividirán en 2 de desgaste de la máquina y 5 de tela.

Si el trabajador trabaja 300 días al año, produciéndose por tanto 300 chaquetas, el valor de la producción sería el del cuadro

VALOR DE LA PRODUCCION

2.100	de capital constante (600 de máquina y 1.500 de tela)
900	de capital variable (3 libras al día por 300 días)
1.500	de plusvalía (5 horas al día por 300 días)
4.500	equivalente a 300 chaquetas a 15 libras cada una

Pero, para obtener esta producción ha debido invertir una cantidad, que se muestra en el siguiente cuadro.

VALOR DE LA INVERSION

2.500	de capital constante (1,000 de máquina más 1,500 de tela) del que se han incorporado 2,100 en el valor de la producción
900	de capital variable
3.400	de capital total

De la misma forma, el valor total de la producción de una empresa tendrá tres componentes: el valor de las materias primas y del desgaste de las máquinas utilizadas en la producción (capital constante), el valor de la fuerza de trabajo (capital variable) y la plusvalía. En la vida diaria, es común denominar «excedente» a la plusvalía. No hay ningún obstáculo a que la llamemos así pues, de alguna forma, la plusvalía no es más que el excedente que queda después de reponer las materias primas gastadas en la producción y haber retribuido a la fuerza de trabajo. Pero, en general, con esta terminología de lo que se trata es de esconder el hecho de la explotación, por lo que es más correcto la utilización del término «plusvalía».

1.7. HAGAMOS LAS CUENTAS DE LA SOCIEDAD

En una sociedad en la que no existe más actividad económica que la producción de mercancías, todo funcionaría de la misma manera que en una empresa, pero aparecerían algunas características propias derivadas del hecho de que se trata de una sociedad en su conjunto. Las principales variables, utilizando una terminología similar a la que se usa en la contabilidad nacional convencional, y las principales relaciones contables serían las siguientes:

El **producto nacional bruto** (PNB) sería el valor de todas las mercancías producidas por esa sociedad durante un período de tiempo determinado (un año, por ejemplo) y, como ocurre con una mercancía individual o una empresa, tendría varios componentes.

a) El **capital constante** (c), esto es, el valor que incorporan a todas las mercancías producidas las máquinas, las instalaciones industriales, etc, es decir, el **consumo de capital fijo** (C_F) que se produce en el proceso de producción durante el período, y las materias primas, etc que se utilizan en el mismo (c_M). La incorporación de estas últimas no crea ningún valor nuevo, pues el único que lo hace es el trabajo vivo, por lo que, para una mercancía o una empresa, el capital constante estaría formado por esos dos componentes, $C_F + c_M$. Pero una sociedad en su conjunto reproduce a lo largo del período las materias primas utilizadas (c_M) en la producción, y lo hace utilizando trabajo muerto (C_F) y trabajo vivo ($v + p$) que, como se ha visto, crea nuevo valor. Por tanto, para el conjunto de la sociedad, el capital constante (trabajo muerto) que se ha incorporado al valor de la producción es únicamente el consumo de capital fijo C_F y no se deben incluir las materias primas utilizadas, pues, la parte de su valor que incorpora la maquinaria con la que se producen está incluida en c_F , y el nuevo valor creado al producirlas se incluye en el apartado siguiente.

b) El resto sería el valor nuevo creado por la fuerza de trabajo, que vamos a **denominar producto nacional neto (PNN)**. Estaría formado por el capital variable (la parte del nuevo valor creado directamente por los trabajadores, que se les pagaría en forma de salarios) y la plusvalía (la parte expropiada por el conjunto de los capitalistas). El producto nacional neto generaría unos ingresos a los individuos de la sociedad: salarios a los trabajadores y beneficios a los capitalistas. Su suma sería la **renta nacional (RN)**, cuyo valor coincidiría evidentemente con el valor del PNN.

Así, el producto nacional neto se podría obtener restándole a la producción total el importe del capital fijo consumido, sumando el valor añadido ($v + p$) por todas las empresas, o sumando el total de los salarios (v) y el total de los beneficios (p). Todos estos métodos nos darían el mismo valor. En suma, en el conjunto de la sociedad, las ecuaciones anteriores serían las siguientes:

Producto nacional bruto (PNB) = consumo de capital fijo (c_F) + Producto nacional neto (PNN)

Producto nacional neto (PNN) = Renta nacional (RN) = salarios o capital variable (v) + beneficios o plusvalía(p)

**Producto nacional bruto (PNB) = salarios (v) + beneficios (p) + consumo de capital fijo (C_F)
= salarios (v) + Excedente bruto de explotación (EBE)**

La variable "**excedente bruto de explotación**", normalmente utilizada por la contabilidad nacional convencional, se corresponde al hecho real de que tanto el consumo de capital fijo, como la plusvalía, constituyen la parte del valor de la producción bruta que queda a disposición de los capitalistas, después de haber pagado los salarios. Las dificultades para medir correctamente C_F (las empresas sobrevaloran este componente, pues es deducible a la hora de calcular el impuesto sobre los beneficios) aconsejan normalmente utilizar esta forma de distribución entre salarios y excedente bruto de explotación mas que entre salarios y beneficios, pues siendo mas correcta en teoría esta ultima (es la distribución del valor nuevo creado entre capital variable y plusvalía), en la practica, se podría alejar considerablemente de la realidad.

Finalmente, hay una ultima división del PNB que se refiere a la forma en se gastan los ingresos que genera. Las empresas se habrán quedado con una parte del mismo (el C_F) en capital constante utilizado en la producción. Los trabajadores habrán obtenido unos salarios con los que hacer frente sus gastos de consumo. Y los capitalistas habrán obtenido unos beneficios que podrán utilizar de varias formas posibles: una parte la consumirán improductivamente comprando mercancías de consumo (p'); otra la acumularán en forma de capital constante (máquinas, instalaciones industriales, aumento de las materias primas y productos terminados en sus almacenes, etc)(p_C) y variable (empleando mas mano de obra en las nuevas instalaciones industriales)(p_V), con el objetivo de aumentar el valor de la producción y la masa de plusvalía en el futuro. El conjunto de estos gastos, cuya suma es igual al PNB, se podría agrupar en dos epígrafes diferente:

**Gastos de consumo = Consumo de los trabajadores (v) +
+ consumo del nuevo empleo generado por el aumento del capital variable (p_V)
+ consumo de los capitalistas (plusvalía consumida inproductivamente) (p')**

**Gastos de inversión = Reposición del capital fijo consumido en la producción (C_F)
+ adquisición de nuevos medios de producción (p_C)**

**GNB = Gastos de consumo + Gastos de Inversión o Inversión Bruta (IB) =
Gastos de consumo + (plusvalía acumulada (p_C) + Consumo de capital fijo (C_F))**

Para que todas las mercancías sean vendidas, esto es, para que el producto nacional bruto (PNB) sea igual al gasto nacional bruto (GNB), se requiere:

a) Que la producción de mercancías de consumo sea igual a los gastos de consumo. Esto podría no ocurrir por una inadecuada planificación de la producción por parte de los empresarios. Si el valor de la producción de mercancías de consumo es menor que los ingresos que se destinaran a gastos de consumo ($v + p_V + p'$), tenderían a subir los precios y se volvería al equilibrio de nuevo. Si es mayor, en principio

tenderán a acumularse mercancías en los almacenes. Si los precios aumentan entre el momento de la producción y el de la venta, los ingresos distribuidos en el momento de la producción no podrán comprar todas las mercancías de consumo producidas, por lo que aparecerían mercancías sin vender.

b) Que la producción de medios de producción sea igual a la inversión bruta ($p_C + C_F$). Si una parte de la plusvalía se atesora, esto es, se acumula en forma de dinero, aparecerá una parte de medios de producción sin vender, porque una parte de los ingresos totales no se ha utilizado en demandar más mercancías, sino en mantener poder adquisitivo en forma de dinero. Al contrario, si los capitalistas utilizan el dinero atesorado durante períodos anteriores en acumular capital constante o variable, aparecerá una mayor demanda de mercancías que la producción.

En la economía de mercado, estos desequilibrios son la norma, pues es un sistema en el que las decisiones de producción se toman individualmente, mientras que la demanda la realiza el conjunto de la sociedad. En unos períodos, la demanda es menor que la producción, y se acumulan mercancías sin vender, lo que fuerza a los capitalistas a reducir la producción. En otros ocurre lo contrario, y se absorben las mercancías acumuladas en los almacenes, induciendo a los empresarios a acumular más para aumentar la producción. Es decir, el desarrollo del modo de producción capitalista no es lineal, sino que, a lo largo del mismo, se producen períodos de crisis y de auge que tienen por misión corregir los desajustes que lleva implícito su propio funcionamiento.

1.8. SI NO QUEREMOS PERDERNOS, APRENDAMOS ALGUNAS COSAS ELEMENTALES

Para comprender la producción capitalista y el funcionamiento del mercado, tal y como se desarrollara en capítulos posteriores, es preciso definir algunas variables fundamentales. Las más importantes son las siguientes:

a) La tasa de explotación:

La tasa de explotación es el porcentaje que representan las horas de trabajo que expropia el capitalista respecto a las que el trabajador necesita para reproducir los medios de su subsistencia. Del total de la jornada de trabajo, el tiempo de trabajo necesario es el número de horas diarias que el trabajador necesita para reproducir el equivalente de su salario. Si un trabajador trabaja ocho horas diarias y el conjunto de los medios de subsistencia de él y de su familia se produce en tres horas, este sería el tiempo de trabajo necesario y el capital variable. Las cinco horas restantes que trabaja gratuitamente para el capitalista es el tiempo de trabajo excedente y la plusvalía que se apropia el capitalista.

La tasa de explotación, también llamada tasa de plusvalía, sería la relación entre p (trabajo excedente, 5 horas en el ejemplo) y v (trabajo necesario para reproducir los medios de subsistencia, 3 horas en el ejemplo). Sería, por tanto:

$$\text{tasa de explotación} = \frac{p}{v} = \frac{\text{trabajo excedente}}{\text{trabajo necesario}} = \frac{5}{3} = 166\%$$

La tasa de explotación se mediría de la misma forma para una empresa (en el ejemplo de las 300 chaquetas sería 1.500 dividido por 900, es decir, también el 166%), una rama industrial o un país. Sería el porcentaje que representa la plusvalía que obtiene la empresa, la rama industrial o el país, respecto al valor de las mercancías necesarias para la subsistencia de sus trabajadores.

b) La composición orgánica del capital:

Como se ha dicho mas arriba, los capitalistas deben invertir en materias primas y máquinas (capital constante) y en salarios adelantados a los trabajadores (capital variable). La composición orgánica del capital es la proporción que existe entre los dos componentes del capital: el constante, c, y el variable, v. Por ejemplo, en el caso del sastre que emplea 7 de capital constante y 3 de capital variable, la composición orgánica del capital sería 7/3, o 70%/30%. En el caso del capitalista que produce 300 chaquetas, sería 2.500/900, es decir, 73,5%/26,5%. Si dos capitalista tienen un capital total de 100, pero en el primero de ellos 70 es capital constante y 30 es capital variable y en el segundo 60 es capital constante y 40 capital variable, la composición orgánica del primero será 70/30, mayor que la del segundo que será 60/40. La composición orgánica del capital puede medirse por tanto por la relación c/v. Así pues, entre dos capitales totales iguales, el que tiene una composición orgánica mayor utiliza mas capital constante respecto al variable.

La composición orgánica del capital es una variable fundamental, porque el aumento de la productividad del trabajo va ligado a que los trabajadores dispongan de mas máquinas, esto es, que su producción se lleve a cabo con mas capital constantes. Normalmente, entre dos capitalistas que fabriquen la misma mercancía, los trabajadores empleados por el que disponga de una composición orgánica del capital mas alta tendrán una productividad mayor y, como se verá en el capítulo 3, este capitalista tendrá una posibilidad mayor de obtener unos beneficios mas altos.

c) La tasa de beneficio:

La relación que les interesa a los capitalistas no es la tasa de explotación, esto es, el porcentaje que representa la plusvalía de una parte del capital (el variable), sino la tasa de beneficio, es decir, el porcentaje que representa la plusvalía del capital total invertido (constante mas variable). Dicha relación es:

$$r = \frac{p \text{ plusvalía}}{c + v \text{ capital total}}$$

En el ejemplo del sastre, la tasa de beneficio sería del 50% (5 de plusvalía partido por 10 de capital, 7 de constante y 3 de variable) y en el del capitalista que produce 300 chaquetas el 44,1% (1.500 de plusvalía total dividido por 3.400 de capital total).

La relación que existe entre la tasa de explotación, la tasa de beneficio y la composición orgánica del capital se pone de manifiesto dividiendo el numerador y denominador de la tasa de beneficio por v:

$$r = \frac{(p/v)}{(c/v) + 1} = \frac{\text{tasa de explotación}}{\text{composición orgánica del capital mas uno}}$$

Por tanto, la tasa de beneficio será siempre menor que la tasa de explotación, pues es igual a esta ultima dividida por una cantidad que es mayor que la unidad. Se puede aumentar la tasa de beneficio aumentando la tasa de explotación (esto es, extrayendo mas plusvalía a los trabajadores) o disminuyendo la composición orgánica del capital. Como se vera mas adelante, la tasa de beneficio es una de las variables clave de la economía capitalista, porque de ella depende el ritmo al que se desarrolle la acumulación de capital.

2. LAS COSAS VALEN LO QUE SE ESTA DISPUESTO A PAGAR POR ELLAS (LA TEORIA DE LOS PRECIOS Y DE LA DISTRIBUCION DE LA RENTA)

En el capítulo anterior, se expuso que el valor de las mercancías está determinado por la cantidad de esfuerzo humano que cuesta producirlas. El valor de uso no juega un papel fundamental en la determinación de los precios aunque, por supuesto, puede tener alguna influencia en que estos se separen de los valores. Esta teoría se denomina del «valor trabajo» y fue desarrollada por Marx y por los economistas de la llamada Escuela Clásica anteriores a él.

Desde el ultimo tercio del siglo pasado, la economía convencional dominante ha sustituido la teoría clásica del valor trabajo por una teoría de los precios que vincula estrechamente los conceptos de valor de cambio y valor de uso que, en su caso, pasa a denominarse «utilidad». El punto de partida de la misma ya no son las mercancías, que pasan a denominarse «bienes», sino el comportamiento del «individuo racional» que, si es consumidor, busca la máxima satisfacción de sus necesidades y, si es productor, el máximo beneficio. En consecuencia, la medida del valor de las cosas no es el esfuerzo humano que ha costado producirlas, sino lo que la gente está dispuesta a pagar para adquirirlas.

2.1. LA TEORIA ECONOMICA DOMINANTE ES LA DE LA CLASE DOMINANTE

Desde su nacimiento como ciencia, hasta la aparición de la obra de Marx, la economía se mantuvo relativamente unida, aunque las posiciones de los diferentes autores sobre el funcionamiento de la sociedad fueron relativamente dispares. Fue el período de la «Economía Política Clásica», que se desarrolló, mas o menos, durante los dos primeros tercios del siglo pasado. Desde Marx hasta la actualidad, se encuentra dividida en dos campos fundamentales: la economía marxista y la teoría económica convencional. Esto no excluye, como se verá, la existencia de corrientes que no pueden vincularse directamente a una o a otra.

a) La Economía Política Clásica

Como todas las ciencias, pero quizás mas que ninguna otra, la economía no es independiente del contexto social en que se mueve. Surgió como ciencia al final del siglo XVIII, esto es, al mismo tiempo que lo hizo lo que trataba de explicar: la economía capitalista; tiene por objeto fundamental la comprensión del funcionamiento de la principal institución de ese sistema: el mercado, y la constante básica de sus protagonistas ha sido su vinculación a una clase: la burguesía. En consecuencia, aunque pueden encontrarse muchas y muy honrosas excepciones, no es exagerado decir que la ciencia económica ha tenido un marcado carácter clasista desde su inicio.

Marx considero a sir William Petty (1623-1687), un personaje que vivió en la Inglaterra del siglo XVII, como el primer economista clásico de la historia. Sus preocupaciones versaron sobre la naturaleza del proceso económico y el análisis de los mecanismos que llevan a la apropiación del excedente por parte de la clase dominante. Como es lógico, su vinculación con la economía no fue desinteresada, pues sus estudios sobre la tierra en Irlanda le permitieron convertirse en uno de los mayores terratenientes del país. Pero la economía convencional acostumbra a situar el nacimiento de la ciencia económica en 1776, el mismo año que el de la revolución americana, con la publicación en Inglaterra de «Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones» de Adam Smith, que dio lugar a lo que luego se ha conocido como Economía Política Clásica.

La Economía Política Clásica surgió como un producto de las necesidades de la burguesía naciente en su lucha contra la sociedad feudal establecida. Hasta finales del siglo XVIII, los pocos autores que se habían preocupado del funcionamiento económico de la sociedad habían abordado el problema desde un punto de vista básicamente ético (como se debería distribuir el producto social entre las diferentes clases sociales, etc). A este respecto, no es una casualidad que Adam Smith (1723-1790), el primero de los economistas clásicos, fuera un profesor de moral. Pero en un período de capitalismo emergente, el problema ya no era tanto justificar la apropiación del producto excedente por parte de los terratenientes, sino comprender como se formaba, particularmente la parte que le corresponde a la nueva clase dominante: la burguesía. En consecuencia, los economistas clásicos, entre los que además de Adam Smith cabe citar a David Ricardo (1772-1823) y John Stuart Mill (1723-1790), entre otros, se preocuparon de analizar el funcionamiento del capitalismo tal y como era. Los temas que centraron su atención fueron:

la formación de los precios de las mercancías, la distribución del producto entre los trabajadores (salarios), los capitalistas (beneficios) y los propietarios de tierra (renta de la tierra) y la evolución económica de la sociedad a lo largo del tiempo. La base de sus esquemas de análisis fue la teoría del valor trabajo, aunque la forma y el papel de esta teoría fuera muy diferente en cada uno de los autores.

Para edificar su esquema analítico del capitalismo, Marx tuvo que utilizar la economía Política Clásica como un elemento fundamental del mismo. Pero en sus manos, adquirió una dimensión diferente, pues sus análisis ya no se correspondieron a las necesidades de la nueva clase dominante en su lucha contra la sociedad feudal, como había ocurrido con la mayoría de los economistas clásicos, sino a las de la clase obrera en su lucha contra la explotación capitalista. Por eso, desde un principio, el marxismo contó con una férrea oposición de los economistas burgueses. Desde el último tercio del siglo pasado, el pensamiento económico se ha dividido en dos campos: la economía marxista y la teoría económica convencional.

b) El nacimiento y desarrollo de la teoría económica convencional

El nacimiento de la teoría económica convencional moderna se produjo alrededor de 1870, paralelamente a la aparición de la clase obrera como movimiento de masas potente, con el resurgimiento del movimiento obrero inglés después de la derrota del cartismo, la Comuna de París (1871), etc. En esos años, se publicaron las principales obras de los que se consideran fundadores de la escuela neoclásica: W.S.Jevons (1835-1882) en Inglaterra, K.Menger (1840-1921) en Austria y L.Walras (1834-1910) en Lausana. Sus postulados fundamentales han dominado la economía convencional desde entonces.

Después de la Comuna de París, el miedo que suscitó la obra de Marx hizo que la teoría económica alejara la atención de los antagonismos entre las clases sociales, por lo que la economía neoclásica, pretendidamente neutral y científica por excelencia, encontró una buena acogida. Su objetivo fundamental fue la explicación de la formación de los precios en un mercado perfecto en el que la piedra angular del análisis es el individuo libre, y no ningún conflicto entre clases antagónicas. Para los autores neoclásicos, la teoría del valor trabajo era pura metafísica y, por tanto, inútil cuando no perniciosa para analizar el funcionamiento de una economía y, en consecuencia, la abandonaron para sustituirla por una teoría subjetiva del valor, cuyos elementos fundamentales se tratarán en los epígrafes siguientes. En la medida en que desaparecían las clases sociales, en que capital y trabajo se ponían al mismo nivel como «factores de la producción» y en que mitificaban el mercado capitalista hasta el punto de describirlo como un mecanismo perfecto, la teoría económica neoclásica pasó de criticar el sistema capitalista a justificarlo.

Algunos economistas neoclásicos no ocultaron sus simpatías por el socialismo (Walras, por ejemplo) o, incluso, estuvieron ligados al movimiento obrero (Wicksell (1851-1926), un economista sueco, anterior a la aparición de la clase obrera en ese país). Pero fueron personajes contradictorios, ligados a la pequeña burguesía, en general, y sus análisis no se separaron sustancialmente de lo que era la corriente dominante. La mayoría, como no podía menos de ocurrir, nunca estuvo relacionada con el movimiento obrero, sino que, por el contrario, sus principales protagonistas estuvieron siempre ligados a los intereses de la burguesía o de la aristocracia aburguesada, se opusieron abiertamente a los trabajadores y fueron acérrimos críticos de Marx. Entre los fundadores, Jevons, por ejemplo, miembro de una familia burguesa arruinada, fue inspector de la casa de la moneda austriaca y atacó virulentamente a los sindicatos. Entre los continuadores, Pareto (1848-1923) fue durante más de 20 años director de una compañía italiana de ferrocarriles, Bohn-Bawer (1851-1914), el gran crítico de Marx del siglo XIX, fue ministro de hacienda del imperio austro-húngaro, y Marshall (1842-1924), el que más contribuyó a la extensión de la teoría económica neoclásica moderna, criticó las huelgas obreras en demanda de la jornada de ocho horas con gran odio de clase.

La teoría económica neoclásica fue la corriente dominante hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Fue en este período de 1870 a 1914 cuando se desarrollaron sus más importantes contribuciones, fundamentalmente de la mano de A. Marshall. Los años de crisis que precedieron a la Segunda Guerra Mundial hicieron que la economía neoclásica entrara también en crisis. En 1936, J.M. Keynes, un economista inglés de clara extracción burguesa, que se enriqueció aplicando sus conocimientos a la bolsa, publicó la «Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero», un libro que rompía con las concepciones estrechas que se habían mantenido hasta entonces y que sintonizaba más con las necesidades del capital para salir de la crisis en que se encontraba sumergido. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis actual, la teoría económica convencional tuvo una fuerte raíz keynesiana, lo que implicaba una política económica diferente a la neoclásica y una concepción también distinta del papel del Estado en la economía. Pero su base teórica siguió siendo la misma que la de los neoclásicos y, como

algunos autores mostraron mas tarde, desde el punto de vista metodológico y científico no suponía una ruptura tan grande con los neoclásicos como pareció al principio.

En la actualidad, la teoría económica convencional esta edificada sobre los cimientos que construyeron los economistas neoclásicos. Las teorías dominantes sobre la formación de los precios, la distribución de la renta, la demanda de dinero, los ciclos económicos, etc, en suma, sobre el funcionamiento de la economía, están basadas en sus principios fundamentales. Se imparte en la mayoría de las universidades de los países industriales, en las que se presenta como la elaboración científica por excelencia. En ella creen, de una u otra forma, la inmensa mayoría de los economistas no marxistas de todo el mundo, aunque es muy probable que, dado su carácter dominante, gran parte de ellos no sepa siquiera que son neoclásicos, o «nuevos clásicos», como se denominan actualmente en la literatura anglosajona, en un alarde de petulancia. En sus principios mas puros, es la teoría que anima el «neoliberalismo» que se ha extendido con la actual crisis económica pero, con algunas matizaciones, es también la base teórica de todos aquellos que proponen una salida de la crisis que no cuestiona la economía capitalista de mercado.

c) Las corrientes criticas actuales

El enorme desarrollo que ha experimentado la teoría económica desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha hecho que aparezcan corrientes criticas que no comparten, de una u otra forma, las posiciones fundamentales de la corriente dominante.

En primer lugar, no todos los economistas de formación neoclásica pueden considerarse ajenos al movimiento obrero y a los intereses de los trabajadores. El gran desarrollo científico de la Economía ha terminado dejando muy lejos a los principios básicos y, así, una parte minoritaria, pero significativa y sobre todo respetable, ha llegado a conclusiones que objetiva y subjetivamente les colocan en las filas de los trabajadores. Esto ha sido particularmente cierto por lo que se refiere a algunos de los que han continuado con la tradición keynesiana. Con ellos, los economistas marxistas tienen serios desacuerdos en los principios fundamentales. Pero están vinculados al movimiento obrero y, en lo que se refiere a sus propuestas para hacer frente a la crisis actual las diferencias no son abismales.

En segundo lugar, una parte de los economistas no marxistas han vuelto sus ojos a la Escuela Clásica. Durante la fase de expansión del «capitalismo tardío», en los 25 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, una serie de autores, en general de tradición keynesiana, comenzaron a preguntarse por lo que ocurriría con la economía a largo plazo, una pregunta que nunca se habían hecho los neoclásicos. Y la respuesta les llevo a cuestionar la teoría subjetiva del valor. En 1961, Piero Sraffa, un economista que en su juventud había sido amigo de Gramsci y que era el que sacaba sus escritos de la cárcel, publicó un libro ("Producción de mercancías por medio de mercancías: preludeo a una crítica de la teoría económica") que teniendo las dimensiones de un folleto infringió un golpe de muerte, desde el punto de vista teórico, a la teoría marginalista del valor, al tiempo que lanzaba a la economía hacia los derroteros de la Economía Política Clásica. En los años sesenta, se desarrolló un gran debate en el mundo académico, que se saldó con la derrota de los neoclásicos en el terreno teórico. Pero esto no significó que dejaran de tener influencia en la política económica de los gobiernos. Con la crisis económica, los principios neoclásicos han vuelto a resurgir de nuevo con gran fuerza en el mundo académico y se encuentran detrás de la ofensiva ideológica ultraliberal que se está desarrollando actualmente, de forma que las criticas concluyentes de los años anteriores parecen haberse olvidado. Pero ha quedado una escuela de economistas que se reclama de los principios de los clásicos frente a los neoclásicos. Sus análisis les han llevado a ser críticos también con Marx (en particular con aspectos fundamentales de la teoría del valor trabajo) y se reclaman del análisis de David Ricardo, enriquecido con las modernas técnicas de análisis económicos, pero han vuelto a adoptar un análisis de clase de la economía de mercado y se encuentran indiscutiblemente en las filas del movimiento obrero.

Finalmente, en contra de las apariencias, el desarrollo de la economía marxista, no vinculada en un principio al movimiento obrero militante, ha sido espectacular, particularmente en las universidades anglosajonas. Algunos, como un producto de su evolución desde la critica ricardiana a la economía neoclásica. Otros, ante los problemas que ha puesto sobre el tapete la crisis económica. Pero la realidad es que, en la actualidad, la economía marxista goza de una gran pluralidad y, en consecuencia, se ha visto enormemente enriquecida.

El resultado es que entre la economía marxista y la teoría económica convencional no hay un «terreno de nadie», por lo que hoy más que nunca hay que huir de todo esquematismo. Pero la teoría económica de raíz neoclásica sigue siendo la dominante. Sus principios fundamentales, en síntesis, son los siguientes.

2.2. NO SE PRODUCEN MERCANCIAS, SINO "BIENES"

La teoría del valor trabajo parte del análisis de la mercancía, porque la principal característica de la economía de mercado es la producción para la venta. Las mercancías deben servir para satisfacer alguna necesidad para que alguien las adquiera, pero en el análisis, esto ocupa un lugar secundario. Para la economía convencional, el principal objetivo de la economía de mercado no es la obtención de un beneficio, sino la satisfacción de las necesidades, aunque alguien debe obtener algún beneficio para que la producción tenga lugar. Es decir, invierte los términos y, en consecuencia, mitifica la economía de mercado, ocultando su característica fundamental: el móvil de la producción no es la satisfacción de las necesidades, sino obtener un beneficio. Dicha mitificación comienza por el abandono del concepto de mercancías, que es sustituido por el aparentemente más neutro de «bien económico».

La mercancía es un producto típico del capitalismo, el bien es un concepto aplicable a cualquier sociedad, ya sea precapitalista, capitalista o socialista. Un bien es toda cosa apta para satisfacer una necesidad humana y que está disponible para tal función, independientemente del carácter de la sociedad en que se da. Es un concepto «objetivo» y ahistórico que debe cumplir tres condiciones.

En primer lugar, debe existir una necesidad que sea susceptible de ser satisfecha por él. No todas las cosas son bienes: la vacuna de la viruela, por ejemplo, no lo es, porque esta enfermedad ha sido ya erradicada. Desde este punto de vista, son bienes tanto el autoconsumo de los campesinos o el trabajo doméstico, que no son mercancías, como las lechugas que se compran en el mercado o las camisas planchadas que se recogen en la tintorería, que sí lo son.

En segundo lugar, los bienes deben tener una aptitud técnica para satisfacer las necesidades a las que se dirigen. Un alimento pasado o una casa en ruinas no son bienes, porque el primero no sirve para la alimentación y la segunda no se puede utilizar como vivienda. La tierra baldía tampoco sería un bien, pues no satisface ninguna necesidad, aunque forzando las cosas, si lo es para el especulador que trafica con ella.

Finalmente, los bienes lo son en relación con el factor humano, de forma que el que satisface una necesidad con ellos debe conocer como utilizarlos. Por ejemplo, un ordenador personal no es un bien para un indio del Amazonas, porque no le satisface ninguna necesidad y no sabría operar con él. La necesidad y el conocimiento de como satisfacerla preceden al bien, ocultando el hecho de que muchas mercancías, por el solo hecho de ser producidas, crean la necesidad y la aptitud técnica para utilizarlas.

Pero no todos los bienes deben ser objeto del análisis económico. Los «bienes libres», como el aire, que satisface la necesidad de respirar, existen en la cantidad suficiente como para que todo el mundo pueda disponer de ellos sin tasa. La economía solo se debe ocupar de los «bienes económicos», que son aquellos cuya cantidad es insuficiente para satisfacer las necesidades de todos los individuos que los necesitan, es decir, que son escasos. Un bien puede ser libre para unos y económico para otros. El agua, por ejemplo, es un bien libre para los indios del Amazonas, pero es un bien económico para los habitantes del desierto.

Los bienes económicos pueden ser de dos tipos. Los «bienes directos» son los que proporcionan directamente la satisfacción de una necesidad. Todos los bienes de consumo estarían comprendidos en esta categoría. Los «bienes indirectos» son los que sirven para producir bienes directos, es decir, son todos aquellos que no satisfaciendo directamente una necesidad, sirven para producir otros que sí lo hacen. Entre ellos estarían comprendidos todos los medios de producción

2.3. TODOS SOMOS IGUALES

Para la teoría económica convencional, la investigación debe proceder de una manera análoga a la de las ciencias naturales pues, aunque los acontecimientos económicos no pueden ser estudiados bajo condiciones experimentales controladas, es posible simularlos con modelos abstractos que constituyen una aproximación científica a la realidad. En consecuencia, para la teoría convencional, la economía se libera del tiempo histórico y se aparta de las leyes de la historia. La búsqueda de las leyes históricas que mueven la sociedad, característica de la Economía Política Clásica y del marxismo, es reemplazada por el análisis abstracto de los procesos que mueven el mercado, como si se tratase de un fenómeno físico y no social. La primera consecuencia de este método es la no consideración de la existencia de clases sociales y su sustitución por un abstracto «individuo racional».

En la sociedad, puede haber capitalistas (individuos que compran fuerza de trabajo y medios de producción y venden mercancías) y trabajadores (personas que venden su fuerza de trabajo y con lo que obtienen por ello compran mercancías de consumo), pero todos ellos tienen un comportamiento que, en lo fundamental, es el mismo.

Con respecto a los bienes de consumo, el «individuo racional» buscará la máxima satisfacción de sus necesidades y da igual que sus ingresos provengan de los beneficios o de salarios, pues su origen no afectará en nada sustancial a su comportamiento. Dados sus ingresos y el conocimiento de los precios de los bienes que satisfacen sus necesidades, se los gastarán de forma que la satisfacción que obtienen sea la mayor posible. Es verdad que los capitalistas tienen más ingresos que los trabajadores, pero esto no cambia las cosas: solo significa que pueden satisfacer más necesidades porque sus ingresos son mayores, pero no que su comportamiento sea distinto. La diferencia fundamental no reside en el origen de los ingresos, sino en que los diferentes individuos los tienen diferentes. Algunas de estas desigualdades pueden estar justificadas, pues, por ejemplo, la sociedad debe premiar a todos aquellos que tienen más iniciativas, como los empresarios, o que están más cualificados, como las capas superiores de la clase obrera. Otras pueden ser injustas, pero se deben a que el mercado funciona mal, pues cuando lo hace bien, la libre competencia tiende a eliminarlas. Pero el hecho es que el «análisis científico» debe partir del comportamiento de este «individuo racional» medio y no de que el mismo sea capitalista o proletario.

Con respecto a su relación con la actividad productiva, las cosas son similares: en lo sustancial, nada diferencia el comportamiento de un trabajador y un capitalista, salvo en que ambos tienen diferentes posiciones en el mercado. La teoría del valor trabajo parte del hecho de que es este el único que le da valor a los bienes, pero esto no es correcto. En la realidad, la producción se realiza porque a la misma contribuyen varios «factores de la producción». Contribuye el «trabajo» aportando el esfuerzo humano y obtiene un precio por ello: el salario. Contribuye la «tierra» aportando sus productos, ya sean los de la agricultura o las materias primas con las que se realiza la producción, y obtiene un precio: la renta de la tierra. Y contribuye el «capital», facilitando los medios de producción con los que el trabajo transforma las materias primas, convirtiéndolas en bienes que sirven para satisfacer necesidades. Sus poseedores, que supieron abstenerse de su consumo, acumulando para que la sociedad produjera más en el futuro, obtienen una recompensa por la espera.

El «empresario» es una figura insustituible en la economía de mercado, pues es el que articula la conexión entre todos estos «factores de la producción». En efecto, su papel consiste en comprar factores productivos (los servicios del trabajo, la tierra y el capital), hacer que sea posible la producción de bienes que satisfacen las necesidades y venderlos en el mercado. Es normal que una actividad tan importante sea premiada con un beneficio.

Pero el comportamiento de los propietarios de los factores de la producción (trabajadores que poseen fuerza de trabajo o individuos que poseen materias primas o capital) no es diferente. De la misma forma que como consumidores todos ellos trataban de conseguir la máxima satisfacción de sus necesidades, dados sus ingresos, como «productores» todos ellos tratarán de obtener los máximos ingresos, dada su aportación a la producción. Es verdad que el comportamiento de cada uno de los factores de la producción tendrá características propias, pero esto no se deberá a que el comportamiento de los individuos que los poseen sea diferente (todos buscarán el máximo de ingresos), sino a que son diferentes "factores de la producción". Lo operativo es la distinción de los servicios, no la de los poseedores de los mismos. Para la teoría económica convencional, la distinción entre diferentes clases sociales solo pueden complicar las cosas inútilmente.

2.4 LAS COSAS VALEN MAS CUANTO MAS UTILES SON

Para la teoría del valor trabajo el valor de uso juega un papel muy limitado, porque no influye sobre el valor de cambio. En un contexto de escasez, el valor de una mercancía esta determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario que lleva incorporado y el cambio en los gustos de los individuos no influye sobre el mismo. Para la teoría económica convencional, el valor de un bien no es una cualidad intrínseca de las cosas y el trabajo no es el que les da valor. El valor de un bien se basa en la importancia que tiene para el individuo, de forma que si una necesidad desaparece, desaparece el valor de los bienes que la satisfacían. El valor de uso, que en su caso se llama «utilidad», juega un papel crucial en la determinación del valor, pues es el elemento fundamental que determina la función de demanda de cada bien. Su funcionamiento es el siguiente

La utilidad de un bien es la aptitud que tiene para satisfacer una necesidad. La utilidad del agua es que calma la sed. Pero toda necesidad pierde intensidad a medida que se satisface. Supongamos un naufrago que es recogido por un barco. El primer vaso de agua le proporcionará una gran utilidad, pues satisfará una necesidad muy apremiante, pero la del segundo será menor y si sigue bebiendo llegará un momento que puede transformarse en un suplicio, es decir, en que no le produzca ninguna utilidad, sino todo lo contrario, desutilidad. La utilidad que le añade cada vaso de agua, esto es, la utilidad adicional que le proporciona cada uno de ellos, es la utilidad marginal. Si bebe tres vasos de agua, la utilidad marginal del agua será la que le proporciona el tercer vaso, si bebe cinco, será la que le proporciona el quinto. La utilidad marginal del primer vaso será mayor que la del segundo y esta que la del tercero, y así sucesivamente. Es decir, la utilidad marginal es decreciente conforme se satisface una necesidad. No ocurre lo mismo con todas las necesidades (para un drogadicto, cada nueva dosis le proporcionará una utilidad mayor, puesto que crea hábito), pero el consumidor racional se comportará de esta forma para la mayoría de los bienes.

La utilidad de un bien será muy diferente de unos individuos a otros. Es posible, además, que no se pueda medir directamente. Pero el comportamiento de la mayoría de los individuos con respecto a la mayoría de los bienes será tal y como se ha descrito antes. El hecho de que existan bienes, como la droga, que tengan una utilidad marginal creciente, tampoco plantea ningún problema, pues basta con estudiarlos específicamente con el mismo método, pero considerando sus características peculiares. El valor de uso, la utilidad en la terminología de la teoría económica, tiene una importancia crucial, pues puede explicar las variaciones de la demanda de los distintos bienes.

El hecho de que la utilidad marginal sea decreciente juega un papel clave en la demanda de cada bien. Volvamos al ejemplo de las chaquetas del capítulo anterior. Para un individuo que sea racional, la utilidad que le proporciona la primera chaqueta que pueda comprar en el mercado será mucho mayor que la de la segunda (pues ahora ya tiene una y tiene menos necesidad de ella), esta, a su vez, mayor que la de la tercera, y así sucesivamente. Por tanto, el consumidor racional estará dispuesto a pagar menos por la segunda que por la primera, por la tercera que por la segunda, y así sucesivamente. Como ocurriera con la utilidad marginal, la demanda de chaquetas de este individuo será decreciente, y habrá que bajar el precio de las chaquetas para inducirlo a comprar mas.

Sumando los comportamientos de todos los consumidores se tendrá la función de demanda de chaquetas del conjunto de la sociedad, que nos dirá que cantidad se demanda a cada precio, según el criterio de que cuando baja el precio aumenta la cantidad demandada y viceversa. Un ejemplo de demanda podría ser el siguiente:

DEMANDA DE CHAQUETAS

precio de la chaqueta (libras) cantidad demandada a cada precio (unidades)

25	5,000
20	6,000
15	7,000
10	8,000

La explicación sería que cuando baja el precio hay más gente dispuesta a comprar chaquetas, porque no las tenían y ahora ya pueden, o porque teniendo otra, al nuevo precio les merece la pena tener dos. Dicha función de demanda, como se denomina, se podría representar como se ha hecho en el Gráfico 2.1.

A partir de aquí, utilidad y escasez son dos conceptos absolutamente inseparables. A corto plazo, si las fábricas existentes en la sociedad no pueden producir más que 6.000 chaquetas, el precio de cada una de ellas será de 20 libras. Pero, conforme más abundantes sean las chaquetas, menor será su precio, puesto que cada una de ellas satisfará necesidades menos intensas y la gente estará dispuesta a pagar menos para adquirirlas. Inversamente, si por alguna razón las chaquetas escasean, porque su producción se reduce a 5.000, su precio subirá hasta 25 libras. Por tanto, el valor de las chaquetas no depende de la cantidad de trabajo que haya costado producirlas, sino de la utilidad, esto es, del valor de uso, que las mismas tienen para los individuos, y de su escasez. El precio de un bien no es más que un indicador de su escasez en relación con las necesidades que satisface.

En un sistema real, los consumidores tienen que escoger entre más de un bien. No todas las necesidades tienen la misma importancia: la alimentación es más importante que las chaquetas, estas a su vez que ir al cine, y así sucesivamente. El consumidor no podrá satisfacer todas sus necesidades, dado que su renta es limitada. Comenzará por satisfacer la necesidad más apremiante, que es la alimentación. Pero una vez que se haya quitado algo de hambre, comer un poco más le dará menos satisfacción que comprarse una chaqueta, por lo que se comprará esta. Después irá al cine y, a partir de aquí, tendrá que decidir si cada nueva porción de renta se la gasta en comer más, comprarse una nueva chaqueta o ir otra vez al cine. Al final, si es un consumidor racional, habrá distribuido su consumo entre los diferentes bienes de forma que la satisfacción que le produce gastarse su última porción de renta en cada uno de ellos, sea idéntica. Pero, para cada uno de los tres bienes, las funciones de demanda serán como se ha descrito antes.

2.5. EL PRECIO Y EL VALOR ES LO MISMO

La demanda de un bien solo explica una parte de la formación del precio. La otra cuchilla de las tijeras es la oferta, que funciona de forma análoga a la demanda. Para aumentar la cantidad ofrecida de una mercancía se necesitará no solo más esfuerzo humano, sino también más materias primas y más maquinaria. El trabajo ya no es el único factor de la producción sino que hay otros dos: la tierra (que simboliza los recursos naturales, las materias primas, etc) y el capital (que se identifica con las máquinas, las plantas industriales, etc). De esta forma, queda eliminada la primacía del trabajo en la producción.

En la economía funciona lo que se denomina «ley de los rendimientos decrecientes», que consiste en lo siguiente. Si se supone fija la cantidad de uno de los factores de la producción (el capital, por ejemplo), cuando se aumenta la de cualquier otro (el trabajo por ejemplo), cada una de las unidades produce un rendimiento (aumenta la producción) inferior al de las anteriores. De la misma forma que la utilidad de la última unidad consumida de un bien era su utilidad marginal, el aumento que genera la última unidad empleada de un factor es su productividad marginal. La explicación es la siguiente.

A corto plazo, los empresarios no pueden aumentar el capital de que disponen (las máquinas), por lo que solamente podrán aumentar la producción utilizando más intensamente los otros dos factores de la

producción. Entonces, las máquinas se desgastarán más rápidamente debido a su uso intensivo, la productividad de los nuevos trabajadores cada vez será menor, porque las mismas máquinas son utilizadas por más obreros, etc. Los productores, al ofrecer sus servicios, sufren una «desutilidad» que es creciente, es decir, cada nuevo producto ofrecido en el mercado comporta un sacrificio mayor, no solo en términos de trabajo, sino de cualquier «recurso productivo».

Por tanto, la producción lleva consigo costes y sacrificios que aumentan conforme crece la cantidad ofrecida. Las empresas solo pueden ofrecer mayores cantidades de servicios productivos (tierra, trabajo y capital) a costes crecientes, por lo que solo aumentarán la oferta de sus productos cuando los precios suban suficientemente. De la misma forma que hay que bajar el precio de un bien para inducir a los consumidores a comprar más, habrá que subirlo para inducir a los empresarios a que produzcan mayor cantidad del mismo.

Retomemos el ejemplo del capítulo anterior relativo al empresario productor de chaquetas. Como se recordará, con una máquina y un trabajador producía 300 chaquetas al año y los costes de cada chaqueta eran los siguientes:

COSTE UNITARIO DE UNA CHAQUETA

Desgaste de máquina	2
Tela	5
Salarios	3
.	
Coste de la chaqueta	10
Beneficios	5
Precio de la chaqueta	15

Si desea aumentar la producción a 500 unidades, por ejemplo, deberá contratar a otro obrero cuya productividad será menor, porque no ha aumentado el número de máquinas. El resultado será que deberá pagar un nuevo salario, pero esta vez, en vez de producir 300 chaquetas al año, el nuevo trabajador solo producirá 200, por ejemplo. El coste de salarios de cada chaqueta habrá aumentado, porque antes con un salario se producían 300 chaquetas y ahora con 2 salarios se producen 500. De la misma forma, el uso intensivo de la máquina hará que se desgaste antes, con lo que también los costes aumentarán por esta vía. Las chaquetas ya no le saldrán a 15 libras sino, por ejemplo, a 20 y el empresario no estará dispuesto a aumentar la producción si el precio no es este.

Sumando los comportamientos de todos los empresarios productores de chaquetas se obtendría la función de oferta de chaquetas en el mercado. Este podría ser la siguiente:

OFERTA DE CHAQUETAS

precio de la chaqueta (libras)	cantidad ofrecida a cada precio (unidades)
15	5,000
20	6,000
25	7,000
30	8,000

Para el conjunto de los capitalistas que producen chaquetas, la curva de oferta sería como la que se ha representado en el Gráfico 2.1.

El mercado consigue poner de acuerdo a los intereses de demandantes y oferentes fijando un precio de equilibrio, que deja a todos satisfechos, al que se corresponde una cantidad demandada por los consumidores que es idéntica a la ofrecida por los productores. Un precio superior a este haría que las empresas estuvieran dispuestas a ofrecer más bienes que los que los consumidores están dispuestos a adquirir. Esto llevaría a las empresas a reducir el precio hasta que se diera salida a toda su producción. Inversamente, un precio inferior al de equilibrio llevaría a una producción inferior a la que los consumidores estarían dispuestos a demandar. Ante la escasez, estos últimos estarían dispuestos a pagar más, por lo que el precio se elevaría, induciendo a los empresarios a producir más, hasta que nuevamente el equilibrio se retomara.

Siguiendo con el ejemplo de las chaquetas, el equilibrio se conseguiría en el punto de intersección de las curvas de demanda y oferta del Gráfico 2.1. En ese punto, en el que el precio de la chaqueta es 20, los consumidores están dispuestos a comprar 6.000 chaquetas y los productores a fabricarlas, con lo que el mercado estaría en equilibrio. Si el precio fuera menor, 15 por ejemplo, en el mercado escasearían las chaquetas, pues a ese precio los consumidores demandarían 7.000 y los productores solo estarían dispuestos a ofrecer 5.000. El precio de las chaquetas se elevaría y se restauraría el equilibrio. Si el precio fuera mayor al de equilibrio, las cosas funcionarían de la misma forma, pero a la inversa.

En conclusión, para la teoría económica convencional, el valor de cambio de los bienes, que en su caso se confunde con el precio, no es la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlos, sino que está determinado por su valor de uso (detrás del cual está la demanda de los mismos) y los costes de producción (que son los que determinan la oferta).

2.6 A CADA CUAL LO SUYO

La teoría del valor subjetivo, que se ha explicado más arriba, implica el rechazo de cualquier esquema basado en clases sociales en el que haya una contradicción entre capital y trabajo y, por tanto, de la teoría de la explotación. Esta última es sustituida por una teoría de la distribución de la renta, según la cual cada factor productivo percibe rentas de acuerdo con su contribución al proceso de producción. Así:

a) Los propietarios de tierras agrícolas, de propiedades urbanas, de recursos naturales, etc, reciben una renta, que es la retribución que les corresponde por la utilización de estos factores de la producción, denominados primarios.

b) Los salarios son la recompensa del esfuerzo humano. Al contrario que en los clásicos, no los perciben solo los trabajadores, sino también el empresario, que tiene un «salario imputado» por su dirección de la producción.

c) Los propietarios del capital perciben un interés como recompensa de su espera, es decir, como pago por el sacrificio que implica renunciar al consumo presente para poder aumentar la producción futura.

Por tanto, desaparece el concepto de plusvalía tal y como se concibe en Marx, pues la misma se distribuye entre la renta de la tierra, los salarios de los empresarios y la retribución del capital invertido.

En este esquema, el mercado de trabajo, que funciona como un mercado más, ocupa un lugar central. La demanda de trabajo, esto es, el número de trabajadores al que los empresarios están dispuestos a dar empleo, viene determinada por el hecho de que sus rendimientos son decrecientes. Como se usan varios factores en la fabricación de un producto, cuando alguno de ellos se mantiene en una cantidad fija, sucesivos aumentos de los restantes dan lugar a aumentos de la producción cada vez más pequeños. Esto tiene una importancia decisiva para el trabajo, pues a corto plazo la cantidad de capital está dada. Dada una existencia de fábricas, máquinas, etc, con ellas trabajará un determinado número de obreros y cada aumento de estos que se haga se traducirá en un aumento de la producción, pero dicho aumento será cada vez más pequeño. De esta forma, los empresarios contratarán trabajadores hasta el punto en el que lo que aumenta la producción el último trabajador empleado (su productividad marginal) sea igual a lo que retira de la misma (su salario). Contratar a un trabajador adicional implicaría incurrir en pérdidas, porque habría que pagar un salario que sería superior a lo que dicho trabajador aumenta la producción. Igual que en cualquier otro mercado, la demanda de trabajo que realizan los empresarios dependerá de su precio, esto es, del salario: cuando se reduce el salario se contratarán a más trabajadores y viceversa.

La oferta de trabajo, esto es, el número de trabajadores que buscan un empleo, se determina de la misma manera. Los trabajadores son también individuos racionales y solamente estarán dispuestos a trabajar, venciendo su natural inclinación al ocio, cuando lo que perciban por el esfuerzo adicional les compense de ello. Por tanto, cuanto mayor sea el salario, mayor será el número de personas dispuestas a trabajar, y viceversa.

Como en los demás bienes, el mercado se encarga de garantizar el equilibrio, en este caso, de satisfacer a trabajadores y empresarios. Hay un salario de equilibrio, que se corresponde con la productividad del último trabajador contratado, al cual ningún empresario está dispuesto a contratar a ningún obrero más, porque tendría pérdidas, y ningún trabajador más estaría dispuesto a trabajar, porque no le recompensaría el esfuerzo. Un salario más bajo que este haría que los empresarios todavía pudieran obtener beneficios contratando a más trabajadores, pero no los encontrarían, por lo que estarían dispuestos a pagar más. Un salario más alto que el de equilibrio supondría la aparición de paro, pues habría más obreros dispuestos a trabajar que lo que los empresarios estarían dispuestos a emplear. Los salarios bajarían y así el equilibrio se restauraría.

El mercado consigue siempre el pleno empleo. Si aparece paro es porque alguien se empeña en que el mercado no funcione correctamente, esto es, porque los trabajadores se empeñan en mantener un salario superior al que se corresponde a la plena ocupación. Puede haber desequilibrios a corto plazo, porque en la realidad siempre existen fricciones, pero bastaría con que los salarios se redujeran convenientemente para que el paro desapareciera.

2.7. SI ESTAMOS PARADOS ES POR NUESTRA CULPA

Para la economía neoclásica, el mercado es la institución perfecta por excelencia, pues garantiza que cualquier aumento de la producción se traduzca inmediatamente en un aumento equivalente de la demanda que hará frente a la misma. En efecto, en una economía de trueque, en la que no existe dinero y se produce para satisfacer las necesidades y en la que cada productor cambia en el mercado el exceso de producción por encima de sus necesidades, no puede haber una superproducción generalizada de bienes, pues la producción excedentaria de cada persona constituye al mismo tiempo su demanda de otros bienes. Para la economía en su conjunto, la suma de las demandas tendrá que ser igual a la suma de las ofertas.

En una economía capitalista moderna, en la que existe dinero, las cosas funcionarán de la misma manera. Salvo el avaro excéntrico, los individuos racionales no desean dinero por el dinero mismo, por lo que no mantendrán ociosos volúmenes de dinero. Entonces, todo funciona exactamente igual que en una economía de trueque, pero con el dinero como intermediario, como decían los neoclásicos, con un «velo monetario». De esta forma, una duplicación de la cantidad de dinero supondrá una duplicación de los precios, pero los precios relativos (las relaciones de intercambio entre cada dos bienes) y los volúmenes de producción permanecerán inalterados, porque la cantidad de dinero no les influye.

Sin embargo, entre las dos guerras mundiales, el sistema económico de la mayoría de los países industriales se vio sacudido por una crisis sin precedentes. Como se verá en un capítulo posterior, la economía capitalista se encontraba en la fase descendente de una onda larga, que se desarrolló entre el final de la primera guerra mundial y el comienzo de la segunda. Era por tanto, un momento de crisis económica similar al que la economía capitalista está viviendo en la actualidad.

En Inglaterra, la crisis empezó en 1921 y continuó con pequeñas interrupciones a lo largo de los años treinta. Incluso en 1926 se realizó una masiva huelga general que no tenía precedentes en el mundo capitalista. Las severas condiciones de la depresión alcanzaron más tarde a los Estados Unidos. El «crash» de 1929 hizo crecer el paro, multiplicó las colas del pan y el subsidio de desempleo se extendió por todos los Estados Unidos.

A la vista de estos síntomas, que no se correspondían con la teoría, muchos economistas comenzaron a preguntarse si Marx no llevaba razón. La estructura neoclásica se había montado sobre el supuesto de que el pleno empleo era el nivel al que trabajaba la economía, que todo alejamiento de él sería coyuntural y que la propia economía generaría los remedios necesarios para volver a la normalidad. Pero esto no tenía nada que ver con la realidad de los años treinta: el paro alcanzaba proporciones inusitadas, la capacidad productiva ociosa era la norma y nada indicaba que esta situación se fuera a corregir por sí sola.

A pesar de ello, los economistas neoclásicos dieron alguna explicación a esta anomalía: todo se debía a la rigidez de los salarios provocada por los sindicatos, que impedía que funcionasen los ajustes del mercado hacia el pleno empleo. Pero evidentemente esto no era suficiente para explicar la gravedad de la crisis en la que se encontraba sumida la economía capitalista y mucho menos para buscarla remedios.

En 1936, Keynes explicó cuales eran los obstáculos, no previstos por los neoclásicos, para que el pleno empleo no se diera:

a) no se podía decir que la oferta generara siempre su propia demanda porque el dinero no es simplemente un «velo monetario». Si los empresarios que venden sus productos atesoraran el dinero de la venta, su oferta no habría creado una demanda, porque el poder adquisitivo producto de la misma se habría quedado en sus bolsillos y no habría sido devuelto al mercado. Y hay muchas razones para que las cosas funcionen de esta manera: pueden atesorar dinero por precaución, de cara al futuro incierto, o simplemente por razones especulativas, porque se puede guardar poder de compra en forma de dinero porque se piense que mañana las cosas serán mas baratas. Si esto es así, puede no producirse el pleno empleo porque no haya una demanda suficiente.

b) La demanda puede descender por otras razones. Puede hacerlo porque la demanda de consumo de los trabajadores sea insuficiente y no se gasten en el mercado todas sus rentas, o porque la demanda de inversión de los empresarios también lo sea, porque se hayan vuelto pesimistas o, simplemente, porque piensen que los beneficios que obtendrán con las mismas no les compensen suficientemente como para realizar la inversión.

c) Finalmente, como dicen los neoclásicos, el paro puede aparecer porque los salarios sean rígidos a la baja, esto es, porque se mantengan por encima del nivel que garantiza el pleno empleo. Pero para los keynesianos esto es un hecho real que ocurre siempre y cualquier explicación de la economía capitalista debe partir de el.

El resultado es que en la economía puede aparecer paro no solamente porque los salarios sean elevados, sino también porque la demanda que realmente se efectúa en la misma es inferior al nivel de producción que garantizaría el pleno empleo. En estas condiciones, la única solución es cambiar el papel del Estado en la economía capitalista: si la crisis aparece porque no hay demanda suficiente, el Estado debe garantizar que ello no ocurra interviniendo en la economía y realizando la demanda que falta, a través de inversiones publicas, por ejemplo. El Estado no puede ser el del siglo XIX, que propugnaban los liberales neoclásicos, que se limitaba al ejército y a la policía, esto es, a garantizar el funcionamiento del sistema capitalista. Su intervención en la economía capitalista debe ser activa. Pero como Keynes concluyo: «si nuestros controles centrales consiguen establecer un volumen de producción tan próximo al correspondiente al de pleno empleo como sea posible, la teoría neoclásica vuelve a tener su valor a partir de ese momento».

Enfrentado con los problemas del capitalismo real, Keynes formuló una serie de principios que llevaban a una política económica diferente a la liberal neoclásica. Dicha política implicaba un cambio en el papel del Estado en la economía capitalista, pero no fue la teoría la que provocó dicho cambio sino que, por el contrario, era la que se correspondía con las necesidades del capital para salir de la crisis en la fase depresiva de la onda larga, en la que estaba sumido. Por eso no supuso un cuestionamiento de los principios fundamentales de la economía neoclásica sino, solamente, una guía de actuación para que estos volvieran a regir plenamente. Con Keynes, como con los neoclásicos, la teoría subjetiva del valor y de la determinación de los precios, tal y como se ha expuesto mas arriba, siguió siendo el fundamento mismo del análisis económico.

3. SOLO LOS NECIOS CONFUNDEN VALOR Y PRECIO (LA ECONOMÍA DE MERCADO)

En el capítulo anterior, se expuso cual era el funcionamiento del mercado según la teoría económica dominante. Para ella, los precios nada tienen que ver con los valores trabajo porque hace abstracción de la existencia de dos clases antagónicas en la sociedad. Como consecuencia, los beneficios no son un producto de la explotación sino, simplemente, la retribución a uno de los factores de la producción: el capital. Este esquema oculta el papel fundamental que tiene la formación de la tasa de beneficio en la economía de mercado. Por encima de estas mitificaciones, el auténtico motor de la misma es la obtención de beneficios y no la satisfacción de las necesidades de la población y esto tiene como consecuencia que, incluso desde el punto de vista teórico, el mercado sea una institución muy alejada de la eficiencia que se le propugna. Frente a esta explicación, la Ley del Valor desvela la naturaleza profunda del mercado capitalista, su eficiencia y sus deficiencias decisivas.

Por otra parte, la teoría económica convencional hace abstracción de la historia y de las particulares condiciones reales en las que se da el mercado. En la época del capitalismo tardío, no existe un mercado tan perfecto como el que se explica en los libros y, además no ha existido nunca. En la realidad actual, la economía de mercado es una fuente de desigualdad social y de desequilibrios que dotan a la economía capitalista de una fuerte inestabilidad.

3.1. ¡VIVA EL MERCADO!

El problema central de toda organización económica es la escasez, esto es, el hecho de que no es posible satisfacer todas las necesidades de la sociedad porque los recursos que se requerirían para ello no están disponibles en la cantidad suficiente. Para sus defensores, la economía de mercado es un mecanismo casi perfecto para afrontar este problema, pues permite asignar los recursos productivos escasos de forma que la producción sea la máxima posible y la más adecuada a las necesidades de la sociedad.

En una economía de mercado, la demanda de los bienes expresa las necesidades de la sociedad y orienta las decisiones de los empresarios, que contratan factores productivos en el mercado libre y con ellos producen los bienes necesarios para hacer frente a dicha demanda. Oferta y demanda generan unos precios de equilibrio, que son indicadores de la escasez de cada uno de los bienes.

Con los ingresos que obtiene de la venta de sus productos, el empresario paga los costes de los materiales que ha utilizado en su producción. El resto se corresponde a la retribución de todos los factores que han intervenido en la producción, esto es, se distribuye entre salarios, rentas e intereses. Si el empresario es eficiente, todavía quedará un excedente que es su beneficio.

Para el conjunto de la sociedad, el valor generado será el importe de todos los bienes producidos menos el coste de los materiales que se han utilizado en su producción. Estos últimos deben de restarse pues, en caso contrario, se contarían dos veces: como producción de los mismos y como parte del valor de los productos que se elaboran con ellos. El importe de la venta de esta producción genera unos ingresos totales de la sociedad, que es la renta nacional, que se distribuye entre todos los que han participado en la misma. Es decir, todos los factores de la producción tienen una fuente de renta, su suma es la renta nacional y su importe coincide con el valor de la producción.

Una parte de la renta nacional se gastará en bienes de consumo y el resto se ahorrará. Dicho ahorro lo pueden efectuar los asalariados, los capitalistas o los terratenientes, pero esto no es lo importante. Cualquiera de ellos buscará prestarlos para obtener un interés que recompense el hecho de que se han abstenido de consumir toda su renta. Este ahorro será utilizado por los empresarios para invertirlo y expandir la producción. El aumento de la producción permitirá pagar más a los factores que han intervenido en la misma: a los que con su ahorro hicieron posible tal aumento, a los asalariados, etc. Es decir, habrá aumentado la renta nacional, cerrándose así el circuito.

Si el mercado funciona libremente, cualquier perturbación que se produzca en el sistema tenderá a ser corregida. Si un empresario se equivoca en sus decisiones de producción, ofreciendo un producto para el que no existe una demanda suficiente en el mercado, obtendrá una pérdida y, o corrige su actuación, o desaparecerá; si existe paro, solo se debe a que los trabajadores se empeñan en demandar un salario

superior al que determina el pleno empleo, etc. Además, el Estado debe intervenir en la economía para garantizar que el sistema funciona correctamente. La economía de mercado es, pues, un mecanismo casi perfecto que permite combinar la máxima eficiencia en la satisfacción de las necesidades con la máxima libertad de los individuos.

Este esquema, que en lo sustancial es el de los defensores de la economía de mercado, oculta e invierte el contenido real del sistema. Hay que empezar reconociendo las conquistas históricas del capitalismo. En la primera sección del Manifiesto Comunista, Marx y Engels comienzan realizando un elocuente homenaje a sus realizaciones históricas. El capitalismo ha comportado un enorme desarrollo de las fuerzas productivas y ha contribuido a liberar a la humanidad de la esclavitud de la naturaleza más que los modos de producción anteriores. Ello es así porque la burguesía, a diferencia de las clases dominantes de sistemas anteriores, no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente todos los instrumentos de producción y las relaciones sociales. Por un lado, los beneficios del capitalista no se dedican a su propio consumo, como ocurría con modos de producción anteriores, sino que se destinan en parte a ser reinvertidos para obtener mayores beneficios. Además, el mercado capitalista implica una fuerte competencia y un constante aumento de la producción de mercancías. Por otro, la necesidad de dar mayores salidas a sus productos implica un mercado mundial, lo que supone un carácter mundial de la producción y el consumo, la internacionalización del capital, etc. Finalmente, el perfeccionamiento de los medios de producción y el progreso de los medios de comunicación ha arrastrado a la «civilización» a todas las culturas del planeta.

Pero, inmediatamente, hay que pasar a denunciar al capitalismo como un gigantesco sistema de explotación. Como se ha visto, el objetivo de la producción no es la satisfacción de las necesidades humanas (producción de valores de uso), sino la obtención de un beneficio (valores de cambio). La economía convencional invierte la realidad: para ella el consumo es el fin de la producción, el beneficio se genera en la distribución oculta la explotación y hace abstracción del contexto histórico, sustituyéndolo por leyes naturales.

El mercado capitalista no es un sistema perfecto en el que todos los individuos son consumidores iguales, sino que existen dos clases antagónicas: los capitalistas, poseedores de los medios de producción y el proletariado, trabajador libre que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario como medio de subsistencia. Es un sistema basado en la explotación de unos muchos, que viven alienados, por unos pocos. En efecto, en los sistemas anteriores, la clase dominante obtenía el producto excedente por la vía de la coerción. En el capitalismo, lo obtiene a través del mercado: poseyendo los medios de producción, un contrato libre e igual para canjear salarios por fuerza de trabajo permite obtener el producto excedente. Así, el mercado capitalista está íntimamente ligado a la salvaguardia de la propiedad privada y el Estado como garante de las condiciones de producción capitalistas.

El hecho de que la apropiación del producto excedente se realice mediante mecanismos económicos y no coercitivos le da al capitalismo una legitimidad que no tenían los modos de producción anteriores. Pero, de todas formas, una minoría de la sociedad se sigue apropiando de un excedente que han producido otros. La explicación que se ha descrito más arriba pretende enmascarar este hecho, mitificando la economía de mercado. Esta mitificación comienza por la consideración de que su objetivo es la satisfacción de las necesidades y los precios un indicador de cómo se consigue. Pero el verdadero motor de la economía de mercado no es este, sino la búsqueda del máximo beneficio. Desvelar su funcionamiento exige retomar la teoría del valor y la explotación.

3.2. LAS REGLAS DEL JUEGO

La Ley del Valor, es el mecanismo objetivo que gobierna el intercambio de mercancías en una economía capitalista y, por medio de estas, el reparto del trabajo y de todos los recursos disponibles entre las diferentes ramas de actividad. Es el mecanismo que hace que las necesidades sociales reconocidas socialmente, que en el capitalismo son las que se pueden expresar porque existe un poder de compra para ellas, sean cubiertas por el trabajo que se realiza en la sociedad, aunque dicho trabajo social sea realizado bajo una forma privada y cada productor individual no conozca que necesidades precisas (cuantitativa y cualitativamente) debe satisfacer su producción.

Hemos visto que las mercancías se cambian según el trabajo que socialmente ha sido necesario realizar para producirlas. En el ejemplo que pusimos, una chaqueta (que costaba 15 horas de trabajo) se intercambiaba por tres pares de zapatos (cada uno de los cuales costaba 3 horas de trabajo). El cambio no

puede funcionar mas que con una equivalencia semejante pues, de otro modo, la actividad menos recompensada sería abandonada. Por ejemplo, si la chaqueta se cambiara por cuatro pares de zapatos, los productores de zapatos abandonarían esa actividad mal recompensada (les pagan menos horas de trabajo que las que han empleado en producirlos) para dedicarse a otra mas recompensada (las chaquetas, por ejemplo). Escasearían los zapatos y subiría su precio, con lo que se restauraría la regla de equivalencia de que una misma cantidad de trabajo se debe corresponder con una misma cantidad de valor en el cambio.

La ley del valor debe de basarse en criterios objetivos iguales para todos. Como se ha visto antes, si un sastre hubiera producido una chaqueta en 20 horas no obtendría mas que 15, pues este era el tiempo de trabajo socialmente requerido para producirla, dada la productividad media de esa sociedad. Si en la sociedad solo hubiera habido necesidad de una chaqueta, este sastre se hubiera quedado sin venderla (pues la hubiera vendido el que la produce en 10 horas) y se hubiera tenido que dedicar a producir otra cosa. Hay pues un mecanismo que gobierna el intercambio de todas las mercancías y que reparte el trabajo social (y el conjunto de los recursos de la sociedad) según las necesidades, siguiendo el criterio de máxima eficacia. Este mecanismo es la ley del valor

En las sociedades capitalistas avanzadas, la ley del valor funciona de una forma mas compleja a como aquí se ha descrito. La búsqueda del máximo beneficio hace que el capital se mueva de unas ramas productivas a otras y es a través de estos movimientos como juega la Ley del Valor, que sigue siendo el mecanismo fundamental que gobierna los intercambios y la distribución del trabajo y los recursos sociales disponibles.

3.3. NO SIEMPRE EL QUE MAS EXPLOTA ES EL QUE MAS GANA

En una economía de mercado, el total de la masa de beneficio que obtiene el conjunto de los capitalistas al vender sus mercancías es igual al total de la plusvalía que extraen a sus trabajadores. Esto es lógico, porque no es mas que el mismo problema visto desde dos puntos de vista diferentes. Pero esta regla no puede cumplirse para cada uno de los capitalistas individuales.

En efecto, en las ramas industriales que tengan una composición orgánica del capital mas baja tendrán una plusvalía mas alta, porque emplean mas capital variable, y, por tanto, su tasa de beneficio será mayor. Marx pone un ejemplo en el que esto se ve claramente. (Para simplificar, se supone que todas las ramas tienen la misma tasa de explotación):

TASAS DE EXPLOTACION Y BENEFICIO PARA DISTINTAS MERCANCIAS

Mercancía	capital constante c	capital variable v	tasa de explotación (p/v)	plusvalía p	valor c+v+p	tasa de beneficio p/(c+v)
1	80	20	100%	20	120	20%
2	70	30	100%	30	130	20%
3	60	40	100%	40	140	40%
4	85	15	100%	15	115	15%
5	95	5	100%	5	105	5%

Obsérvese que cada una de las mercancías cuenta con la misma cantidad de capital (100) aunque tienen diferentes composiciones orgánicas del capital. Esto lleva a que cada una de ellas tenga diferentes tasas de beneficio. El objetivo fundamental de la economía capitalista es la obtención del máximo beneficio, de forma que el capital se moverá de unas ramas a otras buscándole.

Si beneficio y plusvalía coincidieran, el capital se dirigiría a la mercancía 3 y abandonaría las restantes. Entonces, habría un exceso de producción de dicha mercancía, con lo que sus precios deberían caer y los beneficios de los capitalistas que la producen disminuir. De la misma forma, habría un déficit en

la producción de las restantes, sus precios aumentarían y sus beneficios también. Como consecuencia, los movimientos del capital en busca de mayores beneficios producirían una tendencia a la igualación de las tasas de beneficio de todas las ramas industriales. El resultado es que habría algunos sectores que obtendrían mas beneficios que la plusvalía que extraen de sus trabajadores y otros en los que ocurriría lo contrario. El proceso a través del cual esto se produciría sería el siguiente:

Empecemos observando en el ejemplo anterior que las mercancías que tienen una mayor composición orgánica del capital tienen una tasa de beneficio mas baja, lo que parece contradecir a la realidad, en la que los capitalistas que cuentan con mas maquinaria tienen una tasa de beneficio mas alta. Esto es así porque en el ejemplo hemos supuesto que todo el capital constante se consume en el período, lo que está alejado de la realidad. Completemos, pues el ejemplo, como hemos hecho en el siguiente cuadro:

LOS PRECIOS DE PRODUCCION Y LA TASA DE BENEFICIO GENERAL

Mercancía	capital constante c	capital variable v	tasa de explotación (p/v)	plusvalía p	capital constante c'	valor c'+v+p	precio de coste c'+ v	tasa de beneficio	precio de producción
1	80	20	100%	20	50	90	70	22%	92
2	70	30	100%	30	51	111	81	22%	103
3	60	40	100%	40	51	131	91	22%	113
4	85	15	100%	15	40	70	55	22%	77
5	95	5	100%	5	10	20	15	22%	37
TOTAL	390	110		110	202	422	312		422

TASA DE BENEFICIO MEDIA = (110/500) = 22%

Tomemos dos mercancías del cuadro:

-La mercancía 1, emplea un capital total de 100 distribuido en 80 de capital constante (de los que en el proceso productivo solo se consumen 50) y 20 de capital variable. Su valor será de 90: 50 del capital constante, mas 20 del capital variable, mas 20 de la plusvalía (pues la tasa de explotación es del 100%). Su tasa de beneficio es del 20% (20 de plusvalía con 100 de capital total).

-La mercancía 3, emplea un capital total de 100, distribuido en 60 de capital constante (de los que consume 51 en el proceso productivo) y 40 de capital variable. Su valor será de 131: 51 de capital constante consumido, mas 40 de capital variable mas 40 de plusvalía. Su tasa de beneficio será del 40% (40 de plusvalía con 100 de capital total).

Los capitalistas que producen ambas mercancías han hecho la misma inversión de 100, pero sus composiciones orgánicas del capital son diferentes (80/20 el primero, 60/40 el segundo). Como la plusvalía es producida por el trabajo vivo, el que ha empleado mas capital variable tendrá una plusvalía mayor (en este caso, el de la mercancía 3) y si la realizara toda tendría un beneficio mayor y una tasa de beneficio mayor. Si esto ocurriera, los capitalistas que producen la mercancía 1 se irían a producir la mercancía 3 que da mas beneficio. La competencia haría bajar el beneficio de la mercancía 3 y subir el de la 1 y las tasas de beneficio se irían igualando.

La competencia redistribuye la plusvalía conjunta de todos los capitalistas, nivelando la tasa de beneficio de todas las ramas industriales. En el ejemplo, la plusvalía conjunta de todos los capitalistas (la suma de las plusvalías de todos ellos) es 110 y el capital total de los cinco (la suma de los de todos ellos) es de 500. La tasa de beneficio general es, por tanto del 22% (110 de plusvalía es el 22% del capital total de 500).

Cada uno de los dos capitalistas obtendría el 22% del capital total invertido (22 pues cada uno de ellos tiene un capital de 100) y el precio de producción se obtendrá sumando este beneficio a los costes. Por tanto:

-el precio de producción de la mercancía 1 será de 92 (50 de capital constante, mas 20 de capital variable, mas 22 de beneficio). Su precio seria superior en 2 a su valor y su beneficio también seria superior en 2 a la plusvalía.

-el precio de producción de la mercancía 3 será de 113 (51 de capital constante, mas 40 de capital variable, mas 22 de beneficio). Su precio será inferior en 18 a su valor y su capitalista habrá realizado solo 22 de la plusvalía de 40 que había extraído a sus trabajadores.

Unos capitalistas (los que emplean mas capital constante) obtendrán mas beneficios que la plusvalía que extraen. Otros capitalistas (los que emplean mas trabajo vivo) obtendrán menos Pero la plusvalía total de todos ellos es igual a la suma de los beneficios. Lo único que ha pasado es que se ha producido una redistribución de acuerdo con el capital invertido.

Así pues, los capitalistas no irán buscando la máxima plusvalía, sino la obtención de los máximos beneficios en el mercado. Esto depende, en primer lugar, de la intensidad con la que exploten a sus trabajadores pero, en segundo lugar, de como se sitúen en la competencia entre todos ellos. Una composición orgánica del capital mas alta implicará una plusvalía total menor, pero también una productividad mayor, unos costes mas reducidos y, por tanto, unos beneficios mayores. Se llevarán del mercado, no solo la plusvalía que obtienen de sus trabajadores, sino también parte de la que obtienen los demás a los suyos. Dicho en palabras llanas, no les interesará tanto la cantidad de plusvalía que aportan a la plusvalía total de todos ellos, como lo que retiran de la misma. Y la mejor forma para ello es aumentar la productividad dotando a sus trabajadores de mas máquinas. Igual que le ocurría al sastre del ejemplo, el mercado les premiará su mayor productividad, haciendo que obtengan mas beneficios que plusvalía.

La tasa de beneficio general no es simplemente teórica, aunque así pudiera parecerlo por la argumentación utilizada. En la realidad, se pueden dar diferentes tasas de beneficio, pero siempre existe una aproximación a la tasa de beneficio general, aproximación que es mayor cuanto mas desarrollado este el modo de producción capitalista. Esto se debe a que las mercancías se intercambian como productos del capital, por lo que los beneficios que se obtienen con ellas son fundamentales. Si los medios de producción fueran propiedad de los trabajadores, sería indiferente la diversidad de las tasas de beneficio que implicarían diferentes composiciones orgánicas del capital, porque los recursos no se asignarían siguiendo el criterio de obtener el máximo de beneficio, sino de atender a las necesidades sociales. Pero como son propiedad de los capitalistas y estos están interesados en el máximo beneficio, estos mueven su capital de unas ramas a otras buscándolo. La competencia consigue que las tasas de beneficio tiendan a igualarse.

3.4 SOLO LOS NECIOS CONFUNDEN VALOR Y PRECIO

Cuando vimos la teoría del valor y la explotación, vimos la diferencia que había entre valor individual y valor de cambio. Cada mercancía tiene un valor individual, es decir, ha costado un determinado numero de horas producirla. Pero su valor de cambio no está determinado por las horas concretas que costó producirla, sino por las socialmente necesarias, al nivel medio de productividad en esa sociedad en esa época.

Como se ha visto en epígrafe anterior, las mercancías no se cambian a su valores de cambio, sino a los precios de producción. En este sentido, los precios de producción no son mas que formas transmutadas del valor. Son los precios que resultan de la redistribución de la plusvalía total que hace que se iguale la tasa de beneficio de todos los capitalistas. Los precios de producción no son mas que valores trabajo corregidos para que la plusvalía que los capitalistas realizan sea una proporción constante del capital que han invertido. Por tanto, están medidos en horas de trabajo (como los valores de cambio). Para medirlos en dinero, hay que dividirlos por el precio de producción del oro (recordar el capítulo relativo a valor y precio).

Los precios de mercado pueden diferir de los precios de producción medidos en dinero por razones muy diversas. Las fluctuaciones erráticas que normalmente se registran en la demanda de una mercancía, por ejemplo, provocarán fluctuaciones en los precios de la misma. Pero los precios de mercado se moverán alrededor de los precios de producción y, por tanto, están determinados por los valores. Cuando disminuye el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía, se producirá una tendencia a que disminuya su precio y, cuando aumenta, su precio tenderá a aumentar también.

Sin embargo, para que los precios se muevan de acuerdo con sus valores, se requieren algunos requisitos: que sea un mercado estable, no accidental ni ocasional; que se intercambien grandes cantidades, y que no existan monopolios que puedan desvirtuar los precios. Entonces, los valores serán el punto de gravitación en torno al que giraran los precios.

3.5 EL MERCADO ES MARAVILLOSO, SOBRE TODO PARA ALGUNOS

El análisis del mercado hecho desde la perspectiva de la Ley del Valor se diferencia considerablemente del que realiza la economía convencional. La teoría del valor trabajo pone de manifiesto que los beneficios no son una retribución a la espera del capital. El conjunto de los beneficios de una sociedad no es ni más ni menos que la suma de las plusvalías que obtienen todos sus capitalistas, esto es, es el producto excedente que se apropia la clase dominante con la explotación de los trabajadores. Es producido por la fuerza de trabajo y los propietarios de los medios de producción no lo son porque se hubieran abstenido antes de consumir su renta, sino porque han invertido la plusvalía que obtuvieron en el pasado. En la producción no intervienen «factores de la producción», sino trabajo vivo o trabajo muerto incorporado al capital. El mercado es, pues, un mecanismo que permite perpetuar la apropiación del producto excedente por parte de una minoría y las rentas del capital no son ninguna retribución a la espera sino pura y simple explotación.

La retribución del capital no se corresponde con su «productividad marginal». Lo que cada capitalista obtiene es una parte del total que todos ellos han expropiado a la fuerza de trabajo. Lo que hace el mercado es redistribuir esta masa de plusvalía total entre cada uno de ellos, de forma que se tienda a igualar la tasa de beneficio. La tasa de beneficio, además, ocupa un lugar central en la determinación de los precios. Todas estas son conclusiones que la economía convencional deja ocultas al mitificar el mercado.

El mercado tampoco es el mecanismo casi perfecto y eficiente que propugnan sus defensores. El problema central de toda sociedad es la escasez, es decir, el hecho de que los recursos disponibles son insuficientes para satisfacer las necesidades sociales. La Ley del valor es el mecanismo objetivo que gobierna el intercambio de mercancías en una economía capitalista y, por medio de ellas, el reparto del trabajo y de todos los recursos disponibles entre las diferentes ramas de actividad. Garantiza que el trabajo socialmente necesario se dedica a la producción de mercancías que satisfacen las necesidades sociales, aunque cada productor individual no conozca que necesidades precisas debe satisfacer su producción. En esto consiste, en sustancia, la eficiencia del mercado. Pero hay algunas observaciones que hacer.

En primer lugar, el mercado asignará los recursos disponibles para satisfacer solo las necesidades que se pueden expresar porque alguien paga por ellas. Dada la desigualdad que lleva implícita, el mercado tenderá a expresar más las necesidades de los ricos, que las pueden pagar, que la de los pobres y, en consecuencia, una parte de los recursos se asignará a la producción de mercancías de lujo, mientras que la producción de bienes de primera necesidad es insuficiente. Las necesidades que no se pueden pagar no existen para el mercado, por muy importantes para la humanidad que sean. Además, la condición de que las necesidades se cubran es que alguien obtenga un beneficio en su satisfacción. En la economía de mercado actual se busca la eficiencia y el equilibrio económico, pero no importan los costes sociales. El hambre en Etiopía o la pobreza en los países desarrollados, por ejemplo, se consideran una consecuencia inevitable, que se resuelve, muy insuficientemente, no a través del mercado, sino con caridad, asistencia social, etc.

En segundo lugar, la ley del valor pone claramente de manifiesto el carácter social que objetivamente tiene la producción capitalista: aunque cada uno de ellos no lo sepa, hay una ley objetiva y común para todos, de la que no se puede sustraer, que gobierna la producción, incluida la suya. Este carácter objetivamente social de la producción capitalista, contrasta con un sistema en el que las decisiones se toman individualmente tomando como base la información que da el mercado. En efecto, las necesidades no preceden a las decisiones de producción, sino al contrario, primero se realiza la producción y después se comprueba si es coherente con las necesidades que expresa el mercado. La asignación de recursos se realiza «ex post», esto es, el mercado funciona indicando a los capitalistas que se han equivocado cuando ya es demasiado tarde. Nada garantiza que la suma de las decisiones individuales de los empresarios coincida con las necesidades globales de la sociedad. Es decir, el carácter anárquico de la economía capitalista, basada en la primacía del individuo, contrasta con el carácter objetivo que tiene la producción, puesto que debe satisfacer las necesidades globales de la sociedad. La consecuencia es una inevitable dilapidación de recursos (mercancías que no se venden mientras que

faltan otras, reconversiones para la destrucción de sectores enteros, supervivencia del desempleo mientras que existen necesidades sin satisfacer a las que se podría dedicar esta fuerza de trabajo, etc), y la aparición de crisis industriales periódicas derivadas de una tendencia objetiva a la sobreproducción, que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas.

Finalmente, la búsqueda del máximo beneficio obstaculiza el desarrollo de nuevos productos y nuevas tecnologías cuando estas no son rentables (como ocurre con la energía solar), impide el aprovechamiento racional de los recursos tecnológicos existentes y tiene efectos destructivos (progresiva destrucción del medio ambiente, desarrollo de industrias de armamentos y de tecnologías peligrosas, como la nuclear, etc).

Pero el mercado no solo plantea problemas de eficiencia, sino también de equidad. La desigualdad social es consustancial a la economía de mercado que, además, tiende a ampliarla. Todos los individuos no son iguales sino que existen dos clases sociales fundamentales: los capitalistas poseedores de los medios de producción, que deciden a que dedicar los recursos productivos, y los trabajadores, personas que libremente se ven obligadas, por razones económicas, a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario como medio de subsistencia. Ambas clases ocupan un lugar muy distinto en la producción y en la vida social: los primeros son los que explotan y se apropian del producto excedente, los segundos son los explotados. Además, dentro de los trabajadores, la desigualdad tiende también a ampliarse: entre trabajadores intelectuales y manuales, técnicos y obreros, fijos y temporales, etc. Esta desigualdad social se traduce en una distribución de las rentas que no es equitativa, por lo que los precios de demanda no reflejaran las necesidades de los individuos, sino de los ingresos de la mayoría de la población, cuya baja renta les obliga a prescindir de algunos bienes necesarios, y de los de una minoría, que demanda mercancías de lujo.

3.6 ¿EN QUE HA QUEDADO LA LIBRE COMPETENCIA?

Hasta el último cuarto del siglo pasado, la economía de mercado estuvo basada fundamentalmente en la libre competencia. En cada sector industrial había un gran número de empresas independientes, ninguna de las cuales podía llegar a dominar el mercado, pero esta situación se fue modificando hasta que en cada uno de ellos solo quedó un conjunto muy reducido de empresas que concentraban un enorme porcentaje de la producción. Fue una consecuencia lógica del proceso de concentración y centralización del capital que se ha dado históricamente en el desarrollo del capitalismo.

En efecto, para competir en mejores condiciones, cada empresa debe reducir los costes de producción, pero esto solo se puede conseguir aumentando la productividad del trabajo. Las grandes concentraciones de capital están en mejores condiciones para ello y expulsan a los pequeños capitales de la producción, absorbiéndolos. Se produjo así un aumento del tamaño de las empresas y una disminución del número de las mismas. Este proceso se vio facilitado también por las consecuencias de la segunda revolución industrial. A raíz de ella se desarrollaron toda una serie de industrias (electricidad, petróleo, automóvil, química, etc) que necesitaban unas inversiones mucho más importantes que las que requerían los antiguos sectores industriales, lo que redujo el número de competidores potenciales.

La disminución del número de empresas y el aumento de su tamaño permitieron que estas llegaran a acuerdos para repartirse el mercado, impedir que se produjeran bajadas de precios, etc. Se crearon **cárteles o sindicatos de empresas** (acuerdos en los que cada firma conserva su independencia, pero todas las que lo componen están ligados por contratos para comprar o vender y controlar así el mercado), **trust** (grupos de sociedades en la que cada una de ellas confía sus acciones a una sociedad común, recibiendo a cambio una participación en la misma; la independencia de cada una desaparece), **holdings o grupos financieros** (sociedad financiera que controla las empresas de distintas ramas por poseer una parte importante o el total del capital de cada una de ellas), etc. De esta forma, fue reduciéndose la libre competencia, que teóricamente caracteriza a la economía de mercado, y desarrollándose el capitalismo de los monopolios.

Este mismo proceso de concentración y centralización del capital se dio también entre la banca, hasta llegar a la situación actual en la que un número muy reducido de grandes bancos dominan la inmensa mayoría del mundo financiero. Ejercen un monopolio de hecho en la concesión de créditos, lo que les permite discriminar en favor de los monopolios, favorecer la concentración industrial con el objetivo de garantizar mejor los créditos o, a cambio de ellos, participar en el capital de las grandes empresas industriales. Se ha desarrollado así un capitalismo financiero que va indisolublemente ligado al de los

monopolios. En la cúspide del poder de la economía de mercado actual, se encuentran grupos financieros que controlan bancos, compañías de seguros, grupos de empresas industriales, de transportes, comerciales, etc.

Esto no quiere decir que se haya eliminado completamente la competencia. Siguen existiendo sectores en los que el papel de los monopolios es escaso o, incluso, reducido; no se ha llegado a una situación en la que en cada rama industrial exista una sola empresa; existe competencia entre los monopolios, aunque esta no se produce por la vía del precio, sino mediante la reducción de los costes, la publicidad, etc. Además, mas allá de un determinado límite, los monopolios no pueden fijar sus precios de una forma arbitraria, porque un precio excesivo haría descender la demanda, provocando un recrudecimiento de la competencia, y podría hacer que aparecieran pequeños capitalistas ofreciendo los productos a un precio mas bajo. Así pues, la ley del valor sigue actuando, pero el funcionamiento del capitalismo de los monopolios está muy alejado de la idealizada economía de mercado que propugnan sus defensores.

a) La limitación de la producción

En el capitalismo de libre competencia, el mercado orienta a los empresarios que dirigen sus inversiones para cubrir la demandas. Este es el papel del mercado como mecanismo de asignador de los recursos productivos de forma que se satisfagan las necesidades sociales que se expresan en el mercado. Como se ha visto, esto no significa que todas las necesidades sean cubiertas ni que sea un proceso que se produce sin contradicciones, porque nada garantiza que la suma de las decisiones individuales de producción se ajusta a la demanda. Pero, cuando la demanda crece, la producción tiende a aumentar. En el capitalismo de los monopolios, este mecanismo se ve alterado profundamente.

Los monopolios pueden imponer al mercado precios mas elevados que los que se corresponden a los precios de producción, puesto que la competencia está restringida. Pero solo lo pueden hacer siempre y cuando la producción sea menor que la demanda que expresa el mercado, pues en caso contrario se les quedarían mercancías sin vender, lo que disminuiría sus beneficios, o si las quisieran dar salida, se produciría un hundimiento de los precios. Por tanto, los monopolios no planificarán ningún aumento de la producción si su absorción por el mercado no está garantizada. Además, preferirán equivocarse restringiendo la producción pues si esta es menor que la demanda, los precios subirán y sus beneficios aumentarán, mientras que si es mayor, los precios descenderán y no podrán obtener superbeneficios. En resumen, no tienen nada que perder y mucho que ganar limitando la producción.

La producción no solo se ve limitada en cantidad, sino también en calidad. La necesidad de mantener un mercado amplio y estable y las posibilidades de conseguirlo llevan a deteriorar la calidad de los bienes duraderos para que se estropeen al cabo de un tiempo y vuelva haber una demanda de los mismos (bombillas con menor período de vida que el técnicamente sería posible, televisores o vehículos que se estropean al cabo de un período de uso corto, etc). Por otra parte, las técnicas publicitarias permiten crear una demanda de sus productos, independientemente de que la necesidad exista previamente o no o de que sea la mercancía mas idónea para satisfacerla. Los monopolios suponen, pues, un obstáculo para la satisfacción de las necesidades sociales, tanto por que limitan la producción, como porque implican un deterioro de los productos o demandas artificiales.

b) Los superbeneficios de los monopolistas

La existencia de monopolios ha alterado la distribución de la plusvalía entre los distintos capitalistas, de forma que la ley del valor también se ve alterada en este aspecto. Como se ha visto en los epígrafes anteriores, en una economía competitiva, las empresas mas productivas obtienen unos beneficios mayores que la plusvalía que extraen de sus trabajadores, a costa de que en las menos productivas ocurra lo contrario, es decir, las primeras se apropian de una parte de la plusvalía que producen los trabajadores de las empresas menos productivas, pero la tasa de beneficio de todas ellas tiende a igualarse. Este es el juego de la ley del valor: la sociedad tiende a premiar a los capitalistas que ahorran trabajo social y a castigar a los que lo desperdician. Es este mecanismo el que hace que los recursos productivos se dirijan a satisfacer las necesidades que expresa el mercado

En el capitalismo de los monopolios, esta tendencia a la igualación de la tasa de beneficio no se produce. La existencia de monopolios no afecta al nivel de la tasa de beneficio media porque la masa total de plusvalía es la misma, existan monopolios o no, y el capital total también. Pero estos pueden imponer un precio superior al que resultaría de la libre competencia y obtener así una tasa de beneficio mayor que la

media y mantenerla por encima durante largo tiempo. Estos superbeneficios los obtienen a costa de las empresas que operan en los sectores no monopolizados, cuya tasa de beneficio se reduce por debajo de la media y tiende a mantenerse así. La consecuencia es que los monopolios cuentan con un capital adicional, producto de unos beneficios mas elevados, lo que les permite ser ellos los que deciden en mayor medida la asignación de los recursos y no un idealizado mercado competitivo que no existe.

c) El imperialismo y las multinacionales

Los monopolios poseen un gran capital, como resultado de los superbeneficios que obtienen, mientras que la acumulación de capital en el propio país se ve limitada como consecuencia de las restricciones al aumento de la producción que deben imponer para conseguir dichos superbeneficios. El resultado es una tendencia a la exportación de capitales hacia países donde puedan obtener materias primas baratas, realizar producciones complementarias u obtener un beneficio superior al de los sectores competitivos del propio país.

Mientras que el capitalismo operaba en el mercado mundial únicamente para vender mercancías y comprar materias primas, su interés en una fuerza militar no iba mas allá del control de las fuentes de materias primas. Pero los capitales invertidos en el exterior solo se amortizan cuando ha pasado un determinado numero de años, lo que hace que haya un interés especial en mantener un control permanente sobre los países en que se invierten. De esta forma, el capitalismo de los monopolios va ligado al imperialismo, esto es, al reparto del mundo en imperios coloniales y en zonas de influencia de las grandes potencias imperialistas. Este reparto del mundo se realizó en el último cuarto del siglo pasado, según la correlación de fuerzas existente en ese momento, dando lugar a lo que se conoce como la "época del imperialismo clásico", que discurrió hasta el final de la primera guerra mundial. La clase dominante de los países imperialista extraía de los países coloniales y semicoloniales unos superbeneficios que eran repatriados hacia la metrópoli. La división internacional del trabajo se basaba en el cambio de productos manufacturados de los países imperialistas por materias primas de las colonias, a través de un intercambio desigual en el que los países pobres cambian cantidades de trabajo superiores, pero menos intensivo, por cantidades de trabajo mas reducidas, aunque mas intensivas. Todo este mecanismo era impuesto directamente por la fuerza por la metrópoli.

En la actualidad, el capital se ha hecho transnacional y la compañía multinacional es la célula básica del capitalismo. Los capitales ya no se dirigen solamente de los países imperialistas a las colonias, sino de unos países imperialistas a otros. Pero el mecanismo de explotación de los países dependientes es similar y las multinacionales, la "célula básica" del capitalismo tardío, de la misma forma que los monopolios lo eran del imperialismo clásico, reúnen fundamentalmente las características que se han señalado a estos últimos pero actúan en un plano mundial.

3.7. ¿QUE QUEDA DE LOS MODELOS IDEALES?

Los teóricos del mercado no incluyen en sus análisis el carácter histórico de la economía capitalista. Cuando proponen medidas políticas son, por supuesto, mucho mas realistas, pero esto sucede porque una cosa es que sus teorías hagan abstracción de las clases sociales y otra muy diferente que no sepan que existen y no las consideren. Por eso, a los esquemas ideales de libre competencia que utilizan debe contraponerse también el mercado existente en el «capitalismo real».

En primer lugar, el mercado no puede desligarse del contexto políticos e histórico en que se da. No es un mecanismo abstracto, sino un hecho real. Puede ser de libre competencia, de monopolios, de multinacionales, etc, y en todos ellos la asignación de recursos se hace ex post, pero no con la misma eficiencia capitalista. La inflación galopante en América latina, por ejemplo, y, particularmente en Argentina, se produce en una economía de mercado pero, ¿alguien estaría dispuesto a hablar de la eficiencia del mercado en este caso?. Puede coexistir con autocracias o con formas avanzadas de democracia parlamentaria y su funcionamiento no es el mismo. En Chile, por ejemplo, ¿el saneamiento relativo que se ha producido en su economía se debe a las virtudes del mercado o a la forma represiva con la que la dictadura de Pinochet ha forzado la extracción del excedente?. Puede agravar la miseria de amplias masas (como ocurrió en los siglos XVIII y XIX y ocurre en el tercer mundo hoy) o permitir aumentos sensibles del nivel de vida medio (como sucedió en los países occidentales en los 30 años previos a la I guerra mundial y en los 25 años posteriores a la segunda). Situaciones tan diferentes no pueden explicarse solamente por el mercado.

En segundo lugar, el capital recurre cada vez mas a mecanismos que no son los del mercado para su funcionamiento. Se ha producido una reducción drástica del trabajo asignado en el mercado respecto al trabajo asignado directamente, como consecuencia de que las empresas cada vez mas acuden a la planificación. En la época de las multinacionales, el plan se hace internacional y afecta a múltiples empresas. Como es lógico, no son los precios de mercado los que rigen las transacciones entre todas las factorías de Ford esparcidas por el mundo, sino una planificación cuidadosamente realizada.

Finalmente, es importante señalar que una parte sustancial de los recursos productivos no esta asignada con criterios de mercado y su actividad no se rige por los precios. La sanidad y la seguridad social, conquistas de los trabajadores, son necesidades que, en los países occidentales, se financian en gran parte con cuotas que se descuentan en las nóminas, pero sus servicios no se compran en el mercados, es decir, cuando se prestan nadie debe pagar un precio en ese momento.

Estos cambios, por lo que se refiere al funcionamiento del mercado, han tenido efectos positivos (el aumento de la protección social) y negativos (monopolios y superbeneicios, fijación de precios por largos períodos que no tienen que ver con los de equilibrio del mercado, superexplotación y miseria del tercer mundo, etc). Pero hoy, sus efectos negativos son evidentes: la crisis económica actual, con sus secuelas de paro y deterioro del nivel de vida de las masas, los problemas derivados de un mercado mundial capitalista (el problema norte-sur y la pobreza en el tercer mundo), la agresión ecológica, etc, son una prueba palpable de ello.

4. ¿LAS COSAS VALEN LO QUE QUIEREN LOS BUROCRATAS? (EL MERCADO EN LA PLANIFICACION SOCIALISTA)

La lucha por el socialismo implica la lucha contra el mercado capitalista, la lucha por la abolición de la ley del valor. Se trata de eliminar el funcionamiento automático de la misma, de cambiar radicalmente los criterios de eficiencia, dirigiendo los recursos humanos y materiales hacia aquellas actividades que sirvan para atender las necesidades sociales de la población, independientemente de que sean rentables o no siguiendo un criterio capitalista. En su fase superior, la sociedad comunista, no existirá ni mercado ni dinero, sino que la satisfacción de las necesidades se realizara mediante el reparto libre.

A nivel internacional, el desarrollo de las fuerzas productivas tiene el grado de desarrollo suficiente como para eliminar la miseria, pero la economía de mercado lo impide. Por ello el socialismo exige haber derrocado el capitalismo a nivel mundial y mientras esto no suceda, un desarrollo de las fuerzas productivas que permita que la escasez no sea un problema fundamental. Mientras esto ocurre, una vez eliminado el capitalismo en un país, el problema es organizar la economía del período de transición que conduzca al socialismo, esto es, poner en pie la planificación socialista. Durante este período, es vano intentar suprimir el mercado completamente, en la medida en que seguirá habiendo escasez. Se necesita una actuación política consciente para hacerle retroceder progresivamente, en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas y la organización social lo permita.

4.1. EL DESASTRE DE LA PLANIFICACION BUROCRATICA

Hasta ahora, una parte de la humanidad vivía en estados postcapitalistas en los que la asignación de los recursos se efectuaba mediante la planificación. El debate sobre su viabilidad quedaba saldado por la evidencia de la practica, por mas que todavía quedaran muchos problemas por resolver, entre los que la falta de democracia no era el menor. La crisis actual del llamado «socialismo real» ha puesto en duda sino su viabilidad, pues la planificación ha funcionado durante mas de 70 años, si al menos su eficiencia pues, durante los últimos años, el llamado «socialismo real» ha entrado en crisis. Dicha crisis hay que valorarla a la luz de lo que debería haber sido una verdadera planificación socialista, cuyos ejes fundamentales se desarrollarán mas adelante, y no tomando como referencia una idealizada economía de mercado.

La crisis del «socialismo real» es el resultado de la quiebra de los antiguos mecanismos de planificación burocrática, que arrancan de los primeros planes quinquenales. Stalin concibió la economía soviética como una gran empresa en la que el centro impone los objetivos de producción, asigna los recursos productivos y planifica las producciones físicas a un nivel de detalle considerable (cerca de 20 millones de productos). El órgano encargado de esta tarea es el Gosplan. A partir de aquí, todos los agentes económicos a todos los niveles (centrales, de cada una de las repúblicas, locales, directores de empresas, etc) se limitan a obedecer y su tarea consiste en hacer que se cumplan los objetivos. Se trata

de una economía hipercentralizada y altamente jerarquizada (una economía dirigista o de «orden y mando», como la llaman) en la que la gestión se valora no en función de la reducción de costes que se haya realizado, de la mejora que se haya conseguido en la calidad de los productos o del grado de satisfacción de las necesidades de la población, sino del grado de cumplimiento del plan.

A lo largo de sus sesenta años de vida, este esquema ha sufrido algunas reformas importantes pero, en lo sustancial, puede ser descrito como se acaba de hacer. Este sistema estaba muy alejado de la verdadera planificación socialista, lo que tenía consecuencias negativas y le hacía profundamente ineficiente. En efecto, sus características fundamentales eran las siguientes:

a) Responde a los intereses de la burocracia, no de la sociedad en su conjunto

Por un lado, es imposible planificar de forma burocrática una economía con 20 millones de artículos. El Gosplan no puede establecer a priori los equilibrios entre la demanda y la oferta de cada una de estos artículos y mucho menos controlar el cumplimiento del plan pues la tarea es faraónica y, aunque fuera teóricamente posible hacerlo centralmente, lo que es dudoso, pues la producción es un fenómeno social y la sociedad cambia continuamente, no existe la capacidad técnica para hacerlo eficientemente. Pero, por otro lado, no es ni necesario ni deseable. No es necesario, pues con un volumen de decisiones sustancialmente menor, relativas a la tasa de acumulación, la distribución de la misma entre los diferentes sectores, las producciones fundamentales, etc, se puede planificar una parte considerable de la economía con muchísimo menos esfuerzo y coste y mas eficacia. No es deseable, pues supone que aquellos que deciden que producir, como producirlo y para quien producirlo cuentan con un poder equivalente al de la burguesía en un sistema capitalista que tenderán a usarlo para si, creando un sistema de privilegios que les permita perpetuarse en el poder.

Este sistema de planificación, que se corresponde a la sociedad del «gran hermano», muy alejada del socialismo, es el que conviene a la burocracia, pues le permite tener privilegios materiales, un gran poder, prestigio y rentas mas elevadas, controlar la producción y el territorio, ser quien toma las iniciativas y seleccionar los miembros del aparato y los administradores.

b) Favorece la ineficiencia y la dilapidación de recursos

En una empresa capitalista, la búsqueda del máximo beneficio lleva a los directores a intensificar la utilización de los factores productivos de modo que sus intereses individuales coinciden con los del capitalismo en su conjunto pero, con la planificación burocrática no sucede lo mismo. La burocracia en su conjunto tiene interés en conseguir la máxima producción y utilizar racionalmente los recursos pero, para los directores de empresa, lo importante es cumplir el plan, no importa cual sea la calidad de los productos y con que coste. Esto tiende a dificultar el crecimiento de la producción, pues el plan es mas fácil de cumplir si la producción es menor que la posible, y favorece el derroche de recursos productivos, pues cuanto mas maquinaria y mas mano de obra se disponga mejor. La consecuencia es una baja rentabilidad de las inversiones (la misma producción se podría conseguir con mucha menos maquinaria), un derroche de energía y materias primas y una productividad de la mano de obra muy baja.

La ineficiencia se ve agravada por un fenómeno adicional. Los directores de empresa tienden a acumular stocks de productos terminados para hacer frente a un eventual descenso de la producción que les impida cumplir el plan, y de materias primas, piezas de recambio y maquinaria, para hacer frente a los estrangulamientos que normalmente se producen en el abastecimiento, con lo que para la misma producción se termina realizando una inversión muy superior a la necesaria. Finalmente, el objetivo de cumplir los planes de producción cueste lo que cueste lleva a la utilización de métodos de producción fuertemente contaminantes.

c) Desincentiva la productividad

La naturaleza de la planificación burocrática lleva a unas relaciones obreros-directores de empresa muy particulares. Como el empleo no cuesta nada y permite cumplir el plan mejor, los directores de empresa demandan una cantidad de mano de obra muy superior a la necesaria, por lo que al final se produce una «penuria de empleo» (la suma de las previsiones de empleo de las empresas es mayor que el total de la mano de obra disponible). Los obreros se benefician así de la seguridad en el empleo, pues aunque legalmente pueden ser despedidos pueden «votar con los pies», esto es, irse a otra empresa. Esto crea unas relaciones de complicidad con la dirección que no favorece la productividad: los directores no tienen interés o medios de aumentar la productividad y los obreros tienen una actitud muy ambivalente de cara a la dirección tienen un trabajo sucio y penoso y los «cuellos blancos» despachos limpios y «no trabajan» pero no obligan a aumentar los ritmos de producción.

Por otra parte, la falta de democracia, los privilegios de la burocracia, la corrupción, las demandas de consumo insatisfechas y el insuficiente bienestar colectivo exigible a una sociedad desarrollada en los albores del siglo XXI, destruyen los incentivos para que los trabajadores aumenten la productividad: «ellos hacen como que nos pagan y nosotros como que trabajamos». Este último factor tiene una gran importancia en el descenso de la productividad e, incluso, ha llevado a pequeños robos por parte de los trabajadores pero tan generalizados que han adquirido una entidad enorme.

d) Favorece la economía sumergida y la corrupción

La planificación burocrática produce unos desequilibrios graves: escasean unas mercancías mientras existen excedentes de otras, hay una distorsión completa de los canales de distribución, etc. Ante las dificultades en el aprovisionamiento, surgió una espesa red de relaciones informales e ilegales, pero forzosamente toleradas, de trueque entre dirigentes de empresas. En un principio, esto se tradujo en una serie de sobornos en forma de regalos, pero poco a poco los encargos de las empresas estatales de comercio a las empresas productoras siguieron cada vez más el principio del máximo beneficio del comerciante, pero no la satisfacción de la demanda. Todo condujo al monopolio del comercio estatal por unos intermediarios en su propio beneficio.

El comercio estatal se convirtió en la principal fuente de beneficios ilegales y sobre una burocracia cuyo fin principal era la autoprotección y la autorreproducción, aparecieron estructuras mafiosas y de clanes. La consecuencia fue doble: por un lado, se debilitó la relación entre las empresas productoras y la demanda y, por otra, se debilitó la moral colectiva, por lo que sobre un sistema ineficiente, la corrupción hizo que la ineficiencia aumentara. Según cálculos no oficiales, los beneficios de la mafia comercial se llegaron a elevar a un 2,5% del PIB, muy poco respecto a los beneficios de un país capitalista, pero mucho respecto a la distorsión que introdujo en la producción.

e) Incorrecta elección de las prioridades sociales

El hecho de que una economía capitalista este regida por el principio del máximo beneficio hace que no emplee completamente sus recursos productivos. De esta forma, en una situación de crisis, un aumento de los pedidos de armamento, por ejemplo puede empujar la demanda y contribuir a que se utilicen los recursos que estaban ociosos. A largo plazo, esto no favorecerá la salida de la crisis, pero puede mejorar la situación coyuntural. Pero en una economía postcapitalista, en la que no rige directamente la ley del valor, los recursos son limitados y si se dedican a una cosa no se pueden dedicar a otra. Por ello, es imposible mantener un volumen elevado de gastos militares, realizar inversiones productivas y elevar sostenidamente el nivel de vida de las masas al mismo tiempo.

En la URSS, los gastos de armamento suponen una absorción importante de recursos productivos, que no pueden dedicarse a inversiones o a incrementar el nivel de vida. Los gastos militares se elevan a un 10% del PIB, una cifra inusual en época de paz. Por el lado de las inversiones, se ha producido una errónea elección de prioridades (inversiones excesivas en unos sectores e insuficientes en otros); como se acaba de mencionar, los mecanismos de planificación han llevado a que tengan una baja rentabilidad, y, desde 1975, la tasa de acumulación se ha reducido, como consecuencia de la decisión de dedicar más recursos productivos a satisfacer las necesidades de unas masas que cada vez reivindicaban más democracia y más bienestar.

Esta contradicción ha hecho imposible la elevación del nivel de vida de las masas y, por el contrario, ha hecho que las mercancías y los servicios esenciales, no solo no se produzcan en cantidad suficiente, sino que su calidad sea muy defectuosa, lo que ha contribuido a agudizar la crisis social.

f) El desequilibrio macroeconómico

La consecuencia fundamental de lo anterior ha sido el abismo que existe entre la cantidad de dinero en circulación y la cantidad de mercancías de consumo puestas en el mercado. La perestroika ha contribuido a profundizar aun mas este abismo.

Algunos hechos demuestran que la situación de la oferta ha empeorado. No teniendo la posibilidad de corregir los precios de los artículos aislados conforme a los gastos y a la demanda, las empresas no aceptan la producción de mercancías no rentables; la campaña antialcohólica de 1985 redujo los ingresos fiscales, por la reducción de la producción que implicó, e incremento los beneficios de las destilerías clandestinas, que hicieron hacer desaparecer el azúcar del mercado para fermentar las patatas; la campaña de 1986 contra los ingresos injustificados solo afectó a los campesinos que vendían sus productos en el mercado libre y redujo la oferta de alimentos; la limitación de las importaciones de consumo agravó la escasez, etc. El resultado es que la tasa de crecimiento económico entre 1986 y 1988 se estima en un 4%, o sea, alrededor de un 1% al año, una cifra que esta en el límite del error estadístico.

Por otro lado, ha aumentado la cantidad de dinero. Por una parte, los mas optimistas estiman que los salarios han crecido el doble que la productividad, como consecuencia, entre otras cosas, de la política de las empresas que buscan contentar a sus obreros. Por otra parte, el déficit del presupuesto del estado ha empeorado.

La consecuencia ha sido la desaparición de los mercados de consumo, la implantación gradual de las cartillas de racionamiento, el florecimiento del mercado negro y la economía sumergida y, en consecuencia, un descontento creciente y la sensación, cierta, por otra parte, del fracaso de la planificación. Se ha producido, además, una febril emisión de papel moneda para cubrir el déficit presupuestario, que ha provocado una fuerte depreciación del rublo.

La política de la burocracia para remontar la situación actual ha tenido dos componentes: por un lado, proceder a una reestructuración económica que corrija los problemas de la economía soviética (la perestroika), por otro, esto no es posible sin abordar al mismo tiempo algunas reformas políticas que introduzcan transparencia (la glasnost).

La primera razón de la Perestroika, esto es, de la reestructuración económica, es la necesidad de mejorar los resultados de un sistema que se ha convertido en un obstáculo para cualquier progreso posterior. Para los economistas de la Perestroika, el deterioro de la situación tiene sus causas en la falta de correspondencia entre las formas de planificación y el creciente volumen de la producción, por una parte, y en el estancamiento de la producción debido a los malos resultados de la productividad, por otra. En consecuencia, la solución del problema se ha intentado:

a) Acabando con la planificación ultracentralizada de la economía introduciendo en la gestión de la producción elementos de mercado: estableciendo la autonomía de las empresas y su gestión con criterios de mercado; una gestión mas eficaz de la mano de obra que acabe con la penuria crónica actual y que se traduzca en un aumento de la productividad, es decir, el fin de la seguridad en el empleo; la reforma de los precios, eliminando las subvenciones, liberandolos y haciendo que se aproximen a sus valores de mercado, y reformando los salarios de forma que sirvan para favorecer el incremento de la productividad. Evidentemente, esto incluía un cierto grado de privatización de la economía y la creación de un mercado real.

b) Relanzando el crecimiento realizando menos inversiones, pero racionalizandolas. Esto exige primar la inversión en la fabricación de maquinaria y en la investigación científico-técnica e introducir elementos de racionalidad en la producción mediante una mayor «disciplina» para conseguir una mayor economía de energía y materias primas, un empleo mas racional de equipo, la reducción de los pedidos de bienes de inversión para realizar el plan y el aumento de la productividad de la mano de obra.

c) Poniendo en marcha un juego centralizado de palancas económicas, para dirigir la economía, similares en una buena parte a las que utilizan los gobiernos de los países capitalistas: el coste de los

recursos financieros, los impuestos, la fijación central de normas, una política de subvenciones, un número limitado de precios claves que serán administrados y el control del comercio exterior.

4.2. MARX ERA SOCIALISTA

Marx y Engels no desarrollaron ninguna idea sistemática sobre la organización de la economía después del derrocamiento del capitalismo. Pensaban que no era posible formular un esquema acabado para la futura sociedad porque su organización económica y social dependería de las condiciones que se dieran al comenzar a construirla. Pero eran perfectamente conscientes del problema de la asignación de los recursos productivos en una economía socialista y en *El Capital* y *La crítica al programa de Gotha*, pueden encontrarse algunas referencias de como pensaban que debería ser la nueva sociedad.

La distinción entre el socialismo, como objetivo final, y la transición al socialismo, como problema inmediato, puede encontrarse en Marx. En efecto, por un lado estaría lo que Marx denominó «fase superior del comunismo», «segunda fase del comunismo» o «comunismo en sentido estricto», que se corresponde con lo que actualmente se entiende como «socialismo», es decir, una sociedad en la que se ha superado la escasez y, por tanto, se puede proceder a lo que Bertrand Russell denominó «reparto libre» (*Roads of freedom*. Londres 1919).

Para Marx, «en la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y en ella, la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!».

Pero, por otro lado, los problemas actuales no son estos ya que «de lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede.» (el subrayado es de Marx).

Es decir, Marx distingue una «primera fase del comunismo», que también denomina «etapa socialista», que se correspondería con la transición al socialismo, tal y como la entendemos hoy día. En esta etapa de transición al socialismo, no se parte de la abundancia y, por tanto, el cálculo económico y la distribución son problemas básicos. El primer problema que se plantea en estas sociedades de transición es la determinación de la parte del producto social que se debe destinar a servir de medios de consumo. Esta parte se obtiene deduciendo del producto social global: la reposición de los medios de producción consumidos, los fondos de reserva o de seguro contra accidentes, calamidades, etc, y la parte que se dedique a acumulación para ampliar la producción en el futuro. Estas deducciones «constituyen una necesidad económica y su magnitud se determinara según los medios y fuerzas existentes, y en parte, por medio del cálculo de probabilidades; lo que no puede hacerse de ningún modo es calcularlas partiendo de la equidad».

Pero, en una sociedad de transición al socialismo, el resto que se obtiene después de las deducciones anteriores no debe constituir los medios para satisfacer el consumo individual, pues antes hay que deducir:

«Primero: los gastos generales de administración no concernientes a la producción. En esta parte se conseguirá, desde el primer momento, una reducción considerabilísima, en comparación con la sociedad actual, reducción que ira en aumento a medida que la sociedad se desarrolle.

Segundo: la parte que se destine a la satisfacción colectiva de las necesidades, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etc. Esta parte aumentara considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual y seguirá aumentando en la medida que la sociedad se desarrolle.

Tercero: los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo, etc; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada beneficencia oficial.»

La distribución individual de los medios de consumo se rige por «el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta».

A cada trabajador, «la sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que ha rendido. La misma cuota de trabajo que ha rendido a la sociedad de una forma, la recibe de esta de una forma distinta».

La distribución se realiza a través de mecanismos de mercado, pero en el seno de una sociedad colectivista en la que los medios de producción son colectivos, la distribución que se realice con esos criterios es muy diferente a la que se realiza en el capitalismo: «El modo de producción capitalista descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción les son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad del capital y propiedad del suelo, mientras la masa solo es propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo. Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural. Si las condiciones naturales de producción fuesen propiedad colectiva de los propios obreros, esto determinaría por si solo, una distribución de los medios de consumo distinta de la actual.»

Y Marx recalca, «El socialismo vulgar (y por medio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independientemente del modo de producción, y, por tanto, a exponer el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución. Una vez que esta dilucidada, desde hace mucho tiempo, la verdadera relación de la cosas, ¿por que volver a dar marcha hacia atrás?».

4.3. HAY MERCADO PARA RATO

En el comunismo, esto es, en la «sociedad de productores libres asociados» a la que se refería Marx, no existirá ni mercado, ni dinero. La satisfacción de las necesidades se realizara de forma que la población accederá a los bienes materiales y los servicios sin pagar un precio por ellos, algo así como lo que ocurre en la actualidad en la seguridad social, en la que no hay que pagar un precio por los servicios del médico. No se trata de una sociedad sin ninguna escasez, lo que es imposible de conseguir, sino de una situación en la que se ha alcanzado un desarrollo de las fuerzas productivas y un tipo de cultura humana tal que impera una abundancia suficiente como para satisfacer ampliamente la mayoría de las necesidades fundamentales y secundarias de la población. La producción seguirá siendo insuficiente para satisfacer todas las necesidades de forma libre pero, a partir de unos niveles de satisfacción y culturales, que se habrá desarrollado enormemente, disminuirá la demanda de bienes materiales y las necesidades se desarrollaran cada vez mas en la dirección de la autorrealización de la personalidad y las actividades creativas.

Es pues, un objetivo utópico, en el sentido que tiene la utopía para la izquierda marxista: algo que todavía no existe, como decía Ernst Bloch, pero que es posible conseguir y que requiere haber destruido previamente el viejo modo de producción capitalista y haber desarrollado enormemente las fuerzas productivas de forma que sea posible una sociedad de abundancia. Mientras sobrevivan las relaciones de producción capitalistas a nivel mundial, seguirán influyendo de algún modo, ya sea económica, política o ideológicamente. Mientras la escasez sea la norma, esto es, mientras los recursos productivos sean insuficientes para satisfacer ampliamente las necesidades sociales, no podrá ser posible el reparto libre. Por eso, una vez que la clase obrera ha tomado el poder y ha derrocado al capitalismo, el problema no es construir inmediatamente la utopía, que no es posible, sino organizar la economía y la sociedad durante un período de transición que conduzca a ella. El problema es el de como avanzar hacia el socialismo una vez que se han destruido las relaciones de producción capitalistas, pero siguen subsistiendo el entramado material del mismo, su ideología y la opresión patriarcal.

Mientras haya escasez y no abundancia, es vano intentar suprimir el mercado completamente. Por un lado, el mercado continuará existiendo para los bienes de consumo individual. Esto es así porque el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas hace que la producción no sea capaz de atender a todas las necesidades de la población, por lo que se mantendría vivo el valor de cambio. Cada trabajador continuaría viéndose obligado a cambiar su fuerza de trabajo por un salario, puesto que el salario es la

única forma de acceder a los bienes y servicios producidos, que son limitados, y con dicho salario acudiría al mercado a comprar los bienes de consumo que necesita.

El problema no se puede sortear, pues si se pagara a cada trabajador no con un salario, sino con «raciones físicas» o «certificados de ración» aparecería el mercado de los mismos, porque no todos los individuos tienen los mismos gustos o necesidades. Por otro lado, sobrevivirá un mercado real para algunos servicios privados, para la pequeña producción mercantil (agrícola y artesanal), etc, que no tiene sentido eliminar. El dinero tampoco puede desaparecer y, por el contrario, puede ser un mediador eficaz en las operaciones microeconómicas. Permite que los trabajadores elijan más flexible y libremente su consumo y es un sistema de contabilización más flexible de los costes de producción que si se emplearan horas de trabajo, por ejemplo. En el período de transición, de lo que se trata de evitar es que el dinero se convierta en capital en manos privadas, no suprimirlo, que no es posible mientras exista escasez.

Sin embargo, es necesario una actuación política consciente, pues no se trata de buscar el máximo de mercado, sino el mínimo y, además, hacerle retroceder progresivamente. Esto exige la limitación de la ley del valor y el cambio de los criterios de eficiencia, de las delimitación de que necesidades a satisfacer (no determinadas por el mercado sino consciente y democráticamente) y del cálculo económico. Derrocado el capitalismo, el problema no es eliminar completamente el mercado, que no es posible mientras haya escasez, sino poner en marcha la planificación socialista.

Así pues, la organización de la economía durante el período de transición hacia el socialismo supone la existencia de un conflicto entre dos lógicas contrapuestas: la lógica del plan (distribución de los recursos de acuerdo con las prioridades conscientemente establecidas por la sociedad) y la lógica del mercado (distribución de acuerdo con leyes objetivas que se imponen a espaldas de los productores. Esta contradicción solo puede ser superada en la sociedad socialista. El objetivo del período de transición es avanzar en dicha superación.

4.4. LO MALO NO ES EL MERCADO SINO LA ECONOMIA DE MERCADO

En una economía capitalista, el mercado rige la asignación de los recursos productivos, lleva implícita la desigualdad social y para el no existen las necesidades que no puedan expresarse en dinero. Esto es lo que la planificación socialista debe eliminar progresivamente: el juego de la ley del valor. Pero el mercado es también un mecanismo de distribución entre la población y las empresas de los bienes y servicios producidos por la sociedad. En una economía mercado, esta función este íntimamente ligada a la anterior, porque la distribución no es independiente de las condiciones materiales de producción, que son capitalistas. Pero una vez que la producción esta en manos de los trabajadores, se ha eliminado la función del mercado como asignador de los recursos productivos y se ha conseguido un avance sustancial en la igualdad social, no hay ninguna razón para que, durante el período de transición, subsista su función como mecanismo de distribución de los bienes y servicios. En la actualidad, el mercado es igual a capitalismo, pero el mercado ha existido mucho antes de que dominara el modo de producción capitalista y seguirá subsistiendo algún tiempo después de su desaparición. Pero no será un mercado capitalista, porque no se producirán mercancías de una manera generalizada (la mayoría de los productos que se intercambien en el mercado no incorporarán plusvalía) y el mercado, que no se regirá por la búsqueda del máximo beneficio, ya no será el mecanismo fundamental para asignar los recursos productivos a espaldas de los trabajadores.

La planificación socialista implica que la clase obrera toma conscientemente ese enorme volumen de decisiones que ahora se realizan a sus espaldas por parte de los capitalistas. La primera decisión a tomar sería la proporción de la producción anual que se dedica a la acumulación, esto es, a aumentar la producción en el futuro. En una sociedad en transición al socialismo, los recursos no se asignarían por las empresas individuales siguiendo la ley del valor, sino que se asignarían conscientemente por el conjunto de la sociedad siguiendo prioridades previamente establecidas.

a) Debe haber un equilibrio entre la tasa de acumulación y el volumen de recursos que se dedica a satisfacer el consumo. Una tasa de acumulación excesivamente elevada supondría un deterioro en el nivel de vida que afectaría a la productividad. Una tasa excesivamente reducida supondría una fuerte hipoteca para el futuro.

b) Determinado por la sociedad el volumen de la acumulación y el objetivo de la misma (que necesidades se tratan de satisfacer), la selección entre posibilidades alternativas para cada inversión no se

realizaría siguiendo el criterio de la ley del valor, esto es, del máximo beneficio, sino siguiendo el criterio del mínimo coste social. En consecuencia, no se debería omitir ningún coste: el coste de la inversión, el coste de la infraestructura que la inversión provoca, los costes derivados del mantenimiento del medio ambiente, los costes sociales que causara la inversión (escuelas, ambulatorios, etc). Sin embargo, los costes no determinarían automáticamente la elección de la inversión, pues habrá que considerar otra serie de factores difícilmente cuantificables.

c) Las grandes inversiones se decidirían centralmente. Es importante señalar que este es uno de los puntos fundamentales en los que se trata de romper la ley del valor: la planificación debe tener en cuenta la demanda de consumo final y, por tanto, debe distribuir los recursos de forma que se facilite la adaptación rápida de la oferta a la demanda, pero este no es el criterio fundamental: se trata de alterar la proporción entre bienes públicos y privados, considerar las necesidades que no se expresan en el mercado, cambiar los hábitos de la sociedad de forma democrática, etc. Las pequeñas inversiones (de reparación, para aumentar la productividad, etc) podrían seguir siendo decididas por las empresas.

Del producto total que queda después de la acumulación hay que descontar todavía los gastos del Estado. Desde el primer momento de la toma del poder, el objetivo del Estado obrero es su propia desaparición, de modo que debe haber una tendencia a la disminución progresiva de dichos gastos. Una planificación hipercentralizada e hiperdetallada es, pues, contradictoria con este objetivo, en la medida en que fortalece al estado en vez de debilitarlo. En la planificación socialista, hay que combinar el máximo de democracia y coordinación en la adopción de las decisiones fundamentales (pues si no sería posible a utilización eficiente de los recursos globales de la sociedad) con la máxima descentralización, esto es, con la máxima aproximación hacia aquellos que tienen las necesidades. Exige, pues, la máxima descentralización del poder.

El resto de los recursos disponibles se dedicaría a satisfacer las necesidades actuales de la población, pero en este terreno, también se trataría de hacer retroceder al mercado. En la sociedad actual puede establecerse una jerarquía de las necesidades (fundamentales, secundarias y de lujo) que tiene unas bases fisiológicas y socio-históricas. La planificación socialista debe partir de una tendencia creciente a la distribución directa de los recursos para satisfacer las necesidades fundamentales (reparto directo sin intermedio del dinero); el hecho de que los bienes de consumo fundamentales tengan una elasticidad demanda-precio negativa (el consumo de jabón tiene un límite, por mucho que baje su precio) hace que su consumo no aumente indefinidamente, esto es, las necesidades básicas no aumentan sin límite.

Si la sociedad decide democráticamente dar prioridad a las necesidades fundamentales se reduce automáticamente los recursos disponibles para la satisfacción de las necesidades secundarias o de lujo. En este sentido, hay que señalar la eficacia del dinero y el mercado como instrumento para permitir una mayor libertad del consumidor sobre los bienes relativamente superfluos, en la medida en la que las necesidades fundamentales están satisfechas. Esto no supone la producción de mercancías, pues no se realiza la misma buscando el máximo beneficio. En este sentido, respecto a las empresas que las producen, tan negativo sería la aparición de pérdidas, pues significarían una deliberación de recursos no planificada que minoraría los que se dedican a la satisfacción de las necesidades sociales decididas democráticamente, como de beneficios, pues supondría un precio más elevado que el que determinan los costes y, por tanto, una absorción del poder adquisitivo de la población a favor de las empresas que los obtuvieran. Es importante señalar que, en este último caso, la aparición de beneficios podría incentivar el carácter mercantil de la producción, justamente lo que se trata de hacer desaparecer. Finalmente, la planificación socialista debe promover una significativa ampliación de la gama de actividades y de las relaciones humanas, esto es, debe dedicar recursos para que se desarrolle una nueva civilización.

La planificación socialista está indisolublemente unida a la más amplia democracia. En el capitalismo, el mercado es también un mecanismo a través del cual la sociedad decide que producir, como producirlo y para quien producirlo. Aunque no es nada democrático, porque deciden más los que tienen más poder adquisitivo, hay un mecanismo de decisión basado en la ideología de que el consumidor, con su dinero, decide soberanamente que es lo que hay que producir. Suprimido el mercado, quedan una serie de decisiones fundamentales que solo pueden ser adoptadas democráticamente: que necesidades sociales a satisfacer, que combinación entre satisfacción de las necesidades y tiempo de trabajo, etc. Ninguna burocracia puede ser eficiente en la distribución de los recursos de la sociedad para satisfacer las necesidades de la misma. Solo la sociedad en su conjunto, actuando democráticamente, puede conocerlas y decidir como satisfacerlas.

4.5. NADA NOS EVITARA TENER QUE "ECHAR LAS CUENTAS"

La planificación socialista debe huir de dos extremos. Por un lado, de la búsqueda del máximo de mercado o de la reproducción al máximo de los mecanismos de mercado, porque supondría hacer que juegue plenamente la ley del valor, reproduciría las viejas formas de enajenación, aumentaría la propensión a defender los intereses privados, estimularía el surgimiento de una tendencia al enriquecimiento privado, etc. Por otro, de una planificación ultracentralizada y superdetallada de las producciones físicas, que no es adecuado a las necesidades del período de transición, no puede ser eficiente y solo responde a los intereses de la burocracia.

Una vez decidido a priori por la sociedad la tasa de acumulación y su distribución y la proporción de la producción que se dedicara a satisfacer el consumo socialista, que se efectuara mediante el «reparto libre» (que incluye lo que en la actualidad se denominan «bienes públicos» -sanidad, educación, seguridad social, etc- pero que conforme el desarrollo de las fuerzas productivas lo vaya permitiendo incorporara bienes que actualmente se compran en el mercado), aparecerá el primer problema de equilibrio macroeconómico: los fondos monetarios disponibles para el consumo individual se deben de corresponder con la parte de la producción que se dedicara a la misma. Los precios se fijaran de forma que este equilibrio sea posible. Pero, para que la producción sea eficiente, es decir, para que no se dilapiden recursos, es preciso que el cálculo económico ocupe un lugar central.

En una economía planificada, en la que existiera libre elección de consumo, el problema del cálculo económico se resolvería con un sistema de ecuaciones que igualarían las demandas y ofertas de cada mercancía. Teóricamente aparecería imposible, pero en la práctica sería factible porque no habría que disponer de una ingente información de todas las ramas de la producción y resolver millones de ecuaciones. A cada factor se le asignaría el valor dictado por la experiencia histórica. Los directores de las industrias socializadas llevarían a cabo sus cálculos como si las valoraciones provisionales fueran correctas: si el valor atribuido fuera alto, aparecería un excedente del factor y si fuera bajo, un déficit. A través de pruebas sucesivas se llegaría a la valoración correcta. Estos precios contables, que serían como los del mercado, producirían las igualaciones entre demanda y oferta, aunque a corto plazo, una mala orientación de los recursos (oferta) o una mala distribución de las necesidades (demanda), harían que aparecieran desequilibrios que, con el método de prueba y error se corregirían.

Las empresas colectivizadas deberán tener autonomía para este cálculo económico, de forma que no es el plan central, sino ellas, el que debe realizarlo, pero los métodos con los que se haga estarán basados en los costes, no en los precios. Sin embargo, en una economía planificada, la libre elección de consumo estará limitada por las decisiones previas que se hayan realizado sobre la acumulación y el consumo socialista, de forma que los criterios serán diferentes en cada uno de estos sectores. En el sector productor de medios de producción se utilizarán "precios contables" que iterativamente, como se ha descrito más arriba, se irán aproximando a los valores de equilibrio. Se trata de tener un método de cálculo para que la producción sea eficiente, no de reproducir los mecanismos del mercado de forma que la acumulación se dirija a los sectores que este determina, pues este es uno de los papeles fundamentales de la planificación. El procedimiento será similar en el sector productor de consumo socialista. Sin embargo, en el sector productor de bienes para el consumo individual, no hay ninguna razón para que los precios relativos se ajusten de forma que se cubra la demanda y no aparezcan déficits de producción, pues en su gran mayoría son bienes secundarios y de lujo y se parte de una situación de mayor igualdad social. De todas formas, la planificación deberá tener en cuenta la evolución de los mismos a la hora de asignar los recursos productivos entre las diferentes ramas.

Finalmente queda el problema de los incentivos. En el socialismo, los incentivos morales son fundamentales, pero ninguna sociedad puede funcionar permanentemente solo con los mismos, por lo que se necesitarán incentivos materiales para que aumente la eficiencia de la producción. Si una empresa socialista consigue reducir sus costes, una parte debe revertir a la sociedad, pero otra puede ser repartida como primas a sus trabajadores. Esto puede introducir una cierta desigualdad social pero, por un lado, como dijo Marx, en la transición hacia el socialismo será imposible eliminar completamente esta contradicción, pues se parte de la supervivencia de la ideología burguesa, y, por otro, la situación económica no permite un reparto igualitario. Debe ser corregido de forma no coactiva educando a los trabajadores en el principio de la solidaridad. No hay ningún mecanismo económico que pueda solucionar las diferencias en la productividad que existen entre las distintas ramas productivas, zonas geográficas, etc. Los trabajadores más productivos deberán ceder parte de sus mejoras para que los menos productivos, que no lo son por su culpa, puedan vivir mejor.

¿QUE CRISIS? ¡LA CRISIS!**1**

Desde el principio de la década de los setenta, la economía de mercado, eufemismo con el que hoy se denomina al capitalismo, se encuentra sumida en una crisis de larga duración cuyas consecuencias están siendo devastadoras.

En los países industriales, se han alterado profundamente los rasgos que le dieron estabilidad social al capitalismo durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El aumento del paro, que afecta ya a 35 millones de personas en los países que forman la OCDE, ha convertido al pleno empleo en un objetivo utópico. La mejora de los salarios reales se ha detenido porque es incompatible con el funcionamiento del sistema. El «estado del bienestar» está amenazado porque, según se dice, ya no es posible mantener los niveles de prestaciones sociales a los que han estado acostumbrados los trabajadores. Y los derechos laborales retroceden porque el sistema necesita un funcionamiento más flexible del mercado de trabajo. En definitiva, el paro, el retroceso del nivel de vida, la inseguridad social, la precariedad en el empleo e, incluso, la pobreza masiva comienzan a ser un dato estructural del período.

La situación en el Tercer Mundo es bastante peor. Las diferencias abismales que existían entre los países desarrollados del Norte y el mundo pobre del Sur se han agudizado, de modo que hoy el Norte es más rico y el Sur más pobre. El intercambio desigual, según el cual los países atrasados tienen que exportar cada vez más productos para pagar los mismos bienes importados, es más desigual que nunca. La deuda del Tercer Mundo se ha convertido en un mecanismo de expropiación abierto por parte de los países industriales, pues reciben como servicio de la misma mucho más de lo que invierten en ellos. Y el primer mundo sigue imponiendo sus criterios, sumiendo a muchos países en la pobreza más absoluta y a continentes enteros en la hambruna y en la desesperación.

Y a todo ello hay que unir una crisis ecológica que no tiene precedentes en la historia de la humanidad porque afecta al ecosistema global, el auge del racismo y la xenofobia en los países occidentales, la persistencia de la desigualdad entre los sexos, guerras fratricidas como la que asola a la antigua Yugoslavia, etc. Se podría decir que, en los albores del siglo XXI, la economía de mercado está dando de sí lo peor de lo que lleva dentro.

A pesar de ello, el capitalismo no se bate ni mucho menos en retirada. Los efectos objetivos que la crisis ha tenido sobre la clase obrera, la incompreensión de que el llamado «socialismo real» no era el verdadero socialismo, sino una degeneración burocrática, y la fuerte ofensiva ideológica a la que ha dado pie el derrumbe de dicho sistema, han permitido que las ideas capitalistas penetren en amplios sectores del movimiento obrero. Por un lado, el socialismo, como forma de organización social alternativa al mercado, ha perdido terreno en la conciencia de los trabajadores, de modo que la economía de mercado aparece como el único sistema posible y, por tanto, se ha extendido la falsa idea de que no hay otro remedio que plegarse a sus leyes. Por otro, la política económica neoliberal se presenta como la única capaz de conseguir que se remonte la crisis, por lo que los trabajadores deben permitir la reducción de sus salarios, el retroceso del «estado del bienestar» y el deterioro de sus condiciones de vida y laborales si quieren salir de ella. El resultado es que, desde el punto de vista ideológico, la economía de mercado aparece triunfante a pesar de los destrozos que está ocasionando.

2

La gran debilidad del socialismo es que, como proyecto alternativo a la sociedad actual, no es sentido por amplias capas de la población. Pero esto no hace que el capitalismo sea mejor. Desde el punto de vista empírico, ya se han señalado cuales han sido sus efectos negativos más evidentes. Desde el punto de vista teórico, dichos efectos son corolarios lógicos de su funcionamiento.

En primer lugar, el mercado no asigna los recursos productivos de la forma más adecuada para satisfacer las necesidades sociales. La ideología capitalista mitifica a la economía de mercado, porque su objetivo no es la satisfacción de las necesidades humanas, sino la producción de mercancías para obtener un beneficio mediante su venta. El mercado sólo reconoce las necesidades que pueden expresarse porque alguien paga por ellas y a condición de que alguien obtenga un beneficio en su satisfacción. La consecuencia es que tiende a satisfacer los deseos de unos pocos que ganan mucho, asignando los recursos a la producción de mercancías de lujo, en contra de unos muchos que ganan poco, que ven como escasean los productos de primera necesidad, consolidando y profundizando la desigualdad social que es inherente a su propio funcionamiento.

En segundo lugar, el mercado no es el mecanismo perfecto en el que cualquier perturbación que se produzca tiende a ser corregida. Esto es así porque las necesidades no preceden a las decisiones de producción, sino al contrario, primero se realiza la producción y después se comprueba si es coherente con las necesidades que expresa el mercado. Es decir, el mercado funciona indicando a los capitalistas que se han equivocado cuando ya es demasiado tarde y el resultado es una enorme dilapidación de recursos y la aparición de crisis periódicas y de paro que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas.

En tercer lugar, la economía de mercado también plantea problemas de equidad. En la sociedad capitalista, existen dos clases fundamentales: los capitalistas, que son los poseedores de los medios de producción, y los trabajadores, que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario como medio de subsistencia. Ambas clases ocupan un lugar distinto en la producción y en la vida social: los primeros son los que explotan y se apropian del producto excedente, los segundos son los explotados. Los propietarios de los medios de producción no lo son porque antes se hubieran abstenido de consumir su renta, sino porque han invertido el producto excedente del que se apropiaron ellos o sus antepasados. El mercado es, pues, un mecanismo que permite perpetuar la apropiación del producto excedente por parte de una minoría y las rentas del capital no son ninguna retribución a la frugalidad, sino pura y simple explotación.

Finalmente, la economía de mercado es la principal responsable de la crisis ecológica. Por un lado, la producción de mercancías para la venta genera patrones de consumo que tienen efectos destructivos sobre el medio ambiente y que no podrían sostenerse si los tuvieran todos los habitantes del planeta. Por otro, la búsqueda del máximo beneficio, como motor fundamental del sistema, ha convertido a la naturaleza en un recurso expoliable que ya está teniendo graves repercusiones para la humanidad.

3

El retroceso ideológico también se ha producido en el terreno de las medidas necesarias para salir de la crisis. La economía de mercado solo puede remontarla a costa de las condiciones de vida y laborales de la mayoría de la población y, en este sentido, no es posible encontrar una política económica que beneficie a los trabajadores y que al mismo tiempo sirva para que el sistema la supere. En efecto, los factores que han determinado la crisis económica son múltiples, pero el más importante de todos ellos y el que los resume es el descenso a largo plazo de la tasa de beneficio que se produjo en los primeros años de la década de los setenta. La clase dominante ha tratado de crear las condiciones para que dicha tasa de beneficio se recuperase y, en consecuencia, se dotó de una estrategia, la política de austeridad, cuyos componentes son conocidos: reducción de los salarios reales, precarización del empleo, retroceso del estado del bienestar, aumento de la productividad con cargo al empleo, políticas monetarias y financieras restrictivas, reestructuración del aparato productivo para eliminar la capacidad ociosa, etc. Dada la naturaleza de la crisis, no existe ninguna otra estrategia para que el capitalismo pueda remontarla.

Las ideas keynesianas que habían animado la política económica durante los años de expansión posteriores a la Segunda Guerra Mundial no servían para alcanzar los objetivos de la política de austeridad y, en consecuencia, el keynesianismo también entró en crisis. Las recetas de la escuela neoclásica, que había sido el fundamento teórico del liberalismo que dominó el mundo hasta la depresión de los años treinta, eran más adecuadas para conseguir una recuperación de la tasa de beneficio, porque tal escuela ponía más incapié en la necesidad de reducir los salarios, de flexibilizar el mercado de trabajo, de disminuir la intervención del Estado en la economía, etc. Y tales ideas, adaptadas a los nuevos tiempos, pasaron a fundamentar un nuevo liberalismo.

Desde que Reagan ganó las elecciones en 1980 y Thatcher llegó al poder en Gran Bretaña, el avance del neoliberalismo ha sido imparable. La economía internacional se rige cada vez más por sus principios y, en cada uno de los países, la inmensa mayoría de los gobiernos, cualquiera que fuera su etiqueta, han terminado aplicando la misma política económica, de modo que hoy es prácticamente hegemónica en el mundo. Sin embargo, el neoliberalismo no ha sido capaz de crear las condiciones necesarias para el capitalismo supere la crisis porque, aunque la tasa de beneficio se ha recuperado, todavía está muy lejos de los niveles que se requerirían para iniciar una nueva fase de expansión de larga duración. Antes al contrario, ha creado problemas nuevos.

Por un lado, dicha política económica es profundamente recesiva, lo que ha hecho que se añada una crisis de demanda a la crisis de oferta originada por el descenso de la tasa de beneficio. Por otro, tal política es la responsable de que el capitalismo haya generado una «hipertrofia financiera», basada en una «economía de papel» que tiene poco que ver con la economía real. Ambas características no son específicas de la onda recesiva actual, pues se dieron también en otras épocas históricas. Pero en la actualidad, la magnitud que está adquiriendo el paro y la inestabilidad que crea la hipertrofia financiera dibujan un panorama que empieza a recordar demasiado a la crisis de los años treinta.

4

La situación descrita en las páginas anteriores hace mas necesario que nunca comprender la economía de mercado y su crisis desde una perspectiva crítica a contracorriente de la ideología dominante. En el presente libro, se intentan dar algunas claves para avanzar en esa dirección.

En la primera parte (capítulos 1 a 4), se hace un análisis teórico del funcionamiento del capitalismo y de sus problemas y contradicciones, viéndose que el sistema dista mucho ser el mecanismo perfecto que pretenden sus apologistas. En la segunda parte (capítulos 5 a 7), se aborda la dinámica a largo plazo de la producción y la acumulación, concluyéndose que la economía capitalista se desarrolla a través de ondas de larga duración que a su vez están atravesadas por ciclos periódicos mas cortos. En este contexto es en el que hay que situar la crisis económica actual. En la tercera parte (capítulos 8 a 10), se introducen los factores monetarios y financieros que son fundamentales para entender la dinámica de la economía de mercado, pues ocupan un papel central en su funcionamiento. Y en la cuarta (capítulos 11 a 13), se analizan los elementos fundamentales de la crisis actual: la política económica neoliberal con la que la clase dominante intenta sentar las bases para salir de la crisis, las condiciones para que el capitalismo supere la onda larga recesiva y la crisis de demanda y la hipertrofia financiera que se han desarrollado durante los últimos años. En todas ellas, se ha buscado ahorrar tiempo a todas aquellas personas que interesadas por el tema. En consecuencia, se han tratado solo los elementos que se consideran mas imprescindibles para comprender la crisis actual y se ha buscado una exposición sucinta hasta donde no era contradictoria con la claridad. Finalmente se facilita una bibliografía seleccionada, que pretende ser una guía de lecturas para quienes estén interesados en profundizar en las tuestiones mas importantes tratadas en el texto.

5

La primera edición del presente libro, publicada en 1991, fue el resultado de varios cursos y seminarios que el autor impartió sobre el tema en el Institut Internacional de Recherche et Formatións de Amsterdam, en la Escuela de Relaciones Laborales de la Universidad Complutense de Madrid y en Comisiones Obreras. No hubiera sido posible sin las continuas observaciones de los asistentes a esos cursos. Esta segunda edición se ha visto enriquecida por aportaciones mucho mas numerosas.

La primera edición apareció en un momento en el que las críticas a la economía de mercado no estaban precisamente de moda y mucho menos si estas se hacían, como es el caso, desde una perspectiva marxista. Recuérdese que, en ese momento, estábamos viviendo en el momento álgido de la resaca que provocó la caída del «muro de Berlín», en particular, y del «socialismo real», en general, y que el señor Fukuyama se permitía hablar del fin de la historia, para señalar que la humanidad ya había encontrado el capitalismo como sistema perfecto de organización social y que solo quedaba desarrollarlo. Quizás por eso, porque siempre hay personas que no se resignan a luchar contra el desorden que impone el sistema, se multiplicaron los cursos y seminarios que tomaban al libro como base de la discusión. Esto me permitió ir mas lejos que donde acababa la primera edición y la sección IV es el resultado. Vaya aquí mi agradecimiento a todos ellos aunque renuncio a mencionarlos para no olvidarme de ninguno.

Quiero acabar señalando que el presente libro tiene una deuda especial con Pedro Montes aunque, para cualquiera que conozca nuestra trayectoria común, no haría falta ni decirlo. Luis Felipe García Calvo, Rafael Frutos, Carmen Montero y Miguel Romero se vieron forzados a leer esta segunda edición en un tiempo récord. Aunque espero haber recogido sus observaciones, ellos no tienen la culpa de lo que el lector tiene en sus manos. Como se dice usualmente, la responsabilidad es solo mía.

Febrero de 1994

II

COMO LOS ASTROS, LA ECONOMIA DE MERCADO SE MUEVE DESCRIBIENDO CICLOS (LA DINAMICA DE LA ECONOMIA DE MERCADO)

5. ¡ACUMULAD, ACUMULAD, MALDITOS! (LAS LEYES DE LA ACUMULACION DE CAPITAL)

La acumulación de capital juega un papel fundamental en el desarrollo del modo de producción capitalista. Una parte de la plusvalía que se extrae a los trabajadores se invierte nuevamente, aumentando el capital del sistema, lo que permite a su vez expandir la producción y la masa de plusvalía en el tiempo.

El análisis de la dinámica del capitalismo debe comenzar, por tanto, por el estudio de los determinantes y características del proceso de acumulación

5.1. UNA DECISION CUIDADOSAMENTE ESTUDIADA

Como se vio en el capítulo 1, el excedente bruto de explotación (EBE) es la parte del valor producido durante el período que queda a disposición de los capitalistas. Esta formado por el consumo de capital fijo (C_F) y la plusvalía (p). Una parte de este valor se gastará improductivamente en mercancías de consumo para los capitalistas (p'). Otra parte se gastará productivamente acumulando capital variable (p_V) y constante (p_C) o reponiendo el capital fijo consumido (C_F). El resto puede ser atesorado en forma de dinero, de divisas, de títulos de deuda del Estado, etc (p_M).

La inversión bruta (IB) o formación bruta de capital (FBC), como también se la denomina, esta formada por el aumento del capital constante (p_C) y la reposición de capital fijo (C_F). La acumulación bruta será la FBC mas la acumulación de capital variable (p_V). Tendríamos, por tanto:

$$\begin{aligned} \text{EBE} &= \text{reposición de capital fijo } (C_F) + \text{plusvalía } (p) = \\ &= \text{plusvalía consumida } (p') + \\ &+ \text{acumulación } (FBCF + p_V) + \\ &+ \text{atesoramiento } (p_M) \end{aligned}$$

La primera condición para la acumulaciones es que exista plusvalía que acumular. Se puede acumular mas que la plusvalía recurriendo al desatesoramiento (lo que ocurre cíclicamente pues, en los períodos de crisis se extrae mas plusvalía que la que se acumula en capital constante y variable, y en los de auge ocurre lo contrario) o al crédito de otros países (lo que no puede ser un proceso ilimitado en el tiempo). Pero no basta con que exista plusvalía para que esta sea acumulada, pues puede terminar atesorada en forma de dinero o de capital financiero (títulos del Estado o de otros países). Es preciso, por tanto, entrar en los factores que determinan la acumulación.

Cuando un empresario individual planea realizar una inversión, lo primero que tiene que considerar es cual es la situación del mercado de las mercancías que pretende fabricar con la misma y cual será su evolución posible en el futuro. Por tanto, deberá tener en cuenta:

a) cual es la demanda de las mercancías que fabricará con la inversión y cual prevé que será su evolución en el futuro, y

b) como abastece el mercado dicha demanda y como prevé que sus competidores, nacionales y extranjeros, aumenten la capacidad productiva de las mismas, realizando a su vez nuevas inversiones.

Si existe una demanda sin cubrir para esos productos, o si el empresario prevé que, en el futuro, la demanda crecerá mas que lo que lo haga la capacidad productiva, la inversión podrá realizarse, porque las mercancías que produzca con ella podrán encontrar compradores. Si, por el contrario, la capacidad productiva de las empresas que fabrican esas mercancías esta infrutilizada (es decir, no se utiliza todo el capital disponible), o si se espera que la demanda de esos productos no crezca en el futuro, o lo haga menos que la capacidad productiva, el empresario tendrá razones mas que suficientes para no realizar la inversión.

Estos factores, validos para un empresario aislado, también lo son para una economía en su conjunto, de forma que la demanda global y el grado de utilización de la capacidad productiva son los primeros factores que determinan la acumulación. Cuando la demanda global crece, o el capital esta a pleno funcionamiento, la acumulación se ve impulsada. Cuando la demanda global se ralentiza e incluso decrece, o cuando existe un alto porcentaje de capacidad productiva sin utilizar, la acumulación tiende a frenarse.

Estos fenómenos se ven amplificados por el hecho de que la inversión también es un componente de la demanda. Ya hemos visto que cuando esta crece, también lo hace la acumulación. Pero para realizar sus inversiones, los empresarios deben comprar mas máquinas a sus proveedores, lo que les obligará a aumentar la producción, generandose nuevos ingresos ($v + p$), que se traducirán en una nueva demanda

de consumo y en una nueva acumulación. Además, la acumulación de capital constante implica también una acumulación de capital variable, esto es, los empresarios deberán aumentar el empleo para que opere en las nuevas instalaciones. Por tanto, el capital variable aumentará, con lo que lo harán los ingresos de los trabajadores y nuevamente volverá a crecer la demanda. A la inversa, en una situación de crisis, cuando la demanda se ralentiza y la acumulación se detiene, los productores de medios de producción entran en crisis, sus ingresos disminuyen, también lo hace el empleo, etc.

Pero, para que un empresario realice una inversión, no basta con que exista una demanda suficiente para sus productos. Con la misma pretende obtener un beneficio y, por tanto, también deberá tener en cuenta:

a) Los beneficios que obtendrá con la venta de las mercancías que fabricará con la inversión. Esto le llevará a considerar, por un lado, los ingresos que tendrá, esto es, la cantidad que espera vender y los precios de los productos, y, por otro, los costes en que incurrirá para llevar a cabo la producción: cantidad y precios de las materias primas, número de trabajadores, salarios que tendrán estos, etc.

b) Los costes que le representa financiar la inversión que planea realizar, esto es, los intereses que deberá pagar por los préstamos a los bancos, los particulares, etc, necesarios para poder realizar la inversión.

La inversión podrá realizarse si el porcentaje que suponen los beneficios sobre el capital invertido (la tasa de beneficio de esta inversión) es superior al tipo de interés que debe pagar por los préstamos con los que financia la inversión. pues solo en este caso el empresario obtendrá un beneficio neto. Para la economía en su conjunto, las cosas funcionan de la misma manera. Cuando la tasa de beneficio se eleva, la acumulación tiende a verse impulsada y cuando desciende ocurre lo contrario. Igualmente, una subida del tipo de interés afecta negativamente a la inversión y una reducción la favorece.

Hay un factor adicional, relacionado con el tipo de interés, que también influye sobre la acumulación. La inversión la realizan las empresas y que se efectúe o no, no es independiente de la situación en que estas se encuentran. En efecto, una empresa se financia, por una parte, con los fondos que aportaron sus accionistas o con la plusvalía que obtuvieron en el pasado y que no repartió pero, por otro, también lo hace con préstamos (de bancos, obligaciones, etc). Cuando una empresa tiene una buena situación financiera, esto es, cuando esta poco endeudada y tiene unos beneficios saneados, normalmente buscará inversiones para expandirse. Pero, cuando su situación financiera es mala, esta altamente endeudada y tiene pérdidas, sus objetivos no serán tanto invertir, como sanearse y mejorar su situación. Si, además, la tasa de beneficio es baja, porque se está en una situación de crisis económica, por ejemplo, y el tipo de interés es alto, la mejor inversión que podría hacer sería reducir sus deudas. De esta forma, se produciría un efecto equivalente al del atesoramiento: una parte de la plusvalía obtenida no se destinaría a aumentar el capital constante y variable, sino a reducir sus deudas.

En conclusión, la inversión crece:

- Cuando lo hace la demanda global
- Cuando disminuye la capacidad sin utilizar
- Cuando aumenta la tasa de beneficio
- Cuando disminuye el tipo de interés

5.2 LAS MAQUINAS NOS GANAN TERRENO

A lo largo de la historia del modo de producción capitalista, se ha producido una tendencia a que las inversiones cada vez generen menos empleo, esto es, la acumulación cada vez ha tenido una mayor proporción de capital constante y menor de capital variable. Esto tiene unas razones encardinadas en la naturaleza intrínseca del modo de producción capitalista.

Los capitalistas están interesados en un aumento de la productividad por dos razones fundamentales. En primer lugar, el aumento de la productividad hace que cada trabajador reproduzca el equivalente de su salario con una menor proporción de la jornada laboral, por lo que la plusvalía aumentara. En segundo lugar, como se vio en un capítulo anterior, los beneficios que obtienen cada uno de ellos no dependen solo de la plusvalía que extraen a sus propios trabajadores, sino también de su competitividad. Aquellos que tienen una productividad mas alta que la media obtienen un precio en el

mercado por la venta de sus mercancías que es superior al valor de las mismas y, por tanto, unos beneficios que son mayores que la plusvalía. Esto lo consiguen a costa de los que tienen una productividad mas baja que la media, para los que el precio de sus mercancías es inferior a su valor y sus beneficios menores que la plusvalía. Estas son las razones fundamentales que explican porque el desarrollo del modo de producción capitalista se ha caracterizado por un aumento incesante de la productividad del trabajo y porque esta ultima ocupa un lugar central en la estrategia del capital en su conjunto y de cada capitalista en particular.

El aumento de la productividad depende, independientemente de otros factores secundarios, de que a cada trabajador se le de mas medios de producción. Por tanto, la relación técnica entre la cantidad de medios de producción y la cantidad de fuerza de trabajo crecerá conforme se desarrolla la acumulación de capital. Este crecimiento de la relación entre medios de producción y fuerza de trabajo se producirá no solo en términos de cantidad, sino también de valor. Aunque el aumento de la productividad haga descender el valor de los medios de producción (pues significa que se requieren menos horas de trabajo socialmente necesario para producirlos), por un lado, su aumento en volumen es superior al descenso que se produce en su valor y, por otro, el aumento de la productividad también se traduce en un descenso del valor de la fuerza de trabajo (porque también se requieren menos horas de trabajo para producir los bienes que consumen los trabajadores con su salario). En consecuencia, aunque la acumulación se dirija a conseguir una mayor producción, siempre crecerá mas la parte de la misma que se destina a aumentar los medios de producción a disposición de los trabajadores, que la que se destina a aumentar la fuerza de trabajo utilizada, esto es, la composición orgánica del capital crecerá.

Sin embargo, este crecimiento de la composición orgánica del capital es una tendencia histórica y no implica que dicho crecimiento se produzca de una forma ininterrumpida. Por un lado, las diferentes ramas productivas tienen diferentes composiciones orgánicas del capital y si la acumulación se dirige hacia aquellas que la tienen mas baja, esto puede traducirse en una reducción de la composición orgánica del conjunto. Por otro, el capital puede dirigirse hacia zonas geográficas en las que la explotación de los trabajadores puede ser mayor. Esto permitiría una menor inversión en capital constante (porque la menor productividad se puede compensar por una mayor explotación) y se podría traducir en un descenso de la composición orgánica del capital. Finalmente, como consecuencia de una crisis o de una actuación consciente de los gobiernos, la destrucción de empresas o sectores con una alta composición orgánica del capital se puede traducir en un descenso de la de la media de la economía.

A lo largo del desarrollo del capitalismo se ha producido una tendencia a la concentración del capital a la que ya nos hemos referido cuando tratábamos el tema de los monopolios. El dato de partida del modo de producción capitalista es cierta acumulación de capital en manos de productores individuales, lo que permite la producción de mercancías en gran escala. La plusvalía que ello reporta induce una acumulación posterior que tiene dos consecuencias. Por un lado, tiende a aumentar la riqueza de los capitalistas individuales, por el aumento de los beneficios que se produce y, por otro, tiende a agudizar la competencia entre ellos pues, como se ha visto, sus beneficios no dependen solamente de la plusvalía que obtienen de sus trabajadores, sino también de su productividad.

Para competir, los capitalistas deben reducir los costes de producción de las mercancías, pero esto solo se puede conseguir aumentando la productividad del trabajo. Las grandes concentraciones de capital están en mejores condiciones para ello y expulsarán a los pequeños capitales de la producción, absorbiéndolos. Conforme se desarrolla la acumulación, el capital se concentrará en un numero cada vez mas reducido de capitalistas, esto es, los monopolios se irán adueñando del mercado. Pero esto tendrá una consecuencia: a medida que aumenta la concentración del capital, disminuirá el numero de trabajadores empleados por este capital. También por esta vía tiende a aumentar la composición orgánica del capital.

5.3. SOMOS UNA TROPA, PERO MUCHOS ESTAN EN LA RESERVA

Conforme la acumulación se desarrolla, cada nuevo aumento de capital tiene una mayor proporción de capital constante y una menor de capital variable (esto es lo que significa el crecimiento de la composición orgánica del capital). Como la demanda de trabajo depende del capital variable y no del constante, cada nuevo aumento del capital requerirá un número de trabajadores adicionales cada vez menor. Es esto lo que ocurre cuando se dice que las nuevas inversiones ahorran puestos de trabajo o, dicho en otros términos, la generación de un puesto de trabajo requiere una inversión cada vez mayor conforme pasa el tiempo. El resultado es que las mismas inversiones cada vez generan un número de puestos de trabajo menor.

Dado que el incremento absoluto de la población obrera es, en general, más rápido que el del capital variable, esto es, como la población en edad de trabajar crece más que los puestos de trabajo, la consecuencia es que la acumulación capitalista produce una población obrera excedentaria. Esta población excedentaria creada por la acumulación es, a su vez, una nueva palanca para que la acumulación siga desarrollándose. En efecto, dicho excedente de población, constituye el ejército industrial de reserva, formado no solamente por los parados, sino también por las mujeres y los jóvenes, que en las épocas de expansión tienden a incorporarse al mercado de trabajo y en las de recesión son expulsados del mismo.

El ejército industrial de reserva tiene como misión facilitar al capital la mano de obra que este necesita para las expansiones periódicas y súbitas de la industria, sin tener que sacar trabajadores de otras esferas de la producción. El ciclo económico característico de la industria moderna, no sería posible sin esta población obrera excedentaria. Así, el ejército industrial de reserva no se forma linealmente, sino que tiende a incrementarse en las épocas de crisis y a absorberse en las de auge.

Pero al capital no le basta la cantidad de fuerza de trabajo que le suministra el incremento natural de la población. Para poder desarrollarse y hacer crecer la producción, requiere un ejército industrial de reserva que no dependa de esa barrera natural. Para aumentar la oferta de fuerza de trabajo y, por tanto, el ejército industrial de reserva, el capitalista tiene otras vías: reemplazar trabajo vivo por capital constante, acelerando la sustitución de puestos de trabajo por máquinas; con la misma cantidad de capital variable, poner en movimiento más trabajo gracias a una explotación mayor (cambiando las condiciones de trabajo, por ejemplo); utilizar mano de obra no cualificada para sustituir a la cualificada; utilizar mujeres y niños, etc.

A largo plazo, los bajos salarios son consecuencia únicamente del modo de producción capitalista y no del crecimiento de la población. En efecto, el aumento de los salarios no se debe a la acumulación y su reducción al incremento de la población obrera, sino que sus movimientos están determinados por las expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, que no dependen del crecimiento de la población, sino de las oscilaciones del ciclo económico, intrínsecas al modo de producción capitalista.

5.4 A LARGO PLAZO VAN HACIA EL DESASTRE

El crecimiento de la composición orgánica que se produce con la acumulación tiende a provocar un descenso en la tasa de beneficio. Como se vio en un capítulo anterior, la tasa de beneficio puede expresarse por:

$$r = \frac{p}{C + v} = \frac{p_v}{C/v + 1} = \frac{\text{tasa explotación}}{\text{Com. org cap.} + 1}$$

Este descenso se debe al hecho de que la plusvalía crece menos que el capital total, pues solo puede surgir del capital variable, cuyo crecimiento (como consecuencia del aumento de la composición orgánica del capital) es menor que el del capital constante y, por tanto que el del capital total. Esta ley puede aplicarse a las distintas etapas que haya pasado un país. También puede aplicarse a diferentes países en un momento dado (las diferencias entre las tasas de beneficio de dos de ellos pueden anularse o invertirse si la productividad del trabajo de ambos cambia).

Cada nueva acumulación de capital provocará un aumento del capital variable y del nivel de empleo y, puesto que es el capital variable el que crea valor, la masa de beneficios también crecerá. Crecerá por tanto el valor de la producción porque lo hacen sus componentes y porque, además, este es el

objetivo de la producción. Pero la tasa de beneficio descenderá, porque, aunque el capital variable y la plusvalía crezcan, el capital constante todavía lo hace más rápidamente.

Un ejemplo puede servir para mostrar como se produce este proceso. Supongamos una economía que, en el período 0, emplea un capital de 1.000, el 60% de capital constante y el 40% de capital variable. Si durante el período, el capital constante se desgasta en un 30% y la plusvalía es del 100%, el valor de la producción será de 980: 180 de capital constante (el 30% de 600), 400 de capital variable y 400 de plusvalía (pues la tasa de explotación es del 100%). La tasa de beneficio será del 40% (400 de plusvalía dividido por 1.000 de capital total). Si parte de la producción se dedica a reponer las máquinas que se han gastado durante el período, la situación de esa economía al final del mismo sería la del cuadro.

total	capital constante	capital variable	valor total	constante	variable	plusvalía	tasa de beneficio
<u>PERIODO 0</u>							
1,000	600	400	980	180	400	400	40%
<u>PERIODO 1</u>							
Inversión							
200	160	40	128	48	40	40	25%
Capital y producción totales							
1.200	760	440	1.108	228	440	440	36,66%

En el momento 1, se realiza una inversión de 200, pero con el objetivo de aumentar la productividad, dicha inversión implica que se les dota a cada trabajador de más máquinas, esto es, su composición orgánica del capital es mayor. Supongamos que es del 80%. Entonces dicha inversión se descompondrá en 160 de capital constante y 40 de capital variable. Si la tasa de explotación continúa siendo del 100%, la plusvalía será de 40 y la tasa de beneficio de la misma del 25% (40 de plusvalía entre 200 de inversión). Si, durante el período, el capital constante se sigue desgastando en un 30%, el valor de la producción será de 128: 48 de capital constante (30% de 160), 40 de capital variable y 40 de plusvalía.

En esta situación, el capital total se habrá elevado a 1.200 (1.000 de antes más 200 de la inversión), esto es, el capital habrá crecido un 20% y, por la misma razón, el valor total a 1.088 (lo que supone un crecimiento del 13,3% sobre los 960 anteriores), el capital variable a 440 (con un crecimiento del 10%) y la plusvalía a 440 (con otro 10% de crecimiento).

Esa economía habría experimentado un crecimiento notable en todas sus variables. Como consecuencia del incremento del capital variable, el empleo habría crecido también. Pero a causa del hecho de que la nueva inversión llevaba una composición orgánica del capital más elevada que la existente, la plusvalía habrá crecido menos que el volumen total del capital (10% para la plusvalía frente al 20% en que lo ha hecho el capital) y, en consecuencia, la tasa de beneficio habrá descendido desde el 40% hasta el 36,6%.

La acumulación aumenta el volumen total de capital y el número de capitalistas y, al reducir el número de productores independientes, hace que crezca la fuerza de trabajo. Esto hace que aumente la base de la masa de los beneficios. Pero como el capital constante crece más rápidamente, el aumento de la masa de beneficios será paralelo a la disminución de la tasa de beneficio. Así, al progresar el modo de producción capitalista, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo se expresa, por una parte, en una tendencia al descenso de la tasa de beneficio y, por otra, en un constante aumento de la masa absoluta de ellos y del valor de la producción. Este efecto dual solo puede conseguirse mediante un crecimiento del capital global en una progresión más veloz que la progresión a la cual desciende la tasa de beneficio. Por tanto, las mismas causas que producen una baja tendencial de la tasa de beneficio condicionan una acumulación acelerada del capital y un aumento del valor de la producción incesante.

La tendencia al descenso de la tasa de beneficio es una ley que opera constantemente, pero esto no significa que, en la realidad, se produzca una baja efectiva y continuada, ya que, como veremos inmediatamente, hay factores que pueden contrarrestar a corto plazo esta baja efectiva. Se trata, por tanto, de una tendencia que expresa un conjunto de relaciones entre la acumulación de capital, el crecimiento de su composición orgánica y el progreso de la productividad del trabajo y la explotación. Esta tendencia es una característica esencial y permanente del modo de producción capitalista, que está en el centro de su contradicción fundamental: la que existe entre la tendencia al desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas y los límites que suponen las relaciones de producción existentes.

5.5. PERO TIENEN FORMA DE EVITARLO

El descenso de la tasa de beneficio es una tendencia a largo plazo que se puede contrarrestar a corto plazo por una serie de factores, entre los que cabe señalar como más importantes a los siguientes:

a) El aumento de la tasa de explotación

El aumento de la explotación del trabajo, mediante el aumento de la jornada laboral (lo que se denomina plusvalía absoluta) o la intensificación del trabajo (el aumento de la productividad en una misma jornada de trabajo, que se denomina plusvalía relativa) puede contrarrestar el descenso de la tasa de beneficio que se produce como consecuencia del crecimiento de la composición orgánica del capital. De la misma forma, la reducción de los salarios por debajo de su valor, a través del mercado, aprovechando la presión del ejército de reserva, o a causa de las políticas de austeridad tendientes a situar su crecimiento por debajo de la inflación, es una de las causas más importantes de contención de la tendencia a la baja de la tasa de beneficio.

b) El imperialismo

El imperialismo ha permitido históricamente el desarrollo del capitalismo a partir de la expansión continuada de la producción que supuso poner a su disposición un mercado en constante crecimiento. El imperialismo, en función del intercambio desigual que se establece entre los países imperialistas y los países dependientes, opera fundamentalmente en relación a la tasa de beneficio en el siguiente sentido:

-La reducción del coste de producción de los elementos del capital constante, sobre todo de las materias primas.

-En los países imperialistas, el capital invertido en la producción para los países dependientes, al competir con elementos productivos menos desarrollados, tiene una tasa de beneficio mayor que el invertido en su propio mercado, lo que supone un aumento de la tasa media de beneficio.

-El comercio exterior abarata los elementos del capital constante y los medios de subsistencia en los que se transforma el capital variable, permite la expansión de la producción e impulsa el desarrollo capitalista, al poner a su disposición un mercado que se expande continuamente. Además, para los países desarrollados, el capital invertido en la producción para el comercio exterior tiene una tasa de beneficio más elevada que el invertido en la producción para el interior, porque compete con elementos productivos menos desarrollados, sus productos son más baratos y competitivos, tienen más calidad, etc. El capital invertido en los países del tercer mundo tiene más beneficios, porque los trabajadores de estos pueden ser explotados con más facilidad.

c) El aumento de la rotación del capital

Acortando el tiempo de realización de las mercancías y consiguiendo realizarlas (transformarlas en dinero) más rápidamente, se puede elevar la tasa de beneficio. En efecto, el mismo capital produce en un período de tiempo dado tanta más plusvalía cuanto más rápida es esta rotación.

Este aumento de la plusvalía, y por tanto de la tasa de beneficio, debe compensar la inversión de capitales en la esfera de la circulación de mercancías (capital mercantil), que al no estar invertido en la

producción no genera plusvalía y, por tanto, es improductivo. La mejor prueba de que esto es posible es la extraordinaria extensión del sector terciario que hace que el mismo capital total (industrial y comercial) pueda producir más rápido la plusvalía que, acumulada, se convierte de nuevo en capital.

d) La intervención económica del Estado

Desde la II Guerra Mundial, esta intervención económica directa toma nuevas formas y proporciones inusitadas: gasto público enorme que se convierte en una fuente decisiva para los pedidos de sectores clave de la industria; nacionalización de los sectores básicos en crisis que permite aumentar la tasa de beneficio de los sectores no nacionalizados, facilidades financieras excepcionales, ayudas fiscales, etc. Volveremos a este tema en un capítulo posterior.

Muchos de estos factores contrarrestantes del descenso de la tasa de beneficio habían ya sido vistos por Marx, a pesar de que cuando escribió el capital solamente había vivido una onda larga.

6. LA RECTITUD NO ES SU CARACTERÍSTICA MÁS NOTABLE (LAS CRISIS Y LAS ONDAS LARGAS)

A lo largo de su desarrollo, la economía capitalista ha estado plagada de crisis periódicas. Como se ha dicho en un capítulo anterior, esto es una consecuencia del hecho de que la economía de mercado pretende satisfacer las necesidades colectivas sobre la base de la suma de las decisiones individuales de cada uno de los capitalistas. No existe nada que garantice que estos vayan a acertar a priori con las mismas sino que, antes al contrario, periódicamente será necesario producir un ajuste.

Las crisis industriales no son los únicos movimientos cíclicos que se pueden registrar en la historia del capitalismo. La tasa de beneficio no solo oscila durante las crisis, sino que también lo hace describiendo movimientos de amplia duración, esto es, tendiendo a elevarse durante muchos años y cayendo durante otros. Se registra así una superposición de ondas de larga duración, con ciclos de corta duración. Estas ondas largas de la economía capitalista tienen sus correspondientes fases de prosperidad y depresión. En las fases expansivas de la onda larga, las crisis industriales periódicas suelen tener poca gravedad, en las fases de descenso, son más profundas, duraderas y graves.

6.1. OBSERVEMOS LA REALIDAD

Observemos la evolución del capitalismo e indaguemos desde lo más aparente a lo más profundo. El primer movimiento que se puede detectar es la sucesión de oscilaciones en la coyuntura económica. Para ilustrar estos movimientos cíclicos, hemos escogido la evolución de la economía americana durante los 50 años que van desde 1880 a 1930. Dichos movimientos cíclicos se refieren siempre a la economía capitalista en su conjunto, y tan importante es la sincronía de las expansiones y las recesiones entre los diferentes países, como los desfases que puedan existir entre ellos. Pero no se ha dispuesto de series anteriores a la II Guerra Mundial más que de Estados Unidos (lo que ha pasado después de la misma se verá en otro capítulo) e incluso estos, deben ser utilizados con cuidado. Se trata solamente de poner un ejemplo y no debe dársele más alcance a lo que se diga a continuación.

Como un indicador de las oscilaciones de la coyuntura, se ha utilizado el crecimiento del PIB en términos reales, esto es, descontando el aumento de los precios, y se han suavizado las curvas mediante una media móvil de tres años para eliminar los movimientos erráticos debidos, por ejemplo, a problemas de cálculo estadístico, que en el período estudiado deben ser importantes. La producción, por sí sola, es insuficiente para detectar los cambios de coyuntura, pues esta afecta a todas las variables económicas e, incluso, tiene repercusiones sociales y políticas. Pero, para el propósito que nos anima, nos puede servir como un compendio para describir estos movimientos cíclicos. Estas tasas de crecimiento se han representado con la línea fina del gráfico 6.1.

Obsérvese en dicho gráfico, que pueden detectarse seis ciclos completos en el período, aunque su evolución es irregular. El primero parte de 1883, se acelera el crecimiento hasta 1891, y se desacelera después, hasta alcanzar su punto más bajo en 1893. A partir de aquí, las tasas de crecimiento se aceleran aunque con oscilaciones hasta 1900, período en el que el crecimiento es superior al 7%. Desde este año, nuevamente vuelven a descender hasta 1903 en que se sitúan en el punto más bajo. El tercer ciclo es mucho más corto, pues discurre hasta 1907. El cuarto tiene su punto más alto en 1910 y el más bajo en 1914, por lo que su duración ha sido mayor. Los dos últimos discurren hasta 1920, el quinto, y hasta 1930,

el sexto, y su característica es que son mas explosivos, pues tanto las recuperaciones, como las recesiones son mas pronunciadas.

Estos datos son solo un ejemplo, pero ocurriría algo similar si escogiéramos otros país en cualquier otro período de tiempo. En la economía capitalista, se produce un ciclo completo cada cierto número de años. Partiendo de una situación de crisis, se inicia una recuperación, en la que la producción y la acumulación comienzan a crecer de nuevo. A la recuperación le sigue una expansión, en la que toda la actividad parece acelerarse: el crecimiento es elevado, la acumulación fuerte, el empleo crece, mejoran las rentas de los individuos de la sociedad, etc. Pero, poco a poco, este auge se va agotando y el crecimiento cada vez es menor. La economía está entrando en una fase de recesión. La situación empeora progresivamente y llega un momento en el que el crecimiento de la producción es negativo, la acumulación cesa, el paro aumenta, etc. Es la crisis, en la que la economía se mantendrá hasta que nuevamente se produzca una recuperación. La duración de estos movimientos periódicos no ha sido la misma a lo largo de la historia del capitalismo. Su gravedad y repercusiones sociales y políticas, tampoco. Pero es incuestionable que el capitalismo se ha desarrollado a través de una sucesión de ciclos como el que se acaba de describir.

El capitalismo no se caracteriza solamente por la recurrencia periódica de los ciclos. Ya se ha visto en el ejemplo anterior, que todos ellos son distintos, de forma que cada oscilación coyuntural no es una mera repetición de la anterior. Pero, una observación mas atenta, indicaría que los ciclos son de un carácter diferente en diferentes períodos, de forma que se podrían agrupar en series homogéneas. El primero acaba con una crisis en 1893 cuya magnitud es muy similar a la del anterior. La crisis de la que parte es muy duradera, pues las tasas de crecimiento no supera el 3% hasta 1890, la expansión muy corta (solo dos años) y la recesión muy profunda. Se corresponde a una fase de crecimiento débil, de la que venia la economía americana desde algunos años antes.

Los dos siguientes son característicos de una fase de expansión a largo plazo. En el segundo, la recuperación es muy rápida, el auge, aunque con oscilaciones, dura hasta 1900, esto es, seis años, la recesión es muy corta, y la crisis de 1903 menos profunda que la anterior. Durante este ciclo, la economía americana creció como media mas que durante el primero. En el tercero, aunque es mas corto, el crecimiento todavía siguió siendo elevado, y la crisis con la que termina no tuvo una intensidad significativamente mayor que la precedente.

El cuarto ciclo es de transición. Durante la recuperación, el auge y el inicio de la recesión, el crecimiento todavía continuó siendo elevado, pero acabó, en 1914, en una crisis muchísimo mas profunda que las anteriores, pues se registraron incluso crecimientos fuertemente negativos. A partir de este momento, los Estados Unidos entraron en una fase de crisis a largo plazo. En todos los ciclos, la crisis es mas profunda que en el anterior, las recuperaciones son muy agudas, pero muy cortas, y las recesiones son muy rápidas. A partir de 1914, las oscilaciones son mas explosivas, pero el crecimiento medio nunca lleo a alcanzar al que se dio durante los años de expansión precedentes.

Así pues, durante esos cincuenta años, la sucesión de ciclos periódicos definió un crecimiento tendencial muy diferente en unos años y en otros. Si calculamos ese crecimiento tendencial mediante una media de 10 años, esto es, si definimos el crecimiento tendencial de un año como el crecimiento medio de los 10 años de su entorno (se podría haber escogido otro numero de años, pero esto no cambiaría las cosas sustancialmente) observaremos que desaparecen los ciclos industriales (lo que es lógico, pues de lo que se trata es de calcular la tendencia), pero que todavía permanece un movimiento cíclico de mayor duración (la línea gruesa de la parte inferior del gráfico). Finalmente, a lo largo de todo el período, el crecimiento de la economía americana ha registrado ciclos de corta duración y de larga duración, pero el crecimiento medio ha sido cada vez menor. Habría una tendencia a largo plazo que se podría aproximar por la recta del gráfico.

Estos movimientos que se registran en el capitalismo americano se corresponden con un comportamiento que puede ser generalizable. El desarrollo del capitalismo no es lineal, sino que en el mismo pueden distinguirse varios tipos de movimientos de naturaleza muy diferentes.

En primer lugar, conforme el modo de producción capitalista se ha desarrollado, se ha registrado un crecimiento del valor de la producción, de la acumulación y de la masa de beneficios, pero, desde su nacimiento, dicho crecimiento ha discurrido paralelamente a una tendencia hacia el descenso de la tasa de beneficio, como consecuencia de que estos últimos tienden a crecer menos rápidamente que el capital. Estos dos fenómenos (aumento de la producción, de la acumulación y de la masa de beneficio y,

simultáneamente, tendencia al descenso de la tasa de beneficio) no son contradictorios, sino que son el resultado del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo y de la naturaleza de la acumulación capitalista.

En segundo lugar, el descenso de la tasa de beneficio no es lineal, sino que lo hace describiendo movimientos de amplia duración, esto es, elevándose durante muchos años y cayendo durante otros. Estas oscilaciones a largo plazo de la tasa de beneficio determinan oscilaciones u ondas largas en la acumulación de capital, lo que afecta a la producción y a la economía en su conjunto. Dichas ondas tienen sus correspondientes fases de prosperidad (largos períodos en los que la tasa de beneficio se recupera y la producción y la acumulación crecen rápidamente) y de depresión (períodos en los que la tasa de beneficio desciende y el crecimiento de la acumulación y la producción se ralentiza).

Finalmente, estas ondas largas no son los únicos ciclos que tiene la economía capitalista. Cada una de ellas, tanto en su fase de prosperidad como de depresión, esta recorrida por ciclos de menor duración (de siete a diez años), con sus correspondientes crisis y auges, que se conocen como «crisis industriales periódicas» y que tienen su origen en las situaciones de sobreproducción que periódicamente genera la economía capitalista. Las características de estas «crisis periódicas» no son las mismas en las fases de prosperidad de la onda larga que en las de depresión. Durante la fase de depresión de la onda larga, las crisis son mas duraderas y profundas y los auges mas efímeros y contradictorios.

Así pues, los movimientos en la tasa de beneficio tienen su reflejo en oscilaciones en el crecimiento de la producción y de la acumulación. Pero la dinámica del capitalismo no se debe entender de una forma mecánica. En la misma, ocupa un lugar central la tasa de beneficio, pero este no es el único factor que la determina, hasta el punto de que las ondas largas constituyen fases históricas concretas del capitalismo que han sido muy diferentes unas de otras, en sus características y en la forma que se ha producido la fase ascendente y la salida de la fase depresiva. De la misma manera, las crisis industriales periódicas se han registrado cada 7 a 10 años, como media, pero no han funcionado mecánicamente, y su duración y las causas concretas que las han provocado han sido muy diferentes de unas a otras. Con todas estas precauciones, los tres movimientos fundamentales en que se puede descomponer la dinámica del capitalismo (tendencia, ondas largas y crisis industriales periódicas) se podrían esquematizar como se ha hecho en el gráfico 6.2, relativo a la evolución de la producción. Hay que reiterar que dicho gráfico es solo un esquema que muestra como se articulan en teoría los tres movimientos: tendencia, ondas largas y ciclos periódicos. En la realidad, como se ha visto en el caso de la economía americana, las cosas serán mucho mas complejas, los ciclos menos regulares y las recuperaciones de la tasa de beneficio, en la salida de la onda larga recesiva, mucho mas acusadas

6.2 COMO LOS ENFERMOS, DE VEZ EN CUANDO TIENE UNA CRISIS

Los ciclos de corta duración, es decir, las crisis industriales periódicas tienen su causa fundamental en las dificultades que encuentra el capitalismo para vender sus mercancías y realizar la plusvalía, que hace que periódicamente aparezcan crisis de sobreproducción. Dado que el capitalismo tiene un carácter anárquico derivado de que la mayoría de las decisiones de producción, acumulación, etc se toman individualmente, cada cierto tiempo se produce una situación de superacumulación de capital y de exceso de capacidad productiva respecto a lo que justifica el poder adquisitivo existente, sobre todo, teniendo en cuenta el subconsumo que se deriva de que los capitalistas están interesados en mantener los salarios bajos para aumentar los beneficios. Estas crisis tienen su causa en las dificultades que encuentran los capitalistas para realizar la plusvalía, esto es, para vender las mercancías: no en que estas falten, sino en que sobran. Se trata, por tanto, de crisis de sobreproducción.

El significado de estas crisis, su desarrollo y sus consecuencias, esta ligado a la evolución de la tasa de beneficio. La crisis se caracteriza, en primer lugar, por un brusco y fuerte descenso de la tasa de beneficio. En efecto, a medida que se desarrolla la fase de auge, operan de forma creciente tres tipos de elementos. Primero, el aumento de la composición orgánica del capital que se produce con la acumulación durante la fase de auge. Segundo, el descenso de la tasa de explotación que produce el crecimiento de los salarios debido al aumento coyuntural de la demanda de trabajo que implica la acumulación y a las condiciones mas favorables para los trabajadores que crea el auge económico. Tercero, a medida que la capacidad de producción se desarrolla, la oferta de mercancías en el mercado aumenta hasta llegar a un momento en que se hace mayor que la demanda y los precios tienden a bajar e incluso a hundirse. Esto significa que las empresas menos productivas no pueden realizar en el mercado todo el valor de sus mercancías (recordar el tema 3) y muchas de ellas se verán obligadas a cerrar. Estos tres fenómenos (alza

de C/v , baja de p/v y caída de precios) explican que se produzca un fuerte y brusco descenso de la tasa de beneficio media.

Pero, a la vez, la crisis crea las condiciones favorables para un nuevo aumento de la tasa de beneficio media, creando las bases para un nuevo auge: desciende la composición orgánica del capital como consecuencia de la desaparición de parte de él a causa de los cierres de fabricas y de la bajada del precio del capital constante y aumenta la tasa de explotación debido a la existencia al final de la depresión de un enorme ejército de reserva de mano de obra, lo que permite a los capitalistas presionar sobre el valor de los salarios reales y les da posibilidad de aumentar la duración y la intensidad de la jornada de trabajo

Las características de los ciclos industriales periódicos con diferentes según se produzcan en la fase ascendente o en la descendente de la onda larga. Si la crisis se produce en la fase ascendente, tendrá poca profundidad y no significará mas que un ajuste en la tendencia expansiva de la economía. Pero sí se produce en la fase descendente, sus consecuencias serán mas graves y un nuevo auge coyuntural no supondrá una salida de la economía de la crisis de larga duración.

En efecto, durante la crisis, una parte del capital se desvaloriza, esto es, no produce plusvalía y, en consecuencia, desaparece y se invierte menos capital que el que se podría acumular, dados la plusvalía y la tasa de beneficio existente. Esto termina provocando una tendencia a que se recupere la tasa de beneficio, cuya caída coyuntural también estaba detrás de la crisis, y hace que vaya desapareciendo la capacidad ociosa y el exceso de capital, con lo que se iniciara nuevamente la acumulación y, con ella, una nueva fase de auge.

Sin embargo, la salida de una crisis periódica no significa que la economía capitalista inicie una nueva fase ascendente a largo plazo, sino solamente un auge periódico de menos duración. Cada nuevo ciclo de 7 a 10 años se inicia con una maquinaria nueva, que se ha incorporado con la acumulación que se produce en el auge. Durante la fase ascendente de la onda larga, la acumulación masiva, y con ella una renovación tecnológica fundamental, se va realizando a través de estos auges periódicos, y las crisis juegan un papel corrector de este proceso. Pero, durante la fase descendente, los valores liberados en un solo ciclo periódico no son suficientes para inducir una acumulación masiva y, por lo tanto, impiden que se produzca una renovación tecnológica fundamental. Se necesita, pues, el capital liberado durante varios ciclos periódicos para que se produzca la acumulación masiva que permitirá una nueva fase ascendente a largo plazo, pero esto, por si solo no es suficiente. Se necesita además que se produzca una recuperación de la tasa de beneficio que induzca a los capitalistas a esta acumulación masiva.

6.3. HAY EPOCAS BUENAS QUE INCLUSO DURAN

Las crisis industriales periódicas no son los únicos movimientos cíclicos que experimenta el capitalismo en su desarrollo a lo largo del tiempo. También se producen ciclos de larga duración, que se denominan ondas largas.

Durante la fase recesiva de la onda larga, cada crisis industrial periódica desvaloriza una parte del capital existente, esto es, no produce plusvalía, y, por tanto desaparece. Además, el volumen total de plusvalía que obtienen el conjunto de los capitalistas es mayor que la acumulación, esto es, no se dedican todos los fondos que se han obtenido con la explotación a inversiones en actividades productivas. Por tanto, como consecuencia de la crisis, se libera una parte de capital, que permanece ocioso desde el punto de vista productivo, esto es, que no se invierte, porque no existe una rentabilidad suficiente que lo justifique. Estos fondos se materializan en dinero, en activos financieros o, simplemente, se utilizan para mejorar el endeudamiento de los capitalistas. En resumen, se van creando unos fondos susceptibles de emplearse en inversiones reales creadoras de plusvalía que, por el momento, no se materializan, pero que van generando una capacidad de expansión futura al capital.

Para que se inicie una fase expansiva de larga duración, se necesita:

a) Que se hayan liberado los fondos de capital suficientes como para que puede realizarse una acumulación masiva. Normalmente no basta una crisis industrial periódica para que ello ocurra, sino que, durante la fase recesiva, se necesitan varias de ellas para que el capital disponga de los fondos suficientes para iniciar una nueva fase de expansión de larga duración.

b) Pero que existan los fondos suficientes no significa que serán invertidos: solo lo serán si pueden obtener una rentabilidad suficiente. Si la recuperación de la tasa de beneficio que se produce como consecuencia de la crisis industrial periódica es pequeña, se generará un nuevo auge cíclico, pero no un período expansivo de larga duración. En efecto, la insuficiente recuperación de la tasa de beneficio no provocará una acumulación masiva de los capitales disponibles, sino solamente de una parte de ellos. Ello impedirá que se realice una transformación tecnológica fundamental, que solo se puede producir con una renovación radical del capital existente, lo que solo es posible con inversiones masivas. La acumulación será insuficiente para compensar el crecimiento de la composición orgánica del capital que se produce como consecuencia de la misma y el resultado será que el crecimiento de la tasa de beneficio tenderá a agotarse rápidamente. Se habrá generado un auge cíclico, pero no una fase expansiva de larga duración.

Las fases de expansión se producen como consecuencia de una elevación sostenida de la tasa de beneficio, que lleva a los capitalistas a realizar una acumulación masiva que incorpora un avance tecnológico considerable y el crecimiento de la producción y los beneficios capitalistas en espiral. Recordando que la tasa de beneficio es igual a la tasa de explotación dividida por la composición orgánica del capital más uno, los factores que pueden producir un aumento de la misma son los siguientes:

a) Una disminución de la composición orgánica del capital. Hay tres formas de reducir la composición orgánica del capital: la inversión masiva en zonas geográficas o sectores en los que es baja, la reducción del capital constante por caída del valor de las materias primas y la reducción del período de rotación del capital, por mejoras en el transporte, por ejemplo.

b) Un aumento de la tasa de explotación, mediante el aumento de la jornada de trabajo (plusvalía absoluta), el aumento de la productividad del mismo (plusvalía relativa) o la reducción del valor de la fuerza de trabajo por la vía de una reducción drástica de los salarios que lleve a una disminución de las mercancías a disposición de los trabajadores.

Si solo actúa alguno de estos factores, de forma que solo se neutraliza el crecimiento que se produce en el capital, constante y variable, con la acumulación, el aumento de la tasa de beneficio será de corta duración como se ha dicho. Pero si son varios los factores que actúan y lo hacen de forma más intensa, entonces el aumento de la tasa de beneficio será sostenido y atraerá capitales no invertidos en una acumulación en torbellino. Esta acumulación masiva de capital permitirá una revolución global de la tecnología, que hará que se desvalorice aceleradamente los capitales invertidos antes de la revolución tecnológica, con la consiguiente reducción de la composición orgánica del capital y el nuevo aumento de la tasa de beneficio media, pues los capitales que la tenían más baja habrán desaparecido. La consecuencia será un nuevo impulso a la acumulación, el crecimiento acelerado, nuevos aumentos de la tasa de beneficio y la continuación del proceso en espiral, hasta que los factores que determinaron el auge se vayan desgastando.

Durante las crisis industriales periódicas, el sistema capitalista genera por sí mismo las condiciones para que se produzca una recuperación cíclica de la tasa de beneficio. Ya se ha visto antes como puede ocurrir esto: descenso de la composición orgánica del capital, como consecuencia de los cierres de fábricas, etc, progresiva eliminación de la capacidad productiva excedentaria, aumento de la tasa de explotación como consecuencia del crecimiento del ejército industrial de reserva que provoca la crisis industrial, etc. Pero son factores coyunturales que no provocan un cambio cualitativo en el nivel de la tasa de beneficio. Para que ello ocurra, se necesita un factor externo al propio funcionamiento objetivo del sistema capitalista.

La aparición, o la creación de un nuevo mercado, puede ser ese factor externo que desencadene la acumulación masiva de los capitales ociosos. El capitalismo es un sistema caracterizado por producir mercancías para obtener beneficios con su venta, y no para satisfacer necesidades. Por lo tanto, para sobrevivir necesita mercados y para crecer ampliarlos. La extensión del modo de producción capitalista ha jugado en el pasado este papel. Cuando las metrópolis imperialistas desembarcaron en las colonias, no solamente explotaron a sus habitantes y se llevaron sus productos naturales, sino que, además, con su acción crearon nuevos mercados para sus productos. Al final de la II Guerra Mundial paso algo parecido. Por un lado, surgieron nuevas mercancías: fibras sintéticas, plásticos, productos derivados de la electrónica, etc. Estos productos venían a sustituir a otros antiguos y, por lo tanto, creaban su propio mercado. Por otro lado, continuó extendiéndose geográficamente el modo de producción capitalista hasta lo que es hoy: un conjunto de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y postcapitalistas dominadas por el mercado capitalista. Pero esto jugó un papel más reducido, pues las metrópolis ya no

dirigieron sus capitales a las colonias, sino a otros países imperialistas, como consecuencia de la ampliación del mercado que significaba la Tercera Revolución Tecnológica.

Sin embargo, este factor no ha sido suficiente en ninguna de las ondas largas anteriores para producir una nueva fase expansiva de larga duración. En todas ellas, ha sido necesario además aumentar la tasa de explotación en las metrópolis imperialistas.

6.4. PERO TERMINAN ACABANDOSE Y LUEGO NO ES TAN FACIL MEJORAR

Durante la fase expansiva de la onda larga se va realizando la acumulación masiva y la revolución tecnológica a través de los auges periódicos de corta duración y las crisis juegan un papel corrector del proceso. Pero, conforme la fase de prosperidad va desarrollándose, el modo de producción capitalista va sentando las bases para entrar en una nueva fase de descenso, pues los factores que permitieron la elevación de la tasa de beneficio se van agotando progresivamente. Así:

a) La tasa de explotación tiende a retroceder, por la reducción del ejército de reserva y la consiguiente presión sobre los salarios, y por la recomposición del movimiento obrero.

b) La composición orgánica del capital tiende a crecer de nuevo, conforme la acumulación se desarrolla.

c) La revolución tecnológica, que en un principio fue una fuente de beneficios, tiende a generalizarse, convirtiéndose en una fuente de sobreproducción, de agudización de la competencia y caída espectacular de la tasa de beneficio.

d) Los nuevos mercados que surgieron en el principio de la expansión tienden a agotarse y, con ellos, las posibilidades de realización de la plusvalía, agudizándose la competencia.

Así, el paso de una fase expansiva a otra depresiva es endógeno, en el sentido de que el propio funcionamiento del sistema capitalista va sentando las bases para que se produzca un nuevo descenso de la tasa de beneficio, sin que concurren circunstancias externas. Algunos factores externos pueden contribuir al cambio de tendencia, pero los fundamentales están generados por el propio funcionamiento interno de la economía capitalista.

Esto no ocurre en la fase depresiva: no hay ningún factor interno en el funcionamiento del propio sistema capitalista que garantice que se producirá una nueva elevación de la tasa de beneficio. Las crisis industriales periódicas que se registran a lo largo de la misma van liberando capital, pero: a) no basta una sola crisis para liberar el capital suficiente como para que se incorpore una revolución tecnológica fundamental y se recupere significativamente la tasa de beneficio y b) no es suficiente que se libere capital ocioso, sino que se requiere que este se invierta, lo que no se producirá si no se ha recuperado previamente la tasa de beneficio.

Una elevación significativa de la misma depende de la tasa de explotación y ello solo puede hacerse si la lucha de clases lo permite y los factores internos de la economía capitalista influyen sobre ella, pero no la determinan. La aparición de un nuevo mercado que implique un descenso de la composición orgánica del capital no está garantizado por el propio funcionamiento del sistema. De esta forma, la salida de una onda larga recesiva depende de la concurrencia de factores externos. Es en este sentido en el que el funcionamiento de las ondas largas es asimétrico: la transición de la fase expansiva a la recesiva se produce por razones internas, pero la salida de la fase recesiva requiere que la lucha de clases lo permita. Es por esto por lo que, en las fases recesivas, la política económica y social para salir de la crisis adquiere una importancia decisiva.

6.5. PIONEROS QUE MUESTRAN EL CAMINO A UN REBAÑO DE CORDEROS

Durante las décadas de los 50 y los 60, la interpretación de las oscilaciones económicas sufrió un giro radical. Como consecuencia del largo «boom» que estaba viviendo la economía occidental, las crisis eran poco duraderas y profundas, y para su explicación bastaba el arsenal Keynesiano. Para la teoría económica, las oscilaciones de la producción y el empleo, poco importantes, pues se producían dentro de una senda de crecimiento, tenían su origen en las correspondientes oscilaciones de la demanda, que se debían siempre a factores coyunturales. Eran oscilaciones menores de la tasa de crecimiento de la economía, dentro de una expansión que no parecía tener límites y que era interpretada como una prueba fehaciente de que Marx se había equivocado, decían, prediciendo el derrumbe del capitalismo. Las preocupaciones de la teoría económica cambiaron incluso y la «teoría de los ciclos» terminó abandonándose en aras de una «teoría del crecimiento», pues el problema ya no era tanto determinar las causas de las oscilaciones económicas, como los factores que determinaban el crecimiento de la producción, la acumulación y el empleo. En un mundo tan idílico, la tecnología era un dato y el avance tecnológico algo de lo que uno se podía olvidar, pues se producía inequívocamente y el único problema era medir cuanto crecimiento del PIB generaba.

La crisis económica ha venido a distorsionar este estado de cosas, pues después de más de 15 años, ya no puede interpretarse como un fenómeno coyuntural. En consecuencia, una parte de la economía académica ha vuelto sus ojos hacia la Teoría de las ondas largas en busca de una interpretación, que ha encontrado en otras fuentes distintas a los autores marxistas. Ya en los años 30, la teoría de las ondas largas fue adoptada por economistas académicos, particularmente por J.A. Schumpeter, y su explicación está jugando un papel importante en el actual «revival». Según esta teoría, el avance tecnológico juega un papel fundamental en la aparición y desarrollo de las ondas largas y, por lo tanto, en el movimiento del capitalismo en grandes períodos históricos. En la actualidad, por lo tanto, las nuevas tecnologías podrían ser el factor fundamental que sacara a la economía capitalista de la larga crisis. Merece la pena detenerse en esta interpretación antes de entrar en la explicación marxista.

Si las revoluciones tecnológicas se han producido en oleadas, la causa no hay que buscarla en que la investigación científica y técnica haya sido un proceso errático que ha funcionado a saltos. Nada más lejos de la realidad. La investigación científica ha sido un proceso que ha generado un flujo relativamente suave de descubrimientos. Lo que ocurre es que las transformaciones tecnológicas radicales han sido el resultado de la acumulación durante un largo período de tiempo de gran número de mejoras que conjuntamente han llevado a que se produzca un gran cambio. Así, cuando se han acumulado una gran cantidad de investigaciones, se ha producido una incorporación repentina a la producción de nuevas tecnologías e inventos, esto es, una acumulación masiva que incorpora una tecnología radicalmente nueva, lo que induce, una vez que se generaliza al conjunto de la economía, a una onda larga de prosperidad. El agotamiento de estas invenciones induciría una nueva fase de recesión. Un símil puede servir para ilustrar este proceso. Supongamos un grifo que gotea constantemente sobre un cubo, en cuyo fondo hay una válvula que no se abre hasta que en el cubo no se ha acumulado cierta cantidad de agua. Cuando el agua llega a un cierto nivel, la válvula se abre, el cubo se vacía y la válvula vuelve a cerrarse de nuevo, repitiéndose así el proceso sucesivamente. La corriente regular del grifo (los descubrimientos científicos y técnicos) da lugar a una corriente en oleadas (las revoluciones tecnológicas).

En toda esta explicación el «empresario innovador» juega un papel fundamental. Para realizarse en la práctica, las nuevas ideas deben de vencer una serie de obstáculos iniciales pues, en general, no pueden ser aplicadas directamente en su forma original, suponen un riesgo, etc. Requiere, por lo tanto, que uno o varios empresarios innovadores superen las dificultades, introduzcan las mejoras necesarias y apliquen la idea a escala comercial. Una vez abierto el camino, por el discurrirán las demás empresas, generándose una acumulación masiva.

No es este el lugar para detenernos en los innumerables refinamientos teóricos con los que Schumpeter trató de convertir esta teoría en una explicación completa del desarrollo del capitalismo a través de ondas largas. Pero su idea básica, la existencia de unos pioneros empresariales que muestran el camino a seguir a un rebaño de competidores, parece que tiene que ver poco con el mundo actual de multinacionales, de investigación institucionalizada y altamente burocratizada. Ya en los años 40 esta teoría fue duramente criticada, no precisamente desde las filas marxistas.

6.6. UNA COSA ES PREDICAR Y OTRA DAR TRIGO

La forma en que las invenciones y descubrimientos científicos y técnicos terminan convirtiéndose en innovaciones tecnológicas, esto es, incorporándose a la producción, nada tiene que ver con el innovador «empresario schumpeteriano». Tiene que ver con un mecanismo más complejo de funcionamiento del sistema capitalista.

En efecto, la investigación científica y técnica y la innovación tecnológica no son conceptos equivalentes. Una cosa son los descubrimientos científicos y técnicos que puedan obtenerse en un laboratorio (la investigación científica) y otra que los mismos se vayan a aplicar a la producción mediante inversiones que los incorporan (la innovación tecnológica). Como sostiene la teoría de Schumpeter, la investigación científica es un proceso permanente que produce un flujo relativamente suave de descubrimientos y las transformaciones tecnológicas radicales se han producido en oleadas y no han sido el resultado de un solo descubrimiento, sino de la acumulación durante un largo período de tiempo de gran número de mejoras que conjuntamente han llevado a que se produzca un gran cambio. Pero, estas oleadas no se han producido milagrosamente, sino que han necesitado de una acumulación masiva de capital para que la nueva tecnología se incorporase de forma generalizada a la producción.

Desde el punto de vista de la actividad productiva, la investigación podría dividirse en varias clases. Por un lado estaría la investigación científica fundamental, cuyos resultados no serían directamente aplicables a la producción, pero que son la fuente fundamental de los demás descubrimientos técnicos. En esta categoría estarían incluidas las primeras investigaciones sobre la energía nuclear, el estudio de algunos nuevos materiales ahora, etc. Por otro lado estaría la investigación para aplicar los descubrimientos científicos fundamentales a la actividad productiva. En esta categoría se incluirían la obtención de nuevos productos (las fibras sintéticas y artificiales y los plásticos, después de la II Guerra Mundial, por ejemplo), la investigación de nuevos procesos de producción de productos existentes y la investigación de mejoras en los productos y los procesos de producción existentes. Aunque la investigación científica es un proceso permanente, el hecho de que se haya convertido en una actividad económica más hace que no sea neutral respecto a la fase por la que este atravesando el capitalismo. Así, aunque hay que huir de todo esquematismo, en general, la investigación fundamental suele ceder terreno a la mejora de los procesos y productos existentes durante la fase recesiva de la onda larga, la investigación de nuevos productos y procesos no se suele dar hasta que el capitalismo ha iniciado una nueva fase de prosperidad, etc.

Para que la investigación científica y técnica se transforme en innovación tecnológica, esto es, para que se incorpore realmente a la actividad productiva, se necesita que la acumulación incorpore estos avances técnicos. Por lo tanto, la innovación tecnológica dependerá de que se disponga de los avances técnicos correspondientes, pero también de los factores de los que depende la acumulación capitalista.

En primer lugar, dependerá de la demanda del producto que fabricar con la inversión correspondiente en relación con la capacidad productiva que este instalada. Así, en las fases de prosperidad en las que normalmente los empresarios esperan un crecimiento de la producción, la acumulación y la actividad económica, la innovación tecnológica se traducirá en inversiones para poner en pie nuevas plantas productivas que incorporaran nuevos procesos de producción, para fabricar nuevos productos, para aumentar la capacidad productiva de los productos ya existentes etc. Por el contrario, en las fases de recesión, en las que existe una situación de sobreproducción y no cabe esperar un apreciable crecimiento de la demanda, los empresarios dirigirán sus inversiones a reducir costes y racionalizar el capital que poseen.

En segundo lugar, los empresarios acumulan para obtener un beneficio. Así, en las fases de prosperidad, cuando ya se ha producido una elevación sustancial de la tasa de beneficio, se ha reanudado la acumulación de forma masiva y la demanda crece intensamente, será fácil encontrar proyectos de inversión de nuevos productos y procesos que supongan una alta rentabilidad.

Por el contrario, en las fases de recesión, en las que la tasa media de beneficio es baja, la demanda no crece y es difícil encontrar proyectos con una alta tasa de rentabilidad, cuando al mismo tiempo el coste de financiación de las inversiones es alto, dada la escasez de capital y la política de austeridad en vigor para salir de la crisis, las inversiones se dirigirán a la reducción de costes y, por lo tanto, a la racionalización de los procesos de producción existentes.

De esta forma, al depender de la acumulación, la innovación tecnológica reviste características muy diferentes en las fases de expansión de la onda larga y en las de recesión. Pero, siguiendo con el símil del cubo, este no se vacía porque al haberse acumulado una cierta cantidad de agua, el grifo se abra mecánicamente, sino que hay un elemento externo que es el que lo hace. No es la acumulación de inventos la que produce la innovación tecnológica, sino el estado de la tasa de beneficio el que lo permite. Si esta es suficientemente elevada, los descubrimientos científicos se incorporaran a la producción. En caso contrario, no ocurrirá.

Cada onda larga ha estado asociada a una revolución tecnológica. La primera revolución industrial se incorporo en las dos ondas largas que se dieron en el siglo XIX, la segunda, en la onda larga que se produjo hasta la II Guerra mundial, y la tercera revolución tecnológica, en la onda larga del capitalismo tardío. Pero estas revoluciones tecnológicas se han incorporado fundamentalmente en las fases de auge, no en las de recesión y bajos ritmos de crecimiento de la producción y la acumulación. Han servido para prolongar el auge, no para provocarlo. Hay una razón para que haya ocurrido de esta forma: para imponer un cambio tecnológico radical se necesitan inversiones masivas que incorporen, también de forma masiva, los nuevos avances científicos y técnicos, pero los capitalistas no realizaran los enormes desembolsos de capital que esto requiere mientras que no se haya elevado sustancialmente la tasa de beneficio media, esto es, la acumulación masiva no precederá a la salida de la onda larga, sino a la inversa. No basta con que los capitalistas dispongan de un nuevo descubrimiento científico, sino que es preciso, además, que este sea rentable para que se materialice en una inversión y que exista una demanda para los productos que fabricar con ella. Además, no basta que haya inversiones que incorporen nuevas tecnologías para que se salga de la crisis, sino que se requiere que estas sean masivas para que se produzca un cambio tecnológico radical. Todo ello depende de la tasa de beneficio y, como se ha visto, en ultima instancia, de que la lucha de clases lo permita.

6.7 AFORTUNADAMENTE NO DEPENDE SOLO DE ELLOS

Como se ha visto, las ondas largas tienen un carácter asimétrico: el paso a la fase recesiva es endógeno, determinado por los propios factores objetivos del capitalismo, pero el inicio de una nueva fase expansiva es exógeno, esto es, depende de que la lucha de clases lo permita. Sin embargo, hay que huir de todo mecanicismo en la interpretación de las ondas largas y mucho mas en todo lo que se refiere a la salida de la fase recesiva.

La tasa de beneficio ocupa un lugar central en la dinámica del capitalismo pero no es ni mucho menos el único factor. Hasta la fecha, las ondas largas han sido verdaderas épocas históricas con características sociales y políticas propias que hacen que el análisis del capitalismo no se pueda reducir al movimiento oscilatorio de sus variables económicas fundamentales. Cada una de ellas ha tenido una potencia hegemónica, una particular concreción del sistema monetario internacional, una tecnología y organización del trabajo diferente, una organización política peculiar, una forma concreta de explotar a las colonias, antes, y a los países del tercer mundo, hoy, etc.

La clase obrera no ha sido menos diferente en cada una de ellas y sus formas de organización, su nivel de conciencia, etc, tampoco. En las salidas de las fases recesivas de cada una de ellas, ha habido siempre un aumento sustancial de la tasa de beneficio y en él ha jugado un papel primordial el aumento de la tasa de explotación. Pero los factores que han inducido una elevación de aquella han actuado de muy diferente manera en cada una de ellas. Por eso, no se puede hacer ninguna extrapolación de lo que ocurrió en otras ondas largas a la salida de la actual fase recesiva. El análisis marxista nos facilita instrumentos poderosos para comprenderla y, consiguientemente, para actuar sobre ella. Pero no podemos utilizarlo como un totem: nada nos ahorra el análisis concreto de la situación concreta.

7. LA TERCERA EDAD DE LA ECONOMIA DE MERCADO (LA ONDA LARGA DEL CAPITALISMO TARDIO)

La actual onda larga, la que se ha venido en llamar del «capitalismo tardío», es un ejemplo de como funcionan los movimientos a largo plazo de la economía capitalista. La fase ascendente de la misma se desarrolló durante los veinticinco años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La fase descendente se inició a partir de los primeros años de la década de los setenta y en ella se encuentra todavía. Desde entonces, la economía capitalista ha sufrido un cambio de tendencia caracterizado por la reducción de los ritmos de crecimiento económico, la aparición del desempleo masivo y la agudización de una serie de factores de inestabilidad.

La evolución económica durante esta fase recesiva no ha sido lineal. Durante la misma, la economía capitalista ha sufrido dos recesiones generalizadas (1975 y 1982) y, en la actualidad, se encuentra al final de una recuperación cíclica, de modo que una nueva recesión apunta en el horizonte. Aunque la política de austeridad puesta en marcha por la mayoría de los gobiernos ha conseguido cierta recuperación de la tasa de beneficio, dicha recuperación ha sido insuficiente, de modo que los factores que determinaron el cambio de tendencia siguen actuando.

7.1 UNA SEGUNDA JUVENTUD

A partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta el final de la década de los sesenta, el modo de producción capitalista conoció una larga fase expansiva determinada por la confluencia de dos procesos: el aumento de la tasa de beneficio, por un lado, y la ampliación del mercado a largo plazo que supuso la Tercera Revolución Tecnológica (con nuevos productos, como las fibras sintéticas y artificiales, los plásticos, la electrónica, etc), por otro. La debilidad y, en parte, la atomización de la clase obrera, provocadas a raíz de las sucesivas derrotas del proletariado tras el ascenso del fascismo y el termino de la Segunda Guerra Mundial, permitió una elevación formidable de la tasa de explotación en la mayoría de los países industriales. Esto indujo una extraordinaria elevación de la tasa de beneficio que favoreció considerablemente la acumulación de capital. Por otro lado, la extensión al conjunto de la economía de los avances tecnológicos, que en un principio estuvieron ligados a la industria militar (desarrollo de la electrónica y de la energía atómica, aparición de materias primas sintéticas, etc), generando lo que se ha llamado Tercera Revolución Tecnológica, originó una importante reducción en el precio del capital constante, favoreciendo así a largo plazo la elevación de la tasa de beneficio y la acumulación de capital. Como consecuencia de esta evolución favorable, a partir de los años cincuenta se produjo un crecimiento de los salarios reales en la mayoría de los países industriales, lo que condujo a una situación de relativa estabilidad social. Durante esta fase expansiva, la economía capitalista registro algunas crisis industriales periódicas pero, salvo la recesión generalizada de 1958, ninguna de ella adquirió gravedad y solamente supusieron una ralentización momentánea en la línea de intenso crecimiento que se estaba viviendo.

Pero desde finales de la década de los sesenta pueden observarse todos los datos del paso a una nueva fase de relativo estancamiento de larga duración. La lenta desaparición del ejército de reserva industrial en la mayoría de los países industriales bloqueó, a pesar de la automatización creciente, una elevación suplementaria de la tasa de explotación. La revolución tecnológica, al generalizarse, pasó de ser una fuente de aumento de beneficios, a ser una fuente de sobreproducción, de agudización de la competencia y de caída espectacular de la tasa de beneficio. La aplicación deliberada de las técnicas «keynesianas» anticrisis por parte de los gobiernos acentuó la inflación general, no impidió el crecimiento del paro, y terminó provocando la crisis del sistema monetario internacional, con sus repercusiones negativas respecto al comercio y la circulación de capitales. Por ultimo, la época de las materias primas y la energía baratas concluyo, provocando graves problemas económicos en los países que mayor dependencia tenían de ellas, agravando las desigualdades entre ellos y contribuyendo decisivamente a la agudización de la competencia internacional. En definitiva, el capitalismo entró en una nueva fase de larga duración, en la que todavía se encuentra.

7.2. PERO LA EUFORIA SE ACABA Y LLEGA LA DECADENCIA

Todos estos factores provocaron un cambio de tendencia en la economía capitalista, aunque para que la misma se hiciera evidente hubo de pasar algún tiempo, pues no apareció una crisis aguda hasta 1975 y se imputó a la elevación del precio del petróleo. Pero, desde el principio de la década de los setenta, pueden detectarse todos los síntomas que indican que la mayoría de los países industriales se sumía en una fase recesiva de larga duración, caracterizada por menores ritmos de crecimiento económico y de acumulación.

En el gráfico 7.1, se han representado con líneas de puntos los porcentajes anuales de crecimiento de la producción (medida por el PIB) y de la inversión (medida por la Formación Bruta de Capital), del conjunto de los países de la OCDE (formada por EE.UU., Japón y la CEE y el resto de los principales países de la Europa Occidental) en el período 1960 a 1990. Para detectar el ciclo, se han calculado las medias móviles de 3 años (es decir, a cada año se le imputa la media del mismo y del anterior y del posterior) de dichas tasas de crecimiento (línea continua fina), con el objeto de evitar los factores erráticos que siempre están presentes en la medición de estas variables (se espera que cuando se utilizan medias se compensaran los errores de un año con los de los contiguos). Para poner de manifiesto la tendencia se han utilizado medias móviles de 7 años (línea continua gruesa), con lo que se supone que la tendencia de cada año es el crecimiento medio de los tres anteriores, del mismo y de los tres posteriores. Si los ciclos tuvieran una duración regular de 7 años, este procedimiento debería eliminar el factor cíclico y dejar solo la tendencia de la economía. Esto supone una aproximación burda a ambos fenómenos porque, entre otras cosas, los ciclos no han sido regulares cada siete años pero, con todo, sirve para ilustrar lo que ha ocurrido y cual ha sido la evolución de la onda larga.

Obsérvese que, desde el final de la década de los sesenta se ha registrado un descenso continuado y progresivo de la tendencia de ambas variables (producción y acumulación), reflejando una trayectoria similar a la que se describía cuando se trataron los aspectos teóricos de la onda larga. Por lo que respecta a la producción, el paso a la fase recesiva de la onda larga se ha traducido en un descenso medio del crecimiento del 5% al año, en el período 1960 a 1973, a otro del 2,7% desde entonces. El ritmo de desarrollo de los países industrializados se ha reducido, pues, mas de la mitad y por mucho que, durante la fase recesiva, se hayan registrado recuperaciones coyunturales, las dos crisis de 1974-75 y 1982 determinan un período fuertemente depresivo. El cambio en el ritmo de acumulación ha sido aun mas acusado: de un crecimiento medio de la FBCF del 6,2% al año, en el período 1960 a 1973, se ha pasado a otro del 2,3% desde 1974. Este cambio de tendencia en el ritmo de crecimiento de los países industriales ha tenido graves repercusiones sobre sus niveles de ocupación y paro (mas de 25 millones de parados en el conjunto de la OCDE) y ha influido muy negativamente sobre el Tercer Mundo que, ahogado por el problema de la deuda, se ha empobrecido aun mas.

Sin embargo, la crisis ha tenido repercusiones muy distintas en los diferentes países que componen la OCDE. En el gráfico 7.2 se han representado las tendencias del crecimiento de la producción en EE.UU., Japón y la CEE siguiendo el procedimiento explicado mas arriba. Obsérvese que el cambio de tendencia ha sido muy pronunciado en Japón (que ha pasado de crecer a ritmos medios del 9,6% anuales antes de 1970, al 4% desde 1974) y en la CEE (que antes de 1970 crecía en torno al 4,8% y desde 1974 lo esta haciendo a una media del 2,3% al año). En los EE.UU. por el contrario, el cambio de tendencia en el crecimiento fue muy acusado hasta 1981 (se redujo aproximadamente hasta la mitad) pero desde entonces parece haberse recuperado no menos intensamente. Esto se debe a la particular intensidad que ha tenido la ultima recuperación cíclica en la economía americana, que vicia el calculo de la tendencia.

En efecto, el fenómeno de recuperación de la tendencia, que puede detectarse en general en todos los gráficos, no es mas que un efecto estadístico que solo se debe al procedimiento de calculo que se ha utilizado. Dicho procedimiento, basado en medias aritméticas, prima los valores de los últimos años, que se corresponden, como se verá, a una recuperación cíclica, no a que la tendencia se hay invertido. En el caso de EE.UU., dicha recuperación cíclica ha sido muy fuerte: en 1984, por ejemplo, la economía americana creció el 7,8%, una tasa equivalente a la del período de expansión. Una nueva recesión volvería a reducir la tendencia, por lo que no se puede sacar ninguna conclusión respecto a que se este saliendo de la crisis.

Los datos de los últimos 30 años parecen indicar, por tanto, que la economía occidental se ha situado en una onda larga depresiva, caracterizada por menores ritmos de crecimiento de la producción y de la acumulación. La causa fundamental de este cambio de tendencia, aunque no la única, es el descenso que se ha registrado en la tasa de beneficio a partir de 1970 (véase Gráfico 7.3 relativo a la

CEE), esto es, mucho antes de que se produjera la crisis del petróleo en 1973, por lo que nuevamente los datos parecen confirmar lo que se dijo en capítulos anteriores. La salida de la crisis exigía, pues, una política económica tendiente a restaurar el nivel de la tasa de beneficio que existía antes de la misma. En consecuencia, en la mayoría de los países industriales, se puso en marcha una política de austeridad y ajuste con el objetivo de que dicha tasa se recuperara a costa de los salarios. Como puede observarse en el gráfico mencionado, esta política comenzó a rendir sus frutos en 1980, año a partir del cual el crecimiento de los salarios reales comenzó a situarse por debajo de la productividad (lo que supone una pérdida de la participación de los salarios en la renta nacional y un aumento de la tasa de explotación). Sin embargo, la recuperación de la tasa de beneficio es todavía insuficiente, pues se encuentra un 15% por debajo de la que existía en 1960 y más de un 20% por debajo de la de 1970.

7.3 HAY MOMENTOS BUENOS, PERO TAMBIEN LOS HAY MALOS

A lo largo de la actual fase recesiva de larga duración se han producido ciclos de menor amplitud, que pueden observarse en el gráfico 7.4. En dicho gráfico, la línea continua representa la evolución de las tasas de crecimiento del PIB y las rectas los crecimientos medios de los períodos anterior y posterior a 1974, año en el que claramente la economía occidental ya se había situado en la fase recesiva. En algunos años, el crecimiento de la producción ha sido mayor que la media y en otros ha sido menor, de forma que desde 1970 pueden detectarse tres ciclos pero nuevamente, la dinámica del capitalismo parece corresponderse con lo que se había señalado teóricamente en un capítulo anterior.

El primero de los ciclos se desarrolló en la transición de la onda larga de la fase expansiva a la recesiva. A partir de la recesión de 1970, que la mayoría de los autores todavía sitúan en el período previo a la actual crisis económica, se produjo un auge, que alcanzó su punto máximo en 1972 y 1973, al que le sucedió una crisis en 1974 y 1975. Durante los años inmediatamente anteriores a la elevación de los precios del petróleo, se produjo un auge prácticamente simultáneo en todos los países industriales, en el que se registraron intensas tasas de crecimiento de la producción, la acumulación y el comercio internacional. Pero este auge sería el canto del cisne de la economía occidental, pues ya se habían dado todas las condiciones para que se iniciara la fase depresiva, en particular, el descenso de la tasa de beneficio, por lo que el intenso ritmo de acumulación que se produjo entonces no vendría sino a agravar la crisis de sobreproducción que se desencadenó después. A este auge le sucedió en 1974 y 1975 una crisis que no fue menos simultánea en todos los países que lo había sido el auge anterior. Su profundidad se vio agravada por la transferencia de plusvalía de los países industriales a los árabes que supuso la elevación del precio del petróleo pero, como se ha dicho antes, esta no fue la causa fundamental, pues tanto la tasa de beneficio, como los ritmos de crecimiento económico ya habían iniciado antes el descenso. Esta fue la segunda recesión generalizada desde la Segunda Guerra Mundial, pues aunque durante la fase expansiva también se produjeron crisis industriales periódicas, solamente la recesión generalizada de 1957-1958 es digna de mención por su profundidad.

Ya en la fase recesiva se han producido dos ciclos: uno completo, desde 1975 a 1982, y otro incompleto, desde 1983 hasta la actualidad. La crisis ha tenido una gran simultaneidad en todas las zonas. Los años 1975 y 1982 marcan los períodos más bajos de crecimiento en todas las zonas industriales, aunque en la primera crisis se adelantó Japón un año y en la segunda la CEE. La evolución concreta de ambos ciclos ha sido la siguiente:

Durante 1976, la mayoría de los países industriales registraron una recuperación de sus tasas de crecimiento realmente apreciable pero, a partir de aquí y hasta 1978 en EE.UU. y 1979, en Japón y la CEE, la recuperación fue mucho más débil, vacilante y sobre todo, no generalizada. Durante dicha recuperación, los problemas fundamentales que habían determinado el cambio de tendencia permanecieron sin resolver y, por el contrario, se agravaron las tensiones inflacionistas y no se logró reducir el paro que se había generalizado en la crisis anterior. Desde 1978-79, se inició un nuevo período de descenso que, salvo en la CEE, en la que se produjo un año antes, alcanzó su punto más bajo en 1982, año que marca la segunda recesión generalizada de la fase recesiva de la onda larga.

A partir de 1983 se inició un nuevo ciclo. La recuperación que desde entonces ha registrado la economía internacional ha sido limitada, pues las tasas de crecimiento no han llegado a alcanzar a las que se dieron durante los pasados años de auge, pero ha tenido una cierta intensidad (en 1988, la economía americana creció un 4,4% y la CEE un 3,7%) y, sobre todo, ha durado siete años. Sin embargo, hay factores que explican la intensidad y duración de la esa recuperación cíclica.

Después de la recesión generalizada de 1982, los principales países industriales registraron una recuperación que alcanzó su máximo en 1984. En 1985 y 1986, las tasas de crecimiento de la producción y la acumulación descendieron y todo parecía indicar que se había iniciado la marcha hacia una nueva recesión cíclica. Esto no se dio en la CEE, pero fue porque la misma había registrado una recuperación mucho menos acusada (obsérvese que hasta 1484 su crecimiento se mantuvo por debajo del de la media del período). El «crash» de las principales bolsas del mundo en 1987 pareció confirmar la hipótesis de que se había llegado a una nueva recesión, pero la realidad, como puede observarse en los gráficos, es que la economía de los países industriales se recupera y las tasas de crecimiento volvieron a aumentar de nuevo, salvo en la CEE, en la que el crecimiento continuo acelerándose. Los principales factores que determinaron este comportamiento fueron:

a) El descenso de los precios del petróleo que se produjo durante 1985 y 1986 (se situó en 12 dólares el barril, cuando había llegado a estar en 40). Dicho descenso no produjo ninguna recuperación significativa de la tasa de beneficio, y, por lo tanto, no sirvió para que el capitalismo saliera de la onda larga, de la misma forma en que elevación anterior no había sido la principal causa para que se sumiera en la misma. Pero si indujo una enorme transferencia de plusvalía de los países productores de petróleo a los países industriales, mejorando considerablemente sus balanzas de pagos y reforzando la recuperación cíclica de los mismos.

b) La recuperación de la tasa de beneficio, aunque insuficiente para salir de la crisis, no se detuvo como consecuencia de la continuación de la política de austeridad y del saneamiento de las empresas que produjo dicha política y la transferencia de plusvalía que se ha mencionado en el punto anterior. Su nivel no era suficiente para que se iniciara una nueva fase expansiva de larga duración, pero si para prolongar la expansión cíclica.

c) Los gobiernos de los principales países industriales contaron con un cierto margen de maniobra para prolongar el auge. Ante el crash de la bolsa, pusieron en marcha políticas expansivas, sobre todo en el terreno monetario, que se traducirían en un rebrote de la inflación y en una agudización de los factores de inestabilidad que se estaban desarrollando, pero que impidieron que las economías occidentales se sumieran en una nueva recesión.

En 1990, han aparecido nuevos factores que pueden conducir a la economía internacional a una nueva recesión cíclica. En los momentos previos a la crisis del Golfo, la economía americana estaba entrando en una recesión. En efecto, el PIB crecía a un ritmo de solo el 0,4%, los beneficios de las empresas descendían y la crisis afectaba ya a industrias clave, como la construcción, la banca, el automóvil, los transportes aéreos, etc. Las perspectivas no eran mejores, si se tiene en cuenta que la reducción del enorme déficit público americano (241.000 millones de dólares en el año fiscal de 1989-90) obliga a la adopción de medidas contractivas (elevaciones de impuestos, reducción del gasto público, etc). Dada la importancia que tienen los Estados Unidos para la economía occidental (su PIB supone el 35% del conjunto del de la OCDE), este es un factor que pesará sobre la evolución de la economía imperialista.

Estos ciclos, y particularmente las dos recesiones generalizadas que se han mencionado, le dan al período que va de 1974 a la actualidad un carácter muy netamente depresivo que viene determinado por la confluencia de varios factores. Por un lado, como se ha mencionado, se trata de la fase depresiva de una onda larga. Por otro, durante la misma se han producido dos crisis clásicas de sobreproducción, 1974-1975 y 1979-1982, y se puede estar en las puertas de una tercera. Finalmente, sobre todo ello se ha sobrepuesto una nueva fase de la crisis del sistema imperialista, de la que el alza de los precios del petróleo en 1974, 1979 y 1990 no son mas que reflejos indirectos, y un apreciable grado de resistencia por parte del movimiento obrero de la mayoría de los países industriales, que ha dificultado enormemente que los gobiernos de estos países puedan imponer su salida a la crisis económica. La salida de la fase de descenso requiere un nuevo aumento de la tasa de beneficio, pero si este es moderado inducirá un mantenimiento de la recuperación coyuntural, que será de corta duración, pero no una nueva fase expansiva a largo plazo. Durante los últimos años, ha habido ya dos recesiones generalizadas y, a lo largo de ellas, el capitalismo ha liberado gran cantidad de capital, es decir, ha eliminado a muchas empresas improductivas, ha reestructurado muchos sectores industriales, ha recuperado en cierta medida la tasa de beneficio y ha obtenido mas valor con la explotación de los trabajadores que lo que luego ha acumulado. Pero la recuperación de la tasa de beneficio ha sido insuficiente para relanzar de forma masiva la acumulación y, de hecho, nadie espera responsablemente que el ultimo auge que se ha registrado desde 1983, vaya a significar la salida de la fase depresiva, sino que, antes al contrario, al mismo le sucederá, mas pronto que tarde, una nueva crisis periódica. Ello es así porque no parece que, por el momento, el capitalismo haya sentado las bases para producir una elevación de la tasa de beneficio capaz de sacarlo de la fase descendente de la onda larga. Esto es lo que se pasara a ver a continuación.

7.4. LAS MEDICINAS SOLO CURAN A LOS SANOS

Bajo el capitalismo tardío, la investigación científica y técnica ha pasado a ser una actividad planificada y un negocio más del que obtener un beneficio. Por un lado, los Estados favorecen la investigación científica y el descubrimiento y mejora de los métodos que permitan aplicar en la práctica los avances científicos, en muchas ocasiones, por un interés militar, aunque luego los descubrimientos pasan a tener aplicaciones industriales. Este fue el caso de los avances tecnológicos que se produjeron a raíz de la II Guerra Mundial, ligados a la industria de armamentos, y lo es ahora por motivos parecidos con la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan, el proyecto Eureka de la CEE o las investigaciones de la quinta generación de ordenadores de Japón o Inglaterra. Por otro lado, las grandes compañías dedican una parte importante de los recursos que generan a la investigación y el desarrollo. Estos «gastos I+D», como se les denomina, tienen como objetivos mejorar la tecnología de la propia empresa, en unos casos, o producir patentes, métodos industriales, etc con cuya venta en el mercado obtener un beneficio, en otros. Este último es el caso de las universidades y los centros de investigación pretendidamente independientes. El capitalismo tardío, al haber convertido la investigación científica y técnica en una actividad económica más, ha producido una considerable aceleración de la innovación tecnológica.

Sin embargo, ni el estado actual del avance tecnológico ni los resultados que aporten los planes de investigación gubernamentales o de las grandes compañías, serán el elemento fundamental que saque a la economía capitalista de la fase recesiva de la onda larga en la que se encuentra. Como ocurriera en las ondas largas anteriores, ahora los avances tecnológicos no se transformarán en verdaderas revoluciones tecnológicas mientras no se apliquen masivamente, lo que requiere unos ritmos de acumulación muy superiores a los actuales. De momento, no estamos en presencia de una tecnología radicalmente nueva, que solo se podría implantar con una acumulación masiva, sino de inversiones para racionalizar la tecnología existente. Dicha acumulación masiva requiere un nivel de tasa de beneficio que todavía no existe y que las nuevas tecnologías, por sí solas, son incapaces de generar.

Si los ritmos actuales de acumulación se mantuvieran durante algunos años (y hay que señalar que todavía son inferiores a los que se dieron durante la fase expansiva de la onda larga), estas innovaciones producirían una nueva revolución tecnológica, cuyos efectos para la humanidad serían más negativos que positivos. Entonces, las nuevas tecnologías harían que la acumulación prosiga creciendo en espiral. Pero, como se ha visto, la recuperación actual de la tasa de beneficio no justifica que tal oleada de inversiones se produzca y, por el contrario, es más que probable una nueva recesión cíclica. Además, las nuevas tecnologías, por sí solas, son incapaces de iniciar el proceso.

En efecto, para producir la salida de la fase recesiva de la onda larga, las nuevas tecnologías deberían inducir una nueva oleada de inversiones innovadoras, esto es, deberían ser capaces de iniciar el proceso de la acumulación capitalista en espiral. No hay ningún dato que permita afirmar que ello se este produciendo o vaya a realizarse en un próximo futuro.

En primer lugar, la acumulación masiva no depende solo de que se disponga de una tecnología nueva sino, lo que es más importante, de que se hayan liberado los recursos necesarios para que la misma pueda ser aplicada generalizadamente. Hasta el momento, esto no se ha producido y, por el contrario, son todavía muchos los sectores capitalistas que quedan por reestructurar. En este sentido, no son las nuevas tecnologías las que producirán una elevación de la tasa de beneficio, sino la elevación de la tasa de beneficio la que permitirá la aplicación generalizada de las nuevas tecnologías y, por lo tanto, la salida de la fase recesiva de la onda larga.

En segundo lugar, no está claro que las nuevas tecnologías supongan una elevación sustancial de la tasa de beneficio. En efecto, una tecnología nueva, aunque sea extraordinariamente rentable, deja obsoleto a parte del capital existente, por lo que los beneficios que debe producir deben ser mayores que las pérdidas que supone desechar ese capital. Además, la tecnología nueva es costosa y tiene grandes costes de mantenimiento.

En tercer lugar, subsiste un problema de sobreproducción que dificulta notablemente la acumulación masiva. La producción masiva de nuevas máquinas no podrá realizarse mientras que no haya una demanda masiva de las mismas. Ello requiere que la demanda global vuelva a pulsar de nuevo y que lo haga de una forma mantenida en el tiempo, que se haya acabado con la situación de excedentes de capacidad productiva que existe en muchos sectores, etc. En definitiva, las decisiones de inversión que realiza un capitalista también dependen de las mercancías que produce.

Por último, no estamos en presencia de una tecnología o productos radicalmente nuevos que estén cambiando el sistema productivo de forma radical. La informática, por ejemplo, se ha introducido básicamente en los servicios y, dentro de ellos, en una enorme proporción en la banca, mientras que la industria ha absorbido una proporción relativamente pequeña del parque de ordenadores. La introducción de la electrónica en la industria, si se exceptúa la automatización, se ha efectuado para una serie muy limitada de funciones: para sistemas de control (conservación cámaras, temperaturas, etc, en alimentación; sistemas de telemando, telemedida y control en química y petroquímica; control numérico de máquinas, en el metal), técnicas de diseño y fabricación por ordenador ~textil, diseño corte óptimo de tejidos, diseño automóvil, etc) y artes gráficas (tratamiento informático de textos). La automatización industrial, por su parte, se ha realizado básicamente en el sector del automóvil, que ha absorbido un porcentaje enorme de los robots industriales instalados. A pesar de que es posible en otros sectores, como el envasado en cadena, la industria de transformación de metales, el grado de robotización aun es muy pequeño.

Así pues, el considerable avance tecnológico al que estamos asistiendo no es el factor que inducirá a los capitalistas a iniciar un nuevo proceso de acumulación masiva, a través del cual pase a una nueva fase de auge. Una tecnología cualitativamente nueva se incorpora una vez que el proceso de acumulación masiva se ha iniciado, pero no es capaz de inducirlo si no se genera previamente un aumento de la tasa de beneficio. En general, el avance tecnológico implica un aumento considerable de la composición orgánica del capital y, por lo tanto, un factor para el descenso de la tasa media de beneficio. Es verdad que, en el terreno civil, nuevas máquinas y nuevos procesos industriales generan un nivel de producción mayor con menos trabajadores y que en el terreno militar la tecnología se ha refinado considerablemente (basta recordar el proyecto de Guerra de las Galaxias de Reagan), pero esta tecnología no puede generar por sí sola un nuevo «boom». Los avances tecnológicos en la industria se dirigen mucho más a reestructurar el capital existente, sustituyendo hombres y mujeres por máquinas, que a generalizar una tecnología nueva, y los que se derivan de la industria de armamentos no son directamente aplicables a la producción de mercancías (la investigación militar en el último decenio ha tenido pocos resultados civiles), se generalizan tan rápidamente que dejan de ser rentables (los circuitos integrados de los misiles fueron incorporados por los japoneses a las cadenas de alta fidelidad), es extremadamente compleja y cara y está elevando considerablemente los costes de mantenimiento. Los avances tecnológicos actuales pueden llevar al paro masivo, a la degradación del planeta o a su destrucción por una guerra nuclear, si antes no acabamos con el capitalismo, pero, desde luego, no le sirven a este, por el momento, para salir de la onda larga de estancamiento en la que se encuentra sumido.

7.5. ¿NUEVAS PERSPECTIVAS?

La aparición o la creación de un nuevo mercado tampoco puede ser el factor que desencadene la acumulación masiva de los capitales ociosos. En tiempos muy recientes puede hablarse de una afluencia de capitales a algunas zonas del tercer mundo (fundamentalmente a países del extremo oriente, como Corea, Taiwan, Ceylan, etc), que han contribuido decisivamente al surgimiento de unas potencias semiimperialistas, pero el mercado que han generado es a todas luces insuficiente y, por el contrario, son un factor adicional para agravar aun más la competencia interimperialista exacerbada con la crisis económica.

El mercado potencial que suponen los países del Este europeo no es una solución a corto plazo, aunque no se puede descartar que lo puedan ser a largo plazo.

a) Son sociedades con bajo poder adquisitivo. Por la vía de una oferta más amplia de consumo no se encontraría una demanda efectiva y la desigualdad que introduciría el mercado no haría sino reducirla. Se necesitaría, por tanto, crear previamente el poder adquisitivo suficiente, lo que se podría conseguir introduciendo capital que mediante una superexplotación mayor ofreciera productos más rentables a otros mercados. Pero el problema del capital es de superproducción y esto dificulta a corto plazo las cosas.

b) Son sociedades de baja productividad, pero la crisis afecta al conjunto de la sociedad y del sistema económico. Por un lado, la baja productividad determina que el sistema productivo no sea rentable y esta es una de las condiciones que dificulta que el capital se decida a adquirirle. Por otro, existe una crisis de producción de valores de uso, pero la falta de productividad también afecta a sectores como sanidad, enseñanza, transporte, etc, sectores en los que el capital no entrara.

c) Las incertidumbres sociales y políticas son muy grandes para el capital. En las economías de mercado, existe paro, pero también hay una protección social conseguida por el movimiento obrero durante años. En estas sociedades, no existe paro, el mercado lo haría aparecer masivamente y no existe seguro de desempleo ni protección social al estilo de occidente, porque en ellas las necesidades sociales se han cubierto de otra manera. Además, son sociedades movilizadas socialmente, que demandan mas libertad y democracia. La ideología del mercado se ha introducido entre su población, pero esta se niega a las medidas concretas que permitirían su avance. Se necesitaría una dictadura militar para implantar a corto plazo el mercado, pero esto chocaría con las demandas políticas fundamentales de la población.

d) Se necesitarían inversiones masivas de occidente para la implantación del capitalismo, pero son sistemas en los que existe una baja rentabilidad y un mercado con poco poder adquisitivo y existe gran agitación social. La consecuencia es que las inversiones en ellos no están carentes de riesgos e incertidumbres, tanto desde el punto de vista económico, como desde el político. En consecuencia, las posibilidades de inversiones masivas para los países del Este son muy reducidas y, por el momento, los datos permiten apreciar que estas ayudas masivas no se están produciendo.

A corto plazo, el capital no puede contar con estos mercados para solucionar sus problemas de tasa de beneficio. Pero a medio plazo, nada se puede descartar y este puede ser uno de los factores que contribuya a la salida de la onda larga. Pero lo importante es que nada está escrito: los acontecimientos fundamentales están por delante.

7.6 EL MOTOR DE LA HISTORIA

Por consiguiente, a corto plazo, el capital no puede sortear la búsqueda de una solución de la crisis económica en su propia casa. Solo un aumento de la tasa de beneficio que fuera capaz de sostenerse en el tiempo podría inducir a la acumulación masiva de los capitales excedentes y provocar una nueva fase de ascenso. Entonces si podría producirse una nueva revolución tecnológica y la aparición de nuevos mercados. Es en este sentido en el que el paso de una fase de descenso a otra de ascenso no es endógeno, pues tal aumento de la tasa de beneficio solo puede ser inducido por el concurso de factores externos.

Hemos visto que para que se produzca un aumento de la tasa de beneficio se requiere una disminución de la composición orgánica del capital o un aumento de la tasa de explotación y para que aquel sea fuerte, el concurso de ambos. Hay tres formas de reducir la composición orgánica del capital: la inversión masiva en zonas geográficas o sectores en los que es baja, la reducción del capital constante por caída del valor de las materias primas y la reducción del período de rotación del capital, por mejoras en el transporte, por ejemplo. No hay ningún elemento que indique que esto hoy puede hacerse fácilmente.

En las metrópolis imperialistas no es posible reducir la composición orgánica del capital, pues hay que introducir una tecnología nueva mas cara y que ahorra mano de obra, es decir, que implica mas capital constante y menos variable. Las inversiones en el extremo oriente, mencionadas antes, no son suficientes, tienen contradicciones y no se pueden comparar con las que se pudieron producir en las colonias en el siglo pasado, por ejemplo, y las que se puedan realizar en los países del Este, a corto plazo, no serán masivas y no estarán exentas de contradicciones. La caída del valor de las materias primas no juega ahora, pues en el inicio de la crisis el problema fue el contrario y todavía están muy por encima del valor que tenían en los momentos previos a la misma y la elevación actual del precio del petróleo juega en sentido contrario. Por ultimo, la reducción del período de rotación del capital no parece que pueda tener un efecto decisivo en el momento presente.

Por lo tanto, para que la tasa de beneficio se recupere, se requiere un aumento sustancial de la tasa de explotación. Además, si el aumento de la plusvalía producida por este medio solo sirve para neutralizar el aumento de capital, constante y variable, que implica la acumulación masiva, entonces el aumento de la tasa de beneficio será de corta duración. Por lo tanto, se requiere que el aumento de la tasa de explotación sea muy intenso y que se reduzca la composición orgánica del capital porque varios de los factores mencionados concurren a la vez. La dificultad para el capitalismo es que todo esto depende de la lucha de clases.

Así, el paso de una fase de depresión a otra de prosperidad depende de que la lucha de clases lo permita. Durante la actual fase de descenso, el capital debe reestructurar el aparato productivo, introducir nuevas tecnologías, desarrolladas durante la fase de prosperidad anterior, pero no incorporadas

masivamente a la producción, y elevar la tasa de explotación. La relativa independencia de los factores subjetivos respecto a los objetivos, esto es, el hecho de que el nivel de conciencia y lucha de la clase obrera no depende determinísticamente de la evolución del modo de producción capitalista, se traduce hoy en que el proletariado de la mayoría de los países industriales no ha sufrido todavía una derrota tan grave como para permitir la salida capitalista de la crisis. El objetivo de la política económica y social de todos los gobiernos de estos países es conseguirlo lo mas brevemente posible.

7.7. LA "VIRTUD" DE LA AUSTERIDAD

A pesar de los retrocesos que se han producido en la mayoría de los países industriales, el nivel de resistencia que aun mantiene la clase obrera de los mismos impide que la clase dominante pueda lograr una recuperación de la tasa de beneficio de tanta intensidad como se requeriría para iniciar una nueva fase de prosperidad. A ello no es ajeno la situación en que se encontraba la clase obrera cuando sobrevino la crisis económica. Durante la ultima fase de prosperidad del capitalismo tardío, la clase obrera de la mayoría de los países industriales fue adquiriendo una gran fuerza organizativa, de forma que, al estallar la crisis económica, las tasas de afiliación sindical en la mayoría de estos países eran considerablemente elevadas. Además, durante estos años, los trabajadores conquistaron importantes mejoras sociales, como la seguridad social, la extensión de los seguros de paro, etc, y, en general, gozaron de un nivel de vida sin precedentes. Esto, que en su momento representó un factor de integración consciente utilizado por la burguesía, hizo que, al sobrevenir la crisis, la clase obrera no fuera derrotada por el paro, como ocurrió en los años treinta. Por una parte, su capacidad organizativa impidió la profundización de la ofensiva del capital (el empleo se redujo muy fuertemente en 1975 en todos los países de la OCDE, pero desde entonces, salvo en el Estado español, en la mayoría de ellos no ha vuelto a registrar decrecimientos significativos, de forma que el aumento del paro tiene mucho mas que ver con el crecimiento de la población que con el descenso del empleo) y, por otra, el fuerte aumento del paro fue paliado en la mayoría de los países por un seguro muy extendido. Aunque con el transcurso de la crisis, la ofensiva de la burguesía ha avanzado y los trabajadores se han debilitado, lo cierto es que la clase obrera todavía goza de un apreciable grado de resistencia.

Para acelerar el desgaste de los trabajadores y hacer posible su salida a la crisis económica, la clase dominante ha puesto en marcha la política de austeridad. Ya se ha visto que la condición necesaria para que el capitalismo inicie una nueva fase de prosperidad es el aumento de la tasa de beneficio, lo que, entre otras cosas, implica aumentar la tasa de explotación. Evidentemente, esto no lo ha podido hacer de golpe, sino que ha necesitado poner en marcha una ofensiva de larga duración. Además, tanto las crisis periódicas como las ondas largas no vienen determinadas solamente por las relaciones entre las dos clases fundamentales, sino que se derivan también de la anarquía inherente al sistema, pues no existe un «intelectual colectivo del capitalismo», sino que la mayoría de las decisiones fundamentales sobre producción, acumulación, etc, se toman individualmente. En este contexto, aunque el estado burgués tiene como misión la defensa de los intereses colectivos del capital, esto es, la garantía de la explotación de los trabajadores y la armonización en lo posible de las decisiones individuales de los capitalistas, nunca lo consigue plenamente. Esto dificulta las cosas, pues internamente el capital también tiene contradicciones (en una crisis, los capitalistas menos competitivos y productivos deben desaparecer). Por eso, la marcha hacia la elevación de la tasa de explotación no es lineal, pues al mismo tiempo debe resolver otros problemas que también están influyendo sobre la crisis.

En ultima instancia, la austeridad pretende elevar la tasa de beneficio del sistema. Para ello debe elevar la tasa de explotación mediante la reducción del valor de reproducción de la fuerza de trabajo, esto es, del capital variable. Las medidas concretas con las que pretende conseguirlo son la reducción de los salarios reales de los trabajadores, la aparición de paro y el aumento del ejército de reserva, para presionar hacia abajo los salarios, y la reducción de los salarios indirectos, esto es, de las prestaciones de la seguridad social, de las pensiones, de los gastos sociales del estado (sanidad, enseñanza, etc). Pero tal reducción del capital variable, en ausencia de otros fenómenos, supondría un aumento de la composición orgánica del capital que empujaría hacia abajo a la tasa de beneficio. Para evitarlo, el aumento de la tasa de explotación debe compensar con creces el crecimiento de la composición orgánica del capital, y esto se consigue aumentando la intensidad de la explotación de los trabajadores, es decir, su productividad. De esta forma, la aparición de paro debe coexistir con un proceso de sustitución de trabajo vivo por maquinas, con el aumento de los ritmos de trabajo, etc, es decir, debe haber una producción material mayor con un menor numero de trabajadores. Esta es la razón fundamental por la que la reestructuración del aparato productivo y de sectores enteros de la economía y las inversiones en racionalización juegan un papel fundamental como complemento de la política de austeridad.

La política de austeridad por si sola tiende a reducir fuertemente la demanda, es decir, es una política depresora de la economía, pues la reducción de los salarios reales tiende a disminuir el consumo, agravando los efectos de las restricciones en los gastos del estado. Además, so pretexto de luchar contra la inflación, la austeridad incluye también medidas restrictivas del crédito, que colocan a muchas empresas en una mala situación financiera. Con ello se trata de reducir la composición orgánica del capital media de la economía, haciendo desaparecer a los capitalistas menos competitivos, presionado así a la recuperación de la tasa de beneficio. Toda crisis económica es también una crisis de sobreproducción, y la desaparición de muchos capitalistas implica la eliminación de la infrautilización del capital, producto de la sobreproducción, para elevar la tasa de beneficio de los que sobreviven. La política de austeridad trata de acelerar este proceso según la regla de que, para los capitalistas, cuanto peor es la crisis, mas fácil es la salida para los que quedan. Esta es otra razón de las reestructuraciones: colocar en mejores condiciones a los que sobreviven.

La austeridad no pretende solo tener efectos materiales directos, sino que también tiene como objetivo reducir el nivel de conciencia social de la clase obrera con el propósito de facilitar su derrota política. En principio, cuando la clase obrera no lucha por la defensa de sus intereses inmediatos, esto es, por mantener el empleo y el poder adquisitivo de sus salarios, su capacidad de respuesta a las ofensivas del capital, en todos los ordenes, se deteriora gravemente y, de esta forma, retrocede la conciencia social. Además, la austeridad coexiste con una verdadera ofensiva ideológica. Tal política se justifica en aras de los «intereses nacionales» que exige el sacrificio de los trabajadores para salir de la crisis, se insiste hasta la saciedad en que la mejor forma para luchar contra el paro es admitir la reducción de los salarios y el deterioro de las condiciones laborales, eufemísticamente llamado «flexibilización del mercado de trabajo», se hace un canto de la iniciativa privada y de la «conveniencia» de privatizar todo, empresas publicas, servicios públicos, etc. Es decir, cuando los intereses de las dos clases fundamentales son mas conflictivos, cuando los capitalistas tratan de aumentar la plusvalía por todos los medios, se intenta convencer a los trabajadores de que deben permitirlo.

**III
EL DINERO LO COMPLICA TODO
(LOS ASPECTOS MONETARIOS Y FINANCIEROS)**

**I. EL COLOR DEL DINERO
(LA TEORIA MARXISTA DEL DINERO Y EL CREDITO)**

En los capítulos anteriores, se analizaron los aspectos reales de las ondas largas, esto es, los ligados a la producción y a la acumulación de capital productivo. Se hizo abstracción de los aspectos monetarios y financieros con el objetivo de poner de manifiesto las tendencias profundas inherentes a la acumulación de capital, pero esto no quiere decir que dichos aspectos carezcan de importancia sino que, al contrario, ocupan un papel central en el desarrollo de la economía capitalista.

8.1 CUANDO LAS MONEDAS ERAN DE ORO

Como se vió en el Capítulo 3, el dinero metálico puro (consideraremos como tal solamente al oro para simplificar el análisis) es una mercancía que como unidad de cuenta sirve para expresar las relaciones de intercambio de todas las demás. Si producir una chaqueta cuesta 15 horas de trabajo y producir una libra de oro cuesta una hora, el valor de cambio de la chaqueta en el mercado será 15 libras. Es decir, el valor de cambio de una mercancía en términos de dinero será:

$$\begin{aligned} \text{Valor de cambio en dinero} &= \frac{\text{Valor de cambio de la mercancía}}{\text{Valor de cambio del oro}} \\ &= \frac{\text{Trabajo socialmente necesario para producir la mercancía}}{\text{Trabajo socialmente necesario para producir el oro}} \end{aligned}$$

Pero, como también se vió en el Capítulo 3, las mercancías no se intercambian de acuerdo con sus valores de cambio, sino según sus precios de producción. Estos no son mas que formas transmutadas del valor: son los precios que resultan de la redistribución de la plusvalía total que hace que se iguale la tasa de beneficio de todos los capitalistas. Pero esto no cambia la sustancia de las cosas, de forma que el precio de producción de una mercancía, en términos de dinero, será la relación que existe entre su precio de producción, medido en horas de trabajo, y el precio de producción del oro, medido de la misma forma, es decir:

$$\text{Precio de producción en dinero} = \frac{\text{Precio de producción de la mercancía en horas}}{\text{Precio de producción del oro en horas}}$$

Los precios de mercado pueden diferir de los precios de producción en dinero por razones muy diversas: fluctuaciones erráticas en la demanda o en la oferta de la mercancía, cambios en las modas, etc. Pero oscilarán alrededor de ellos, de forma que, en última instancia, estarán determinados por los valores. Si el precio de producción de una mercancía medido en horas de trabajo cae, porque la productividad del sector que la fabrica ha aumentado, su precio de mercado descenderá también. De la misma forma, si el precio de producción del oro aumenta, porque desciende la productividad de las minas, por ejemplo, los precios de las demás mercancías disminuirán. Es decir, los precios de mercado en términos de oro dependen de los valores y no se ven afectados por el hecho de que la cantidad de oro aumente o disminuya.

Pero el dinero no solamente es una unidad de cuenta, sino que también es una mercancía por medio de la cual se intercambian todas las demás. De hecho, el dinero es dinero y cumple su papel como tal en la circulación de mercancías. Cualquier otra se demandará para ser consumida o ser utilizada como medio de producción, pero el oro, salvando su papel como materia prima en la joyería, se demandará como dinero para realizar las transacciones. Será necesaria, pues, una determinada cantidad de dinero para que la circulación de mercancías pueda realizarse.

La cantidad de dinero metálico necesaria para la circulación, que vamos a denominar M, dependerá, en primer lugar, del importe total las mercancías que circulan en la sociedad en un período de tiempo (un año por ejemplo). Si en la sociedad se compran y venden 500 chaquetas, cada una de las cuales cuesta 15 libras, y 1.000 pares de zapatos, a 5 libras cada uno, el importe total de todas las transacciones será 12.500 libras (7.500 por las chaquetas y 5.000 por los zapatos). Es decir, el importe total de la circulación de mercancías será igual a la suma, para todas las mercancías, de los productos de su precio por el número de transacciones que se realizan con ellas.

En segundo lugar, dependerá también del número de operaciones que se realizan con una misma moneda en el período de tiempo, esto es, de la velocidad de circulación del dinero. Una misma moneda puede efectuar varios cambios sucesivos: el minero lleva las 15 libras al mercado y se compra una chaqueta; esas mismas monedas se las gasta el sastre en adquirir un par de zapatos y pagar el sueldo de un obrero, etc. Siguiendo el ejemplo anterior, si cada moneda circulara solamente una vez al año, el volumen total de dinero que sería necesario para que se pudieran efectuar las transacciones anteriores ascendería a 7 500 libras. Si cada moneda circulase tres veces, solamente serían necesarias 2.500 libras.

Así pues, la cantidad de dinero necesaria para la circulación de mercancías será:

$$\text{Demanda de dinero para la circulación} = \frac{\text{Importe total de las transacciones}}{\text{Velocidad de circulación del dinero}}$$

LLamando P1 y T1 al precio de las chaquetas y al numero de transacciones que se realizan con las mismas, P2 y T2 a los correspondientes a los zapatos, y así sucesivamente, y V a la velocidad de circulación del dinero, tendríamos:

$$M = \frac{(P1 \times T1) + (P2 \times T2) + (P3 \times T3) + \dots}{V}$$

Esta expresión se puede simplificar recogiendo todos los precios en un índice general de precios, que llamaremos P y que es una media ponderada de los de todas las mercancías, y expresando por T el volumen de transacciones de todas ellas. En tal caso, la cantidad de dinero necesaria para la circulación de mercancías será:

$$M = \frac{P \times T}{V} \quad \text{o también} \quad M \times V = P \times T$$

Dados los precios de las mercancías (que dependen de los valores y no de la cantidad de dinero que exista en circulación), el volumen de transacciones y los hábitos de pago de la sociedad, se necesitará una determinada cantidad de dinero para que las transacciones puedan efectuarse. Si existe mas dinero en circulación que dicha cantidad necesaria, el exceso será retirado de la circulación ofreciéndolo en préstamo o atesorándole. Si el dinero en circulación es insuficiente para atender al volumen de transacciones, se desatesorara, se pondrán mas minas en funcionamiento o aumentará su velocidad de circulación. Es decir, las variables autónomas son los precios (determinados por los valores) y las transacciones (determinadas por la circulación de mercancías) y el dinero metálico entrará o saldrá de la circulación de mercancías o circulará mas o menos rápidamente según sea necesario para que se pueda realizar el volumen de transacciones. Las variaciones en los precios o en las transacciones afectarán a la cantidad necesaria de dinero metálico en circulación, pero la inversa no es cierta, es decir, la cantidad de dinero metálico existente no afectará a los precios de las mercancías, porque dependen de los valores, y, por tanto, tampoco afectará al índice general de precios.

Pero esto solamente ocurrirá en una economía en la que el único medio de pago es el dinero metálico. Como se vió en el Capítulo 1, en las sociedades actuales, el dinero se ha sofisticado enormemente: los billetes emitidos por el banco central y las cuentas corrientes depositadas en la banca privada son los medios de pago generalmente utilizados y el dinero metálico ha desaparecido de la circulación (las monedas actuales solamente se utilizan para el cambio fraccionario y no tienen nada que ver con el oro). Esto nos lleva a la consideración del crédito y del papel del dinero como capital.

8.2. DE LAS DEUDAS TAMBIEN SE VIVE

Hasta ahora se ha supuesto que las transacciones de todas las mercancías se realizan siempre a cambio de dinero, pero esto no es necesario ni de hecho ocurre en la realidad. Una mercancía se puede vender al contado, cobrando su importe en dinero, pero también se puede vender a crédito. El sastre de nuestro ejemplo puede vender la chaqueta a cambio de que se la pague el comprador transcurrido un tiempo determinado. En este caso, le estará dando un crédito comercial. Dichos créditos han sido normales en la historia del capitalismo y, en principio, se derivaron de la separación en el tiempo entre la compra y la entrega de una mercancía o en el espacio entre comprador y vendedor. Pero sigue siendo una transacción de mercancía por dinero metálico que se sitúa en la esfera de la circulación, aunque entre la entrega de la mercancía y el cobro del dinero transcurra un tiempo. El mayor o menor recurso al crédito comercial de una sociedad afectará a la cantidad necesaria de dinero para la circulación (la reducirá cuando aumente el crédito comercial y la aumentará cuando este disminuya). Pero, en sustancia, no cambia el funcionamiento de una economía en la que solo existe dinero metálico, tal y como se ha descrito en el epígrafe anterior. Pero existe un crédito de una naturaleza muy diferente que aparecerá incluso en una sociedad en la que solo exista dinero metálico. Es el crédito para inversiones productoras de plusvalía.

El dinero es una mercancía que tiene unas características diferentes a las de todas las demás. Una chaqueta, por ejemplo, lleva incorporadas una determinada cantidad de horas de trabajo, pero cuando se consume este valor de uso, dichas horas de trabajo desaparecen. El dinero metálico, lleva incorporadas unas determinadas horas de trabajo, pero si se utiliza para adquirir capital constante y variable, cuando se venda la mercancía que se produjo con ellos, se obtendrá el dinero que se invirtió mas una cantidad adicional correspondiente a la plusvalía. Recordemos al sastre que vendía una chaqueta por 15 libras y compraba un par de zapatos por 5 libras. Con las 10 libras restantes podía adquirir tela y contratar a un nuevo trabajador para producir una chaqueta con cuya venta recuperaría las 10 libras y obtendría una plusvalía adicional. Pero el sastre podría haber hecho otra cosa: puesto que utilizando las 10 libras como capital se puede obtener una plusvalía, podría haberselas prestado a otro para que las invirtiera a cambio de que le pagara una cantidad adicional cuando se las devolviera. Si el que recibe el préstamo obtiene mas plusvalía que lo que tiene que pagar por la utilización de las 10 libras, le merecerá la pena.

Así pues, el dinero, utilizado como capital, es una mercancía cuyo valor de uso es su capacidad de convertirse en capital productor de plusvalía y este valor de uso no se desgasta porque se utilice. Habrá un tipo de capitalistas, los poseedores de dinero, que no se dedicarán a invertirlo en actividades productivas, sino a comerciar con él, ofreciéndole en el mercado, no a cambio de otra mercancía, sino a cambio de ese mismo dinero mas un interés al cabo de un tiempo.

El tipo de interés es el porcentaje que tiene que pagar el que recibe el préstamo por disponer de él hasta que lo devuelva. Si una persona recibe un préstamo de 100 libras a devolver a un año al 10% de interés, esto quiere decir que, cuando pase ese período, deberá devolver 110 libras al que se las prestó. Este tipo de interés es el precio por la utilización del dinero. Las demás mercancías se compran y se venden y su precio esta determinado por la ley del valor. El dinero es una mercancía que se da y se recibe en préstamo y su precio es el tipo de interés, que no esta regido por la ley del valor ni por ninguna otra ley interna, sino por la oferta de dinero de los que lo quieren prestar y la demanda que hacen los que desean recibirlo prestado, para invertirlo o por el motivo que sea.

Ahora estamos en condiciones de conectar con el epígrafe anterior. Del volumen de dinero que los capitalistas mantienen como capital, una parte será atesorada, pues los poseedores de dinero pueden preferir mantenerlo en su bolsillo, por precaución, porque esperen que los precios bajarán en el futuro, o porque no desean correr riesgos. El resto será ofrecido en préstamo, con el objetivo de obtener una rentabilidad. Pero si el tipo de interés sube, a muchos les merecerá la pena no atesorar dinero y prestarle de forma que, como en cualquier otro mercado, la oferta aumentará cuando se eleva el precio, esto es, cuando se eleva el tipo de interés. Si esta oferta de dinero capital que no se desea atesorar encuentra una demanda de capitalistas que lo quieren para invertirlo, se reinyectará nuevamente en la circulación, de forma que el único dinero que permanecerá ocioso será el atesorado.

Los capitalistas que desean realizar inversiones en actividades productoras de plusvalía y que no cuentan con fondos para ello, demandarán dinero en préstamo. Siempre y cuando el tipo de interés que deben pagar por los prestamos sea menor que la tasa de beneficio que obtendrán con las inversiones, les merecerá la pena. En consecuencia, cuando el tipo de interés es elevado, habrá menos inversiones que se puedan acometer, con beneficio para el inversor, y estarán dispuestos a correr menos riesgos que cuando es bajo, lo que quiere decir que la demanda de dinero como capital aumentará cuando se reduce el tipo de interés. Como en cualquier otro mercado, la demanda de dinero aumentará cuando se reduce el precio, en este caso, el tipo de interés. Es el mercado el que regula el precio: si la demanda de prestamos es mayor que la oferta, el tipo de interés tenderá a subir y si ocurre lo contrario, a bajar.

Así pues, el dinero existente tendrá dos componentes. Por una parte, la cantidad necesaria para la circulación de mercancías. El mercado de dinero como capital garantiza que una parte del dinero que poseen los capitalistas como deposito de valor es nuevamente reinyectado en el circuito económico. Por otra parte, estará el dinero que se atesora. Nunca puede haber un exceso de oro, porque el oro es una mercancía que siempre tendrá una demanda como deposito de valor. Pero si se produce atesoramiento, esto significara que una parte de la plusvalía producida es inmovilizada en moneda metálica, en vez de ser nuevamente invertida, es decir, una parte de los ingresos sociales no habrá generado nueva demanda.

Como ocurriera con el dinero en la circulación de mercancías, el funcionamiento del crédito y el tipo de interés en una economía moderna se complica por la existencia del papel moneda y del dinero bancario. Esto es lo que se tratara en los epígrafes siguientes.

8.3. EL DINERO DE PAPEL

Hasta ahora hemos tratado una economía en la que la moneda metálica es el único dinero. Sin embargo, en las sociedades actuales, el oro ha desaparecido de la circulación y ha sido sustituido por los billetes de banco. La peseta, la libra, el dólar, etc, que parecen no tener ninguna relación con el oro, son las «monedas de papel», emitidas por los bancos centrales de cada estado, que se utilizan como unidad de cuenta y medio de pago en cada uno de ellos.

Hay razones objetivas e históricas para que así haya ocurrido. El uso exclusivo del oro como medio de pago acarrea serias dificultades: se necesita transportar grandes cantidades de moneda para realizar las transacciones, con el consiguiente coste y riesgo de pérdida; facilita las operaciones fraudulentas, limando las monedas, por ejemplo, con la consiguiente inseguridad monetaria; puede aparecer penuria de moneda metálica, ante un desarrollo brusco del comercio, lo que estrangularía las posibilidades de desarrollo capitalista, etc. Por todas estas razones, desde un principio, parte de la moneda metálica en circulación fue sustituida por signos de papel que la representaban. El capitalista que ejercía de banquero se hacía cargo del depósito de oro que le entregaba un cliente y emitía un documento por su importe con el que este último podía realizar transacciones. Pero la aceptación de tal documento dependía de la solvencia del capitalista que lo emitía, por lo que muy pronto, tal función paso a ser realizada por los estados y así apareció el billete de banco.

Durante la mayor parte de la historia del capitalismo, el papel moneda ha sido convertible en oro, esto es, el banco central que emitía los billetes se comprometía a reponer su equivalente en oro a la presentación de los mismos en sus ventanillas. La expresión «El Banco de España pagara al portador la cantidad de pesetas», que hasta hace poco figuraba en los billetes quería decir exactamente esto. Pero constituía una reminiscencia del pasado porque, desde hace muchos años, los billetes de banco no son convertibles en oro. A lo sumo, se pueden convertir en divisas extranjeras, pero el tipo de cambio al que puede hacerse esta fijado por el mercado y, además, la conversión esta sometida normalmente a restricciones legales.

Así pues, el papel moneda que circula actualmente no es convertible y su vinculación con el oro no es directa. Comprender su funcionamiento exige comenzar por los billetes de banco convertibles.

La forma mas simple de papel moneda convertible en oro es cuando está respaldado por una reserva de ese metal al 100%. Es lo que ocurre cuando el banco central de un país se limita a emitir billetes exactamente por el mismo importe del oro que recibe, comprometiéndose a convertir los billetes en moneda metálica a la presentación de los mismos en sus ventanillas. En el activo del banco, figuraría el oro y, en el pasivo, los billetes emitidos, y ambas cantidades serían exactamente iguales. En este caso, los billetes serían como el oro y todo funcionaría como se ha descrito antes, salvo que en lugar de circular el metal, circularían papeles, con el consiguiente ahorro en el transporte, mayor seguridad, etc. Esto no es lo que ocurre en la actualidad.

Pero no habría necesidad de que las reservas de oro respaldaran al 100% a los billetes emitidos para que la convertibilidad se mantuviera, porque el banco central sabe que los poseedores de papel moneda nunca acuden de una sola vez a convertir sus billetes en monedas metálicas. Por ejemplo, si un banco central tiene unas reservas de oro de 100.000 libras y las conversiones de papel moneda en oro que le demanda el público nunca ascienden a mas de un 25% de sus reservas, podría emitir hasta 400.000 libras en billetes sin que la convertibilidad de los mismos se viera afectada. Este margen de maniobra le permitiría al banco emitir billetes para realizar créditos comerciales, lo que facilitaría la circulación de las mercancías e, incluso, financiar las actividades del estado. La contrapartida de los billetes emitidos ya no serían solamente las reservas de oro, sino también créditos al sector privado y al estado.

Un ejemplo del balance del banco central en tal situación podría ser el siguiente:

BALANCE DEL BANCO CENTRAL EMISOR DE BILLETES CONVERTIBLES

ACTIVO (CONTRAPARTIDA DE LOS BILLETES EMITIDOS) PASIVO (BILLETES EMITIDOS)

Reservas de oro	100.000	Billetes emitidos.....	400.000
Créditos comerciales	200.000		
Créditos al Estado	100.000		
	<hr/>		<hr/>
TOTAL ACTIVO	400.000	TOTAL PASIVO	400.000

Mientras el banco central pueda mantener la convertibilidad del papel moneda, tal sistema no plantearía ningún problema respecto a la naturaleza del dinero: los billetes de banco serían "tan buenos como el oro" y al igual que el pueden ser retirados o reinyectados en la circulación en cualquier momento. El hecho de que solo una fracción de los billetes esté cubierta por el oro, representa únicamente una economía social de medios de pago que es posible dado que no todo el mundo exige al mismo tiempo que se convierta en oro. Sin embargo, para que ello ocurra, se requiere que no se emita en cantidades excesivas.

Si la cantidad de billetes en circulación es igual a la necesaria para la circulación de mercancías mas la demanda de dinero para atesoramiento, el papel moneda estará jugando un papel similar al de la moneda metálica y los precios no tienen porque verse afectados. En la práctica, estará sustituyendo al oro pero, a los ojos de todo el mundo, los billetes serán como oro, puesto que se puede acudir al banco central a cambiarlos por el, aunque solamente una fracción esté cubierta por el metal. Pero si la cantidad de billetes es superior a la necesaria, los billetes de papel se devaluarán automáticamente. En efecto, una chaqueta vale 15 libras de oro, pero aunque el oro exista en exceso, el precio no se verá influido, pues es un depósito de valor que siempre puede ser atesorado. Sin embargo, si los billetes de libra emitidos son el doble de la cantidad necesaria, esto es, si 1 billete de libra = 1/2 libra de oro, por ejemplo, el precio de la chaqueta en billetes se duplicará y pasará a costar 30 libras de papel, e igual ocurrirá con las demás mercancías. Los precios en billetes se habrán elevado por encima de los precios denominados en moneda metálica, o lo que es lo mismo, se habrá producido una inflación. La libra de papel se habrá devaluado y, al contrario de lo que ocurre con el oro, el dinero en exceso no será atesorado, sino mantenido en la circulación, porque nadie deseará mantener un depósito de valor en un billete que se devalúa. Por otra parte, el exceso de billetes también afectará al tipo de interés.

Así pues, la inflación solo se produce en el caso del papel moneda. Los precios de las mercancías en términos de oro pueden subir, porque el valor del oro descienda, por ejemplo, pero en sentido estricto esto no es inflación. Es un fenómeno que, en todo caso, puede ser explicado por la ley del valor y responde a cambios en los costes de producción del oro, no a que este exista en exceso. La inflación es un fenómeno típicamente monetario que tiene su origen en una emisión excesiva de dinero que hace subir el índice general de precios. Se debe a que el dinero de papel pierde valor, pero los precios, en términos de moneda metálica, permanecen incambiados.

El papel moneda no convertible aparece cuando se elimina la obligatoriedad del banco central emisor de convertirlo en oro a la presentación de los billetes en sus ventanillas. Como se ha dicho, es lo que ocurre normalmente en la actualidad. Su funcionamiento no difiere sustancialmente del papel moneda parcialmente convertible: basta con limitar la emisión de billetes de banco no convertibles a la cantidad de dinero socialmente necesaria para evitar la depreciación monetaria y que tal dinero cumpla su papel objetivo. Una moneda de papel de esta clase solo circularía por el mismo importe por el que habría circulado en su lugar una moneda de papel convertible. Solo si se emite en exceso respecto a las necesidades de la sociedad capitalista, se podría provocar una elevación del índice general de precios y, por tanto, una depreciación del billete. Ocurriría entonces, como con el papel moneda convertible, salvo con una diferencia importante.

El papel moneda convertible lo es a una tasa fija: una peseta, un dólar o una libra corresponden a tantos gramos de oro. Su relación con el metal es, pues, directa. Esto no ocurre con los billetes no convertibles, por lo que la cantidad de oro que es objetivamente representada por cada billete solo puede establecerse a posteriori por el mercado (ya sea libre o negro). En la actualidad, el mercado no fija la convertibilidad de los billetes en oro, sino en divisas extranjeras, a su vez relacionadas con el oro. Así, el mercado fija el número de pesetas que son equivalentes a cada dólar, esto es, el tipo de cambio. A diferencia del papel moneda convertible, la emisión de billetes no convertibles no solo afectará a los precios y al «mercado nacional», sino que también tiene repercusiones sobre sus relaciones con el mercado internacional. Estos problemas se analizarán mas adelante cuando se trate el sistema monetario internacional.

La emisión de billetes no convertibles no está respaldada por reservas de oro y nadie puede acudir a las ventanillas del banco central a reclamar el metal. La emisión de billetes esta respaldada por reservas de divisas extranjeras o por créditos a los distintos agentes sociales. Si aumentan las reservas de divisas o lo hacen los créditos a la banca, al sector privado o al Estado, la cantidad de billetes emitidos aumentará. Como se ha dicho, si lo hace por encima del stock de dinero necesario, tal aumento tendrá efectos sobre los precios, el tipo de interés, el tipo de cambio, etc. Es precisamente el juego de todas estas variables el que es el terreno de actuación de la política monetaria. Un balance de dicho banco central podría ser el siguiente:

BALANCE DEL BANCO CENTRAL EMISOR DE BILLETES NO CONVERTIBLES	
ACTIVO (CONTRAPARTIDA DE LOS BILLETES EMITIDOS)	PASIVO (BILLETES EMITIDOS)
Reservas de oro 100.000	Billetes emitidos. 400.000
Créditos a la banca 75.000	
Créditos al sector privado 125.000	
Créditos al sector público 100.000	
<hr/>	<hr/>
TOTAL ACTIVO 400.000	TOTAL PASIVO 400.000

El banco central no puede actuar sobre todas estas variables. Si el país tiene un superávit en la balanza de pagos, las reservas de divisas aumentarán y la circulación de billetes lo hará también (tendrá que aumentar la emisión para poder comprar las divisas que poseen los exportadores). De la misma forma, si el sector publico incurre en déficit y lo financia mediante créditos del banco emisor, la circulación de billetes también aumentara. En la actualidad, no es normal que los bancos centrales den créditos al sector privado, por lo que la posibilidad mas clara de actuación que tienen son los créditos a la banca privada. Pero esto nos lleva al epígrafe siguiente.

8.4. EL DINERO DE LOS MERCADERES DE DINERO

El papel moneda es el dinero que se utiliza en menor proporción en las sociedades actuales. Las empresas pagan las nominas abonándolas en las cuentas corrientes que sus empleados mantienen en un banco, estos pagan los recibos de sus clientes cargándose los en sus cuentas corrientes, etc. Cualquier persona no llega a ver en billetes más que la pequeña parte de los ingresos que necesita para los pagos de bolsillo y, desde la extensión de las tarjetas de crédito, esta parte cada vez es menor. Es decir, cada vez se utiliza más el dinero bancario, esto es, los depósitos en cuentas corrientes en bancos privados. En la actualidad, el dinero es, pues, algo más complejo, no solamente que el oro, sino que los billetes emitidos por el banco central, incluso. Pero esta complejidad no cambia la naturaleza del dinero, sino que simplemente modifica su funcionamiento.

Ya se ha visto que el dinero es una mercancía y este hecho no se altera porque lo que circule no sea moneda metálica, sino papel. Una moneda de libra o un billete de libra es un depósito de valor que puede convertirse en capital productor de plusvalía o puede ser prestado para obtener un interés. Como dicen los capitalistas, el dinero produce más dinero. Pero el hecho de que el dinero sea una mercancía hace que haya comerciantes que trafican con ella: son los banqueros.

Un banco privado es una institución que concentra en sus manos gran cantidad de dinero prestable, que tiene dos orígenes fundamentales. Por un lado, dicho dinero proviene del hecho de que, en general, son los cajeros de los empresarios y de muchos trabajadores que perciben sus salarios mediante transferencias a sus cuentas corrientes en un banco, de forma que en sus manos se queda la diferencia entre los ingresos y los gastos de estos. Por otro lado, concentran el ahorro de los individuos y de las empresas, un conjunto de pequeñas sumas que termina constituyendo una gran cantidad. Todos estos fondos constituyen el pasivo del banco y pueden tomar la forma de cuentas corrientes (cuando el titular de la misma puede recuperar el dinero depositado o pagar a una tercera persona simplemente firmando un cheque), cuentas de ahorro (que son las cuentas cuyos fondos no se pueden movilizar mediante cheques, sino que exigen que el titular de la misma acuda personalmente a la ventanilla del banco para obtener los fondos), cuentas a plazo (cuando el titular se compromete a no recuperar el dinero hasta que no transcurra un plazo determinado), etc. En general, el banco paga un tipo de interés por estos depósitos, que suele ser mayor cuanto más restricciones hay para la recuperación del dinero por parte del cliente. En el caso de las cuentas corrientes, dicho tipo de interés suele ser muy reducido e, incluso, puede no haberlo, pues se interpreta que es un servicio que el banco realiza a cambio de disponer de los fondos.

En la medida que el titular de una cuenta corriente puede realizar una transacción pagando con un cheque, dichas cuentas son dinero. En efecto, están denominadas en la unidad de cuenta del país correspondiente (libras, pesetas, dólar), son un depósito de valor que está a disposición del titular en cuanto este desee hacerlo y constituyen un medio de pago aceptado por la costumbre (se puede comprar cualquier cosa pagando con un cheque o con una tarjeta de crédito) y, en general, protegido por la ley (suele estar penalizado el pago con un cheque sin fondos, esto es, sin que en la cuenta corriente exista el saldo correspondiente para hacer frente a dicho cheque). A las cuentas corrientes también se las denomina «dinero escritural», porque no es un dinero que circule materialmente, sino que funciona haciendo anotaciones en los libros de los bancos (se hace una anotación deduciéndolo de la cuenta del que paga y anotándolo en la del que recibe). Con el desarrollo de la informática actual, el funcionamiento de tal dinero se ha simplificado enormemente: basta, por ejemplo, con acudir a un cajero automático para disponer del dinero de una cuenta corriente sin que tenga que intervenir en ese momento ningún empleado del banco y sin que importe que sea domingo, por la noche, etc.

El banco utiliza los fondos recibidos para prestarlos a un interés mayor que el que tiene que pagar por ellos. Cumple, pues, una función social en el capitalismo ya que son unos intermediarios que sirven para superar el fraccionamiento del capital social: reciben pequeños fondos de mucha gente, los concentran en sus manos y se los prestan a los que los necesitan. Si no existieran bancos, todos estos fondos estarían en los bolsillos de los trabajadores o en las cajas de las empresas y, en consecuencia, serían improductivos. Pero los bancos los recogen, garantizan a sus clientes que no los perderán (lo que no ocurriría si cada individuo fuera el que realizara los préstamos) y los prestan a sus clientes, estableciendo unas garantías de devolución que no serían posibles sin ellos. Su función social es tan importante que el hecho de que este en manos privadas constituye una contradicción. Pero dicha contradicción hay que situarla en el contexto de la que se produce en general en el sistema capitalista, que se mencionó en el Capítulo 4: el carácter social que objetivamente tiene la producción, que desvela la ley del valor, y el hecho de que las principales decisiones para realizarla se efectúan individualmente por los

capitalistas, sin que nada garantice que ambos fenómenos son coherentes. Con el dinero ocurre lo mismo: nada garantiza que los bancos dirigirán sus créditos hacia inversiones que satisfagan las necesidades sociales. Es más, normalmente no ocurre y el dinero se convierte en un mecanismo que refuerza el funcionamiento cíclico de la economía capitalista.

Una parte de los fondos recibidos por los bancos se mantendrá en caja o en depósitos en el banco central emisor de billetes. Es la parte que se mantiene «liquida» para hacer frente a la eventual retirada por parte de sus depositantes. El porcentaje sobre los depósitos que se mantiene en forma de caja se denomina «coeficiente de caja». Está dictado por la práctica (los bancos saben que nunca se retira más de un 10% de los depósitos, por ejemplo), pero generalmente es una variable regulada legalmente por la autoridad monetaria para influir sobre la expansión del dinero bancario y del crédito. En efecto, recordemos a nuestro sastrero que depositaba las 15 libras producto de la venta de la chaqueta en una cuenta corriente en un banco. Si el coeficiente de caja es el 10%, el banco podrá prestar 13,5 de ellas y 1,5 deberá mantenerla en caja. Cuando le depositen las 13,5 de nuevo, podrá prestar 12,2 y tendrá que mantener 1,3 en caja, y así sucesivamente. Pero si el coeficiente de caja es del 20%, la primera vez solo podrá prestar 12 y tendrá que mantener 3 en caja, la segunda 9,6 y deberá mantener 2,4 en caja, etc. Es decir, cuando se eleva el coeficiente de caja, aumenta la que tienen que mantener los bancos privados, disminuye el volumen de créditos y con ellos, el volumen de depósitos, esto es, el dinero bancario. Es pues un instrumento que, en manos de la política monetaria que realiza el banco central, sirve para regular la expansión del crédito y de los depósitos en cuenta corriente. El resto que no debe mantener en caja serán fondos disponibles para realizar créditos. Dichos créditos pueden ser de varios tipos.

Una parte de los fondos será invertido en deuda pública. La actividad del estado no solamente se financia con créditos del banco central emisor de billetes. Si así fuera, se produciría un aumento de la circulación de billetes que las autoridades económicas pueden considerar indeseable. Por tanto, puede decidir financiarse en la banca, como cualquier otro agente económico, a cambio de pagar un tipo de interés por los préstamos que obtenga. El documento en que se materializan los mismos es la deuda pública, que puede ser de muchos tipos, dependiendo de los plazos de devolución, del tipo de interés, etc. Pero el estado es un prestatario privilegiado, pues siempre paga los préstamos, por lo que dichos títulos serán fácilmente negociables en el mercado, con lo que el banco que los posea podrá recuperar su dinero con relativa facilidad y sin grandes pérdidas. La deuda pública constituye, pues, un crédito privilegiado que se sitúa entre medias del dinero puro y los créditos a los empresarios. Cualquier banco, que busca combinar la rentabilidad de sus préstamos con la liquidez, esto es, con la facilidad de recuperar los fondos que ha prestado, los utilizará como colchón, de forma que una parte de su activo estará constituido por ellos. Esto hace que también puedan ser utilizados por la autoridad monetaria para regular la cantidad de dinero, emitiendo más o menos de ellos según se necesite para retirar dinero de la circulación.

Otra parte se destinará a conceder créditos comerciales al sector privado. Como se ha dicho más arriba, en la actividad mercantil se realizan ventas a crédito que normalmente se materializan en letras de cambio, unos documentos mediante los cuales el comprador se compromete a pagar el importe de la compra al cabo de un tiempo determinado. Los vendedores pueden decidir quedarse con estas letras en su propia cartera y cobrarlas a su vencimiento, en cuyo caso, estarían realizando la financiación ellos. Pero pueden decidir acudir a un banco para que financie el intervalo entre la venta y el cobro. Entonces, el vendedor cedería la letra al banco a cambio de recuperar su importe menos el interés correspondiente al tiempo que transcurra hasta que se cobre, y el banco recuperaría el dinero al vencimiento a cambio de obtener dicho interés. Estaría utilizando sus fondos para financiar una operación comercial, esto es, la circulación de mercancías. Dicho procedimiento, que se denomina «descuento», constituye una parte importante de la inversión de los bancos. Pero no es necesario que los créditos para la circulación de mercancías se materialicen solo en letras descontadas. Normalmente existe un desfase entre la inversión en capital circulante (constante y variable) de las empresas y la venta de las mercancías y la consiguiente obtención de la plusvalía, que puede ser cubierto mediante el crédito bancario. Dichos créditos, también serían para la circulación.

Finalmente, una parte de los fondos disponibles se destinará a financiar las inversiones de los empresarios en capital productor de plusvalía. Pueden tomar diferentes formas: créditos a medio y largo plazo, adquisición de obligaciones de las empresas (que no son otra cosa que préstamos a un tipo de interés fijo materializados en títulos que pueden ser negociados en el mercado) y adquisición de acciones (fondos facilitados a las empresas que dan derecho a participar en las decisiones de los mismos y en los beneficios). Este tipo de operaciones no se sitúan en la esfera de la circulación, sino en la de la reproducción de capital y constituyen una parte cualitativamente importante en la inversión de los bancos.

El negocio bancario consiste en obtener un beneficio por la diferencia entre lo que tiene que pagar por sus depósitos (que es un porcentaje diferente dependiendo del tipo de cuenta de que se trate) y lo que cobra por sus inversiones (que también es un porcentaje diferente según que sea deuda pública, crédito comercial, crédito de capital, obligaciones, acciones, etc). Dicha diferencia debe ser mayor que los costes de personal, generales, de funcionamiento, etc, que le representa su gestión.

Los bancos, como cualquier empresa, tiene una financiación propia de sus accionistas (es el capital del banco y los fondos propios que ha acumulado como consecuencia de los beneficios que obtuvo en el pasado y que no se distribuyeron) y debe realizar unas inversiones en edificios, ordenadores, material de oficina, etc. Pero todas estas partidas, normales en cualquier empresa, no influyen decisivamente en lo que se refiere al papel del banco como institución que crea dinero, por lo que podemos olvidarnos de ellas para concentrarnos en lo que son sus partidas mas significativas por lo que se refiere al tema que nos ocupa. De igual forma, para simplificar, podemos tratar al conjunto de la banca privada como si se tratara de un solo gran banco. Con todas estas salvedades, el balance de un banco privado podría ser el siguiente:

BALANCE DE LA BANCA PRIVADA			
ACTIVO (CAJA Y CRÉDITOS CONDEDIDOS)		PASIVO (DEPÓSITOS DE CLIENTES)	
Caja.....	100.000	Depósitos de clientes	925.000
		Cuentas corrientes	700.000
Créditos al sector privado	800.000	Cuentas ahorro....	125.000
Comerciales ..	300.000	Cuentas a plazo...	100.000
de capital ...	300.000		
Cartera valores	200.000	Créditos del Banco Central.....	75.000
Créditos al sector público	100.000		
TOTAL ACTIVO	1.000.000	TOTAL PASIVO	1.000.000

8.5 MONEDAS, BILLETES, CUENTAS CORRIENTES, TARJETAS DE CRÉDITO.... LOS DIFERENTES COLORES DEL DINERO

Así pues, en las sociedades actuales, el dinero existente está constituido por los billetes en circulación (que son los emitidos por el banco central menos los que se encuentran en las cajas de la banca privada que, en consecuencia, no circulan) y por los depósitos en cuentas corrientes en la banca privada. A esta cantidad se la denomina «oferta monetaria». Los depósitos de ahorro y a plazo no son dinero propiamente dicho, pues con ellos no se pueden realizar transacciones, dado que es preciso que el titular acuda físicamente a la ventanilla del banco a retirar su dinero, en el caso de las cuentas de ahorro, e incluso que espere hasta que termine el plazo, en el caso de las cuentas a plazo. Pero se pueden considerar «casi dinero», es decir, son activos muy líquidos porque los que los han depositado los podrían convertir en dinero fácilmente. La oferta monetaria mas este tipo de depósitos constituye lo que se denomina «disponibilidades líquidas», que sería la cantidad de dinero entendida en un sentido muy amplio.

La contrapartida de todo este dinero no estaría constituida por reservas de oro, sino por créditos concedidos a los diferentes agentes sociales: los capitalistas privados, el estado e incluso el resto del mundo, puesto que las reservas de divisas que posee el banco central no son otra cosa que créditos concedidos al sistema financiero del país al que corresponden.

En las sociedades actuales, el dinero es, pues, mas complejo que el dinero metálico, los billetes de banco convertibles, etc. Pero su funcionamiento no difiere sustancialmente del que se describió en este último caso. Si la oferta monetaria es igual al stock necesario de dinero, los billetes de banco, las cuentas corrientes, etc, serán tan buenos como el dinero metálico y sus efectos sobre el mercado nacional serán similares. Pero si crece por encima de el, afectará a los precios, al tipo de interés, al mercado nacional y las relaciones económicas del país con el resto del mundo, de forma similar a la que se describió para el papel moneda. La diferencia mas importante es que ahora el dinero es una cuestión mas compleja.

 BALANCE CONSOLIDADO DEL SISTEMA CREDITICIO

ACTIVO (CONTRAPARTIDA DEL DINERO EXISTENTE)	PASIVO (DINERO EXISTENTE)
CRÉDITO AL SECTOR PRIVADO ... 925.000	CIRCULACIÓN DE BILLETES 300.000
Del banco emisor 125.000	Billetes emitidos 400.000
Comerciales 300.000	Menos caja de bancos 100.000
De capital 300.000	DEPÓSITOS EN CUENTA CORRIENTE 700.000
Cartera valores 200.000	
CRÉDITOS AL SECTOR PÚBLICO .. 200.000	OFERTA MONETARIA 1.000.000
Del Banco Emisor 100.000	DEPÓSITOS DE AHORRO Y A PLAZO 225.000
De banca privada 100.000	DISPONIBILIDADES LIQUIDAS.... 1.225.000
CRÉDITOS AL SECTOR EXTERIOR.. 100.000	
ACTIVOS SISTEMA FINANCIERO.. 1.225.000	PASIVO SISTEMA FINANCIERO 1.225.000

Consolidando los balances del banco emisor y de la banca privada que se han utilizado como ejemplo, se podrían obtener las principales variables monetarias. (Consolidar dos balances consiste en sumarlos eliminando las partidas que aparecen en uno en el activo y en otro en el pasivo; por ejemplo, los créditos del banco central a la banca privada aparecen en el balance del primero en el activo y en el del segundo en el pasivo, por lo que al sumarlos podría ser eliminada dicha partida).

La cantidad de dinero ya no depende de la producción o de las entradas de oro en el circuito económico, sino de decisiones de los diferentes agentes económicos. Puede aumentar porque lo haga la demanda de créditos, porque el estado financie su déficit con emisión de papel moneda o recursos al sistema financiero o porque haya un superávit de la balanza de pagos (lo que obligaría al banco central a emitir billetes para comprar las divisas que entrarían como resultado de tan superávit). Evidentemente, puede disminuir por las razones contrarias. El objeto de la política monetaria es, precisamente, intentar influir sobre la cantidad de dinero en circulación, en un sistema en el que, dado su funcionamiento, los mecanismos son más complicados. Puede reducir la cantidad de dinero aumentando el coeficiente de caja (lo que obligaría a los bancos a reducir los créditos para recuperar dinero líquido y, por tanto los depósitos), encareciendo el dinero, esto es, elevando el tipo de interés (lo que tendría un efecto similar, ya que haría disminuir la demanda de créditos), financiando el déficit del estado con deuda pública vendida a particulares (lo que reduciría los créditos del sistema financiero al sector público), etc. Pero todos estos mecanismos no son tan automáticos como podría parecer a simple vista, ya que entre todos ellos hay un montón de decisiones de capitalistas individuales difícilmente predecibles.

9. SI LOS PRECIOS SUBEN CONTINUAMENTE..... (LA INFLACION PERMANENTE)

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la economía capitalista ha vivido una inflación permanente. Incluso en las recesiones, los precios no han dejado de elevarse, lo que, en general, no ocurrió en las ondas largas anteriores. Tal fenómeno tiene su origen en el cambio del papel del Estado en la economía, que supuso la llamada "revolución keynesiana" y en la continua expansión del crédito que ha caracterizado al capitalismo tardío. Como consecuencia de estas políticas, durante la fase de expansión, las crisis han sido muy poco profundas pero la contrapartida ha sido una permanente elevación de precios. En la fase recesiva actual, la inflación permanente no solo no ha desaparecido, sino que, al contrario, es una fuente de contradicciones.

9.1. ALGO MAS QUE UN VELO MONETARIO

Como se ha visto en el capítulo anterior, en una sociedad en la que el único medio de pago y unidad de cuenta es la moneda metálica, la cantidad de la misma que haya en circulación no afectará a los precios porque estos dependen de los valores. El exceso de dinero en circulación por encima de la cantidad necesaria será retirado, porque el oro nunca es una mercancía invendible. La inflación tal y como la entendemos actualmente, esto es, como un proceso de elevación continuada de los precios, no es posible. Los precios de las mercancías pueden subir porque aumente la productividad de las minas de oro, lo que se traducirá en una reducción del precio de producción del oro, pero este es un fenómeno perfectamente explicable por la ley del valor.

Sin embargo, en las sociedades actuales, en las que el dinero está compuesto por billetes de banco y depósitos a la vista, las variaciones de la oferta monetaria pueden afectar a los precios denominados en la unidad de cuenta del país correspondiente (dólar, libra, peseta, etc). En las crisis, el crecimiento de la productividad de la sociedad que provoca la desaparición de las empresas menos productivas, hace que se reduzca el valor de las mercancías, con lo que los precios en términos de moneda metálica descenderían. Pero un aumento de la oferta monetaria, por encima de la cantidad necesaria de dinero, puede hacer que los precios, denominados en la unidad de cuenta del país no lo hagan. De la misma forma, en las expansiones, el aumento de la cantidad de dinero tiene efectos fundamentalmente inflacionistas, porque en una situación de circulación rápida de mercancías y de pleno empleo de los recursos productivos, como suele ocurrir en las mismas, dicho aumento solo sirve para financiar el aumento de los precios.

La cantidad de dinero también puede afectar a la actividad económica. Esto es claro en el caso de una economía basada en la moneda metálica. Recordemos lo que se dijo en los capítulos 1 y 5. El PNB genera unos ingresos en la colectividad que se reparten entre salarios (capital variable en términos de valor) y Excedente Bruto de Explotación (compuesto por la plusvalía, p , mas el consumo de capital fijo, c_F), es decir:

$$\begin{aligned} \text{PNB} &= \text{salarios } (v) + \text{EBE} = \\ &= \text{salarios } (v) + \text{Plusvalía } (p) + \text{cons. cap. fij. } (c_F) \end{aligned}$$

La plusvalía, a su vez, tiene varios componentes: la parte que se consume por parte de los capitalistas (p'), la que se acumula en capital variable (p_v), la que se acumula en capital constante (p_c) y la que se atesora en forma de dinero (p_M). Por tanto, la ecuación anterior podría ponerse de la forma siguiente:

$$\begin{aligned} \text{PNB} &= \text{Gastos de consumo } (v + p' + p_v) + \\ &+ \text{Gastos de inversión } (p_c + c_F) + \\ &+ \text{Atesoramiento } (p_M) \end{aligned}$$

Si se produce atesoramiento, es decir, si una parte de los ingresos totales generados por la sociedad no se gasta, sino que se mantiene como un depósito de valor en forma de moneda metálica, la demanda total de mercancías, compuesta por los gastos de consumo mas los gastos de inversión, será

menor que la producción. O dicho de otra forma, una parte de la plusvalía obtenida no es devuelta al circuito económico, sino que se atesora improductivamente en forma de moneda metálica, no generando nueva demanda. Por el contrario, si se produce desatesoramiento de moneda metálica, se engendrará una demanda adicional de mercancías por encima de la oferta y se movilizarán los stock de las mismas que permanecían invendidos. Así pues, la cantidad de moneda metálica que exista en circulación no afectará a los precios, pero si puede tener repercusiones sobre la actividad económica.

En las sociedades actuales, el mecanismo es mas complejo, pero el aumento en la cantidad de dinero también puede tener efectos sobre la actividad económica. Al igual que ocurriera con la moneda metálica, durante la crisis, el crecimiento de la oferta monetaria puede facilitar la realización de las mercancías y suponer una demanda efectiva adicional. Sin embargo, dicho aumento de la demanda efectiva no está garantizado porque la inversión solo crecerá si existen expectativas de expansión a largo plazo (se invertirá si se piensa que habrá demanda suficiente para los productos que se fabrican con la inversión) y si la tasa de beneficio es suficientemente alta (la inversión se llevará a cabo si los empresarios creen que obtendrán los suficientes beneficios), lo que normalmente no ocurre en las crisis. Es decir, aunque crezca la cantidad de dinero puede ocurrir que no aumente la demanda de mercancías y que tal política para remontar la crisis sea inútil. Durante la etapa de auge, la expansión monetaria tendrá efectos mucho menores sobre la actividad, aunque puede constituir un método para evitar las crisis, como se verá, a costa de un permanente inflación.

Así pues, una política monetaria expansiva puede paliar los efectos mas negativos a corto plazo de una crisis y facilitar el mantenimiento de la expansión durante el auge, pero también tiene efectos negativos sobre el funcionamiento del sistema en su conjunto.

Durante la crisis, el aumento de la cantidad de dinero puede impedir el saneamiento de la economía y que se creen nuevas condiciones para una nueva fase de expansión. En efecto, las crisis de sobreproducción también cumplen la función objetiva de adaptar la capacidad productiva a la que justifica el poder adquisitivo existente. En el capitalismo, las decisiones de producción, acumulación, etc, se toman individualmente y cada cierto tiempo se produce una situación de superacumulación de capital y exceso de capacidad productiva respecto a la que justifica la demanda de consumo (determinada por el interés de los capitalistas en mantener salarios bajos) y de inversión (que se reduce cuando lo hace la tasa de beneficio). Como se dijo en un capítulo anterior, son crisis determinadas no porque falten mercancías, sino porque sobran. Las crisis tienen la función de eliminar este exceso de capacidad.

Pero la reducción del exceso de capacidad no se efectúa uniformemente ni en proporción al capital de cada empresa individual, sino a través de un proceso selectivo. Las empresas cuyos trabajadores tienen una productividad mas baja, porque tienen una composición orgánica del capital menor o porque sus técnicas son mas anticuadas, están menos dotadas para competir que aquellas otras en las que la productividad es mas alta. La consecuencia es que las primeras tienden a desaparecer, mientras que las segundas sobreviven, es decir, la competencia elimina a los capitalistas que objetivamente desperdician trabajo social, mediante una oleada de quiebras. El resultado es que la productividad global del trabajo aumenta, o lo que es lo mismo, el trabajo necesario para llevar a cabo la producción se reduce. La reducción de los valores de las mercancías hace que los precios bajen, lo que a su vez refuerza la desaparición de los capitalistas menos competitivos.

Pero a través de este mecanismo, también se crean las condiciones para una nueva recuperación cíclica: aumenta la tasa de explotación porque lo hace la productividad del trabajo, aumenta la tasa de beneficio porque lo hace la tasa de explotación, la acumulación tiende a recuperarse y con ella vuelve a crecer la productividad de las empresas que han sobrevivido, aparecen nuevos beneficios extraordinarios, etc.

El crecimiento del crédito y de la cantidad de dinero pueden impedir el descenso de los precios y suponer una demanda adicional artificial que no eliminaría las causas profundas que determinaron la crisis. Es decir, puede impedir el saneamiento de la economía, pues hace que sobrevivan las empresas que en otras condiciones no lo harían. En consecuencia, impide una corrección a largo plazo e introduce desequilibrios monetarios, tanto en el mercado interno, como en las relaciones con otros países. Dichos desequilibrios se tratarán mas adelante, pero ahora interesa señalar que tal política solo aplaza los problemas.

Pero a corto plazo, una política monetaria y crediticia expansiva puede mitigar la crisis ya que puede impedir la desaparición de empresas, reducir el aumento del paro y hacer que haya menos

mercancías sin vender. No hay duda de que si la política monetaria adaptara la cantidad de dinero a la necesaria para que las reglas de la economía funcionaran como en un sistema de moneda metálica, la crisis se profundizaría. A largo plazo, sus efectos serían mas beneficiosos, porque tal política permitiría que se produjera un saneamiento del aparato productivo. Sin embargo, a corto plazo, sus efectos sociales serían muchísimo mas graves.

9.2. UNA REVOLUCION PACIFICA

Los peligros para el capitalismo de la producción estancada, la desaparición de empresas y el aumento del paro, que se producen en una crisis, pueden considerarse mayores que el no saneamiento del aparato productivo a largo plazo y la inestabilidad monetaria. En efecto, en estos momentos, es cuando el capitalismo se encuentra mas débil, pues es entonces cuando aparecen de forma mas violenta sus contradicciones internas. La crisis tiende también a debilitar a la clase obrera, a través del crecimiento del ejército industrial de reserva que provoca, pero mientras tanto, puede generarse una situación de gran conflictividad social, que no depende solo de los factores objetivos, y ponerse en cuestión su dominación de clase.

Esto es lo que ocurrió después de la depresión de 1929 y la crisis que siguió. Entonces, los grupos mas importantes del capital y los gobiernos de los principales países optaron por la inflación como medio de mitigar los efectos de la crisis. La llamada "revolución keynesiana", con el cambio que supuso respecto al papel que debería jugar el Estado en la gestión de la economía, no fue mas que la expresión ideológica consciente de este cambio de prioridades por parte de la clase dirigente. En las páginas finales de la "Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero", el libro que se considera la formulación teórica mas acabada del cambio que se debería producir en la política económica de los gobiernos para remontar la crisis, Keynes insistió en el papel teórico que tenía esta revolución. Para él la nueva teoría se terminaría imponiendo, porque el factor determinante eran las ideas y no los intereses materiales. Aquellas tardarían mas o menos tiempo en imponerse, pero terminarían haciéndolo. Pero se equivocaba: eran los intereses materiales del capitalismo, agobiado por el paro masivo, una gran conflictividad social y una crisis profunda, los que permitieron el triunfo de las ideas keynesianas. Estas solamente fueron el vehículo ideológico de un cambio consciente en las prioridades de la burguesía.

Como se vio en el capítulo anterior, la oferta monetaria es la contrapartida de los créditos que el sistema financiero ha concedido a los sectores privado y público y de las reservas de divisas extranjeras que existen en sus cajas. Puede aumentar porque lo hagan dichos créditos o porque se produzca un superávit en la balanza de pagos. En los años treinta, la creación de dinero por parte de la autoridad monetaria estaba sometida a una ortodoxia financiera según la cual el Estado no debía financiarse con emisión de dinero y las reservas de divisas estaban sometidas al funcionamiento del patrón oro (que se verá mas adelante) por lo que la única posibilidad de hacer crecer la cantidad de dinero era que lo hiciera el crédito al sector privado.

En condiciones de una marcha normal de la economía, el banco central tiene un mecanismo para que dichos créditos aumenten y, con ellos, la oferta monetaria: la reducción del coeficiente legal de caja que tiene que mantener la banca privada. Si esto se produce, la banca podrá aumentar sus créditos a los empresarios que los utilizarán para financiar nuevas inversiones, lo que supondrá una demanda efectiva adicional que impulsará la actividad económica. Pero en una situación de crisis, esta política no tendrá éxito. En tal situación, las perspectivas de los empresarios son pesimistas y la tasa de beneficio es baja, por lo que no plantearán nuevas inversiones y no demandarán mas créditos a sus bancos. Los intentos de las autoridades de aumentar la demanda efectiva haciendo crecer la oferta monetaria fracasarán. La política monetaria será impotente para sacar a la economía de la crisis y el aumento de la cantidad de dinero solo provocará perturbaciones.

Tal era a grandes rasgos la situación que existía en los años treinta, en los que las reglas del capitalismo liberal eran las dominantes. Pero existía otro método, aunque rompía con dichas reglas e implicaba un cambio en el papel que el Estado debería jugar en la economía: el aumento de la cantidad de dinero para financiar las actividades del sector público. En efecto, si no existía demanda efectiva suficiente, el estado podía crearla gastando por encima de sus ingresos y financiando el déficit resultante con emisión de papel moneda o créditos de la banca privada. Si lo hacía así, la cantidad de dinero aumentaría sin ninguna dificultad, lo que facilitaría la realización de las mercancías invendidas, y la actividad del estado que se realizara con este nuevo dinero generaría nuevos ingresos en la sociedad que impulsarían la demanda. Adicionalmente, el gasto público podría dirigirse a ciertas actividades que paliaran la

conflictividad social existente producto de la crisis, como obras públicas, seguro de paro, gastos sociales, etc. Tal política tendría un efecto inflacionista, en la medida en que impediría la reducción de los precios denominados en moneda metálica, y no facilitaría el saneamiento a largo plazo de la economía capitalista, pero serviría para combatir los efectos más acuciantes de la recesión y, además, tendría un efecto integrador de la clase obrera. Esta es, a grandes rasgos, la esencia de la llamada "revolución keynesiana".

Desde entonces, el Estado ha jugado un papel prominente en el funcionamiento de la economía capitalista. Durante la Segunda Guerra Mundial, esto fue lógico. La necesidad de financiar el esfuerzo bélico llevó a un aumento del gasto público, financiado fundamentalmente con emisión de dinero, que mantuvo la demanda efectiva e hizo que los precios crecieran. Entonces, el papel inflacionista del sector público se hizo más pronunciado. A partir de entonces, los gobiernos han utilizado este mecanismo con el doble propósito de mantener la demanda efectiva y evitar las crisis, y extender el gasto público de carácter social para integrar las reivindicaciones de la clase obrera. Fue lo que se conoce en los principales países capitalistas como "Estado del Bienestar".

9.3. MAS ESTADO NO ES PEOR SI SIRVE PARA VIVIR MEJOR

En la época de capitalismo liberal, anterior a la onda larga del capitalismo tardío, las funciones del Estado eran muy limitadas. En primer lugar, debía garantizar las condiciones generales de la producción que no pueden asegurarse por parte del capital privado, esto es, las condiciones técnicas generales (medios de transporte, correos), sociogenerales (un orden social estable, la garantía de que funcionará el mercado en todo el territorio), la reproducción del trabajo intelectual indispensable para la producción económica (sistema educativo), etc. En segundo lugar, tenía que legitimar al sistema económico y al propio Estado mediante una política destinada a producir un consenso entre la población sobre ambos. Se trataba de que los trabajadores identificaran sus propios intereses con los del sistema económico y el Estado, de forma que asumieran que la mejor defensa de su nivel de vida era la defensa de la economía capitalista de libre competencia y la mejor defensa de sus libertades, la defensa del Estado. Se trataba, en suma, con palabras clásicas, de conseguir que la ideología dominante fuera la ideología de la clase dominante. Finalmente, debía garantizar que cualquier amenaza al sistema económico y político, ya fuera de dentro del país o del exterior, podría ser reprimida. Esto es, garantizar que cuando fallara el consenso entre la población y se produjera un descontento social o hubiera una amenaza exterior, habría un ejército y un aparato del Estado que los haría frente.

En resumen, para el capitalismo de libre competencia, las funciones del Estado se deberían reducir al mantenimiento del orden jurídico nacional, del sistema monetario y aduanero, del mercado, del ejército, etc, con el mínimo coste. En este Estado, las atenciones sociales solo podían ser incluidas interpretando muy laxamente sus funciones aunque, como muestran las leyes de pobres en la Inglaterra del siglo XIX, cuando las circunstancias lo exigían, también las ampliaban en aras del mantenimiento del sistema. Pero, en general, sus posibilidades para intervenir en la economía eran muy reducidas.

El cambio del papel del Estado en la economía que supuso la llamada "revolución keynesiana" tuvo consecuencias importantes. En los años treinta, su intervención fue diseñada para combatir la crisis. El aumento del gasto público financiado con emisión de dinero tenía este objetivo prioritario, aunque es evidente que, de forma secundaria, dichos gastos se podían utilizar para paliar la conflictividad social que estaba determinando el paro masivo y el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores. Pero este papel del Estado cambió aún más después de la Segunda Guerra mundial.

El enorme aumento de los beneficios y de la tasa de beneficios que se produjo en los primeros momentos de la fase de expansión del capitalismo tardío, hizo que se generaran los recursos suficientes y, por tanto, la posibilidad de aumentar los gastos del Estado. Como consecuencia del auge, creció la recaudación tributaria y el aumento de los gastos ya no necesitó financiarse fundamentalmente con emisión de dinero. Se produjo un "circulo virtuoso" en el que el crecimiento económico generaba más renta, la renta mayor recaudación impositiva y esta mayores posibilidades de financiación de los gastos sociales del estado.

El Estado amplió sus funciones como consecuencia de la complejidad que estaba adquiriendo el sistema económico. En primer lugar, aparecieron funciones productivas nuevas, que no podían ser asumidas por la iniciativa privada por su baja rentabilidad a corto plazo, por su carácter estratégico, o por su dificultad, como la energía nuclear, la investigación, etc. En segundo lugar, la experiencia del período de crisis anterior a la guerra mundial exigía la adopción de las técnicas keynesianas anticrisis, esto es, un

papel activo del Estado en la economía administrando las crisis económicas mediante una política de sostenimiento de la demanda. Finalmente, la consecución del consenso social se complicó al mismo tiempo que lo hacía el sistema, lo que exigió nuevas funciones en el terreno de la "administración social". Conforme se desarrolló el auge, los trabajadores comenzaron a organizarse en sindicatos, estos contaban con gran fuerza en la mayoría de los países industriales y tenían reivindicaciones en los terrenos de la organización del trabajo, las condiciones laborales, el nivel de vida, etc, que podrían ser contradictorios con los intereses económicos de los empresarios. Se hizo necesaria una política dirigida a ellos y la misma debería combinar una política laboral y social destinada a imponer las condiciones de producción capitalistas e impedir que esta fortaleza de sus organizaciones fuera mas allá de lo deseable, con otra de bienestar dirigida a evitar conflictos e integrarlos en el sistema económico.

El Estado pasó a jugar un papel importante en la satisfacción de las necesidades colectivas y, así, se extendieron la sanidad y la enseñanza públicas, se instauró un sistema generalizado de pensiones, el seguro de paro pasó a cubrir a todos los desempleados existentes y un objetivo de la política económica, tan importante como el del mantenimiento de la actividad, fue conseguir un mayor bienestar social. A este fenómeno se le conoció como "Estado del Bienestar", no tanto porque las sociedades industriales hubieran logrado ya un nivel de bienestar satisfactorio, pues seguían existiendo bolsas de pobreza y se estaba muy lejos de reducir la desigualdad social, como porque uno de los objetivos del Estado era aumentarla.

El aumento del bienestar era una de las señas de identidad de los gobiernos socialdemócratas. Los sindicatos y las organizaciones de los trabajadores incluyeron las reivindicaciones que de él se derivaban entre sus objetivos y lucharon por ellas, consiguiendo apreciables mejoras. Por otra parte, los países industriales, al calor de la expansión que estaban experimentando, se podían permitir satisfacerlas en alguna medida, máxime cuando este tipo de políticas legitimaba al sistema económico y al estado entre los trabajadores. Los partidos de derecha y conservadores tampoco se pudieron sustraer de ellas. En consecuencia, se produjo una integración creciente del movimiento obrero de esos países e, incluso, se extendió la idea de que el capitalismo se expandiría sin límites, liberando cada vez mas a la humanidad de la esclavitud de la naturaleza. Todos los problemas que aparecían podían ser graves, como la desigualdad social, la contaminación o el peligro de guerra, pero eran problemas tratables, aunque no sin ciertos conflictos, en el contexto de la prosperidad que se estaba produciendo. Se extendió la idea de que el socialismo devendría así como una fase natural en el desarrollo del capitalismo. Evidentemente, los avances no se conseguirían sin luchar por ellos, pero un cambio revolucionario del sistema económico no parecía ni posible ni deseable. El cambio en el papel del Estado, que teorizó la revolución keynesiana, tuvo unas consecuencias que ni sus propios mentores podían haber previsto.

9.4. LA INFLACION SE INSTALA EN NUESTRAS VIDAS

La gran depresión de los años treinta condujo a una caída enorme de precios. Es lo que había sucedido en general en las depresiones anteriores aunque, en este caso, se produjo a una escala jamás conocida. Ya se han explicado cuales son las razones de que así ocurriera. Sin embargo, en la onda larga del capitalismo tardío, la inflación permanente ha sido la tónica dominante. Desde 1950, los precios no han dejado de elevarse, no importa que la economía se encontrara en expansión o en crisis. En las crisis mas agudas de la fase recesiva actual, el aumento continuado de los precios ha sido particularmente acentuado. De hecho, se ha acuñado una nueva terminología para describir este fenómeno: "inflación rampante", para catalogar a la subida de precios como una situación normal en el funcionamiento de la economía capitalista, "estanflación", para referirse al extraño fenómeno de estancamiento económico y al mismo tiempo inflación, etc.

La primera causa de la inflación permanente hay que buscarla en el cambio del papel del Estado en la economía que se ha tratado mas arriba. Como se ha dicho, el aumento del gasto público financiado con emisión de billetes tiene un efecto inflacionario, de modo que, en los primeros momentos, esta fue la fuente principal de la inflación permanente. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la fase de expansión del capitalismo tardío, aunque el gasto público continuó siendo elevado, como consecuencia de la creciente implantación del estado del bienestar, su papel inflacionista se redujo, dado que el crecimiento económico que se produjo permitió financiar con impuestos una parte creciente del mismo. Pero continuó siendo inflacionista pues, en general, la mayoría de los gobiernos de los países occidentales mantuvieron déficits presupuestarios casi permanentemente. Dichos déficits impulsaron constantemente a la oferta monetaria y no menos invariablemente hicieron crecer los precios. Pero se consideraba normal, pues tal política formaba parte de las técnicas keynesianas anticrisis.

Sin embargo, la política fiscal cedió el paso muy rápidamente a la política monetaria como causa fundamental de la inflación permanente. La fuente mas importante de la misma, durante la fase de expansión del capitalismo tardío y aún en la actualidad, no ha sido el crecimiento de los gastos del Estado, sino la expansión del crédito al sector privado. Esto tiene una explicación: la política monetaria puede resultar impotente para sacar a una economía de la crisis, pero no lo es para mantener la expansión.

Durante la fase de prosperidad del capitalismo tardío, la tasa de beneficio se mantuvo en niveles relativamente altos, la acumulación creció prácticamente de forma ininterrumpida, pues las recesiones tuvieron muy poca profundidad, y las expectativas de expansión de los mercados a largo plazo fueron dominantes. En esta situación, el crecimiento del crédito al sector privado podría tener unos efectos favorables sobre la actividad económica.

Por un lado, permitía mantener la expansión reduciendo la gravedad de las crisis coyunturales. El crecimiento continuado de la oferta monetaria se tradujo en un aumento no menos continuo de los precios, incluso en las recesiones, lo que posibilitó el mantenimiento de los márgenes de beneficio, ahuyentandose así los efectos mas negativos de las crisis coyunturales. Además, la política monetaria expansiva facilitó la obtención de créditos por parte de los empresarios y supuso también un tipo de interés mas reducido y, por tanto, una financiación de la inversión menos costosa. Fue, por tanto, un instrumento de primer orden para mantener el crecimiento de la acumulación de capital a un ritmo vivo. El resultado fue que la política monetaria expansiva se convirtió en el instrumento privilegiado entre todas las técnicas keynesianas anticrisis.

El aumento de la cantidad de dinero mediante la expansión del crédito era, además, el mecanismo apropiado en la época del capitalismo tardío para facilitar a largo plazo la realización de la plusvalía. Durante la fase de prosperidad, la producción creció mas que la productividad del trabajo y, por supuesto, que los salarios reales. Esto implicaba una dificultad creciente en la realización de las mercancías, en la medida en la que la oferta de las mismas tendía a ser superior al poder adquisitivo que generaba.

Para las empresas capitalistas, la mejora de la competencia ya no estaba determinada solo por la productividad de sus trabajadores o la calidad de sus producto, sino también por la forma mejor o peor en que se colocaran en el mercado para vender. Dentro de las empresas (los departamentos de ventas) y en el conjunto de la economía (empresas de publicidad, etc), se desarrolló una actividad cuyo único fin era facilitar la realización de las mercancías. A una envergadura tal, como la que se dio en el capitalismo tardío, no se ha conocido en ninguna otra época histórica. La consecuencia fundamental fue una constante presión hacia el aumento de los costes de venta: extensión de las redes comerciales, recursos permanente a la publicidad para poder vender los productos, etc. Por otra parte, fue necesario extender el crédito al consumo como un medio de vender las mercancías, en una situación en la que los ingresos de los trabajadores y, por tanto, sus posibilidades de consumo, crecían menos que la producción. En estas condiciones, la política monetaria expansiva generaba un aumento continuado de los precios que permitía la transmisión de los mayores costes de venta a los consumidores y facilitaba la financiación de los créditos al consumo por parte del sistema financiero. Una política monetaria ortodoxa no hubiera permitido que funcionarán ninguno de estos mecanismos de realización de la plusvalía.

Sin embargo, esta política tenía límites. Desde el punto de vista del mercado interno, la inflación permanente suponía un proceso continuado de elevación de precios y costes que se podía autoalimentar, con el riesgo de que la subida de precios escapara de todo control. El capitalismo necesitaba cierto grado de inflación, pero si esta era excesiva, se desarticularía todo el funcionamiento del sistema. Desde el punto de vista del mercado exterior, una tasa de inflación considerablemente mas elevada en un país que en el resto entrañaba consecuencias negativas para el mismo. El impulso de la demanda interna suponía también impulsar las importaciones y, en un mundo de tipos de cambio fijos, como el que se vivió hasta que Nixon suspendió la convertibilidad del dolar en 1971, la mayor inflación se traducía en una pérdida de competitividad de las mercancías del país y, por tanto, en un freno a las exportaciones. Si la mayor inflación continuaba, el resultado final sería una devaluación, con lo que habría que exportar mas mercancías para comprar la misma cantidad de mercancías extranjeras. Se volverá a esta cuestión en un capitulo posterior.

Por otra parte, también tenía consecuencias negativas. Como ya se ha dicho, la inflación permanente supone que, en las crisis, se evita el saneamiento del aparato productivo. Por razones similares, en la expansión permite que se lleven a cabo actividades que no se realizarían en presencia de una política económica ortodoxa, lo que supone una estructura productiva tanto mas inadecuada, cuanto mayor sea la inflación. Además, las técnicas keynesianas y la inflación permanente consiguiente

terminaron siendo un factor decisivo en la crisis del sistema monetario internacional, incluso antes de la fase recesiva actual. Todos ellos fueron factores adicionales que terminarían actuando junto con el descenso de la tasa de beneficio para que la economía occidental cambiara de tendencia.

9.5. ¡EL DEFICIT PUBLICO ES INSOSTENIBLE!

En la actual fase recesiva, la inflación permanente ha continuado siendo la tónica dominante e, incluso, ha tendido a agravarse, pero han cambiado los papeles del déficit del Estado y de la expansión del crédito como determinantes fundamentales de la misma y, además, han aparecido problemas nuevos.

La crisis económica ha determinado, en general, un aumento de los déficits públicos que, en la mayoría de los países industriales, se encuentran a un nivel muy superior al que tenían en los años de expansión. Por un lado, la crisis ha impreso un menor crecimiento de los ingresos totales del Estado e incluso ha reducido algunos de sus componentes. En efecto, el descenso del empleo ha afectado a las cuotas a la seguridad social, el menor ritmo de actividad a los impuestos, tanto directos, como indirectos, etc. Por otro lado, ha provocado un aumento de los gastos, tanto para paliar los efectos de la crisis sobre los trabajadores (seguros de paro y subsidios de desempleo, por ejemplo), como para hacer frente a las necesidades de reconversión de las empresas capitalistas. Además, se ha producido un aumento considerable de los gastos en armamento en los principales países capitalistas, lo que ha hecho que algunos déficits públicos adquieran cotas astronómicas (el de Estados Unidos, por ejemplo, pero no es ni mucho menos el único caso). Este aumento de los déficits públicos no es deseado por el capital, por dos razones que están relacionadas.

En primer lugar, el aumento del gasto público y del déficit no es el tipo de política que el capital necesita para salir de la crisis y, por el contrario, contribuye a impedir tal salida. Como se ha dicho, el aumento de la tasa de beneficio que se produjo durante los primeros momentos de la fase de expansión del capitalismo tardío, permitió que hubiera recursos suficientes para que los gastos del Estado crecieran y se extendiera el Estado del Bienestar, y para que una parte sustancial de los mismos se financiara con cargo a impuestos. Pero, con la crisis, ocurre todo lo contrario. Por un lado, la tasa de beneficio ha caído y su recuperación requiere un aumento de la tasa de explotación. Esto se puede conseguir reduciendo los salarios reales, pero también actuando sobre los llamados salarios indirectos (sanidad, enseñanza, etc) y diferidos (pensiones). Por otro lado, la recuperación de los beneficios capitalistas exige una reducción de los impuestos que recaen sobre ellos, lo que agravaría el déficit público. Estas son las razones reales de que los organismos internacionales y la mayoría de los gobiernos de los países industriales tengan como uno de sus objetivos fundamentales la reducción del déficit público.

En segundo lugar, hay también una razón monetaria que está ligada a la anterior. Durante la actual fase recesiva, la inflación permanente sigue siendo la tónica dominante. El capital necesita un cierto grado de subida de precios para poder realizar la plusvalía, pero la inflación debe estar sometida a ciertos límites. Por un lado, todos los países están interesados en reducirla para que sus mercancías no pierdan competitividad en el mercado internacional. Por otro, la inflación tiene que controlarse pues, si se disparara, se desarticularía todo el sistema económico. En consecuencia, los organismos internacionales no han cesado de recomendar políticas monetarias restrictivas, basadas en un control del crecimiento del crédito y de la oferta monetaria y el mantenimiento de altos tipos de interés y los gobiernos, en mayor o menor medida, las han puesto en práctica. Hay que señalar, que no se trata de volver a una ortodoxia financiera como la que existía en la época del capitalismo liberal, pues se sigue propugnando un cierto crecimiento de las variables monetarias (de hecho, en la recesión de 1974, la primera respuesta de los gobiernos a la misma fue la articulación de políticas monetarias expansivas) sino de someter este último a ciertos límites.

En estas condiciones, de limitación del crecimiento del crédito y de la cantidad de dinero, cuanto más aumente el déficit del sector público y se financie con cargo al banco central, menor margen quedará para que crezca el crédito al sector privado. El crecimiento de este último es una fuente de inflación, pero es la que más le conviene al capital, pues aminora los efectos que tiene la crisis sobre los beneficios y facilita la realización de la plusvalía. Por el contrario, como se ha dicho, el déficit público no es la mejor política para que el capital remonte la crisis, sino la peor, pues supone un obstáculo para el crecimiento de la tasa de beneficio, y, además, es una fuente de inflación permanente no deseada.

También por estas razones se ha propugnado la reducción del déficit público y, mientras esto se producía, su financiación de forma ortodoxa con deuda pública a tipos de interés altos, en vez de

recurrir a los bancos centrales. Para una parte del capital financiero, esto último ha representado una fuente adicional de beneficios. Mas adelante se verá los efectos que esto ha tenido sobre el mercado de capitales.

9.6. ¿LOS PRECIOS SUBEN PORQUE LOS COSTES AUMENTAN?

Para la teoría económica convencional, la inflación puede ser de dos tipos: de demanda, cuando los precios suben porque esta crece mas que la oferta, y de costes, cuando la elevación de precios se produce porque lo hace el de algunos de los componentes que se utilizan en la producción de las mercancías. En ambas clases de inflación, los precios no subirían si no se adaptará la cantidad de dinero a la nueva situación, pero los factores monetarios cumple únicamente un papel pasivo, pues las causas son reales y no monetarias. Sin embargo, esto no es correcto.

Ya se ha visto que la inflación es un fenómeno monetario y no real. Los precios en moneda metálica están determinados por los valores y sus variaciones no dependen de la cantidad de dinero ni de la mayor o menor demanda efectiva. Si se elevan los precios denominados en unidad de cuenta del país correspondiente es porque esta se devalúa respecto al oro, porque existe en una cantidad superior a la necesaria para la circulación de mercancías. Si la demanda efectiva crece, pero la cantidad de dinero permanece estable, los precios no se elevarán, pero lo harán si la cantidad de dinero crece, aunque la demanda permanezca estable. Todo lo que se ha dicho vale, pues, para la llamada inflación de demanda, pero es preciso detenerse en la inflación de costes.

Desde el punto de vista de la teoría del valor, la llamada inflación de costes es una cuestión carente de sentido. Como se dijo en el capítulo 3 y se ha reiterado en los siguientes, los precios de producción, en términos de moneda metálica, dependen, en primer lugar, de los valores de las mercancías, esto es, de la cantidad de trabajo socialmente necesario que llevan incorporado; en segundo lugar, de la tasa de beneficio media, esto es, del porcentaje que supone la plusvalía total respecto al valor del capital, constante y variable, total, y, en tercer lugar, del precio de producción del oro, que nuevamente vuelve a depender de los valores y de la tasa media de beneficio. Los precios de mercado oscilarían alrededor de los precios de producción, de forma que dependen únicamente de los valores y de la tasa de beneficio, esto es, de factores reales y no monetarios.

En estas condiciones, un aumento del valor de una mercancía, por un descenso en la productividad del sector que la fabrica (una materia prima que se obtiene en una mina, por ejemplo), haría elevarse el valor y el precio de producción de todas las demás. Pero es un fenómeno perfectamente explicable por la ley del valor que no depende de ninguna cuestión monetaria. Habría un nuevo punto de equilibrio que se correspondería con la variación que se ha producido en el sistema de producción, nunca un proceso continuado de elevación de precios, por lo que estrictamente hablando, no se podría calificar de inflación.

De la misma forma, la elevación del precio de una materia prima, porque el sector que la fabrica está en una situación monopolística, por ejemplo, tampoco provocaría ninguna inflación. El sector monopolista obtendría un beneficio extraordinario, porque estaría vendiendo una mercancía a un precio superior al de producción, con lo que su tasa de beneficio sería superior a la media. En los demás sectores, ocurriría lo contrario: verían reducir sus ganancias y su tasa de beneficio. Pero no habría ninguna elevación de precios en términos de moneda metálica. Se habría producido una transferencia de plusvalía de los demás sectores al monopolista, pero nada mas. Sin embargo, si la cantidad de dinero creciera, los demás sectores podrían estar en condiciones de impedir el descenso de sus beneficios procediendo a una elevación de precios. Pero la causa de la inflación subsiguiente no sería la primitiva elevación del precio de la materia prima, sino el aumento de la cantidad de dinero.

El hecho de que la materia prima sea importada y su precio aumente por decisión de los monopolistas extranjeros, no cambia las cosas. Una elevación del precio del petróleo, por ejemplo, no afectaría a los precios de las mercancías de los países que lo utilizan como input, aunque si a los beneficios. Si la cantidad de dinero permaneciera estable, se produciría una transferencia de plusvalía de los países consumidores a los países productores, la tasa de beneficio caería en los primeros, algunas actividades productivas obtendrían pérdidas y desaparecerían, etc, pero los precios no se verían afectados, porque no dependen de este hecho, sino de los valores. Tendría un impacto recesivo de

considerable importancia, pero la causa no sería que los salarios no se hubieran adaptado a la nueva situación, sino el descenso de la tasa de beneficio que habría provocado.

Sin embargo, hay una forma de evitar tales consecuencias: permitir que los precios suban para que los empresarios puedan transmitir el mayor coste del petróleo y sus beneficios no se vean afectados, poniendo en práctica una política monetaria expansiva. De esta forma, la inflación permanente vuelve a ser el mecanismo específico del capitalismo tardío para frenar el descenso de la tasa de beneficio. La llamada "inflación de costes" no es más que una cortina de humo levantada para ocultar este hecho.

En este sentido, la cantinela de que "todos nos hemos empobrecido como consecuencia de la subida del precio del petróleo", no es más que un intento de recuperar la tasa de beneficio aumentando la tasa de explotación. En los países industriales, la respuesta a la elevación del precio del petróleo ha sido la inflación permanente para evitar que caiga la tasa de beneficio pero, a largo plazo, esto no supone una solución, sino solo un aplazamiento de los problemas, por lo que es necesario que la tasa de beneficio se recupere por otras vías. Se trata de que dicha recuperación se produzca a costa de los trabajadores y el mejor mecanismo es convencerlos de que "todos nos hemos empobrecido". Si los precios han subido por culpa de los jeques árabes, los salarios no deben recuperarse del poder adquisitivo perdido por esta causa. Pero el valor de la fuerza de trabajo no depende de los jeques árabes y si han subido el precio del petróleo, el problema no afecta a los salarios, sino a los beneficios. Pero esto nos lleva a la consideración de los salarios y la inflación

9.7. ¿LA CULPA ES DE LOS SALARIOS?

En una economía de moneda metálica, el crecimiento de los salarios no se traduce en elevaciones de precios, sino en un descenso de la tasa de explotación y, consiguientemente, de la tasa de beneficio, de forma que, según la teoría del valor, la inflación salarial no es posible. Nuevamente hay que repetir que los precios dependen de los valores y que estos no dependen del salario, sino del trabajo socialmente necesario. Sin embargo, si podría tener efectos sobre la actividad económica, pues el descenso de la tasa de beneficio afectaría a la acumulación.

De la misma forma, en una economía con billetes de banco y depósitos bancarios, el crecimiento de los salarios no se traduciría en subidas de precios siempre y cuando la oferta monetaria no variase, o lo hiciese dentro de los márgenes de la cantidad de dinero necesaria para la circulación de mercancías. Como en el caso de la moneda metálica, se produciría un descenso de la tasa de beneficio, que también afectaría a la situación económica.

Pero las sociedades actuales no se caracterizan por este funcionamiento ortodoxo, sino por el crecimiento continuado de las variables monetarias y la inflación permanente. En ellas, se registra un incremento continuado de los precios que reduce el poder adquisitivo de los salarios, los trabajadores reclaman revisiones de los mismos para resarcirse, a lo que los empresarios responden elevando nuevamente los precios. Es la famosa "espiral inflacionista de precios y costes" de la que sistemáticamente se culpa a los trabajadores y a la que se intenta cortar limitando el crecimiento de sus ingresos. Sin embargo, acudiendo a la teoría del valor y la explotación, dicho proceso se aclara y sus verdaderos culpables aparecen nitidamente.

En condiciones de estabilidad monetaria, un aumento de los salarios significaría que los trabajadores pueden adquirir más mercancías para su subsistencia, lo que a su vez quiere decir que habría aumentado el capital variable. Como el valor total no depende de lo que se pague a los trabajadores, sino del total de trabajo socialmente necesario que se haya realizado, esto se traducirá en un descenso de la tasa de explotación. Dado que la estabilidad monetaria impide que los precios de mercado, denominados en la unidad de cuenta del país, crezcan por encima de los precios de producción, denominados en moneda metálica, la consecuencia será que descenderá la tasa de beneficio. A partir de aquí, los empresarios intentarán aumentar la tasa de explotación por todos los medios: reduciendo los salarios cuando el ejército de reserva haya aumentado suficientemente, realizando inversiones que hagan crecer a la productividad del trabajo, etc. Nada de esto lo tienen garantizado de antemano, pues la lucha de clases no depende solo de los factores objetivos, y el tiempo que transcurra hasta que lo consigan puede ser muy grande. Sustancialmente, esto es lo que ocurría en las ondas anteriores a la del capitalismo tardío.

La inflación permanente hace que estos objetivos sean mas fáciles de conseguir, pues la naturaleza de los que se discute (la tasa de explotación) queda mucho mas oculta. Si la oferta monetaria crece, los capitalistas podrán transmitir a los precios el aumento de los costes. El resultado será que los salarios perderán poder adquisitivo y podrán comprar menos mercancías para su subsistencia. El valor de la fuerza de trabajo, esto es, el capital variable, se reducirá y, como consecuencia, la tasa de explotación aumentará. De esta forma, la inflación permanente vuelve a ser el mecanismo específico del capitalismo tardío para evitar el descenso de la tasa de beneficio. En el siguiente paso, cuando los trabajadores reclamen mas salarios, se les culpará de inflacionistas. Los salarios nominales podrán haber crecido, pero los reales se reducirán, y esto es lo que importa, porque es de ellos de los que depende el descenso del capital variable y el aumento de la tasa de explotación. Así pues, en la época del capitalismo tardío, la defensa del poder adquisitivo de los salarios es un elemento sustancial de la lucha contra el aumento de la tasa de explotación. Aparece menos dramática que la defensa de los salarios nominales que se produjo en otras fases del capitalismo, pero no es menos importante.

La espiral inflacionista puede ponerse en marcha porque crezcan los salarios, o porque lo hagan otros costes, lo que es mas corriente. En efecto, si las autoridades responden al aumento del precio del petróleo con inflación permanente, por ejemplo, los trabajadores deberán reclamar subidas salariales simplemente para que la tasa de explotación no aumente. Pero si lo consiguen, se pondrá en marcha el proceso inflacionista que se ha descrito mas arriba. Se les tachará de culpables de la inflación, pero de lo único que lo son es de intentar impedir que la tasa de beneficio, que se ha reducido por la subida del precio del petroleo, se recupere a su costa.

**10. CAMBIO, CHANGE, EXCHANGE, WECHSEL
(EL SISTEMA MONETARIO INTERNACIONAL)**

En los capítulos anteriores, se ha estado considerando una economía cerrada, entendiéndose por tal a la que no realiza comercio exterior, pero ha sido una simplificación realizada solo para facilitar la exposición. En la realidad, todos los países llevan a cabo transacciones comerciales, monetarias y financieras con los demás. Como cada uno de ellos tiene su propia unidad monetaria, hace falta un mecanismo internacional que establezca las relaciones que existen entre las monedas de cada país. Este es el papel del Sistema Monetario Internacional, que a lo largo de la historia del capitalismo, ha tomado formas muy diferentes (el patrón oro, el sistema de cambios flexibles, el sistema de cambios fijos). El sistema vigente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, entró en crisis en los primeros años setenta, simultáneamente con el cambio de tendencia del capitalismo tardío. Desde entonces, dicha crisis se ha agudizado y constituye uno de los mayores obstáculos para que el capitalismo inicie una nueva fase de prosperidad.

10.1. ¿CUANTO VALE UN DOLAR?

La moneda, como el ejército, es un signo de la soberanía nacional, de forma que cada estado tiene la suya. Para que sean posibles los intercambios comerciales entre los diferentes países, es necesario que exista una relación entre todas ellas. Esta relación es el tipo de cambio, que es el precio de la unidad monetaria de otro país en términos de la unidad monetaria del país correspondiente.

Si se acude a las páginas económicas de un periódico, se encontrará un cuadro similar al siguiente:

MERCADO DE DIVISAS (MADRID)

	<u>COMPRADOR</u>	<u>VENDEDOR</u>
1 dolar EEUU	92,563	92,795
1 franco francés	18,396	18,442
1 libra esterlina	181,922	182,378
1 marco alemán	62,529	62,285
100 yenes japoneses	70,202	70,378

Cada una de las cantidades que figura en dicho cuadro indica el tipo de cambio de la peseta frente a la moneda correspondiente, o lo que es lo mismo, el precio de cada moneda extranjera en el mercado de divisas de Madrid. La columna "comprador" indica el precio al que está dispuesta a comprar la banca cada divisa que sus clientes les ofrezcan y la de "vendedor" el precio al que las vende. La diferencia entre ambas es el beneficio que se queda la banca por sus servicios de cambio de divisas. Normalmente se utiliza el tipo de cambio medio de "comprador" y "vendedor" como representativo del tipo de cambio de una moneda.

Si acudiéramos a otro mercado de divisas, por ejemplo, al de París, nos encontraríamos que dicho cuadro aparecería de otra forma: el precio de cada moneda en términos de francos. Así, por ejemplo, la cotización de la peseta frente al franco ya no sería el precio del franco en pesetas (18,396 "comprador" y 18,442 "vendedor"), sino el precio de la peseta en francos, que sería la inversa de aquel (100 pesetas igual a 5,422 francos "comprador" y 5,436 "vendedor"). Cuando la cotización de una moneda es muy pequeña, se suele calcular el tipo de cambio por cada 100 unidades de la misma.

Las cotizaciones entre dos monedas pueden diferir en dos mercados de divisas porque la banca cobre comisiones distintas por el cambio, porque haya costes de comunicaciones, etc. Pero estas diferencias son muy pequeñas y no podría ser de otra forma, porque si el dólar fuera más barato en Madrid que en París, los especuladores comprarían dólares en el primer mercado y los venderían en el segundo, obteniendo un beneficio con ello. Aumentaría la demanda de dólares en Madrid, con lo que su precio tendería a subir, y la oferta en París, con lo que tendería a bajar. De esta forma, los cambios tenderían a equilibrarse. Así, aunque en todo el mundo existen diferentes mercados de divisas, las cotizaciones de cada una de ellas tiende a ser la misma, salvando las lógicas diferencias que se han señalado anteriormente. De hecho, el desarrollo actual de las comunicaciones garantiza que las diferencias en las cotizaciones entre plazas geográficamente muy alejadas son mínimas. Puede hablarse, por tanto, de la existencia de un mercado de divisas mundial.

En cada momento histórico existe una divisa que es la que se utiliza con más frecuencia en las transacciones internacionales y en la que están constituidas la mayor parte de las reservas de divisas de los países. Como es natural, dicha moneda suele ser la de la potencia económica hegemónica. En la actualidad es el dólar. Como todas las monedas están relacionadas con él, basta con considerar el tipo de cambio de cada moneda con respecto al dólar para que se esté reflejando la gama de tipos de cambio. En lo sucesivo, para simplificar, nos referiremos al tipo de cambio de la moneda del país X, como el precio del dólar en términos de la moneda de dicho país.

10.2. UNA BALANZA LLAMADA "DE PAGOS"

La balanza de pagos de un país es un registro contable de todas las transacciones económicas realizadas entre los individuos, empresas e instituciones residentes en ese país y el resto del mundo. Es un documento útil, porque permite saber cual es la situación internacional de ese país y, por tanto, puede servir de guía para que la política económica intente corregir los desequilibrios que se puedan producir.

La balanza de pagos clasifica las transacciones según su naturaleza (mercancías, servicios, movimientos de capital a largo y a corto plazo) y para cada uno de las mismas establece los ingresos y pagos de divisas que han generado en un período de tiempo, así como el saldo. Hay además saldos intermedios: la balanza por cuenta corriente, llamada así porque comprende las operaciones que influyen sobre la renta nacional del país, está formada por la suma de las balanzas comercial y de servicios, y la balanza básica, que comprende además el saldo de la balanza de capital a largo plazo. El saldo total se corresponde con la variación que se ha producido en las reservas del país. Un ejemplo podría ser el siguiente:

BALANZA DE PAGOS DEL PAIS X

	(Millones de dólares)		
	INGRESOS	PAGOS	SALDO
1.- <i>Mercancías</i>	1.000	1.500	- 500
2.- <i>Servicios</i>	800	500	+ 300
Turismo	500	100	+ 400
Transportes	100	150	- 50
Rentas de inversiones	75	175	- 100
Otros servicios	125	75	+ 50
3.- <i>Cuenta corriente (1+2)</i>	1.800	2.000	- 200
4.- <i>Capital a largo plazo</i>	900	750	+ 150
Inversiones y prestamos:			
del país en el exterior	50	350	- 300
del exterior en el país	850	400	+ 450
5.- <i>Balanza básica (3+4)</i>	2.700	2.750	- 50
6.- <i>Capital a corto plazo</i>			-250
7.- <i>Variación de reservas (6+7)</i>			-300

En el ejemplo anterior, el país importó mercancías durante el año por un valor de 1.500 millones de dólares y las exportó por 1.000. Por tanto, su balanza comercial presenta un déficit de 500. Este se vio compensado en parte por la balanza de servicios, como consecuencia de que los gastos en turismo, transportes y otros servicios que realizaron en el exterior los residentes del país, mas los pagos de intereses dividendos, etc que tuvieron que realizar a sus prestamistas extranjeros, fueron menores que los ingresos por estas mismas partidas. El resultado es que la balanza por cuenta corriente presentó un déficit de 200 millones de dólares, inferior al de la balanza comercial. Dicho saldo es el resultado de que el país demandó mercancías y servicios de otros por un importe de 2.000 millones de dólares, generando en ellos la renta correspondiente, mientras que las compras de mercancías y servicios que los demás le efectuaron fue solo de 1.800. Un déficit en la balanza por cuenta corriente significa, pues, que el país está generando ingresos netos en el exterior y un superávit, lo contrario.

Una parte de este déficit ha sido financiado con entradas netas de capital a largo plazo. A pesar del déficit por cuenta corriente, el país invirtió en el exterior 300 millones de dólares netos, dando créditos comerciales, comprando inmuebles o empresas en el extranjero, etc. La consecuencia es que, a su vez, tuvo que obtener créditos comerciales, prestamos a largo plazo o vender acciones o inmuebles a residentes de otros países, por un importe de 450 millones de dólares.

El déficit final de la balanza básica fue de 50 millones de dólares, pero se produjeron salidas de capital a corto plazo como consecuencia de la especulación contra su moneda, por un importe de 250 millones de dólares. El resultado final fue que sus reservas de divisas descendieron en 300 millones de dólares.

10.3. DIFERENTES FORMAS DE FIJAR LOS CAMBIOS

Desde el punto de vista teórico, el tipo de cambio de una moneda lo fija el mercado como una mercancía mas, pero no está regido directamente por la ley del valor ni por ninguna otra ley interna, sino por el juego de la oferta y la demanda de divisas extranjeras que realizan los residentes de un país con el objetivo de llevar a cabo transacciones con el exterior.

La demanda de divisas se realizará para pagar importaciones o rentas por los prestamos recibidos del exterior, para comprar acciones o hacer prestamos a otros países, para realizar turismo en el extranjero, etc. Los individuos, empresas o instituciones acudirán al banco central o a la banca privada en

busca de las divisas que necesitan para realizar esas transacciones. De la misma forma, los exportadores, los que cobraron rentas por sus inversiones en el extranjero, los empresarios que han recibido un préstamo, etc, que quieren transformar en la unidad monetaria de su país las divisas recibidas del exterior, componen la oferta. Por tanto, la demanda de divisas extranjeras estará formada por los pagos de la balanza de pagos y la oferta por los ingresos.

Conforme baja el precio de la moneda extranjera, las mercancías importadas serán mas baratas en términos de la unidad monetaria del país, será mas barato hacer turismo en otros países, etc. En efecto, si una chaqueta cuesta 100 dólares en Estados Unidos y el tipo de cambio de la peseta con respecto al dólar es de 120, al residente del Estado español le costará 12.000 pesetas. Pero si el precio del dólar baja a 100 pesetas/dólar, la chaqueta costará solo 10.000. Por tanto, cuando baja el precio del dólar aumentará la demanda de chaquetas americanas y, consiguientemente, de dólares para poder comprarlas. La demanda de divisas funciona por tanto como la de cualquier otra mercancía: cuando baja el precio de la moneda extranjera aumenta la demanda de la misma.

Con la oferta de divisas ocurre otro tanto. Si en el estado español un par de zapatos cuesta 6.000 pesetas y el tipo de cambio es de 100 pesetas/dólar, al residente americano le costará 60 dólares. Pero si el dólar sube hasta 120 pesetas/dólar, el par de zapatos le costará 50. La demanda de zapatos españoles aumentará en Estados Unidos y, por tanto, aumentará la oferta de dólares. En consecuencia, cuando baja el precio de la divisa extranjera aumenta la oferta de la misma. El tipo de cambio se forma, en teoría, en el punto en el que la demanda y oferta están en equilibrio.

Tal sistema, en el que es el mercado el que fija el tipo de cambio de cada moneda, se le denomina de "tipos de cambio flexibles". En el ejemplo de balanza de pagos del epígrafe anterior, la demanda de dólares es de 2.700 millones mientras que la oferta es de 3.000 (2.750 mas 250 de movimientos de capital a largo plazo). El valor del dólar tenderá a subir, porque la demanda es superior a la oferta, con lo que el ajuste se realizará variando el tipo de cambio y las reservas de divisas en poder del banco central no variarán. Cuando el precio de una moneda extranjera sube se dice que la misma se ha "apreciado" y consiguientemente la del país se ha "depreciado" (y a la inversa en caso contrario).

Cuando el estado fija el tipo de cambio de su moneda y se compromete a mantenerlo, vendiendo las divisas que faltan o comprando las que sobren, el sistema se denomina de "tipos de cambio fijos". En el ejemplo anterior, el estado deberá sacar de sus arcas 300 millones de dólares para hacer frente a la diferencia entre la demanda y la oferta, con lo que el precio del dolar no variará. Cuando el estado decide elevar el precio fijado para la moneda extranjera se dice que la moneda del país se ha "devaluado" (o revaluado, en caso contrario).

El sistema puede ser teóricamente de cambio flexibles pero, en la practica, el estado puede intervenir comprando y vendiendo divisas para evitar que su moneda se aprecie o deprecie mas de una cantidad determinada. En tal caso, una parte del ajuste se realizaría mediante movimientos del tipo de cambio y otra a través de variaciones en las reservas.

En la historia del capitalismo, estos sistemas se ha sucedido alternativamente. Hasta la Primera Guerra Mundial, el comercio internacional se rigió por el "patrón oro", un sistema en el que este metal era la base de las transacciones internacionales y en el que se constituían las reservas de los países. Cada uno de ellos fijaba el tipo de cambio de su moneda en términos de un determinado peso de oro y se comprometía a vender oro o comprarlo según fuera necesario para mantener la paridad establecida de su moneda. El capitalismo se rigió por un sistema de cambios flexibles en el período entre las dos guerras mundiales (período que se corresponde a la fase recesiva de la tercera onda larga). Después de la Segunda Guerra Mundial, el sistema volvió a ser de cambios fijos, y las monedas respecto a las que se fijaban las paridades de todas las demás fueron el oro y el dólar. La crisis de este sistema ha hecho que se vuelva a un sistema de cambios flexibles, con unas características propias.

10.4. LA DICTADURA DE LA RELIQUIA BARBARA

El patrón oro estuvo vigente en su forma mas pura hasta la Primera Guerra Mundial. Es un sistema de tipos de cambio fijos, en el que cada país establece la cantidad de oro a la que equivale su moneda.

Durante su vigencia, el dinero de cada país estaba compuesto por moneda metálica, billetes de banco parcialmente convertibles en oro y depósitos bancarios. Las denominaciones de las monedas de cada país podían ser diferentes, pero cada una de ellas se correspondía con un determinado peso de oro. En efecto, por lo que respecta a la moneda metálica, si en Inglaterra se acuñaban 4 monedas de libra con una onza de oro y en Estados Unidos 20 monedas de dólar con una onza, el tipo de cambio sería de 5 dólares por libra. El hecho de que existieran billetes convertibles no cambiaría esta relación, siempre que no se emitieran en exceso, pues como se ha visto en el capítulo relativo al dinero, bastaría con acudir a las ventanillas del banco central para cambiar los billetes por oro.

En este sistema, el oro es el único medio de pago en los mercados interior e internacional y la única diferencia que existe reside en que en cada país la moneda se llama de forma diferente y tiene un distinto peso de oro y el billete se cambia en el banco central por una distinta cantidad de este metal. Por lo que respecta al tema monetario, el mercado interior de cada país no se diferenciaría del exterior. Además, no podría producirse una salida continuada de oro, porque el funcionamiento del sistema tendería a corregir los desequilibrios que se produjeran en las balanzas de pagos de los diferentes países.

En efecto, supongamos que un país tiene un déficit en su balanza de pagos. La consecuencia inmediata será una disminución de la moneda metálica y los billetes convertibles en circulación, porque ha pagado más oro por sus importaciones que el que ha cobrado por sus exportaciones. Para la teoría económica dominante en la época, esta disminución en la cantidad de dinero debería traducirse en una reducción de precios. Entonces, las mercancías del exterior resultarían más caras y las del interior más baratas que antes, con lo que las importaciones tenderían a disminuir y las exportaciones a crecer, corrigiéndose el déficit de la balanza de pagos. En el país superavitario ocurriría exactamente lo contrario.

Esta teoría fue formulada por primera vez por David Hume en 1775 y, como se puede comprobar, esperaba que los desequilibrios se corrigieran a través de la teoría cuantitativa del dinero, según la cual las variaciones en la cantidad existente del mismo influye sobre los precios. Pero como se vio en el capítulo 8, el aumento o disminución de la cantidad de moneda metálica en circulación no se traduce en una reducción o crecimiento de los precios, porque estos dependen de los valores. Como también se ha visto, en las sociedades actuales en las que no circula oro y los billetes no son convertibles en este metal, los precios medidos en la unidad de cuenta del país pueden variar cuando lo hace la oferta monetaria, pero en la época del patrón oro, en la que todos los billetes eran convertibles en este metal, no ocurría.

El mecanismo de ajuste se producía a través de la actividad. Una reducción de la cantidad de moneda metálica en circulación por un déficit de la balanza de pagos, suponía que una parte de los ingresos del país no ha ido a generar demanda en el propio mercado interior, sino en el exterior. Se había producido una "filtración" similar al atesoramiento, una parte de los ingresos no había generado nuevamente demanda en el mercado interno, aparecerían mercancías invendidas y la actividad económica tendería a reducirse. La menor actividad llevaría a que las importaciones se redujeran y las exportaciones crecieran, restaurándose el equilibrio.

En conclusión, bajo el patrón oro los desequilibrios de las balanzas de pagos se corregían a través de sus repercusiones en la actividad interna: un déficit llevaría a una recesión que lo corregiría y un superávit a una expansión que haría otro tanto. Como es evidente, no todos los países se veían afectados de la misma forma por este mecanismo de ajuste: aquellos que contaran con grandes reservas de oro podrían poner en práctica medidas económicas para paliar sus efectos.

10.5. EL REINO DEL MERCADO

Durante el período que discurrió entre las dos guerras mundiales, la mayoría de los países comenzaron a emitir billetes de banco no convertibles. Al perderse la convertibilidad fija en oro, la cantidad de este metal que representaba cada billete solo podía establecerse a posteriori por el mercado pasándose, así, a un sistema de tipos de cambios flexibles.

Como se ha visto en un epígrafe anterior, el tipo de cambio de equilibrio se forma en el punto en el que la demanda y la oferta de divisas extranjeras coinciden. Los factores más importantes de los que depende son los siguientes:

a) Las propensiones a la importación y a la exportación.

Cuanto mayor sea la demanda de mercancías extranjeras por parte de los residentes de un país, mas tenderá a apreciarse la moneda extranjera y a depreciarse la del país (porque supondrá una mayor demanda de las mismas para realizar importaciones) e, inversamente, cuanto mayor sea la demanda de mercancías del país por parte del resto del mundo, mas tenderá a depreciarse la moneda extranjera y a apreciarse la del país (porque aumentará la oferta de las mismas por parte de los exportadores). Es importante señalar que dichas demandas no dependen solamente de factores económicos, sino también de los gustos, las modas, la penetración de los canales de distribución de las empresas del país exportador, etc

b) La renta nacional.

Un crecimiento de la renta nacional mayor que en el resto del mundo llevará a un aumento de las importaciones mayor que el de la exportaciones, lo que conducirá a una depreciación de la moneda del país. Normalmente, en las fases de expansión, en la que la producción y los ingresos que genera crecen, se produce un aumento de la demanda que lleva a que las importaciones tienden a crecer por encima de las exportaciones, produciéndose una tendencia a la apreciación de la moneda del país. En las de recesión ocurre lo contrario.

c) Los precios interiores y exteriores.

Los precios en términos de oro dependen de los valores y, por tanto, entre dos países, serán mas altos en el que tenga una productividad mas baja. Si la cantidad de dinero en circulación es la necesaria para la circulación de las mercancías, tal como se definió en el capítulo 8, los precios en términos de la moneda de ambos países coincidirán con los correspondientes en términos de oro. En el país deficitario, se producirá un aumento de las importaciones y un descenso de las exportaciones que llevarán a que la moneda del país se deprecie y, en el superavitario, lo contrario. El tipo de cambio jugará un papel corrector de las diferencias entre las productividades y, en ambos países, los precios interiores y exteriores en términos de su propia moneda tenderán a coincidir. Sin embargo, si la diferencia entre las productividades tiende a acentuarse, se producirá una tendencia permanente a la depreciación de la moneda del que tenga una productividad mas baja.

La inflación permanente acentuará depreciación de la moneda del país en el que sea mayor. Cuanto mas rápidamente crezcan los precios de un país en relación con los exteriores, mayor tendencia habrá a que aumenten las importaciones con respecto a las exportaciones, lo que llevará a la depreciación de la moneda del país con independencia de cual sea su productividad con respecto a la de sus competidores. Interesa remarcar que no son las diferencias de costes, sino las de los precios, las que llevan a una depreciación de la moneda. En efecto, en una economía de moneda metálica, los precios no se verían afectados por que aumentarían los salarios, puesto que dependen de los valores, sino que lo sería la tasa de beneficio. Pero esto no afectaría a la cotización de la moneda. Los efectos se producen porque las autoridades deciden evitar el descenso de la tasa de explotación aumentando la oferta monetaria.

d) Los movimientos internacionales de capital

La demanda y oferta de divisas también depende de los movimientos de capital que se produzcan entre unos países y otros. Cuando mas salidas de capital se produzcan en un país, para adquirir títulos extranjeros, por ejemplo, mayor tendencia habrá a la depreciación de su moneda. Inversamente, una entrada masiva de capitales extranjeros representa una tendencia a la apreciación de la moneda del país que los recibe, que puede llegar a compensar incluso otros factores que por si solos empujarían a la depreciación (déficit de la balanza comercial, etc).

Esto nos lleva a las repercusiones de la especulación sobre el tipo de cambio. Una moneda puede depreciarse porque el país tenga un déficit en el comercio exterior, por ejemplo. Pero los especuladores pueden pensar que dicha depreciación ha sido insuficiente y que el déficit no se corregirá, con lo que en el futuro se depreciará aún mas. Entonces, comprarán divisas extranjeras para venderlas cuando la moneda del país se deprecie y suban de precio, obteniendo así un beneficio. Pero su acción llevará a que aumente la demanda de divisas extranjeras con lo que realmente su precio subirá y la moneda del país se depreciará. De esta forma, pequeños movimientos del tipo de cambio se pueden ver amplificados por la especulación.

En un sistema de tipos de cambio flexibles, la corrección de los desequilibrios en las balanzas de pagos no se realiza a través de la demanda interna sino a través de variaciones en los precios relativos. Un déficit en la balanza de pagos de un país llevaría a una depreciación de su moneda, esto es, a un encarecimiento de las divisas extranjeras, que encarecería las importaciones y abarataría las exportaciones (recordar lo que se dijo en el epígrafe 3 cuando se trataba la oferta y demanda de divisas). Las importaciones tenderían a disminuir y las exportaciones a aumentar, lo que corregiría el déficit de la balanza de pagos.

Este mecanismo de ajuste tiene la ventaja de que cada país puede hacer su propia política económica interior dejando que el tipo de cambio se ajuste en consecuencia. Pero tiene el inconveniente de que los tipos de cambio se vuelven altamente inestables, lo que dificulta el cálculo económico capitalista, afecta al comercio internacional (la inseguridad sobre el tipo de cambio que existirá cuando se cobren las exportaciones lleva a que estas se frenen) y es más difícil conseguir préstamos (no se sabe a que precios se producirá la devolución de los mismos). Además, durante su período de vigencia después de la Primera Guerra Mundial, los diferentes gobiernos actuaban en el mercado con el objetivo de depreciar su moneda para favorecer el crecimiento de las exportaciones y frenar el de las importaciones. Dado que existía una situación de crisis económica, altos volúmenes de paro, etc, trataban con esta política de impulsar la actividad interna a costa de exportar el paro a los países competidores. El resultado fue que el sistema monetario internacional se desarticuló aún más.

El sistema de tipos de cambios flexibles solo ha estado vigente cuando el capitalismo se encontraba en una fase de crisis y la potencia hegemónica se estaba debilitada. Eso es lo que ocurre actualmente.

10.6. EL IMPERIO DEL DOLAR

Como ocurrió con muchas otras cosas, la Segunda Guerra Mundial acabó con el sistema monetario internacional que había estado vigente desde 1913. Poner fin al caos y a las devaluaciones competitivas de la preguerra y construir un sistema económico internacional estable requería la vuelta a los tipos de cambio fijos, pero ya no era posible volver al patrón oro clásico. Por un lado, el oro ya no podía ser la única moneda internacional, debido a su escasez en relación con el desarrollo que había experimentado la economía capitalista hasta ese momento. Por otro, la rigidez de su funcionamiento y, en particular, el hecho de que tal sistema corrigiera los desequilibrios de las balanzas de pagos a través de sus efectos sobre la actividad interna de los países, contrastaba con la política keynesiana dominante y con el nuevo papel que habría de jugar el Estado en la gestión de la economía.

En 1944, Estados Unidos e Inglaterra convocaron una conferencia en Bretton Woods (New Hampshire) con el objetivo de poner en pie un nuevo orden monetario internacional, en la que jugó un papel importantísimo el propio J. M. Keynes. Se diseñó un sistema de tipos de cambio fijos pero ajustables y se crearon instituciones para gestionarlo (el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial de Reconstrucción y Desarrollo). Dicho sistema ha estado vigente durante toda la fase de prosperidad del capitalismo tardío y ha quebrado exactamente al mismo tiempo que se producía el cambio de tendencia con el que se inició la crisis actual.

El sistema estaba basado en el establecimiento de una paridad fija entre el dólar y el oro: la Reserva Federal de los Estados Unidos (que es la que hace el papel de banco central en ese país) se comprometía a devolver oro por cada dólar que se le presentara a razón de 35 dólares la onza. La potencia de la economía americana, que no había sufrido ninguna destrucción durante la guerra, al contrario de los sucedidos en Europa, y las grandes existencias de este metal que poseía garantizaban que la convertibilidad del dólar se mantendría a largo plazo, con lo que se establecía una mayor liquidez, ya que el oro no era el único medio de pago y el dólar era tan bueno como él. En este sentido, el funcionamiento del dólar a nivel internacional era similar al del billete de banco convertible que se describió en el capítulo 8. El hecho de que las transacciones en dólares representaran menos riesgo y no tuvieran costes de transportes, como sucedía con el oro, hizo que se convirtiera en la moneda en la que se realizaba la mayor parte del comercio mundial y en la que los distintos países mantenían la inmensa mayoría de sus reservas.

Las demás monedas fijaban su paridad con respecto al dólar (lo que suponía hacerlo también con respecto al oro, puesto que entre ambos existía una relación fija), con lo que se establecía un conjunto de tipos de cambio para todas. Las autoridades monetarias de cada país se comprometían a mantener

dicha paridad comprando o vendiendo los dólares que fueran necesarios. Si el país tenía un superávit en su balanza de pagos, las reservas de divisas aumentarían y, si tenía un déficit, disminuirían. El sistema era pues de tipos de cambio fijos. Pero si se producía un desequilibrio persistente en la balanza de pagos, producto de una sobrevaloración o infravaloración de la moneda, el tipo de cambio se podía ajustar cambiando su paridad con respecto al dólar. Es decir, las monedas podían revalorarse o devaluarse conforme fuera necesario, aunque no era recomendable que esto fuera muy frecuente y para los países con problemas tal medida no estaba exenta de costes.

En efecto, el sistema tenía las ventajas de la estabilidad del patrón oro (porque normalmente los tipos de cambio eran fijos) y la capacidad de adaptación de los tipos de cambio flexibles (porque las monedas podían cambiar su paridad), pero también tenía los inconvenientes de ambos.

Si un país tenía un déficit, y este persistía, las autoridades deberían poner en marcha una política recesiva, destinada a reducir la inflación y la actividad económica, para impulsar las exportaciones y frenar las importaciones. Si aún así, el equilibrio no se corregía, el país podía devaluar su moneda, pero, en general, se consideraba que esto era insuficiente si no iba acompañado de una intensa política estabilizadora. Cuando los déficits eran pequeños, pasajeros o financiados con entradas de capital a largo plazo, el funcionamiento del sistema garantizaba que los ajustes no se realizarían por la vía de sus efectos sobre la actividad económica interna, como ocurría con el patrón oro. Pero cuando los desequilibrios eran más agudos, su corrección pasaba por la depresión de la actividad, aunque tal depresión no fuera automática, sino impuesta. Tenía pues los inconvenientes del patrón oro. Además, al ser ajustables los tipos de cambio, las monedas no estaban a cubierto de la especulación desestabilizadora: bastaba con que una moneda entrara en sospecha de devaluación para que los movimientos especulativos contra ella terminaran forzando a que así ocurriera. Por tanto, también tenía los inconvenientes de los tipos de cambio flexibles.

Para los países del tercer mundo, la corrección de los desequilibrios implicaba costes enormes. El Fondo Monetario Internacional, la institución que ejercía (y que ejerce aún hoy) las funciones de banco central del sistema, era la encargada de velar por el funcionamiento de la ortodoxia. Ningún país con problemas de balanza de pagos podía negarse a aplicar su recetario para corregirlo, so pena de no obtener absolutamente ningún crédito internacional. Y tal recetario, que se correspondía a los intereses de las grandes potencias, estaba basado en la defensa de los intereses del capital extranjero, en medidas de liberalización de la economía extremas y en una intensa política recesiva. Se creó además el Banco Mundial con el objetivo de que hiciera préstamos a largo plazo para promover el desarrollo, pero tales préstamos solo se realizaban para proyectos de muy clara rentabilidad y, en general, estaban ligados a que las autoridades de los países adoptaran las políticas ortodoxas que recetaba el Fondo.

Durante la vigencia de este sistema, los Estados Unidos gozaron de una situación privilegiada, ya que su moneda era la que se utilizaba en la inmensa mayoría de las transacciones internacionales y en la que se constituían las reservas de divisas de los demás países. Se correspondía con el hecho de que era el "banco central emisor" del mundo. Pero, en 1971, las existencias de saldos en dólares eran tan abultadas que los gobiernos tenían dificultades para mantener las paridades de sus monedas. A ello se le unió la eliminación de las barreras a los movimientos de capital, lo que significaba que, en poco tiempo, podían moverse grandes cantidades de dinero de unas monedas a otras. En 1971, Nixon suspendió la convertibilidad del dólar, pasando a cotizarse en el mercado libre e hicieron lo mismo todas las demás monedas. El oro, que hasta entonces había tenido un precio oficial de 35 dólares la onza, alcanzó muy rápidamente un precio diez veces superior. Esto suponía una enorme devaluación del dólar frente al oro y el fracaso del sistema monetario internacional diseñado en Bretton Woods. No es casualidad que esto se produjera al mismo tiempo que el capitalismo tardío iniciaba la fase recesiva de la onda larga en la que se encuentra actualmente.

10.7. UN EMPERADOR DESTRONADO

El funcionamiento de la economía capitalista depende de la solidez del sistema monetario internacional, solidez que está ligada a la existencia de una potencia hegemónica que garantice una moneda estable que pueda ser utilizada como base para las transacciones internacionales. Esto se rompió a causa de que el persistente déficit de la balanza de pagos americana, que continúa en la actualidad, inyectó tal cantidad de dólares en el mundo que fue imposible mantener la estabilidad del sistema. Una parte de las causas hay que buscarlas en el papel que jugaron los Estados Unidos en el mundo durante este período. Los gastos militares y las inversiones americanas en el exterior han sido una fuente continua de oferta de dólares. Pero las más importantes tiene su raíz en la pérdida de competitividad de la economía americana.

La debilidad de la economía americana tiene su origen en que han desaparecido las ventajas de productividad que tenía respecto a sus competidores. Los datos a este respecto son elocuentes. En la parte superior del gráfico 10.1 se ha representado el crecimiento de la productividad aparente (PIB por persona ocupada) en Estados Unidos y en la CEE de 12 miembros, desde 1960. Obsérvese que la productividad americana ha crecido muchísimo menos que la de la CEE durante todo el período y que, además, su tendencia es decreciente. Esto significa (parte inferior del gráfico) que mientras la productividad de la CEE se multiplicó por 2,5 durante ese período de 30 años, la de los Estados Unidos solo creció un 48 por 100 en total. El resultado es que, en 1987, la productividad aparente de la economía japonesa había igualado a la americana y la de Alemania y Francia la habían superado sensiblemente.

PIB, EMPLEO Y PRODUCTIVIDAD EN 1987

	PIB miles de millones de ECUs	EMPLEO miles de personas	PRODUCTIVIDAD miles de ECUs por personas
EE.UU	3.903	112.439	34,7
Japón	2.061	59.110	34,9
Alemania	970	25.987	37,3
Francia	764	21.508	35,5
Inglaterra	580	23.354	24,8
Italia	659	22.859	28,8
España	251	11.451	21,9
TOTAL CEE	3.721	127.280	29,2

Fuente: OCDE y CEE

Esta pérdida de competitividad de la economía americana se ha traducido en un déficit de su balanza de pagos por cuenta corriente que es tan permanente como los superávits registrados por Alemania y Japón. El deterioro solo pareció detenerse durante los primeros años del mandato de Reagan, pero su política ha agravado las cosas a largo plazo. El freno que supuso al desarrollo tecnológico, a los gastos de educación, etc agravó el desfase de productividad de la economía americana, lo que unido a los enormes gastos que exigía la carrera de armamentos, consolidó el déficit de la balanza de pagos. La política económica que desde entonces se ha puesto en práctica para financiarlo, ha contribuido a reforzar los problemas estructurales.

El déficit de la balanza de pagos está relacionado con el del presupuesto americano, que ha alcanzado cotas históricas sin precedentes. Para financiarlo, durante la época de Reagan se puso en marcha una política de tipos de interés altos para atraer capitales de Europa y Japón. Pero esto ha hecho que dichos capitales se dirijan a inversiones especulativas, a expensas de las inversiones productivas, perjudicando, por tanto, el aumento de la productividad y sumergiendo a la economía americana en un círculo vicioso.

Algunos factores adicionales contribuyeron a agravar la situación aún más. Para combatir el déficit se necesitaba que la cotización del dólar disminuyera, sobre todo respecto al marco y al yen. De esta forma, se abaratarían las exportaciones americanas y se encarecerían las importaciones provenientes del resto del mundo, con lo que el déficit se reduciría. Esto suponía una continua presión a la depreciación del dólar a largo plazo. Existía, pues, una posibilidad de pérdida de capital para los inversores extranjeros (que prestaron su capital a un precio del dólar más alto y que pueden recuperarlos con un dólar depreciado), lo

que exigía un nuevo aumento del tipo de interés que compensase del riesgo de cambio, lo que reforzaba el círculo vicioso.

La depreciación del dólar no se ha producido hasta tiempos muy recientes, pero la guerra del Golfo y sus consecuencias y la evidencia de que la economía americana ha entrado en la recesión han introducido nuevas incertidumbres.

El déficit de la balanza de pagos americana es solo una parte de los desequilibrios económicos internacionales que se han agudizado con la crisis económica, pues la otra cara de la moneda son los superávits en las balanzas de pagos de Alemania y Japón y el aumento de los desequilibrios internos en la CEE. En efecto, ha aumentado el superávit alemán y de los países ligados a esta economía (Belgica y Holanda) y han crecido los déficits del resto, algunos como el de Inglaterra (que tiene que ver con su declive industrial) y el del estado español (que se debe en gran parte a la naturaleza del proceso de integración que se ha producido), con gran intensidad. Por lo que respecta al tercer mundo, los déficits de su balanza de pagos y su endeudamiento han crecido considerablemente.

Todos estos factores se han resumido en el Gráfico 10.2. Obsérvese en el mismo como, a partir de 1982, el déficit de la balanza de pagos de Estados Unidos se corresponde con los superávits de Alemania y Japón y como, aunque los desequilibrios entre estos tres países han dejado de agudizarse, su volumen sigue siendo muy elevado. Existe, como consecuencia, una tendencia a la depreciación del dólar y a la apreciación del marco y del yen, que introduce una fuerte inestabilidad en el sistema monetario internacional. Esta inestabilidad provoca una serie de movimientos especulativos de capital, buscando una rentabilidad en las variaciones del tipo de cambio, que contribuyen a agravarla y dificultan el normal desarrollo del comercio mundial. A ellos se ha unido las incertidumbres provocadas por la reunificación de Alemania, las consecuencias de la guerra del Golfo y la llegada de la recesión.

IV ¿QUE CRISIS? (LA CRISIS DE LA ECONOMIA DE MERCADO EN SU CONJUNTO)

11. A MODO DE RESUMEN

En las páginas anteriores, se han desarrollado los elementos necesarios para comprender la naturaleza y las características de la crisis en la que se encuentra sumida la llamada "economía de mercado" desde mediados de la década de los setenta. En la primera parte (capítulos 1 a 4), se hizo un análisis teórico del funcionamiento de dicha economía y de sus problemas y contradicciones, viéndose que el sistema dista mucho de ser el mecanismo perfecto que pretenden sus apologistas. En la segunda parte (capítulos 5 a 7), se abordó la dinámica a largo plazo de la producción y la acumulación, concluyéndose que la economía capitalista se desarrolla a través de ondas de larga duración que a su vez están atravesadas por ciclos periódicos más cortos. Es en este contexto en el que hay que situar la crisis económica actual. Finalmente, en los capítulos 8 a 10, se han introducido los factores monetarios y financieros que, como se dijo, son fundamentales para entender la dinámica de la economía de mercado, pues ocupan un papel central en su funcionamiento. A este respecto, la situación actual estaría marcada por una fuerte inestabilidad. En este capítulo final, a modo de conclusión, se abordan los rasgos generales de la situación económica actual.

11.1. EL MALO DE LA PELICULA

Para la mayoría de los economistas, la crisis actual tiene su origen en una fecha y una causa concreta: 1973 y la elevación del precio del petróleo que se produjo entonces. Según esta interpretación, la crisis se ha prolongado porque en 1979 el precio del petróleo volvió a aumentar de nuevo cuando parecía que la mayoría de los países industriales se estaban adaptando a la nueva situación caracterizada por una energía cara. A partir de estas subidas de precios, se habrían generado una serie de perturbaciones estructurales que explicarían las dificultades para remontar la crisis. Pero, desde 1983, la situación parecía haber cambiado. La intensa recuperación registrada desde entonces mostraba que la economía occidental podía iniciar una nueva fase de prosperidad. Evidentemente, los problemas que aún permanecían por resolver eran muchos y graves, pero los malos tiempos habrían quedado atrás. En 1990, una "tercera crisis energética" podría hacer su aparición con el conflicto del Golfo Pérsico, en un momento en el que la economía occidental parecía estarse debilitando coyunturalmente. Pero, si dicho conflicto se solucionaba favorablemente y el precio del petróleo permanecía bajo, la recesión sería corta y le seguiría un nuevo período de recuperación.

Esta interpretación de la crisis, que coloca al petróleo en el centro de la escena, es admitida no solo por los gobiernos de los países industriales y sus asesores, sino también por la inmensa mayoría de la población. Es preciso, por tanto, pasar revista a la cronología de los acontecimientos antes de colocar al petróleo en el justo lugar que ocupa en una explicación de la crisis económica menos unidireccional y mas ajustada a la realidad.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la del Yom Kippur, en 1973, el precio del barril de petróleo se mantuvo por debajo de los 3 dólares, lo que hizo que la estructura productiva de todos los países se adaptara a una energía barata. Pero en 1973, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se reunió en Kuwait y decidió subir el precio hasta 6 dólares y romper los convenios basados en acuerdos con las compañías petrolíferas extranjeras, con lo que pasaba a controlar la oferta. Estas decisiones hicieron que el precio del crudo se elevara aún mas, pues en solo un mes se situó en 10 dólares. Fue lo que se conoce como "primera crisis energética" que, según la explicación dominante, precipitó a la economía occidental en la recesión.

La mayoría de los gobiernos pusieron en marcha políticas económicas y sociales tendientes a adaptar las estructuras productivas de sus países al nuevo precio de la energía, pero cuando parecía que esto se estaba consiguiendo, el problema volvió a aparecer. En 1979, durante los primeros tiempos de la revolución iraní, este país suspendió la producción de petróleo, con lo que su precio dio un salto hasta los 30 dólares, llegando a alcanzar los 34 en 1981. Fue lo que se conoció como "segunda crisis energética", que volvió a precipitar a la economía occidental en una nueva recesión.

A partir de la guerra Iran-Irak, el precio inició un descenso. Por un lado, ambos países aumentaron la producción para financiar la guerra y otros lo hicieron para hacer frente a su deuda externa, con lo que la oferta creció considerablemente. Por otro, algunos países de la OPEP, como Kuwait, Arabia Saudí y los Emiratos Arabes Unidos, contaban con enormes inversiones en los países industriales como resultado de los grandes ingresos por exportaciones que habían obtenido anteriormente, y sus intereses estaban mas del lado de estos que del de los productores. Finalmente, la demanda de petróleo tendió a estabilizarse, en parte, como consecuencia de la crisis económica y, en parte, por la adopción de medidas de ahorro energético. El resultado fue que el precio descendió, primero moderadamente, pero de forma muy acusada a partir de 1986, llegando a alcanzar 16 dólares en 1990. Para esta explicación, la reducción del precio del petróleo y el relativo éxito de las políticas neoliberales que se habían puesto en marcha, determinaron una expansión económica que, como se ha dicho, ha sido la mas "larga de la posguerra mundial". Pero el problema ha aparecido de nuevo, dando al traste con la recuperación.

En la reunión de la OPEP del 26 y 27 de julio de 1990, Irak consiguió una elevación del precio de referencia del petróleo desde los 14 dólares en que se encontraba en junio hasta 21, por la vía de conseguir un recorte de 500.000 barriles diarios a Kuwait y 400.000 a los emiratos. Pero esto era insuficiente para paliar si quiera los problemas de una economía como la iraquí devastada por la guerra con Irán, altamente endeudada con Kuwait y Arabia Saudí y con gran dependencia de las importaciones para abastecer a la población. Una semana después de la reunión de la OPEP se produjo la invasión y el precio del barril se disparó, llegando a alcanzar los 45 dólares. La "tercera crisis energética" estaba servida y, con ella, una nueva recesión.

Durante los meses de bloqueo económico, las expectativas de un petróleo caro fueron dominantes. Si no había guerra, porque Irak había pasado a controlar casi la cuarta parte de la OPEP y si la había, porque se produciría la destrucción de instalaciones petrolíferas. Todos los organismos internacionales hicieron previsiones basadas en un precio del petróleo mayor que el del 2 de agosto, por lo que todos ellos, de una forma u otra, anunciaban una recesión.

A corto plazo, la reducción de la oferta de petróleo que significaba el bloqueo económico a Irak ha podido ser paliada aumentando la producción del resto de la OPEP, lo que ha contribuido a reducir el precio del petróleo por debajo de los 18 dólares. Pero a medio plazo, las perspectivas de la economía mundial dependen de lo que ocurra con él. Para la mayoría de los analistas, como corresponde al papel de mito que representa, un precio barato supondrá una recesión corta seguida de una nueva expansión, esta vez garantizada por el "nuevo orden mundial" del presidente Bush, y un precio alto, una recesión mas larga. En conclusión, nada serio le ocurre a la economía de mercado, pues todos los problemas, o al menos, la mayoría de ellos, viene provocado por los jeques árabes. Lo único que tienen que hacer los trabajadores de occidente es adaptarse a los cambios y admitir la política liberal, porque solo así se conseguirá un funcionamiento perfecto del sistema.

11.2. COLOQUEMOS AL PETROLEO EN SU JUSTO LUGAR

Colocar al petróleo en el lugar central de la crisis económica supone darle un papel que no tiene y olvidar otras causas mas profundas. Es cierto que juega un papel estratégico, pues es la energía dominante con la que funciona el aparato productivo de los países industriales y la que en gran medida determina los patrones de consumo de sus poblaciones y una materia prima insustituible para la producción de muchos artículos de uso cotidianos. Se le ha llamado "oro negro" y no sin razón. Pero su papel no se puede exagerar.

Hay que comenzar diciendo que en ningún momento se han producido problemas de desabastecimiento que hayan paralizado el funcionamiento de la economía. No ha ocurrido en 1973 ni en 1979 y ni siquiera ha sucedido en 1991, cuando la mayor zona de producción del mundo estaba en guerra, lo que debería haber dificultado la extracción y la distribución, y centenares de pozos ardían en Kuwait. No existen perspectivas de desabastecimiento, al menos en el plazo de duración de una vida humana, pues antes de que esto ocurra, los pozos que están ardiendo ya se habrán apagado. Y es lamentable que así suceda, porque con el petróleo se quema alegremente un recurso que a la naturaleza le ha costado millones de años "fabricar", que en el futuro podría ser incluso una fuente de alimentos, pero que hoy, tal y como se está utilizando, tiene un impacto enormemente negativo sobre el medio ambiente.

Las repercusiones económicas fundamentales se producen a través de las variaciones en su precio. Es esto lo que ha ocurrido en las tres crisis energéticas y no que el abastecimiento haya estado en peligro. A este respecto, la elevación del precio del petróleo puede influir sobre la actividad económica de los países consumidores de esta fuente de energía a través de varias vías diferentes.

a) La contracción de la demanda

Una elevación del precio del petróleo implica una transferencia de plusvalía desde los países consumidores a los productores que se traduce en un déficit en la balanza de pagos por cuenta corriente de los primeros y en un superávit en la de los segundos. Como se vio en el capítulo 9, esto implica una detracción en el flujo circular de la renta de los países consumidores, lo que se traduce en un descenso de la demanda y de la producción. Por lo tanto, tendría un efecto recesivo claro. Pero esto solo es verdad para cada país tomado aisladamente, no para la economía capitalista en su conjunto.

La elevación del precio del petróleo supone también un aumento del poder de compra en los países productores que puede ser utilizado de varias formas diferentes. En primer lugar, puede ser atesorado en forma de oro, diamantes, etc, en las arcas de sus gobernantes o de su clase dirigente, en cuyo caso, una parte de los ingresos no habrá sido devuelta al mercado, lo que tendrá efectos recesivos en el conjunto del mercado mundial capitalista. No parece que este tipo de atesoramiento haya sido muy importante en ninguna de las tres crisis energéticas. En segundo lugar, puede ser invertido en bancos occidentales o en empresas de los países industriales en busca de una rentabilidad. Esto es lo que parece que ocurrió en gran medida (los famosos "petrodólares") pero, independientemente de las repercusiones monetarias y financieras que tuvo, supone devolver una parte sustancial de los ingresos a los propios

países industriales. Si estos no eran nuevamente invertidos por ellos, no era por causa de la "crisis del petróleo". Finalmente, otra parte sustancial fue utilizada para demandar productos en los países industriales para sus clases dirigentes, para realizar "planes de desarrollo", para gastos de armamento, etc, es decir, supuso un aumento de las exportaciones de estos. También en este caso, suponía devolver los ingresos al mercado mundial y mas concretamente, aumentar la demanda de exportaciones de los países industriales.

Así pues, la elevación del precio del petróleo pudo tener efectos recesivos a corto plazo, en el intervalo que transcurriera entre el aumento de los ingresos en los países productores y su gasto o inversión en los países industriales, pero no puede explicar una crisis que lleva ya mas de 17 años en la medida en la que no ha habido un atesoramiento importante. La evolución de los saldos de las balanzas de pagos por cuenta corriente de los países industriales muestra que la transferencia neta de recursos en ningún caso llegó a ser realmente importante en términos del PIB (en el conjunto de la OCDE, nunca llegó a sobrepasar el 0,8%), que las correcciones se realizaron con cierta rapidez y que los saldos negativos mas elevados han coincidido, además, con el período en el que el precio del petróleo se desplomaba. Al menos desde el punto de vista de la "transferencia de recursos", el petróleo no ha sido la causa mas importante de la crisis.

b) Los efectos sobre los precios y los costes

Como se vio en el capítulo 9, un aumento del precio del petróleo no tiene por qué traducirse en una elevación de los precios, denominados en moneda metálica, porque estos dependen de los valores. Pero en el capitalismo tardío, caracterizado por la inflación permanente, las autoridades económicas tienen la posibilidad de permitir la transmisión del aumento de los costes a los precios sin mas que practicar una política expansiva. Es esto lo que ha ocurrido con las dos crisis energéticas, particularmente con la primera. Por otra parte, el aumento de la liquidez internacional que supuso el reciclaje de los "petrodólares" contribuyó a impulsar aún mas la inflación, lo que sin duda tuvo efectos recesivos al mermar las rentas reales. A ello se unió la puesta en marcha de políticas deflacionistas por parte de los gobiernos, con el objetivo, por un lado, de reducir la inflación y, por otro, de que la tasa de beneficio se recuperase a costa de los salarios. A ello nos hemos referido en el mencionado capítulo 9 y a él hay que remitirse en este tema. El resultado es que por esta vía si hubo efectos recesivos importantes, pero los mismos no pueden ser imputados al petróleo, sino a la reacción de los gobiernos occidentales a su elevación.

Los partidarios del mercado a toda costa podrían haber permitido que este jugara plenamente: si el precio del petróleo había subido, los precios se deberían haber mantenido, los beneficios deberían haber bajado, se habrían producido quiebras y esto hubiera forzado una reestructuración del aparato productivo de acuerdo con las nuevas circunstancias que determinaban una energía mas cara. Es esto lo que se espera de un funcionamiento "libre" del mercado. Pero no lo hicieron, porque "una cosa es predicar y otra dar trigo" y, con este mecanismo de ajuste, los trabajadores lo habrían pagado, pero también ellos. En su lugar, permitieron la elevación de los precios de los productos finales transmitiendo mas que proporcionalmente el mayor coste de la energía y pusieron en marcha políticas de reconversión para adaptar el aparato productivo, es decir, optaron por la planificación y no por el mercado. Aunque era una planificación muy "sui generis", porque el ajuste se realizaba solamente a costa de los propietarios de uno de los "medios de producción": el trabajo. Para los propietarios del otro, subvenciones, prestamos baratos, deterioro de las condiciones laborales de sus trabajadores, etc. De esta forma, el petróleo no era la causa de la crisis pero si un argumento poderoso para su política económica.

Esta política inflacionista ha tenido un relativo éxito por lo que se refiere a la rebaja del coste real de la energía. Desde 1973, los precios al consumo del conjunto de la OCDE se han multiplicado por 2,9, lo que significa que, en la actualidad, el precio del petróleo que sería equivalente a los 10,5 dólares que tenía aquel año sería de 30,6 dólares. La llamada "tercera crisis energética", por lo que se refiere al precio del petróleo no lo es tal, pues solamente en los momentos mas álgidos de la crisis del Golfo llegó a alcanzar el precio de 1973 en términos reales y, en la actualidad, se encuentra menos de un 60 por 100 por debajo de aquel nivel. Si fuera la causa fundamental de la crisis, la recuperación debería estar asegurada. No parece que sea esto lo que está por delante.

c) La caída de la tasa de beneficio

La transferencia de plusvalía de los países industriales a los de la OPEP que supuso el aumento del precio del petróleo, debió de suponer un descenso significativo de la tasa de beneficio de los primeros que, con toda seguridad, afectó a la acumulación y a la producción. Este si ha podido ser un efecto importante, pero aún así, hay que matizarlo. En primero lugar, como se ha visto en el capítulo 7, la tasa de beneficio estaba ya cayendo con anterioridad, de modo que el precio del petróleo solo vino a amplificar un movimiento que ya estaba en curso por otras causas. En segundo lugar, como se acaba de decir, en términos reales, la subida se ha anulado en gran parte, a causa de la inflación que se ha producido en los países industriales, mientras que la tasa de beneficio no parece haberse recuperado con la misma intensidad. También por esta vía, los acontecimientos sugieren que las causas fundamentales de la crisis económica son otras.

En conclusión, la llamada "crisis energética" pudo hacer que las recesiones de 1974-75 y 1982-83 fueran mas profundas que lo que lo hubieran sido en ausencia de un aumento del precio del petróleo y, en 1991, puede volver a ocurrir lo mismo. De la misma manera, la reducción del precio que se produjo a partir de 1986, fue un factor que permitió que se prolongará la recuperación coyuntural que estaban viviendo los países industriales. Nada de esto es raro si se tiene en cuenta el papel que ocupa el petróleo en la época del capitalismo tardío. Fue un factor que actuó a favor de movimientos preexistentes, pero no la única causa ni la mas importante del cambio de tendencia que experimentó la economía occidental en la década de los setenta. En la primera crisis energética, la caída de la tasa de beneficio puede constatare mas de tres años antes de que se produjera el aumento del precio del petróleo en 1973 y en ese año, los principales países industriales ya mostraban signos claros de recesión. La segunda crisis energética se produjo en 1979, pero la recesión no llegó hasta casi tres años mas tarde. Y recientemente, los signos recesivos eran anteriores a la "crisis del Golfo Pérsico". Las consecuencias de la forma en que se ha resuelto esta pueden agravar o mejorar la situación, según como evolucionen los acontecimientos, pero no podrán cambiar el signo de la crisis.

Hay que abandonar, pues, cualquier tipo de explicación que coloque al petróleo en el centro de la escena. En los capítulos anteriores, se han ido desarrollando las causas, reales y monetarias, que están detrás de la crisis en la que se encuentra la economía de mercado. La crisis energética hay que situarla en el contexto que marcan dichos factores. Como se ha dicho, sus repercusiones sobre la economía occidental han podido ser importantes, pero situar al petróleo en el centro de la escena supone olvidar los elementos no solo mas profundos, sino también mas coyunturales que atenazan a la economía de mercado y que han determinado que lleve ya casi dos décadas de crisis. Es a la luz de factores mas profundos a los que hay que analizar la situación actual de la economía occidental y no buscando ningún chivo expiatorio.

11.3. UNA EPOCA MALA

En primer lugar, la crisis hay que situarla en el contexto de los movimientos a largo plazo que experimenta la economía capitalista. Como se ha visto en el capítulo 6, dichas ondas largas constituyen períodos históricos complejos, cuyas características y causas son difícilmente resumibles. Cada una de ellas ha tenido una tecnología que la ha caracterizado, una potencia hegemónica, un sistema de relaciones económicas internacionales específico, un modo de vida, unas determinadas relaciones entre las clases, etc. Pero hay una variable que, por el papel crucial que ocupa en la economía capitalista, es un sintetizador de todos estos fenómenos. Como ya dijimos en el texto, se trata de la tasa de beneficio.

Durante los 25 años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la economía occidental conoció una larga fase de prosperidad determinada, fundamentalmente, por el aumento de la tasa de beneficio que permitieron las sucesivas derrotas de la clase obrera tras el ascenso del fascismo y el término de la guerra y por la incidencia de la "tercera revolución tecnológica" que se produjo entonces. Pero desde el final de la década de los sesenta, todos los datos indican que se ha situado en una larga fase recesiva, caracterizada por menores ritmos de crecimiento de la producción y la acumulación. La causa fundamental de este cambio de tendencia, aunque no la única, es el descenso que se registró en la tasa de beneficio mucho antes de que se produjera la crisis del petróleo de 1973. La salida de la crisis exigía, pues, una política económica tendiente a restaurar el nivel de dicha tasa que existía antes de la misma pero, en la actualidad, no parece que lo haya hecho de forma suficiente.

¿Se encuentra todavía la economía de mercado en la fase recesiva de la onda larga?. Para algunos sectores de la izquierda, se puede asegurar que si no ha salido de la crisis económica, está a punto de hacerlo. Durante los últimos años, el capitalismo ha experimentado una importante

reestructuración interna. Las dos recesiones generalizadas han permitido la eliminación de muchas empresas improductivas, la política de austeridad y reconversión ha logrado la reestructuración de sectores industriales completos y se está incorporando una verdadera revolución tecnológica.

Desde la perspectiva de su funcionamiento interno, el saneamiento ha sido profundo y a esto hay que unirle que, en la mayoría de los países industriales, ha conseguido una cierta victoria sobre la clase obrera. Desde el punto de vista objetivo, la política neoliberal es hoy dominante, los salarios han retrocedido su participación en la renta nacional, se ha impuesto un cambio negativo en el terreno de la organización del trabajo y puede hablarse de un serio retroceso del Estado del Bienestar que le caracterizó durante la fase de prosperidad. Desde el punto de vista subjetivo, la clase obrera estaría derrotada, primero, como consecuencia de los 15 años de crisis económica en los que no ha sabido imponer su alternativa a la crisis y, después, por el efecto demoledor que ha tenido la crisis del llamado "socialismo real". Hoy más que nunca, está lejos de vislumbrarse una salida no capitalista a la crisis y, por el contrario, están sentadas todas las condiciones para que este imponga sus dictados. Todo esto ha debido tener una repercusión importante sobre la tasa de beneficio.

Las perspectivas no pueden ser más favorables. Por un lado, la marcha hacia la economía de mercado de los países de la Europa del Este abre unas perspectivas de expansión del capital en una zona geográfica en la que el modo de producción capitalista parecía haber sido abolido. Por otro, en el orden internacional, la victoria es demoledora. Con la caída del socialismo real, se va a marchas forzadas hacia un mundo unipolar en el que Estados Unidos, como gendarme del mundo, está en condiciones de imponer un orden capitalista mundial. En este contexto, el tercer mundo ya ha perdido la batalla: no hay ninguna posibilidad de que, a corto plazo, en ninguna parte del mundo el poder hegemónico de los países industriales pueda verse cuestionado.

En todo lo anterior, hay una gran dosis de verdad. ¿Cómo negar el avance de la reestructuración capitalista, el retroceso objetivo y subjetivo de la clase obrera, la lamentable situación, carente de perspectivas, en la que se encuentra el tercer mundo o los aspectos negativos del nuevo orden internacional que parece avanzar?. Pero el problema no es discutir el avance del capitalismo, que nadie niega, sino valorar si lo ha hecho en grado suficiente como para decir que ya están sentadas las bases para una salida de la fase recesiva de la onda larga. Esto es importante, porque suponer que ya están sentadas las condiciones es dar la batalla por perdida antes de librarse.

El capitalismo ha avanzado, pero lo ha hecho centenas de metros cuando tiene que hacerlo kilómetros. La reestructuración interna del capitalismo y el retroceso objetivo y subjetivo de la clase obrera son evidentes, pero el problema de fondo que ha determinado la onda larga recesiva subsiste pues, aunque se ha producido una cierta recuperación de la tasa de beneficio, ha sido insuficiente. Desde los primeros años de la década pasada, en la mayoría de los países industriales, los salarios reales han crecido menos que la productividad, lo que significa que el valor de la producción se ha redistribuido en contra de los salarios y a favor del excedente (pues lo que los trabajadores han retirado de la producción ha sido menor que lo que han aportado) o, dicho en términos marxistas, la tasa de explotación ha aumentado. Pero la forma en que se ha producido este hecho muestran las debilidades que aun subsisten en la economía occidental y porque dicha recuperación ha sido insuficiente.

El aumento significativo de la tasa de explotación requiere que se efectúe no solo a costa de los salarios, sino también que el crecimiento de la productividad se acelere. Si se realiza solamente por la vía de los salarios, el aumento de la tasa de explotación encontrará muy rápidamente limitaciones: económicas, porque los menores salarios reducirán la demanda global, y sociales, porque la reducción relativa del nivel de vida de los trabajadores puede encontrar una fuerte oposición. Por el contrario, el crecimiento sostenido de la productividad permite a la vez aumentar la tasa de explotación con una menor resistencia (pues no se consigue reduciendo el capital variable, sino aumentando en mayor proporción el valor de la producción) y ampliar los mercados (pues no se afecta al consumo y, por el contrario, el aumento de la productividad induce una nueva acumulación). Nada de esto es lo que ha sucedido.

Desde 1980, los salarios reales han crecido menos que la productividad no porque esta última haya acelerado su crecimiento, sino porque la reducción del crecimiento de los salarios ha sido mayor. De hecho, la productividad ha crecido cada vez menos y, en la mayoría de los países industriales, su crecimiento actual es muy reducido. Ello se debe a que se encuentra en un círculo vicioso: la insuficiente recuperación de la producción no permite un proceso de acumulación sostenido, lo que impide la incorporación significativa de tecnologías ahorradores de trabajo, esto a su vez obliga a actuar sobre el capital variable para aumentar la explotación, y los efectos sobre la demanda que tal política implica

impiden que la producción se recupere sostenidamente. Este círculo vicioso se puede romper con una derrota significativa de la clase obrera que permita un aumento sustancial de la tasa de explotación pero, por el momento, no se ha producido. A pesar de las visiones impresionistas que pueden aparecer, el retroceso en el poder adquisitivo de los salarios o, incluso, en el Estado del Bienestar, ha sido insignificante, por lo que las agresiones deberán tener mayor envergadura en el futuro. Como se ha dicho, suponer que ante tales agresiones, que cuantitativa y cualitativamente serán muy diferentes a las que hemos conocido, no habrá respuesta, es dar de antemano la batalla por perdida. Es mucho más sensato prepararse para ellas, partiendo de que las condiciones son malas, pero no irreversibles.

La vía por la que se ha producido el aumento de la tasa de explotación es, pues, la característica de una fase recesiva de larga duración. Por este camino, el período necesario para que la tasa de beneficio aumente significativamente es excesivamente largo, sobre todo si se tiene en cuenta que la composición orgánica del capital también ha aumentado, lo que es lógico en un período en el que el objetivo fundamental de la acumulación no es aumentar la capacidad productiva, sino racionalizar el proceso productivo ahorrando trabajo. Hace falta actuar también en otras direcciones pero, como se vio en el capítulo 7, esto no es fácil. Por un lado, el mercado potencial de los países del este de Europa, no es más que potencial y los últimos acontecimientos muestran que cada vez lo es menos, no descartándose algún tipo de retroceso en su marcha hacia el mercado. Por otro, el nuevo orden internacional que se trata de construir se caracteriza por una gran inestabilidad, al menos desde el punto de vista económico, lo que no facilita las cosas.

11.4. LA FELICIDAD ES EFÍMERA

A lo largo de la onda larga recesiva, se han producido ciclos de menor duración cuyas causas y naturaleza son distintas a las de las ondas largas: se deben a las periódicas situaciones de sobreproducción en las que se coloca la economía capitalista. Durante la fase descendente de la onda larga, se han producido dos recesiones generalizadas (1974-75 y 1982-83). Desde la recesión de 1982-83, los principales países industriales han vivido una recuperación económica que ha sido limitada, pues las tasas de crecimiento no han llegado a ser las que se dieron durante los 25 años de prosperidad posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero ha tenido una cierta intensidad (en 1988, los Estados Unidos crecieron el 4,5 por 100 y el conjunto de la OCDE el 4,4 por 100) y, sobre todo, ha durado siete años.

En los meses previos a la crisis del Golfo, el nivel de actividad de la mayoría de los países industriales era todavía satisfactorio, pues persistía el crecimiento, la acumulación aún presentaba tasas de aumento positivas y el empleo continuaba aumentando, pero la fase coyuntural de expansión parecía haber llegado a su fin. En efecto, Japón y Alemania mantenían todavía altas tasas de crecimiento durante 1990, pero la economía americana había entrado ya en una recesión, como lo muestra el hecho de que la tasa de crecimiento del último trimestre de ese año haya sido fuertemente negativa. La recesión americana habría de tener un impacto negativo sobre el conjunto de la economía occidental que difícilmente podría ser compensado, dado que el PIB de los Estados Unidos es el doble que el japonés y más de cuatro veces el alemán y que la actividad económica también se había debilitado en el resto de la CEE. En este contexto, la crisis del Golfo suponía un factor negativo adicional. Aunque sus efectos, en teoría, deberían ser menores que los de las dos crisis energéticas precedentes, el alza del precio del petróleo debería contribuir a debilitar la actividad económica, de la misma forma que su reducción había permitido antes la prolongación del auge. Las expectativas eran, pues, bastante pesimistas y así se reflejaba en las previsiones de todos los organismos internacionales, la mayoría de las cuales daban por descontada la recesión, de una manera u otra.

Sin embargo, la forma en que se ha resuelto la crisis del Golfo Pérsico parece haber cambiado el panorama. Ahora se espera que la recesión sea corta y poco profunda en base al aumento de la demanda que supondrán los gastos militares y la reconstrucción de Kuwait, a los efectos beneficiosos del descenso del precio del petróleo que traerá consigo el fin de la guerra, y al cambio de expectativas de los empresarios y consumidores de los países industriales. Nada de esto parece ajustado a la realidad.

a) Los gastos de armamento

Para muchos analistas, la experiencia histórica sugiere que las guerras siempre han sido beneficiosas para la marcha de la economía. Después del primer año de la Segunda Guerra Mundial, el PIB americano creció el 18%; al principio de la guerra de Corea, el crecimiento se disparó desde cero, en

1949, hasta el 8,5% en 1950, y la guerra de Vietnam hizo que se pasara de niveles de crecimiento inferiores al 3%, durante los primeros años sesenta, a casi el 6% en 1965 y 1966. Ahora, los gastos gubernamentales en suministros militares y en armamento impulsarían la demanda mundial, lo que generaría nuevos puestos de trabajo haciendo que el consumo aumentara. Habría un efecto indirecto mediante el comportamiento de los consumidores, y no había razón para pensar que en esta guerra fueran más austeros que en las anteriores.

Los gastos realizados hasta ahora no han contribuido a invertir el ciclo. El coste de la guerra es muy elevado para el presupuesto americano, dado su enorme déficit fiscal, pero insignificante si se le compara con el PIB, se ha recurrido al enorme inventario de material pesado disponible, pero no ha inducido ninguna producción nueva, y la mayoría de los gastos se han destinado a alimentos, combustibles y otros productos que contribuyen poco a activar la deprimida economía americana y que, sobre todo, se realizan fuera de sus fronteras. Acabado el conflicto, la guerra incidiría negativamente sobre el auge de la industria de armamentos, edificada sobre las bases de la guerra fría. En efecto, los recortes presupuestarios para proyectos nuevos serían mayores, porque los presupuestos de armamento se han utilizado en la guerra, sobre una situación en la que los fondos ya se venían recortando como consecuencia del déficit fiscal. Las ventas de material militar a los países de la zona no podrá compensar este hecho porque sobre ellos ha recaído una parte importante de la financiación del conflicto.

b) El gran negocio de la reconstrucción

La polémica sobre el papel de los gastos de armamento ha dado paso a un nuevo espejismo: el gran negocio de la reconstrucción de lo que Sadam Hussein y los B-52 han destruido. Hay que reflotar la industria petrolífera, realizar grandes obras públicas (reconstruir las centrales eléctricas, carreteras, suministros de agua, edificios, etc), reponer el stock automovilístico y de vehículos industriales, reconstruir las telecomunicaciones, etc. Y las cifras se han disparado.

Kuwait es un país rico, porque tiene petróleo, pero pequeño, porque no llega a dos millones de habitantes: su Producto Nacional Bruto antes de la guerra era el 0,6 por 100 del de Estados Unidos. Aunque en el futuro produjera dos millones de barriles de petróleo diarios, lo que sería una cuota muy elevada, y el precio fuera de 20 dólares por barril, sus ingresos por exportaciones no sobrepasarían los 15.000 millones de dólares al año (en 1988 fueron 7.160). A los tipos de interés actuales, necesitaría hipotecar las exportaciones de 20 años para obtener un crédito hoy con el que pagar una factura de 100.000 millones de dólares. Tal factura sería enorme para Kuwait, pero solo supondría el 1,5 por 100 del producto nacional bruto de Estados Unidos e Inglaterra, los supuestos países beneficiarios. Pero la realidad es más cruda. "The Wall Street Journal" evalúa la reconstrucción en 60.000 millones de dólares y no en un año, sino en cinco. Esta es una cifra más razonable, pero supone solo un 0,2 por ciento del PNB americano e inglés al año. Sin duda, muchas empresas se beneficiarán del pastel, pero el botín, en términos macroeconómicos, es muy insuficiente para superar la recesión.

En el caso de Irak, los problemas son diferentes. El importe de la reconstrucción se estima en 200.000 millones de dólares, lo que es una cifra razonable si se tiene en cuenta que se gastó 160.000 en infraestructura durante la década pasada. Pero es una economía altamente endeudada (la deuda exterior se estima en 90.000 millones) que, además, ha perdido la guerra. No podrá pagar la reconstrucción.

c) El precio del petróleo

Durante los meses de bloqueo económico, las expectativas de un petróleo caro fueron dominantes pero, desde el inicio de la guerra, el precio ha descendido y hoy se encuentra en torno a los 18 dólares, a pesar del bombardeo de refinerías, la voladura de centenares de pozos kuwaities y las dificultades de aprovisionamiento que han debido existir a causa de la guerra. La desestabilización de los mercados petrolíferos hubiera sido un factor enormemente negativo para el éxito de la aventura militar que podía ser evitado. En enero, los depósitos de almacenamiento de petróleo de los países industrializados se elevaban a 3.500 millones de barriles (equivalente a 96 días de consumo), lo que significaba que las reservas de crudo eran las mayores de los últimos diez años. Esto se había conseguido reduciendo la demanda, pero también aumentando la producción de la OPEP para compensar las consecuencias del boicot a Irak y Kuwait. No existía, pues, un déficit de oferta como se había previsto. Además, el precio bajó en la primera semana de guerra porque los países industriales, previendo una explosión de pánico,

llegaron a utilizar sus reservas de petróleo de emergencia (Bush autorizó vender 1,1 millones de barriles diarios de los 585 de sus reservas estratégicas) y, también, porque las compañías petrolíferas contribuyeron decisivamente al mantenimiento de los precios. Gigantes petrolíferos, como Chevron, Mobil y Shell se comprometieron, por ejemplo, a congelar el precio de la gasolina en sus estaciones de servicio.

Los mecanismos que han permitido la reducción del precio deben considerarse excepcionales, de modo que no pueden extrapolarse una vez que la guerra ha acabado. ¿Cuales son las perspectivas?. De los 1.200 pozos de Kuwait, que en condiciones normales producen 1,8 millones barriles diarios, están en llamas los 365 de mayor producción y, además, su industria petrolífera ha sido destruida. Betchel Grup Inc. es la compañía encargada de la extinción de los pozos incendiados y de la reconstrucción de la industria petrolífera, pero las dificultades son grandes. Hay que limpiar la zona de minas, lo que puede retrasar el trabajo semanas e incluso meses, cuando llegue el verano, las temperaturas serán de 50°C, etc. En conclusión, los expertos estiman que puede tardarse entre 5 y 6 años en una tarea que no tiene precedentes. En Irak, la situación no es mejor, con la dificultad adicional de que la reconstrucción no se podrá iniciar hasta que no se haya producido una estabilización política, lo que no parece fácil.

A medio, el precio del petróleo depende del resto de la OPEP y, en ella, Arabia Saudí ocupa un lugar clave pues su producción representa el 35%. No está interesada en reducir su producción, pero tampoco en que se produzca un hundimiento del precio. Además, Estados Unidos ve con interés el mantenimiento de un precio relativamente alto. Bush y Baker provienen de la industria petrolífera americana y el plan energético que han presentado recientemente incluye relanzar la producción interna de crudo para reducir la dependencia del exterior (en la actualidad, las importaciones de petróleo suponen el 50% del consumo), lo que, según algunos expertos, exige un precio no inferior a los 20 dólares. Tal precio no tendría efectos negativos sobre la marcha del ciclo, pero tampoco positivos. Hay que recordar que la recesión parecía clara antes de la crisis del Golfo y que, ese momento, el precio era de 14 dólares.

d) El papel de las expectativas

Para algunos analistas, una gran parte de la gravedad que la recesión estaba adquiriendo en la economía americana se debería al deterioro de las expectativas. La confianza de los consumidores se habría hundido, lo que es muy importante, pues sus gastos representan las dos terceras partes de la economía americana, y con la de los inversores habría ocurrido otro tanto. Algunos datos apuntan a que una parte de ello es cierto: las empresas de corretaje temían una caída de la bolsa como la de octubre de 1987 y las bolsas de Nueva York y Londres consideraron la posibilidad de cerrar temporalmente, como hicieron al principio de la Primera Guerra Mundial y al final de la Segunda. La forma en que se ha saldado el conflicto y, en particular, las perspectivas de un petróleo barato, habrían contribuido decisivamente a mejorarlas.

Es cierto que las expectativas han mejorado considerablemente, sobre todo si se las compara con las que existían durante los meses de bloqueo, pero sus efectos no pueden ser sobrevalorados. La economía americana estaba entrando en una recesión antes de que las mencionadas expectativas empeoraran, sus causas eran de índole real y la oleada de orgullo y el fin del "síndrome del Vietnam" no serán suficientes para reactivar una economía atenuada por muchos problemas anteriores a la crisis del Golfo que difícilmente pueden mejorar con las expectativas: la crisis inmobiliaria, la de la banca, la situación de exceso de capacidad en muchos sectores industriales, la deficiente competitividad americana, etc. La recesión no será tan grave como lo hubiera sido con un conflicto largo, pero el cambio de las expectativas no puede alterar la marcha del ciclo hasta el punto de convertirla en una recuperación. En todo caso, puede ser una recuperación que todavía parezca una recesión.

Por lo que respecta al resto del mundo occidental, los efectos del cambio de expectativas tiene que ser menos significativos. Por un lado, salvo quizás Inglaterra y en muy pequeña proporción Francia, los países de la CEE no se tienen que ver beneficiados por las consecuencias del fin de la guerra, por otro, las expectativas han podido empeorar, en parte, como consecuencia del cariz que está teniendo la unificación alemana (aumento del paro, cierre masivo de empresas en la antigua Alemania del Este, aumento de la presión fiscal para financiar la unificación, reducción de los ritmos de crecimiento, etc) y, en parte, por el retroceso político de la idea de construcción europea que se ha producido como consecuencia de la contradictoria política que han mantenido los 12 a lo largo del conflicto y el escaso papel que ha tenido en él. Muchos de los problemas que aparecían en la comunidad se solucionaban porque había una voluntad política de acelerar la integración y ahora, esta voluntad se ha deteriorado. Hay quien ha dicho que la integración europea ha retrocedido en diez años y todo parece indicar que es verdad.

Por lo que respecta a los países del Este, las perspectivas son hoy peores. En la URSS, las posibilidades de que el mercado capitalista avance son cada vez más lejanas, las reformas parecen estancarse y ya no cuentan con el consenso social que tenían y los problemas políticos se multiplican. En estas condiciones, no cabe esperar que, a corto plazo, sea un mercado que favorezca la expansión de occidente, como en algún momento se había pensado. En los demás países del Este, la situación es diferente, pero todos ellos están sumidos en una mala situación económica, el paro aumenta y el nivel de vida se deteriora. Poco puede hacer la RFA agobiada por los problemas que está representando la integración.

Los factores reales que se señalan como motores de una recuperación no tienen, pues, la entidad suficiente para invertir el cambio del ciclo expansivo que se estaba produciendo antes del conflicto. Los gastos de armamentos no serán el nuevo "maná" que venga a empujar la demanda mundial, la reconstrucción de Kuwait es muy poco significativa en términos del PIB de los países presuntamente beneficiarios y el precio del petróleo no jugará un papel tan negativo como el que primitivamente se había previsto, pero todo hace pensar que seguirá por encima del nivel que tenía antes del conflicto. La recesión puede no ser tan grave como lo hubiera sido con las previsiones superiores a 27 dólares el barril que hicieron los organismos internacionales, pero hay que recordar que, por lo que respecta a la economía americana, dicha recesión parecía clara antes del 2 de agosto.

Así, desde el punto de vista real, la situación actual puede caracterizarse por un cambio cíclico que hay que situar en el contexto de la fase recesiva de la onda larga. En cuanto cambio cíclico, sus causas son coyunturales: situación de sobreproducción que impide que la acumulación siga creciendo, debilitamiento de la actividad económica, etc. Pero en cuanto período que hay que situar en la dinámica de la onda larga, los problemas son más profundos: se derivan del descenso estructural de la tasa de beneficio y, por tanto, de una determinada correlación entre las clases sociales fundamentales, tanto en el interior de cada país, como en el plano internacional.

11.5. EL DINERO NO DA LA FELICIDAD

El funcionamiento de la economía occidental depende de la solidez del sistema monetario internacional, solidez que está ligada a la existencia de una potencia hegemónica que garantice una moneda estable que pueda ser utilizada como base para las transacciones internacionales. Durante la fase de prosperidad, el capitalismo tardío se rigió por un sistema de tipos de cambio fijos en el que el dólar, la moneda de la potencia hegemónica, era junto al oro la moneda de reserva internacional. Pero este mundo se acabó hace ya dos décadas. El persistente déficit de la balanza de pagos americana inyectó tal cantidad de dólares en el mundo que fue imposible mantener la estabilidad del sistema. Una parte de las causas hay que buscarlas en el papel que jugaron los Estados Unidos en el mundo durante este período. Los gastos militares y las inversiones americanas en el exterior han sido una fuente continua de oferta de dólares. Pero las más importantes tiene su raíz en la pérdida de competitividad de la economía americana que se ha tratado en el Capítulo 10.

Desde hace dos décadas, el sistema está en crisis y ninguna de las soluciones que se han buscado ha servido para solucionarla. Por el contrario, los desequilibrios entre las balanzas de pagos de los países industriales y entre las de estos y las de los países del tercer mundo se han agudizado. El déficit de la balanza de pagos americana es solo una parte de los desequilibrios económicos internacionales, pues la otra cara de la moneda son los superávits en las balanzas de pagos de Alemania y Japón y el aumento de los desequilibrios internos en la CEE. En efecto, ha crecido el superávit alemán y de los países ligados a esta economía (Bélgica y Holanda) y han aumentado los déficits del resto, algunos como el de Inglaterra (que tiene que ver con su declive industrial) y el del estado español (que se debe en gran parte a la naturaleza del proceso de integración que se ha producido), con gran intensidad. Por lo que respecta al tercer mundo, los déficits de su balanza de pagos y su endeudamiento han crecido también considerablemente.

Existe, como consecuencia, una tendencia a la depreciación del dólar y a la apreciación del marco y del yen, que introduce una fuerte inestabilidad en el sistema monetario internacional. Esta inestabilidad provoca una serie de movimientos especulativos de capital, buscando una rentabilidad en las variaciones del tipo de cambio, que contribuyen a agravarla y dificultan el normal desarrollo del comercio mundial. A ellos se ha unido las incertidumbres provocadas por la reunificación de Alemania, las consecuencias de la guerra del Golfo y la llegada de la recesión. Ninguno de estos desequilibrios tiene que mejorar como consecuencia de la forma en que se ha resuelto la crisis del Golfo. Antes al contrario,

algunos de ellos pueden verse agudizados. La nueva recesión debe abordarse con un sistema monetario internacional mucho más inestable que el que existía en las dos anteriores. La solución está también más lejana.

Pero la crisis del sistema monetario internacional no es el único factor de inestabilidad financiera. Durante la fase de prosperidad de la onda larga del capitalismo tardío, la inflación permanente ha sido la situación normal. Ya se ha visto cuáles fueron su génesis y sus causas: el crecimiento de la deuda, pública y privada, que ha llevado a una expansión monetaria sin precedentes en la historia del capitalismo. Durante la fase recesiva, pero particularmente durante la última recuperación cíclica, la expansión del crédito y de la deuda ha sido enorme, hasta el punto de que puede decirse sin ninguna exageración que la economía mundial está sentada sobre un barril de pólvora.

Por lo que respecta a la economía americana, dicha inestabilidad es manifiesta. En primer lugar, el déficit fiscal es asombrosamente elevado. Ronald Reagan ganó las elecciones hace diez años prometiendo rebajar los impuestos, aumentar los gastos de defensa y equilibrar el presupuesto, todo a la vez. Suponía la cuadratura del círculo y, en consecuencia, no lo consiguió. El resultado fue un crecimiento acelerado de dicho déficit y para financiarlo se puso en marcha una política de tipos de interés altos con el objetivo de atraer capitales de Europa y Japón. Esta política introdujo una fuerte inestabilidad en los mercados monetarios y financieros mundiales, supuso una presión para la apreciación del dólar, a pesar del déficit por cuenta corriente, e hizo que dichos capitales se dirijan a inversiones especulativas, a expensas de las productivas, perjudicando, por tanto, el aumento de la productividad y sumergiendo a la economía americana en un círculo vicioso. Los intentos que se han hecho desde entonces para reducirlo han fracasado y la guerra del Golfo ha agravado aún más el problema. La ley Gramm Rudman-Hollings preveía una reducción progresiva del déficit, hasta colocarlo en 64.000 millones de dólares en el año fiscal de 1991. La realidad es muy otra. En 1990 ascendió a 220.000 millones, lo que era una cifra muy lejana al objetivo marcado por dicha ley. Se llegó a un acuerdo para aplazar el ajuste cinco años más pero, por el momento, las cosas van en dirección contraria. En efecto, se estima que en 1991 el déficit sea de 318.000 millones y para 1992 se están haciendo cálculos de 281.000. En consecuencia, un problema muy grave, que introduce una gran inestabilidad en la economía mundial y que está aún muy lejos de ser resuelto.

En segundo lugar, el sistema financiero americano está también en crisis. La caída de las cajas de ahorro se inició en 1980, cuando el Congreso les permitió aumentar el tipo de interés hasta el 13%. Esto generó una avalancha de nuevos clientes lo que exigió que se autorizara la ampliación del negocio, convirtiéndolas en agencias de crédito. Las malversaciones y la mala gestión les introdujeron en una crisis que ahora exige una inyección de 80.000 millones de dólares si se quiere evitar que arrasen la economía americana. Ahora se han unido al carro los bancos comerciales. Durante la época Reagan, se lanzaron a negocios fáciles y concedieron créditos a todos lo que quisieran ampliar sus negocios o sus patrimonios inmobiliarios pensando que la expansión económica sería eterna. Como consecuencia, entre 1980 y 1989, el volumen de los créditos inmobiliarios y de las hipotecas se triplicó, los préstamos para inversiones especulativas también aumentaron, etc. Pero las multinacionales y las empresas estadounidenses que hace 10 años eran solventes hoy ya no lo son tanto. La crisis inmobiliaria actual, el fin de los grandes negocios especulativos y las perspectivas de una recesión hacen que muchos de esos créditos sean incobrables y ni los grandes bancos han escapado de la sospecha. El Citicorp, el gran gigante bancario americano, ya ha anunciado 2.000 despidos, el Chase Manhattan 5.000 y el Chemical, el Manufacturers Hanover, el Bank of New England también corren peligro. La crisis es de tal envergadura que Merrill Lynch, la gran agencia financiera de Nueva York, aconseja a sus clientes que vendan todas las acciones de los bancos que posean porque "las cifras de endeudamiento bancario en Estados Unidos en estos momentos ponen los pelos de punta".

Los problemas de la economía americana no son más que una parte, aunque importante, de la inestabilidad monetaria y financiera que se ha ido instalando en los mercados mundiales durante la última recuperación coyuntural. En 1987, 109 países debían 1.190.000 millones de dólares, una cifra menor que la deuda americana, pero considerable, porque una gran parte no se podrá pagar. La deuda del tercer mundo se ha convertido en un mecanismo de expoliación abierto por parte de los países industriales: en el período que va entre 1982 y 1987, el tercer mundo devolvió 85.000 millones de dólares más que los que recibió. Esto tiene graves repercusiones para estos países: el servicio de la deuda de América Latina supone entre el 5,5% y el 6% del PIB y entre el 30% y el 50% de las exportaciones, lo supone el hambre masiva y la desarticulación económica y social completas. Recuérdese que las indemnizaciones alemanas en el período 1921 a 1931, que supusieron porcentajes menores (3,5% del PIB y 15% de las exportaciones) tuvieron unas repercusiones gravísimas.

La deuda del tercer mundo es una fuente adicional de inestabilidad. No se podrá cobrar y las medidas que se han tomado (provisiones para posibles pérdidas por parte de los bancos acreedores, mercado secundario de la deuda en la que se puede comprar por debajo de su valor, condonaciones, etc) son todavía muy insuficientes para la magnitud que ha adquirido el problema y, sobre todo, gran parte del mal ya está hecho: países enteros, como Perú, están sumidos en la pobreza mas absoluta, inflaciones astronómicas, como la Argentina, han descompuesto completamente la economía, etc. Una situación que costará mucho levantar.

La forma en que se ha resuelto la crisis del Golfo Pérsico no parece que vaya a disminuir esta inestabilidad monetaria y financiera. Existe una enorme "economía de papel", alimentada por la persistencia de los déficit públicos y por los mecanismos de innovación financiera, que no se corresponde con la situación real del capitalismo. Masas elevadas de capitales especulativos se mueven de un lado para otro buscando en inversiones financieras una rentabilidad que no encuentran en el sector real a causa de la caída de la tasa de beneficio. Esto exige la destrucción de los capitales ficticios, es decir, la eliminación de una parte de la economía de papel mediante la anulación de deudas por bancarrota. Pero mientras esto se produce, la bola de nieve sigue creciendo. Las políticas monetarias rigurosas, para luchar contra una inflación que se resiste a disminuir, y los altos tipos de interés ha creado una alta inestabilidad en los mercados monetarios y de capitales. Unas de las consecuencias que puede tener la crisis bancaria americana para que no se pueda descartar que una crisis financiera pueda unirse a la real.

5.6 EL DESORDEN DEL NUEVO ORDEN

Como se dijo en su momento y se ha repetido ahora, las ondas largas son fenómenos históricos que no se pueden circunscribir a las variables económicas. Cada una de ellas ha tenido unas características propias, una potencia hegemónica, un determinado "orden internacional", etc. De cada una de ellas se ha salido de la fase recesiva de una forma diferente, por lo que las analogías históricas para entender la crisis actual están de mas. Durante la fase de expansión del capitalismo tardío y durante la fase recesiva, hasta hace bien poco, las relaciones internacionales había que enmarcarlas dentro del "statu quo" que fue diseñado en Yalta, después de la Segunda Guerra Mundial. Este marco se ha roto, primero a causa de la crisis de los países del Este y ahora con el "nuevo orden internacional" buscado por los Estados Unidos. No es este el lugar adecuado para tratar dichos problemas ni las páginas finales del presente libro el sitio mas idóneo para hacerlo. Pero, al menos, desde el punto de vista económico, la situación internacional que se abre no se caracteriza por la estabilidad. El mundo unipolar, que muchos parecen entrever, en el que los Estados Unidos serían el gendarme de un orden capitalista mundial, no es algo tan sencillo de construir a pesar de las apariencias.

Por un lado, los factores que originaron la crisis económica han evolucionado, pero no hasta el punto de haberse creado las condiciones para una fase expansiva de larga duración. El capitalismo se ha reestructurado y la clase obrera de los países industriales ha retrocedido, pero no ha sido suficiente. La tasa de beneficio es mas elevada que la que existía en los primeros años de la crisis económica, pero su recuperación no es capaz todavía de generar un proceso de acumulación masivo. La economía occidental continúa, pues, sumergida en la crisis económica y, en este contexto, una eventual recuperación coyuntural sería contradictoria, en la medida en que los problemas de fondo continúan vigentes.

Por otro lado, el momento coyuntural no parece el mejor. La expansión registrada desde 1983 había llegado a su fin antes de la crisis del Golfo, de forma que una nueva recesión apuntaba por el horizonte. La forma en que se ha resuelto el conflicto hará que no sea tan grave como se previó en los peores momentos del bloqueo a Irak, pero no hay ningún elemento con la suficiente envergadura que pueda detener a las fuerzas internas de la economía occidental que estaban invirtiendo el sentido del ciclo. Como ha dicho un financiero americano, si no hay recesión, puede ser una recuperación que se parezca a una recesión.

La debilidad de la actividad económica no será el único factor negativo que deba afrontar el nuevo orden internacional. El "gendarme del mundo" debe hacer frente a graves problemas en su propia casa: su pérdida de competitividad, el elevado déficit de la balanza de pagos, el creciente déficit presupuestario, la crisis bancaria, etc. Ninguno de estos problemas tiene una solución fácil. La integración europea ha retrocedido, por un lado, como consecuencia de la unificación alemana, por otro, por el fácil y escaso papel político que han jugado los doce durante la crisis del Golfo. Las perspectivas de una extensión de la economía de mercado a la URSS y el resto de países del Este son hoy mas lejanas que hace un año, porque la crisis es mas aguda y las medidas reformistas están perdiendo credibilidad.

Finalmente, la economía mundial está atravesada por una enorme inestabilidad: del sistema monetario internacional, de los mercados de capitales, etc.

Es dudoso que, desde el punto de vista político, el llamado nuevo orden internacional pueda instalarse sin conflictos. Pero, desde el punto de vista económico, cuenta con una gran inestabilidad.

10.8. *Cualquier tiempo pasado no es mejor*

El declive de la economía americana discurrió paralelamente al desarrollo de Europa occidental como una potencia económica. La intensa expansión económica de la posguerra mundial puso rápidamente de manifiesto los límites que la existencia de estados nacionales imponía al desarrollo capitalista. La estrechez de los mercados internos de cada país impedía la producción a gran escala para competir con Estados Unidos y Japón, al tiempo que las inversiones necesarias para hacer frente a tal competencia y atender a unos mercados ampliados requerían de unos desembolsos de capital e implicaban unos riesgos que escapaban a las posibilidades de los países aislados. El capitalismo europeo necesitaba construir un área comercial extensa y unificada, derribando las barreras aduaneras entre los países miembros, fomentando la concentración y la libre circulación de capitales y garantizándoles la rentabilidad a través de preservar los mercados más amplios y con ventajas respecto a la competencia de las otras potencias económicas.

Como consecuencia, en 1957, se firmó el Tratado de Roma con el que se constituía la Comunidad Económica Europea. La CE era fundamentalmente una unión aduanera, esto es, una zona en la que las mercancías pueden moverse libremente porque se han eliminado todos los derechos arancelarios y todas las limitaciones al comercio entre los países miembros y se ha puesto en pie un arancel común frente a terceros países. Pero todavía no era un mercado único como los que existen en el interior de cada país.

En primer lugar, las mercancías podían circular libremente sin pagar derechos arancelarios y sin limitaciones de ningún tipo, pero seguían teniendo la nacionalidad del país del que procedían. Un automóvil producido en Alemania, por ejemplo, se diferenciaba de otro producido en Francia en que ambos habían sido fabricados bajo legislaciones fiscales, industriales, laborales, sociales, medioambientales, etc diferentes y, en general, bajo condiciones económicas distintas. En segundo lugar, no existía un verdadero mercado único para los servicios, especialmente los financieros, que, en general, dependían de las reglamentaciones específicas de cada país. En tercer lugar, las fronteras nacionales seguían existiendo para la fuerza de trabajo, que no podía desplazarse libremente de un país a otro. En cuarto lugar, persistían las limitaciones para los movimientos internacionales de capital. Finalmente, no existía una moneda única, sino que cada país tenía la suya. En general, nada de esto ocurre en el mercado interno de cada país, en el que no existe ninguna discriminación que dependa de la zona geográfica en la que se realice la producción, se preste el servicio, o se resida y todas las transacciones se realizan con la misma moneda.

El salto cualitativo en la construcción del mercado único europeo se dio en 1985 con la firma del Acta Única. Desde el punto de vista económico, se trataba de construir un mercado interior común mediante la supresión de todas las barreras físicas, técnicas, fiscales o legales que podían dificultar la libre circulación de mercancías, servicios, capitales y fuerza de trabajo por Europa. En teoría, esto implicaba la homogeneización de todas aquellas cuestiones que determinan la actividad económica: sistema fiscal, legislación laboral, protección social, reglamentaciones industriales, etc. En la práctica, el Acta Única dio lugar a más de 300 directrices dirigidas abrumadoramente a la construcción del mercado único, pero en los temas fundamentales que podían determinarlo, como las cuestiones fiscales, laborales o sociales, la homogeneización no se ha conseguido plenamente. A pesar de ello, el Acta Única supuso un cambio cualitativo en la integración europea al profundizar la apertura exterior de todas las economías de la CE, superándose la mera inexistencia de derechos arancelarios.

Pero quedaba el problema de avanzar en la implantación de la moneda única, algo fundamental para el proyecto de integración europea, porque la crisis del sistema monetario internacional y la consiguiente inestabilidad en las cotizaciones de las monedas perturbaba considerablemente el funcionamiento del mercado único. Este paso se ha intentado dar con la creación de la Unión Económica y Monetaria, pieza central de los acuerdos de Maastricht. El objetivo es convertir al ECU en una moneda única para toda la comunidad y al Banco Central Europeo, que la emitirá, en la máxima autoridad monetaria de la misma. Para ello se fijan las condiciones que deben cumplir los estados miembros y unas fases, al final de las cuales, los estados que las satisfagan, entrarán a formar parte del núcleo de países que contarán con un mercado y una moneda únicos.

De realizarse finalmente, la Unión Económica y Monetaria no supondrá una verdadera integración económica y social de Europa, sino la implantación de unas reglas similares a las que existían en la época del patrón oro en el conjunto de los países del continente que la formen. En efecto, el objetivo de la UEM es construir un mercado sin trabas de ningún tipo que funcione con la mínima intervención del Estado y

con una moneda única (el oro antes, el ECU ahora) cuya emisión está condicionada al objetivo de la estabilidad de precios.

En primer lugar, no se trata de una verdadera integración económica y social, sino de la creación de un mercado en el que el capital se pueda desenvolver libremente, como ocurría en la época del capitalismo liberal del siglo XIX. En la Europa de la UEM, existirá un mercado único en el que no habrá obstáculos a la circulación de mercancías, capitales, mano de obra y servicios, pero el mercado no será similar a los que existen ahora en el interior de cada país. La actividad económica no estará sometida sustancialmente a los mismos impuestos, cargas sociales y normas legales, sino que dependerá del país en el que se desarrolle la actividad. La integración social será muy reducida, pues no existirá la misma reglamentación laboral, el mismo seguro de paro, la misma seguridad social, los mismos derechos a la educación o a la sanidad, etc. Y habrá diferencias sociales muy acusadas entre los países miembros: desiguales niveles de renta y riqueza, de protección social, de dotaciones de infraestructuras, de niveles salariales, etc.

En segundo lugar, el mercado funcionará con la mínima intervención del Estado, como ocurría también en el siglo XIX. El estado nacional actual interviene en la economía en un porcentaje que ronda el 50% del PIB, desempeña un papel redistributivo fundamental (recauda sus ingresos en todas las regiones y se los gasta discrecionalmente, no dependiendo los gastos de una región de los ingresos que obtiene en la misma), facilita similares prestaciones sociales a todas las regiones, dirige las inversiones públicas o incentiva las privadas con criterios que también son geográficos, etc. A escala de la comunidad, la intervención para corregir los efectos negativos del mercado será mínima, pues el presupuesto comunitario supone una parte muy reducida del PIB conjunto de la comunidad y no existe ningún mecanismo redistributivo a nivel europeo que tenga cierta entidad, pues los ingresos públicos de cada país se gastarán en el interior del mismo y los Fondos de Cohesión son muy reducidos. Y los gobiernos de cada país habrán perdido una gran parte de su soberanía para actuar sobre la economía: no pueden emitir moneda, no pueden incurrir en déficits presupuestarios, no tienen autonomía para las políticas monetaria y fiscal, etc.

Finalmente, la actividad económica estará regida por una nueva «reliquia bárbara», solo que ahora ya no será el oro, sino el ECU. Los mercados nacionales actuales cuentan con una moneda única cuya emisión depende en gran medida de las decisiones políticas del gobierno, aunque no es independiente de la actividad económica. El Estado desempeña, pues, un papel corrector del mercado, evitando que provoque mayores desigualdades sociales, y maneja la moneda única dirigiendo la política económica por los derroteros que se consideren más convenientes. El Banco Central Europeo emitirá el ECU con independencia tanto de las decisiones de un gobierno europeo, que no existe, como, sobre todo, de las desigualdades que se puedan producir entre los países miembros, pues su objetivo fundamental es la estabilidad de precios.

Como en el patrón oro, los mecanismos de ajuste de las balanzas de pagos se producirán a través de sus repercusiones en la actividad económica interna de cada país y, como ocurriera con aquel, las desigualdades que produce el mercado tendrán efectos acumulativos. Los países menos competitivos tendrán un déficit en su balanza de pagos y la consecuencia será una disminución de los ECUs en circulación, porque habrán pagado más por sus importaciones que lo que han cobrado por sus exportaciones. Como ocurriera con el patrón oro, el Estado no podrá compensar esta disminución en la circulación de dinero, porque no tiene capacidad para emitir moneda, y el resultado será una recesión. El empobrecimiento del país llevará a menores ingresos del estado, lo que le obligará a reducir sus gastos, agravando la situación. En los países más competitivos de la Comunidad ocurrirá exactamente lo contrario, con lo que el capital, la renta y la riqueza tenderán a desplazarse desde las regiones pobres, con menor capacidad adquisitiva, a las ricas, agravándose las diferencias sociales y salariales.

La Unión Económica y Monetaria podría ser un factor que paliara la crisis del sistema monetario internacional. Hoy no es posible que el marco o el yen sustituyan al dolar, dado el tamaño de las economías alemana y japonesa, pero la CEE en su conjunto, por volumen de comercio exterior y de capitales, ocuparía una posición predominante, por lo que el ECU podría constituirse en un nuevo soporte monetario del comercio mundial, beneficiarse de las ventajas de ser una moneda de reserva y remediar (parcialmente, porque las contradicciones con el yen y el dolar continuarán determinando fluctuaciones de los cambios) la inestabilidad monetaria crónica. El problema radica en que el ECU no es una moneda en el sentido real de la palabra. Para que exista de verdad no basta con crearla sobre el papel, sino que precisa de un banco único que la emita, de una economía financiera y real única que la sostenga y, en la práctica, de un Estado y un gobierno real que la respalde, algo que Europa está muy lejos de conseguir.

La Unión Económica y Monetaria era un objetivo que se situaba en el horizonte pero, mientras se lograba ponerla en pie, la CE debía hacer frente a las repercusiones negativas de la crisis del sistema monetario internacional.

Los profundos desequilibrios existentes en las balanzas de pagos de los principales países industriales (déficit de Estados Unidos, superávit de Alemania y Japón) y los movimientos especulativos de capital han hecho que la inestabilidad en la cotización de las monedas haya sido la nota dominante. Para la CE, tal inestabilidad perturbaba el funcionamiento del mercado común y chocaba con los objetivos económicos últimos que perseguía la construcción europea: el establecimiento de un mercado único con una moneda también única. La solución adoptada fue la creación del Sistema Monetario Europeo, que entró en vigor en 1979 con el propósito de restablecer la estabilidad cambiaria que se había perdido.

El SME es un sistema de tipos de cambio fijos, para los países de la Comunidad que se han adherido a él, similar en muchos de sus aspectos al patrón dólar que rigió en los 25 años posteriores a la segunda guerra mundial pero, en este caso, la moneda central del sistema no es el oro o el dólar, sino el ECU, una unidad de cuenta arbitraria. El funcionamiento del sistema es el siguiente:

Para construir un sistema de tipos de cambio fijos, se necesita una moneda que funcione como reserva, que todas las demás fijen su paridad con respecto a ella y que las autoridades monetarias de cada país se comprometan a mantener dicha paridad comprando o vendiendo la moneda de reserva cuando sea necesario. El problema es que el ECU, que es la moneda que debe desempeñar ese papel central, no existe (no hay ningún Banco Central Europeo que emita ECUs) y por lo tanto hay que inventarlo. Para ello:

a) Se define el ECU como una cesta de todas las monedas del sistema y cada una de ellas entra en la cesta en una cantidad que depende del PIB del país correspondiente, del comercio comunitario, etc.

b) Los gobiernos de los países miembros acuerdan la paridad de cada una de las monedas con respecto a todas las demás del sistema, obteniéndose así un conjunto de tipos de cambio fijos entre todas ellas.

c) Dado que se han acordado los tipos de cambio, el resultado es que la cesta, el ECU, tiene un valor fijo en términos de cada moneda.

El ECU aparece, de esta forma, como una moneda compuesta por todas las monedas europea. No se materializa en un billete de banco ni la emite ningún banco central, pero es una unidad de cuenta que tiene un valor (el valor de la cesta) en términos de las monedas de cada país. El valor de la cesta no es otra cosa que el número de unidades de cada moneda por un ECU, pero esto no es otra cosa que el tipo de cambio de cada moneda con respecto al ECU. Se ha conseguido así sustituir las paridades con respecto al dólar por las paridades con respecto al ECU.

A partir de aquí, el procedimiento es el usual en cualquier sistema de tipos de cambio fijos. Se fija una banda alrededor de la paridad y los gobiernos se comprometen a mantener la cotización de sus monedas dentro de la banda, comprando o vendiendo divisas para que la cotización de sus monedas no sobrepase los límites de fluctuación. Hasta la crisis del SME en julio de 1993, dicha banda era del 2,25% en torno a la paridad central para todas las monedas, excepto para la lira y la peseta que es del 6%. En la actualidad, la banda se ha ampliado hasta el 15% alrededor del tipo de cambio central.

La estabilidad del sistema era una condición necesaria para avanzar en la creación de una moneda única para toda la Comunidad, lo que exigía una reducción de los desequilibrios de las balanzas de pagos de los doce y una coordinación de las políticas económicas. Ninguna de las dos cosas se ha conseguido de forma suficiente y, por el contrario, se han desarrollado una serie de factores que han hecho que el SME sea altamente inestable.

Por un lado, la estructura de paridades centrales del SME no facilita la corrección de los desequilibrios exteriores, sino que los dificulta. Las cotizaciones de las monedas están hoy mucho más determinadas por los movimientos de capital que por los desajustes en las balanzas de pagos (déficits de Inglaterra, Italia y España, superávit de Alemania). Dichos movimientos de capital han evitado que las cotizaciones de las monedas se deslizaran hacia niveles más acordes con las situaciones reales de las economías correspondientes, por lo que han contribuido a mantener una estructura de paridades en el seno del SME que no es adecuada para la corrección a largo plazo de dichos desequilibrios.

Por otro, el SME depende cada vez más del carácter estabilizador o desestabilizador de los movimientos de capital. Dada la hiperactividad de los mercados financieros, en un solo día se pueden mover decenas de miles de millones de dólares en contra de unas monedas y a favor de otras y no siempre actuando en la dirección que marcaría una corrección de fondo de los desequilibrios. Así, el mantenimiento de la estabilidad de las cotizaciones escapa del control de los gobiernos, que pueden hacer poco actuando sobre unos tipos de interés cuyo nivel ha de tomar como referencia siempre a los altos tipos de Alemania.

El resultado ha sido que el SME no ha cumplido el objetivo de dar una estabilidad a los cambios. Desde su entrada en vigor, en 1979, el SME ha sufrido múltiples reajustes de paridades, dos monedas tan importantes como la libra y la lira le han abandonado, pasando a flotar libremente en el mercado, y al final ha terminado estallando. Porque el hecho de que las monedas puedan fluctuar en una banda del 30%,

como ocurre en la actualidad, supone el reconocimiento de la imposibilidad de construir un sistema de tipos de cambio fijos.

Desde hace dos décadas, el sistema monetario internacional está en crisis y ninguna de las soluciones que se han buscado ha servido para solucionarla. Por el contrario, en los últimos tiempos, dicha crisis se ha agudizado. Por un lado, han aumentado los desequilibrios entre las balanzas de pagos de los países industriales y entre las de estos y las de los países del Tercer Mundo. Por otro, los movimientos internacionales de capital, en una cuantía que no tiene precedentes en la historia del capitalismo, se han vuelto altamente desestabilizadores. En este contexto, el SME, que había sido diseñado como una pieza básica del nuevo orden monetario internacional, ha sucumbido, arrastrando tras de sí al proyecto de Unión Económica y Monetaria que se trataba de poner en pie a partir de los acuerdos de Maastricht, porque una de sus piezas claves era la estabilidad en las cotizaciones de las monedas.

Y es que no es recomendable confundir los deseos con la realidad. La economía de mercado funcionaría mejor con un sistema de tipos de cambio fijos porque tal sistema elimina la incertidumbre sobre las cotizaciones de las monedas y facilita el cálculo económico capitalista. Pero requiere de unas condiciones objetivas que no se dan: una potencia hegemónica que garantice una moneda estable que pueda ser utilizada como base de las transacciones internacionales. Durante la fase de expansión del capitalismo tardío, Estados Unidos ejerció este papel, pero ya no puede seguir desempeñándolo y ninguna otra potencia puede sustituirle: Japón no tiene la suficiente envergadura económica y Europa está atenazada por sus propias contradicciones internas. El resultado es que vivimos en un mundo multipolar, en el que ni siquiera se puede hablar de que existan tres bloques homogéneos, porque dentro de cada uno de ellos, los intereses de los países que los forman son muy diversos. En estas condiciones, a falta de una potencia que imponga su ley, la ley no puede ser otra que la del mercado, también para la cotización de las monedas. Por ello, la economía de mercado no funciona con un sistema de tipos de cambio flexibles por capricho de sus dirigentes o porque les falte voluntad política, sino porque no existen las condiciones objetivas para un sistema de tipos de cambio fijos.

IV

**TIEMPO DE TRIBULACIONES
(LA CRISIS DE LA ECONOMIA DE MERCADO)**

11

**SED DE MAL
(LA POLITICA ECONOMICA NEOLIBERAL)**

Desde el principio de la crisis, las ideas keynesianas, que habían animado la política económica de los gobiernos de los países industriales durante el período de expansión posterior a la segunda guerra mundial, fueron perdiendo terreno en beneficio de las recetas neoclásicas, porque estas aparecían a los ojos de la clase dirigente como el mejor camino para hacer efectivos los objetivos de la política de austeridad. De la misma forma que las ideas neoclásicas le habían dado el cuerpo económico al liberalismo del último tercio del siglo XIX y el primero del XX, ahora, adaptadas a los nuevos tiempos, han vuelto a ser la base del «neoliberalismo» que impregna la política económica de los gobiernos occidentales y de los organismos internacionales.

11.1. Como el ave Fénix, la economía neoclásica renace de sus cenizas

Desde el principio de la década de los setenta, la economía de mercado se encuentra sumida en una crisis de larga duración caracterizada por la reducción acusada de los ritmos de crecimiento del PIB y de la acumulación y el paralelo aumento de los niveles de desempleo. Los factores que han determinado este cambio de tendencia son múltiples, pero el más importante de todos ellos y el que los resume es el descenso de la tasa de beneficio que se produjo entonces. Para restaurar el nivel de la tasa de beneficio que existía antes de la crisis, el capital adoptó una estrategia: la política de austeridad.

Como se ha visto en un capítulo anterior, la tasa de beneficio es igual a la tasa de explotación dividida por la composición orgánica del capital más uno, de modo que, para conseguir su objetivo, la política de austeridad debería actuar sobre el numerador y el denominador de dicha relación. Por un lado, debería lograr el aumento de la tasa de explotación mediante la reducción del valor de la fuerza de trabajo (lo que se consigue disminuyendo los salarios reales, las prestaciones de la seguridad social, las pensiones, los gastos sociales del Estado, etc) y una mayor intensidad en la explotación de los trabajadores para que crezca la productividad (lo que se logra con inversiones que sustituyan hombres y mujeres por máquinas, con un cambio en la organización del trabajo, etc). Por otro, debería favorecer la reducción de la composición orgánica del capital media de la economía, lo que implicaba que tal política debería permitir la desaparición de las empresas menos competitivas, incentivar la reestructuración del aparato productivo con cargo al empleo, etc.

La consecución de estos objetivos exigía el abandono de las ideas keynesianas que habían sido hegemónicas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo la terminología convencional, el capital no se enfrentaba a una «crisis de demanda», porque el cambio de tendencia de la economía de mercado no estaba originado por ninguna dificultad para que el capital pudiera vender sus mercancías y realizar la plusvalía. Se trataba de una «crisis de oferta», cuya causa era que se habían alterado las condiciones bajo las que se realiza la producción y la acumulación, de forma que la producción no era rentable debido a que los costes salariales eran muy elevados. Marx la hubiera calificado como una crisis determinada por el hecho de que, en términos relativos, la burguesía era demasiado débil y los trabajadores demasiado fuertes, lo que se habría traducido en una distribución de la renta favorable a los salarios y en un descenso de la tasa de beneficio.

En tales condiciones, las medidas destinadas a estimular la actividad económica por el lado de la demanda, características de la economía keynesiana, no abordaban la causa fundamental de la crisis que, como se ha señalado, no era otra que el descenso de la tasa de beneficio. El crecimiento del consumo o del gasto público, por ejemplo, no llevarían a que los empresarios aumentaran su producción, porque el problema no era que la demanda fuera insuficiente, sino que los costes eran muy elevados. En tales condiciones, una mayor demanda solo provocaría una elevación de los precios. Por las mismas razones, la inversión no crecería ante el aumento de la demanda, porque sería muy difícil encontrar proyectos que

fueran rentables. Si no aumenta la inversión no lo haría el empleo y, por el contrario, los empresarios se podían ver obligados a reducir sus plantillas para restaurar una rentabilidad que estaba comprimida por los altos costes. El resultado es que las políticas económicas basadas en el impulso de la demanda no servían para remontar la crisis, porque no favorecerían la recuperación de la tasa de beneficio y, por tanto, no tenían ningún efecto positivo sobre la producción y la inversión. Por el contrario, serían inflacionistas y no evitarían el descenso del empleo y el aumento del paro, sino que lo agravarían. Así pues, con la crisis económica, el «keynesianismo» también había entrado en crisis.

Sin embargo, las ideas de la «escuela neoclásica» venían como anillo al dedo para instrumentar una política económica mas acorde con los objetivos de la política de austeridad, porque tal escuela pone mas incapié en la oferta que en la demanda. Para la economía neoclásica, la oferta agregada de la economía viene condicionada por lo que ocurra en el mercado de trabajo. Si los trabajadores aceptan que sus salarios disminuyan cuando aumenta el paro, los empresarios responderán contratando a mas trabajadores, con lo que el paro desaparecerá y la producción será la máxima posible. No habrá ningún problema de demanda: la reducción de los salarios hará que las inversiones vuelvan a ser rentables, con lo que aumentarán, y el aumento del empleo generará una masa salarial suficiente como para que el consumo aumente. La consecuencia será que, si el mercado de trabajo funciona correctamente, cualquier perturbación que se produzca será absorbida y no serán posibles las crisis.

Pero si los trabajadores se obstinan en mantener sus salarios por encima del nivel que justifica el pleno empleo, aparecerán problemas por el lado de la oferta que ninguna política de demanda podrá solventar. Y esto es lo que ha ocurrido en la crisis económica actual. En efecto, si la demanda de una mercancía cualquiera disminuye y los vendedores se empeñan en mantener su precio, el resultado inevitable será que dicha mercancía se acumulará en los almacenes. En el mercado de trabajo ocurre algo similar: si la demanda de trabajo disminuye, porque se ha producido una elevación del precio del petróleo que ha hecho que la producción sea menos rentable, por ejemplo, y los trabajadores se obstinan en mantener altos sus salarios, el resultado será un crecimiento del paro, porque los empresarios se verán obligados a realizar despidos para evitar incurrir en pérdidas. El menor nivel de empleo supondrá un menor nivel de producción y los mas altos salarios una menor rentabilidad de las inversiones, que descenderán. Por el contrario, si los trabajadores admiten que sus salarios se reduzcan, no se producirán despidos e, incluso, a los empresarios puede resultarles rentable contratar a nuevos trabajadores. Es decir, los salarios deben ser flexibles a la baja, reduciéndose cuando el empleo disminuye y el paro crece.

En definitiva, la estructura neoclásica está montada sobre el supuesto de que el pleno empleo es el nivel al que trabaja la economía, que todo alejamiento de él es coyuntural y que la propia economía generará los remedios necesarios para volver a la normalidad. Se producen crisis periódicas, pero cumplen el papel objetivo de adaptar la capacidad productiva al poder adquisitivo existente. Hacen desaparecer a las empresas menos productivas o mas anticuadas, provocan con ello un aumento de la productividad del trabajo y, en consecuencia, crean las condiciones de una nueva recuperación. Solo basta con dejar que actúen las libres fuerzas del mercado para conseguir que la economía se saneé a largo plazo.

De esta forma, se ha producido un retorno al pasado en el ámbito de la ideología económica dominante. La teoría económica neoclásica había sido el fundamento último del liberalismo que dominó el mundo hasta la Primera Guerra Mundial. Fue derrotada en los años treinta por el keynesianismo, porque se mostró incapaz de comprender que la crisis no solo se debía a que los salarios fueran rígidos a la baja, sino también a que había un serio problema de demanda insuficiente. Nunca desapareció del todo, porque se refugió en sus cuarteles de invierno y siguió siendo el fundamento último de la economía convencional, pero sus postulados no dominaron la política económica que, durante varias décadas, tuvo una inspiración keynesiana. Ahora, adaptada a los nuevos tiempos, ha renacido de sus cenizas como el ave Fénix, para convertirse en el fundamento económico del neoliberalismo que domina hoy el mundo.

11.2. Es preciso que algo cambie para que todo siga igual

Para el neoliberalismo y la escuela neoclásica, la crisis se debe a que no se ha dejado actuar a las fuerzas libres del mercado, de forma que la misión de los gobiernos es conseguirlo. Este argumento no es sustancialmente diferente del que se deduce de la «mano invisible» de Adam Smith o de los escritos de John Stuart Mill, los primeros economistas neoclásicos o Marshall, de modo que una vez mas se demuestra que no hay nada nuevo bajo el sol. También fue la base de la política económica durante la Gran Depresión de los años treinta, momento en el que, como ahora, el liberalismo era la ideología dominante. Pero, a diferencia de entonces, la economía neoclásica ha conseguido un alto grado de sofisticación en el que es conveniente detenerse. Sus elementos básicos son los siguientes.

a) La economía de mercado es el único sistema eficiente de organización social y si ha entrado en una crisis de larga duración no ha sido por ningún fallo en el sistema, sino porque se ha producido una perturbación exterior. La crisis no tiene su origen en un debilitamiento de la demanda o en un descenso de la tasa de beneficio debido a las contradicciones internas del capitalismo, sino en un «shock de oferta» que

ha afectado negativamente a las condiciones que determinan la producción. Como es conocido, dicho «shock de oferta» está provocado por las sucesivas elevaciones del precio del petróleo.

b) La economía de mercado cuenta con resortes para superar la crisis, pero no se les ha dejado actuar. Si los trabajadores hubieran aceptado unos salarios mas bajos, la pérdida coyuntural de sus empleos, el cambio en las condiciones laborales, etc, la crisis hubiera tenido una corta duración. No ha sido así sino que, por el contrario, el crecimiento de los costes laborales se ha convertido en el principal responsable de la inflación, de la pérdida de competitividad de las empresas y de que el aparato productivo no funcione eficientemente.

c) Para salir de la crisis, los gobiernos deben restaurar el funcionamiento de dichos resortes, abandonando las «políticas de demanda» y poniendo en marcha «políticas de oferta» destinadas a restaurar las condiciones óptimas necesarias para que la producción y la acumulación vuelvan a funcionar eficientemente. El primer paso es la adopción de una política macroeconómica basada en la reducción de los salarios, con el propósito de disminuir la presión que ejercen sobre los costes, y en la desgravación fiscal de los beneficios y de las rentas altas, con el objetivo de que el ahorro aumente y la acumulación se recupere.

d) El segundo paso es la desregulación de las relaciones laborales porque la excesiva rigidez actual impide el funcionamiento eficiente del mercado de trabajo. Por una parte, se trata de flexibilizar la actividad laboral, para que los empresarios puedan rentabilizar al máximo la utilización de la fuerza de trabajo. Por otra, se trata de crear las condiciones necesarias para que los salarios vuelvan a ser flexibles a la baja. Si empleo y salarios son mas flexibles, la demanda de trabajo aumentará y el paro disminuirá.

c) Los salarios y la rigidez del mercado de trabajo no son los únicos culpables de la crisis económica. Durante la fase de expansión posterior a la Segunda Guerra Mundial, la intervención del Estado en la economía aumentó hasta el punto de que hoy el Estado tiene un peso que, en la mayoría de los países industriales, ronda el 50% del PIB. Es preciso devolverle al mercado su papel, reduciendo el peso de la actividad estatal en la economía mediante la privatización de los servicios públicos y las empresas públicas rentables.

d) Finalmente, es necesario restaurar la estabilidad monetaria, rota por la inflación permanente que caracterizó al período de expansión posterior a la Segunda Guerra Mundial. Para ello, se necesita una política monetaria restrictiva que genere una disciplina en la producción y el empleo. De esta forma, el «monetarismo» se convierte en un elemento imprescindible de la política económica neoliberal pues puede contribuir decisivamente a que el resto de dicha política funcione.

La política económica que se deduce de los puntos anteriores no es la única forma en que se podrían haber concretado los principios de la austeridad, como estrategia del capital para remontar la crisis, y, de hecho, no lo fue durante los primeros años de la misma. Pero la clase dirigente tuvo poderosas razones para adoptarla. Por un lado, la ideología en que se sustentaba servía para combatir las ideas que se habían instalado en el movimiento obrero, que dificultaban el avance de la austeridad (el socialismo como forma de organización social alternativa a la economía de mercado, el estado del bienestar como corrector del mercado). Por otro, cumplía los requisitos de la política de austeridad (reducción de los salarios, ataque al estado del bienestar, aumento de la tasa de explotación, etc). Veamos cada uno de los elementos de la política neoliberal con detalle.

11.3. La culpa siempre es de otro

Según el neoliberalismo, la causa de la crisis hay que buscarla en el «shock de oferta» que han provocado las sucesivas elevaciones del precio del petróleo registradas desde 1973. A partir de ellas, se habrían generado una serie de perturbaciones estructurales que explicarían las dificultades actuales para remontar la crisis. Sin embargo, colocar al petróleo en el lugar central de la crisis económica supone darle un papel que no tiene y olvidar otras causas mas profundas. Es cierto que juega un papel estratégico, pues es la energía dominante con la que funciona el aparato productivo de los países industriales y la que en gran medida determina los patrones de consumo de sus poblaciones y una materia prima insustituible para la producción de muchos artículos de uso cotidianos. Se le ha llamado «oro negro» y no sin razón. Pero su papel no se puede exagerar.

Hay que comenzar diciendo que en ningún momento se han producido problemas de desabastecimiento que hayan paralizado el funcionamiento de la economía. No ha ocurrido en 1973 ni en 1979 y ni siquiera ha sucedido en 1991, cuando la mayor zona de producción del mundo estaba en guerra, lo que debería haber dificultado la extracción y la distribución, y centenares de pozos ardían en Kuwait. No existen perspectivas de desabastecimiento, al menos en el plazo de duración de una vida humana, y es lamentable que así suceda, porque con el petróleo se quema alegremente un recurso que a la naturaleza le ha costado millones de años «fabricar», que en el futuro podría ser incluso una fuente de alimentos, pero que hoy, tal y como se está utilizando, tiene un impacto enormemente negativo sobre el medio ambiente.

Las repercusiones económicas fundamentales se producen a través de las variaciones en su precio. Es esto lo que ha ocurrido en las tres crisis energéticas y no que el abastecimiento haya estado en peligro. A este respecto, la elevación del precio del petróleo puede influir sobre la actividad económica de los países consumidores de esta fuente de energía a través de varias vías diferentes.

a) La contracción de la demanda

Una elevación del precio del petróleo implica una transferencia de plusvalía desde los países consumidores a los productores que se traduce en un déficit en la balanza de pagos por cuenta corriente de los primeros y en un superávit en la de los segundos. Como se vio en el capítulo 9, esto implica una detracción en el flujo circular de la renta de los países consumidores, lo que se traduce en un descenso de la demanda y de la producción. Por lo tanto, tendría un efecto recesivo claro. Pero esto solo es verdad para cada país tomado aisladamente, no para la economía capitalista en su conjunto.

La elevación del precio del petróleo supone también un aumento del poder de compra en los países productores que puede ser utilizado de varias formas diferentes. En primer lugar, puede ser atesorado en forma de oro, diamantes, etc, en las arcas de sus gobernantes o de su clase dirigente, en cuyo caso, una parte de los ingresos no habrá sido devuelta al mercado, lo que tendrá efectos recesivos en el conjunto del mercado mundial capitalista. No parece que este tipo de atesoramiento haya sido muy importante en ninguna de las tres crisis energéticas. En segundo lugar, puede ser invertido en bancos occidentales o en empresas de los países industriales en busca de una rentabilidad. Esto es lo que parece que ocurrió en gran medida (los famosos «petrodólares») pero, independientemente de las repercusiones monetarias y financieras que tuvo, supone devolver una parte sustancial de los ingresos a los propios países industriales. Si estos no eran nuevamente invertidos por ellos, no era por causa de la «crisis del petróleo». Finalmente, otra parte sustancial fue utilizada para demandar productos en los países industriales para sus clases dirigentes, para realizar «planes de desarrollo», para gastos de armamento, etc, es decir, supuso un aumento de las exportaciones de estos. También en este caso, suponía devolver los ingresos al mercado mundial y más concretamente, aumentar la demanda de exportaciones de los países industriales.

Así pues, la elevación del precio del petróleo pudo tener efectos recesivos a corto plazo, en el intervalo que transcurriera entre el aumento de los ingresos en los países productores y su gasto o inversión en los países industriales, pero no puede explicar una crisis que lleva ya más de 20 años en la medida en la que no ha habido un atesoramiento importante. La evolución de los saldos de las balanzas de pagos por cuenta corriente de los países industriales muestra que la transferencia neta de recursos en ningún caso llegó a ser realmente importante en términos del PIB (en el conjunto de la OCDE, nunca llegó a sobrepasar el 0,8%), que las correcciones se realizaron con cierta rapidez y que los saldos negativos más elevados han coincidido, además, con el período en el que el precio del petróleo se desplomaba. Al menos desde el punto de vista de la «transferencia de recursos», el petróleo no ha sido la causa más importante de la crisis.

b) Los efectos sobre los precios y los costes

El aumento del precio del petróleo no tiene por qué traducirse en una elevación de los precios, denominados en moneda metálica, porque estos dependen de los valores. Pero en el capitalismo tardío, caracterizado por la inflación permanente, las autoridades económicas tienen la posibilidad de permitir la transmisión del aumento de los costes a los precios sin más que practicar una política expansiva. Es esto lo que ha ocurrido con las dos crisis energéticas, particularmente con la primera. Por otra parte, el aumento de la liquidez internacional que supuso el reciclaje de los «petrodólares» contribuyó a impulsar aún más la inflación, lo que sin duda tuvo efectos recesivos al mermar las rentas reales. A ello se unió la puesta en marcha de políticas deflacionistas por parte de los gobiernos, con el objetivo, por un lado, de reducir la inflación y, por otro, de que la tasa de beneficio se recuperase a costa de los salarios. A ello nos hemos referido en el mencionado capítulo 9 y a él hay que remitirse en este tema. El resultado es que por esta vía si hubo efectos recesivos importantes, pero los mismos no pueden ser imputados al petróleo, sino a la reacción de los gobiernos occidentales a su elevación.

Los partidarios del mercado a toda costa podrían haber permitido que este jugara plenamente: si el precio del petróleo había subido, los precios se deberían haber mantenido, los beneficios deberían haber bajado, se habrían producido quiebras y esto hubiera forzado una reestructuración del aparato productivo de acuerdo con las nuevas circunstancias que determinaban una energía más cara. Es esto lo que se espera de un funcionamiento «libre» del mercado. Pero no lo hicieron porque, con este mecanismo de ajuste, los trabajadores lo habrían pagado, pero también ellos. En su lugar, permitieron la elevación de los precios de los productos finales transmitiendo más que proporcionalmente el mayor coste de la energía y pusieron en marcha políticas de reconversión para adaptar el aparato productivo, es decir, optaron por la

planificación y no por el mercado. Aunque era una planificación muy «sui generis», porque el ajuste se realizaba solamente a costa de los propietarios de uno de los «medios de producción»: el trabajo. Para los propietarios del otro, subvenciones, deterioro de las condiciones laborales de sus trabajadores, etc. De esta forma, el petróleo no era la causa de la crisis pero sí un argumento poderoso para su política económica.

Esta política inflacionista ha tenido un relativo éxito por lo que se refiere a la rebaja del coste real de la energía. Desde 1973 hasta 1993, los precios al consumo del conjunto de la OCDE se han triplicado, de modo que los 15 dólares que costaba el barril de petróleo a finales de 1993 suponían un precio en términos reales inferior al de 1973 (10,5 dólares el barril).

c) La caída de la tasa de beneficio

La transferencia de plusvalía de los países industriales a los de la OPEP que supuso el aumento del precio del petróleo, debió de suponer un descenso significativo de la tasa de beneficio de los primeros que, con toda seguridad, afectó a la acumulación y a la producción. Este pudo ser un efecto importante, pero aún así, hay que matizarlo. En primero lugar, la tasa de beneficio estaba ya cayendo con anterioridad, de modo que el precio del petróleo solo vino a amplificar un movimiento que ya estaba en curso por otras causas. En segundo lugar, como se acaba de decir, en términos reales, la subida se ha anulado en gran parte, a causa de la inflación que se ha producido en los países industriales, mientras que la tasa de beneficio no parece haberse recuperado con la misma intensidad. También por esta vía, los acontecimientos sugieren que las causas fundamentales de la crisis económica son otras.

En conclusión, la llamada «crisis energética» pudo hacer que las recesiones de 1974-75 y 1981-82 fueran mas profundas que lo que lo hubieran sido en ausencia de un aumento del precio del petróleo pero, en 1991, no ha ocurrido lo mismo. De igual manera, la reducción del precio que se produjo a partir de 1986, fue un factor que permitió que se prolongará la recuperación coyuntural que estaban viviendo los países industriales. Nada de esto es raro si se tiene en cuenta el papel que ocupa el petróleo en la época del capitalismo tardío. Fue un factor que actuó a favor de movimientos preexistentes, pero no la única causa ni la mas importante del cambio de tendencia que experimentó la economía occidental en la década de los setenta. En la primera crisis energética, la caída de la tasa de beneficio puede constatarse mas de tres años antes de que se produjera el aumento del precio del petróleo en 1973 y en ese año, los principales países industriales ya mostraban signos claros de recesión. La segunda crisis energética se produjo en 1979, pero la recesión no llegó hasta casi dos años mas tarde. Y recientemente, los signos recesivos eran anteriores a la crisis del Golfo Pérsico y la forma en que se ha resuelto esta no ha cambiado el signo de la crisis.

Así pues, las elevaciones del precio del petróleo no han sido la causa fundamental de la crisis económica. Si la acumulación se hundió fue porque durante la larga fase expansiva posterior a la Segunda Guerra Mundial, se fueron desarrollando un conjunto de factores que terminarían produciendo un descenso de la tasa de beneficio, haciendo que las inversiones no fueran rentables y sumiendo a la economía de mercado en la onda larga recesiva en la que se encuentra actualmente. Situar al petróleo en el centro de la crisis supone enmascarar el carácter de clase de la economía de mercado, de la propia crisis y de la política que el neoliberalismo propugna para remontarla.

11.4. El pecado de ser asalariado

La economía neoclásica considera que los salarios son los principales determinantes de la inflación que caracteriza a la onda larga recesiva actual. En un principio, porque no se adaptaron al cambio que supuso una energía mas cara, de modo que los empresarios no tuvieron mas remedio que transmitir la elevación de los costes de la energía a los precios. Y después, cuando el precio del petróleo disminuyó en términos reales, porque los salarios han seguido creciendo. Tal afirmación se basa en la teoría de la inflación que se pasa a exponer seguidamente.

Supongamos una empresa individual cualquiera que produce 5 chaquetas diarias empleando a 10 trabajadores, cada uno de los cuales tiene un salario de 2.500 pesetas al día. Los costes laborales de cada chaqueta, que en lo sucesivo denominaremos costes laborales unitarios serán:

$$\text{costes laborales unitarios} = \frac{\text{número de trabajadores por salario de cada trabajador}}{\text{número de chaquetas producidas}} =$$

$$= \frac{10 \text{ trabajadores por } 2.500 \text{ pesetas de salario}}{5 \text{ chaquetas}} = 5.000$$

Y en general, si llamamos *CLU* a los costes laborales unitarios, *L* al número de trabajadores, *w* al salario y *Y* a la producción total, podríamos escribir:

$$CLU = \frac{L \cdot w}{Y} = \frac{w}{(Y/L)} = \frac{\text{salario monetario}}{\text{productividad}}$$

En el ejemplo que venimos utilizando, los costes laborales unitarios, esto es, los de cada chaqueta, serían igual al salario de cada trabajador (2.500 pesetas) dividido por su productividad (media chaqueta por día), es decir, 5.000 pesetas. Por tanto, los costes laborales unitarios dependen no solo del salario, sino también de la productividad. En efecto, si la productividad fuera el doble, de modo que cada trabajador produjera una chaqueta al día y no media, los costes laborales de cada chaqueta serían la mitad (2.500 pesetas de salario diario dividido por la productividad, que es una chaqueta al día).

Es decir, los costes laborales unitarios aumentan cuando lo hace el salario monetario (el numerador de la ecuación) y disminuyen cuando lo hace la productividad (el denominador). Dicho de otro modo, el crecimiento de los costes laborales unitarios es igual al crecimiento del salario menos el de la productividad. En efecto, si el salario se eleva hasta 2.575 pesetas (el 3% de aumento) y la productividad crece, de forma que cada trabajador pasa a producir 0,51 chaquetas y no 0,50 (lo que supone un 2% de crecimiento de la productividad), los costes laborales unitarios se habrán elevado hasta 5.050 pesetas (2.575 pesetas de salario dividido por 0,51 de productividad), esto es, habrán crecido un 1% (la diferencia entre el 3% de los salarios y el 2% de la productividad).

El precio al que la empresa está dispuesta a vender cada chaqueta será igual a lo que le cuesta producir cada una de ellas mas un porcentaje de margen sobre dichos costes que serán sus beneficios. Si dicho porcentaje es del 50%, por ejemplo, el precio de la chaqueta sería de 7.500 pesetas, obtenido por la suma de 5.000 pesetas de costes laborales mas 2.500 de margen (el 50% de 5.000). Por tanto, en términos generales, el precio (*p*) se obtiene aplicándole a los costes el porcentaje de margen (*m*):

$$\begin{aligned} \text{precio } (p) &= \text{costes laborales unitarios } (CLU) + \text{beneficio por unidad } (CLU \text{ por } m) = \\ &= CLU + CLU \cdot m = CLU (1+m) \end{aligned}$$

Y si los costes laborales suben un 1% (de 5.000 a 5.050 pesetas) y el porcentaje de beneficios se mantiene en el 50%, el precio de la chaqueta se elevará también un 1% (de 7.500 pesetas a 7.575 pesetas). En conclusión, los precios suben cuando crecen los salarios y se reducen cuando lo hace la productividad.

Lo que ocurre para una empresa individual ocurrirá de la misma forma para la economía en su conjunto, de modo que, si no se quiere que haya inflación los salarios monetarios no pueden crecer mas que la productividad.

Esta teoría de la inflación está sesgada en contra de los salarios. En primer lugar, los costes del trabajo no son los únicos ni los mas importantes en muchos sectores. Las empresas deben hacer frente también a los costes de las materias primas (muchas de las cuales son importadas), de los servicios que les prestan otras empresas y, sobre todo, de los costes financieros (que en los últimos tiempos han sido muy elevados). Olvidarse de todos ellos con el argumento de que, en el conjunto de la economía, los salarios representan la mayor parte de los costes de producción supone simplificar hasta el ridículo la forma en que se determinan los precios en una economía capitalista. En segundo lugar, los costes laborales unitarios pueden crecer porque lo hagan los salarios, pero también porque disminuya la productividad y esta puede hacerlo simplemente porque no haya demanda suficiente en la economía. Si con un determinado nivel de costes laborales, las ventas de una empresa disminuyen, es evidente que sus costes laborales unitarios aumentarán, pero la inflación no se debería a los salarios, sino precisamente a una demanda insuficiente. Finalmente, y lo que es mas importante, toda esta teoría está basada en que los porcentajes de margen permanecen constantes, lo que no se deduce en absoluto de los datos estadísticos. Antes al contrario, dichos datos sugieren que los beneficios han sido tanto o mas inflacionistas que los salarios, como se deduce del hecho de que, en la mayoría de los países, los precios han crecido sustancialmente por encima de los costes laborales unitarios, al menos desde 1980.

Sin embargo, desde el punto de vista ideológico, los costes laborales unitarios se han convertido en una variable analítica clave con la que los organismos internacionales, los gobiernos y los grandes «pontífices» de la economía demuestran todos los días la responsabilidad de los salarios en la crisis económica. No es raro, pues dicha variable es también clave para conseguir que la renta se distribuya en contra de los trabajadores.

Para que los salarios mantengan su participación en la renta nacional se requiere que el salario real por persona, o sea, al margen del aumento de los precios, crezca como la productividad. En efecto, sean Y el PIB, p los precios, w el salario monetario por persona y L el nivel de empleo. La participación de los salarios en el PIB, a , sería:

$$a = \frac{\text{remuneración asalariados}}{\text{PIB monetario}} = \frac{w \cdot L}{p \cdot Y} = \frac{(w/p)}{(Y/L)} = \frac{\text{salario real}}{\text{productividad}}$$

Para que a no varíe, esto es, para que el PIB no se redistribuya en contra de los salarios, se necesitará que el crecimiento del salario real por persona (el numerador de la ecuación) sea igual al de la productividad (el denominador). Dicho de otro modo, para que la renta no se redistribuya en su contra, los salarios deben resarcirse del poder adquisitivo que hayan perdido a consecuencia de la subida de precios y deben participar de los frutos del progreso que supone el aumento de la productividad. En este caso, el aumento del PIB se repartirá «equitativamente»: un $a\%$ irá a salarios y un $(1-a)\%$ al excedente. Si el salario real por persona crece menos que la productividad, a disminuirá y la participación del excedente en el PIB $(1-a)$ aumentará. No todos se beneficiarán por igual de los frutos del progreso, porque los beneficios se llevarán una parte creciente de los aumentos del PIB. Unas verdades muy elementales que nadie había puesto en duda durante las décadas de expansión económica posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En conclusión, para que la distribución de la renta se mantenga, los salarios monetarios deben crecer como la suma del porcentaje en que suban los precios más el que lo haga la productividad. Sin embargo, para que no haya inflación, los costes laborales unitarios no deben crecer, es decir, los salarios solo deben hacerlo como lo haga la productividad. Por tanto, no pueden resarcirse de las subidas de precios, porque esto sería inflacionista. Pero esto supone que a disminuya, es decir, que la renta se redistribuya en contra de los salarios continuamente.

Hay una parte de verdad en el argumento de que los salarios son los principales determinantes de los precios. En una economía capitalista, cualquier aumento de los salarios por encima del de la productividad supondrá un aumento de los costes que será transmitido inmediatamente a los precios, salvo que los empresarios decidan disminuir sus beneficios para compensar el crecimiento de los salarios, lo que claramente no se corresponde con el mundo que nos ha tocado vivir. Pero este argumento oculta que los salarios no crecen por que sí, sino que lo hacen para recuperarse del poder adquisitivo perdido porque antes han crecido los precios. Imputarles un carácter inflacionista es suponer que la única forma de que no lo sean es haciendo que se rompa el proceso inflacionista una y otra vez precisamente por ellos, es decir, que cuando suben los precios, los salarios soporten el ajuste necesario. Dicho de otra forma: para que no haya inflación, la renta se debe redistribuir en contra de los salarios y a favor de los beneficios, esto es, la tasa de explotación debe aumentar continuamente, uno de los objetivos de la política de austeridad.

11.5. Las relaciones peligrosas

El crecimiento de los costes laborales unitarios no solamente influye sobre los precios, sino que también tiene consecuencias negativas sobre la actividad real de la economía. En primer lugar, tiene un efecto directo sobre la producción y el empleo porque deteriora la competitividad de las empresas. Los elevados salarios hacen que algunas de ellas no sean rentables y entren en crisis y que las que sobreviven se vean obligadas a reducir sus niveles de producción y sus plantillas para conseguirlo. En segundo lugar, comprime los beneficios, lo que afecta negativamente a la inversión por una doble vía. Por un lado, disminuyen los fondos de los que disponen las empresas para realizar las inversiones. Por otro, hacen que muchos proyectos posibles no sean rentables y, por tanto, que no se realicen. A partir de aquí, se desencadenarían todos los males que genera una inversión insuficiente: reducción de la producción, de la productividad, del empleo, etc. Finalmente, como se ha visto, el crecimiento de los salarios es el principal responsable de la inflación, lo que obliga a una política monetaria rigurosa para combatirla, con las consiguientes repercusiones negativas de los altos tipos de interés sobre la actividad económica.

Todos estos problemas provocados por los salarios no se solucionan aplicando políticas de demanda, porque tales políticas no atacan el mal en su origen. Se necesita actuar sobre las causas que han provocado la enfermedad de la economía de mercado y dichas causas no hay que buscarlas en la demanda sino, como se ha dicho, en la oferta. El primer paso es el diseño de una política macroeconómica destinada a restaurar las condiciones óptimas en las que se debe desenvolver la producción y la acumulación, cuyos principales elementos son los siguientes:

a) Una política de reducción de los costes laborales. Es necesario reducir la presión que los salarios ejercen sobre los costes de las empresas, porque esto tendrá un efecto doblemente beneficioso: disminuirá

la inflación y aumentarán los beneficios. Si la inflación disminuye, se habrá eliminado uno de los factores fundamentales que deterioran la competitividad de las empresas y la política monetaria podrá ser menos restrictiva. Si los empresarios tienen más beneficios, sus inversiones aumentarán, lo que generará un crecimiento de la productividad y, con ella, del empleo y, de esta forma, la economía se volverá a poner nuevamente en funcionamiento.

b) Una política de fomento del ahorro. El ahorro global de la sociedad es muy insuficiente, en parte, debido a que los beneficios son muy reducidos, pero también, a que los impuestos que recaen sobre las empresas y las rentas altas, esto es, sobre los que tienen mayor capacidad de ahorro, son muy elevados. Si se reducen dichos impuestos, el ahorro aumentará, lo que hará que los tipos de interés bajen, con el consiguiente efecto beneficioso sobre la inversión y el empleo.

Esta política macroeconómica no pretende otra cosa que el aumento de la tasa de explotación mediante la reducción de los salarios, el crecimiento de la productividad y la desgravación fiscal de las rentas del capital. Por tanto, es totalmente acorde con los objetivos de la política de austeridad. Pero los economistas neoliberales envuelven el aumento de la explotación en razonamientos neoclásicos, tratando de demostrar que si los trabajadores lo aceptan saldrán beneficiados. En síntesis, sostienen que si los salarios se reducen, los beneficios aumentarán, con lo que la inversión se recuperará y el empleo crecerá. La política fiscal regresiva solo pretende facilitar este proceso.

Tal cadena argumental puede servir para que los trabajadores acepten la política de austeridad, pero el resultado de cualquier política económica que se base en ella no será el crecimiento de la ocupación, sino el agravamiento de la crisis. En efecto, las relaciones entre salarios, beneficios, inversión y empleo son más complejas que lo que pretende la teoría económica neoclásica.

La reducción de los salarios no tiene porque llevar a un aumento de los beneficios, porque los efectos positivos directos sobre estos pueden ser inferiores a los negativos que provocaría el hundimiento de la demanda que se produciría como consecuencia de la reducción salarial. En las economías capitalistas, los salarios desempeñan un papel contradictorio: son una parte de los costes de producción, por lo que su reducción tiene un impacto positivo sobre los beneficios, pero el consumo salarial es uno de los componentes más importantes de la demanda agregada, por lo que una disminución de los salarios puede afectar negativamente a los beneficios. La economía capitalista se mueve pues, por el «filo de un cuchillo»: los salarios no pueden crecer demasiado, porque los beneficios serían insuficientes para estimular la inversión, ni demasiado poco, porque no habría demanda efectiva suficiente. Esta contradicción la expresó Marx gráficamente cuando dijo que cada capitalista desearía pagar bajos salarios a sus trabajadores, para rebajar sus costes, pero querría que sus competidores los pagaran altos para tener una demanda elevada. De modo que si los economistas neoliberales quieren elevar los beneficios a costa de los salarios, al mismo tiempo deben buscar otro componente de la demanda que sustituya la reducción del consumo salarial que su política provoca. Descartados los gastos sociales, porque también se trata de reducir el déficit público, solo queda la inversión.

Los economistas neoliberales esperan que la inversión crezca como consecuencia del aumento de los beneficios y de la reducción del tipo de interés que generarán las reducciones fiscales, pero tal cosa es muy improbable que se produzca. Por un lado, porque la inversión depende de otros muchos factores (crecimiento de la demanda agregada, expectativas de los empresarios, etc) que, en la actual situación de crisis presentan una trayectoria negativa. Por otro, porque la política fiscal regresiva puede provocar un aumento del ahorro personal, en la medida en la que la propensión al ahorro de las rentas altas es mayor, pero este es un componente muy poco importante del ahorro total de una economía, de forma que los efectos potenciales sobre el tipo de interés de tal política fiscal son muy reducidos. El resultado es que se pueden aumentar los beneficios pero esto no quiere decir que los empresarios vayan a invertirlos nuevamente. Como dicen los keynesianos, «se puede llevar un caballo al abrevadero, pero no se le puede obligar a beber».

Finalmente, aunque la inversión creciera de nuevo, el empleo no tendría que hacerlo en la misma proporción, dada la existencia de tecnologías ahorradoras de trabajo que sustituyen hombres y mujeres por máquinas. Y esto vuelve a ser grave para la actividad económica porque si los salarios se reducen y el empleo no crece suficientemente, la demanda de consumo se verá nuevamente afectada.

Así pues, la política fiscal regresiva y la redistribución de la renta en contra de los salarios, con las que el capital intenta remontar la crisis, introducen un grave problema de insuficiencia en la demanda, porque el consumo se verá afectado negativamente sin que la inversión se recupere suficientemente, dado que depende de otros factores. De esta forma, en su empeño de elevar la tasa de beneficio para solucionar la «crisis de oferta», la política neoliberal añade una «crisis de demanda».

11.6. *Vagos, indolentes y vividores*

La «política de oferta» no puede limitarse a una política macroeconómica basada en la reducción de los salarios y el fomento del ahorro, sino que debe tener un segundo componente. Se necesita, además, una

«desregulación» de las relaciones laborales con el objetivo de remover los obstáculos de fondo que impiden el funcionamiento eficiente del mercado de trabajo. Los altos niveles de desempleo que existen actualmente no se deben a que el sistema sea incapaz de dar una ocupación a todo el que lo desea, sino a la rigidez que caracteriza al mercado de trabajo y a la resistencia que los sindicatos oponen a su flexibilización. Durante la fase de expansión posterior a la Segunda Guerra Mundial, se desarrollaron organizaciones sindicales fuertes en la gran mayoría de los países industriales, lo que unido a un Estado excesivamente protector se terminó traduciendo en una legislación laboral excesivamente favorable para los trabajadores. Tal legislación impide que los empresarios puedan utilizar eficientemente a la mano de obra y, lo que es peor, desincentiva a los trabajadores.

En efecto, los parados cuentan con tal grado de protección contra el desempleo que prefieren permanecer en el paro a aceptar un puesto de trabajo con un salario mas bajo, una cualificación distinta que la que tenían antes o en una ciudad diferente en la que viven. Esto crea enormes bolsas de paro en unas ocupaciones mientras que en otras los puestos de trabajo no se cubren. En el caso de que estén empleados, los trabajadores disponen de un verdadero arsenal legal para dificultar el ajuste de las plantillas cuando es necesario, impedir la necesaria movilidad de la mano de obra en el proceso productivo, encarecer los despidos, etc. Todo ello frena en crecimiento de la productividad. Y cuando el paro crece, los salarios no se ven afectado por ello, impidiendo así que la demanda de trabajo aumente, lo que significa que el sistema laboral discrimina a favor de los ocupados y en contra de los desempleados. Todos estos obstáculos se eliminan desregulando las relaciones laborales para hacer un mercado de trabajo mas libre y que, por tanto, funcione mas eficientemente.

Desde el punto de vista del capital, dicha desregulación desempeña un papel fundamental, pues su objetivo no es otro que el aumento de la tasa de explotación.

El primer objetivo es obtener un aumento sustancial de la productividad, rentabilizando al máximo la utilización de la fuerza de trabajo, lo que implica la flexibilización del empleo y la eliminación de todo tipo de controles, ya sea por parte de la autoridad administrativa como por parte de los propios trabajadores y sus organizaciones. Por un lado, se trata de flexibilizar la entrada en el puesto de trabajo (precarizando el empleo) y la salida del mismo (con el despido libre) para que los empresarios puedan ajustar sus plantillas a las variaciones de la producción y la demanda, consiguiendo así que estas sean las mínimas indispensables. Por otro, el objetivo es minimizar el gasto de la fuerza de trabajo utilizando a todos los trabajadores en todas las tareas, lo que supone la movilidad funcional y la polivalencia de los puestos de trabajo, o su traslado de unos establecimientos a otros, lo que representa la movilidad geográfica. Finalmente, la desregulación pretende facilitar que los empresarios puedan ajustar la utilización de la fuerza de trabajo a las variaciones estacionales de la demanda, mediante el cómputo de la jornada en términos anuales, la libertad para establecer turnos, la flexibilidad en las horas extraordinarias, etc, y de la coyuntura, permitiendo que los empresarios puedan suspender los contratos un mes, por ejemplo, imponer la semana de cuatro días, etc, con la reducción de los salarios correspondiente. Como es evidente, la flexibilización del empleo supone un deterioro considerable de las condiciones laborales, que no tiene como consecuencia una mayor creación de empleo, porque implica reducir al mínimo las plantillas de las empresas, poder ocupar a un trabajador en varias tareas diferentes, etc, esto es, supone hacer que las plantillas sean mas «productivas» y, por tanto, mas reducidas. El segundo objetivo es la flexibilización de los salarios. La flexibilización del empleo, por si sola, supone un factor que presionará a la baja a los salarios, ya que los trabajadores se encontrarán en peores condiciones de negociación, pero los partidarios de la desregulación laboral no lo consideran suficiente y quieren realizar cambios institucionales y legales que garanticen una reducción salarial ahora y que los salarios continúen siendo bajos en el futuro.

Por un lado, la estructura del salario debe cambiar, reduciendose los componentes fijos del mismo y aumentando los variables, que están ligados a los beneficios de las empresas, a la productividad, etc, lo que supone un cambio de gran calado en la negociación colectiva. Solamente una parte del salario (las retribuciones fijas o garantizadas) sería la que se podría resguardar de la pérdida de poder adquisitivo, con lo que se habría logrado «desindexar» los salarios, esto es, se habría introducido un mecanismo para desvincular salarios e inflación. Además, la negociación de la productividad se convertiría en la norma, pero este es un tema en el que los sindicatos siempre se encuentran en pésimas condiciones pues lo que se negocia es la intensificación de los ritmos, no de la productividad, a cambio de un complemento que, en general no se corresponde con el deterioro de las condiciones de trabajo que se pacta.

Por otro, se trata de modificar la legislación que ampara a la negociación colectiva, primando las negociaciones individuales sobre las colectivas y eliminando el carácter no negociable de algunos derechos laborales, lo que supone un ataque en profundidad a los sindicatos. Con la contrarreforma, el grado de segmentación de los trabajadores aumentaría considerablemente pues, en el límite, solamente habría convenios de empresa y aún estos no se podrían imponer a los pactos individuales. El abanico salarial se abriría y los sindicatos se verían debilitados, incapacitados como estarían para realizar una defensa efectiva de todos los trabajadores.

La desregulación tiene relación con la salida de la crisis, porque puede deteriorar las condiciones sociales que dificultan el aumento de la tasa de explotación. Pero tan importante como esto es que su objetivo es también acabar con los sindicatos. En este sentido, la verdadera lógica de la desregulación y la liberalización del mercado de trabajo no es el fomento del crecimiento económico y el bienestar social, sino el del beneficio privado.

11.7. *Acabemos con el bienestar, digo con el Estado*

El crecimiento de los costes laborales y la rigidez del mercado de trabajo no son los únicos factores negativos que dificultan la salida de la crisis económica. Durante la fase expansiva posterior a la Segunda Guerra Mundial, la actividad estatal fue ganando peso en la economía, pero esto no puede sostener ya. Por un lado, el excesivo porcentaje que supone el Estado en el conjunto de la actividad económica de la mayoría de los países industriales (en tono al 50%) dificulta el funcionamiento eficiente del mercado, de modo que es necesario reducirlo. Por otro, los déficits públicos son muy elevados y esto provoca una subida de los tipos de interés que afecta negativamente a la inversión. Por tanto, para que la economía salga de la crisis, no hay otra solución que reducir el gasto público para que el déficit disminuya, pues el aumento de los impuestos también tendría consecuencias negativas sobre la actividad económica. Finalmente, el «estado del bienestar» está en crisis, porque ya no es posible mantener los niveles de prestaciones sociales a los que han estado acostumbrados los trabajadores. Y todo ello sin contar que el excesivo grado de protección social que existe actualmente los desincentiva. Sin embargo, ninguno de estos argumentos es correcto.

En primer lugar, el peso del Estado en la economía no es excesivo, salvo que se piense, como hacen los neoliberales, que el mercado y la competencia deben ser las leyes supremas e inexorables a las que tienen que someterse las economías. Ya se ha visto en los capítulos 2 y 3 que el mercado dista mucho ser el mecanismo perfecto de organización social, porque no asigna los recursos productivos de la forma más adecuada para satisfacer las necesidades sociales, implica una desigualdad creciente y, por si solo, no tiende a corregir las perturbaciones económicas que se producen sino que, antes al contrario, tiende a agudizarlas. Precisamente, a partir de la crisis de los años treinta, el Estado pasó a tener una intervención creciente en la economía porque el mercado, abandonado a sus propias fuerzas, era incapaz de remontarla. De la misma forma, ahora, en contra de la opinión de los neoliberales, cualquier reducción de la actividad del estado en favor del mercado sería negativa, porque la disminución del gasto público supondría trabajar a favor de la crisis.

En segundo lugar, los déficits públicos se han agudizado precisamente porque la crisis económica ha provocado una reducción de los ingresos impositivos y un aumento de los gastos, pero también como consecuencia de la política económica que el capital ha puesto en marcha para remontar la crisis. Los economistas neoliberales esperaban que las medidas fiscales destinadas a fomentar el ahorro (menor imposición para las rentas altas, exenciones fiscales a las rentas del capital, etc) impulsarían la actividad económica, con lo que la recaudación impositiva aumentaría, ya que la reducción de los ingresos que se efectuaba sería menor que el aumento de los mismos que generaría la mayor actividad. Como se ha visto en un epígrafe anterior, tal cosa no ha ocurrido y el resultado ha sido que los menores ingresos impositivos se han quedado en eso, en menores ingresos. Intentar disminuir los déficits públicos reduciendo los gastos solo puede contribuir a agravar el problema, ya que menos gastos supondrá menos actividad económica, lo que se traducirá en menos ingresos por impuestos y, en consecuencia, un aumento de los déficits.

En tercer lugar, no es cierto que el «estado del bienestar» sea económicamente insostenible porque, en cuanto a recursos productivos reales (capital y mano de obra), nunca ha habido mejores circunstancias para garantizar y reforzar el bienestar general. Tengase en cuenta que hoy todavía se sostiene cuando en la Europa comunitaria existen 17 millones de parados, el 11% de la población activa. Bastaría con poner a trabajar a estos parados con los recursos ociosos para que el «estado del bienestar» pudiera incluso dar un salto adelante. En este sentido, los que hablan de crisis del estado del bienestar están tratando de desviar la atención del verdadero problema. Lo que está en crisis no es el «estado del bienestar», sino el capitalismo, y lo que pretenden no es reducirlo a un nivel que sea sostenible, sino hacer retroceder las conquistas sociales de los trabajadores que se plasmaron en él, porque esto lo consideran necesario para que aumente la tasa de beneficio.

Finalmente, con un menor grado de protección social, no se pretende incentivar a los trabajadores, sino deteriorar sus condiciones de vida y laborales para que puedan ser explotados más fácilmente. En definitiva, el problema del paro no reside en que los trabajadores estén desincentivados, sino pura y simplemente en que no hay empleo.

El ataque al «estado del bienestar» responde a las necesidades del capital para remontar la crisis económica a su favor. Durante la fase de expansión del capitalismo tardío, el Estado intervino activamente en la economía, no solo facilitando las prestaciones sociales, sino también a través de las empresas públicas. Pero ahora las cosas han cambiado. Por un lado, se trata de aumentar la tasa de explotación por

la vía de reducir los salarios indirectos y diferidos. Por otro, se trata de devolver al sector privado todas aquellas actividades públicas que puedan ser rentables, en un momento en el que la crisis ha liberado grandes volúmenes de capital que no encuentran donde invertirse como consecuencia de la caída de la tasa de beneficio. Por eso, el discurso neoliberal no se limita al ataque al «estado del bienestar», sino que pretende extender la idea de que la gestión privada es eficiente y la pública un desastre. Incluso, los servicios públicos deben ser prestados por el capital privado, porque lo importante no es quien presta el servicio, sino que su financiación sea pública. Y la gestión privada es mejor que la pública, porque al someterse a los criterios del mercado necesita ser rentable para sobrevivir. Así, la ofensiva ideológica liberal no solo busca una reducción del papel del Estado en la economía, sino incluso someter su actuación a las reglas del mercado. La gestión con criterios de mercado debe animar todo: la sanidad, la educación, incluso el sistema carcelario.

El capitalismo actual es un producto de la complejidad que ha adquirido el sistema económico pero, en mucha más medida, es una consecuencia de la lucha histórica de la clase obrera por mejorar sus condiciones de vida y laborales. No es el capitalismo de libre competencia del siglo XIX, sino lo que se conoce como capitalismo mixto, o capitalismo del «estado del bienestar». Nació a raíz de la crisis de los años treinta, con la llamada «revolución keynesiana». En aquellos años, la intervención del Estado en la economía fue diseñada para combatir la crisis, pero es evidente que, de forma secundaria, el gasto público se podía utilizar para paliar la conflictividad social que estaba determinando el paro masivo y el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, la fuerte expansión económica que experimentaron los países industriales permitió un cambio cualitativo en el papel del Estado en la economía y, por tanto, un cambio en el capitalismo. Dicho cambio en la intervención del Estado en la economía ha permitido corregir en parte la inestabilidad intrínseca del sistema capitalista (durante todo el período de expansión posterior a la segunda guerra mundial solo se produjo una recesión generalizada en 1958), paliar la injusticia que es inherente al funcionamiento del mercado con la extensión del «estado del bienestar» y darle al capitalismo una mayor legitimidad a los ojos de los trabajadores, en la medida en que, buscando disminuir la conflictividad social, algunas de sus reivindicaciones históricas eran satisfechas. Los neoliberales pretenden dar marcha atrás en la moviola de la historia volviendo al capitalismo de la libre competencia, en el que el mercado era el rey absoluto de la economía. Pero el capitalismo salvaje que propugnan los neoliberales (reino absoluto del mercado, mínima intervención del Estado, mercado de trabajo regido por la ley de la selva, etc) desapareció a principios de este siglo y no lo hizo por casualidad, sino porque, de no hacerlo, no hubiera sobrevivido.

11.8. *Disciplina inglesa*

El último componente de la política económica neoliberal es el «monetarismo», una doctrina que, llevada a la práctica, tiene consecuencias recesivas muy pronunciadas.

Como se vio en los capítulos 8 y 9, en una economía de moneda metálica, un aumento de la cantidad de dinero por encima de la necesaria para la circulación de las mercancías, no tendrá ninguna repercusión sobre los precios, porque estos dependen de los valores. El exceso de dinero en circulación por encima de la cantidad necesaria será retirado, porque el oro no es nunca una mercancía invendible. Sin embargo, la cantidad de dinero metálico que haya en circulación si puede afectar a la actividad económica, porque un exceso de moneda metálica puede generar una demanda adicional de mercancías por encima de la oferta, movilizándolo stock de las mismas que permanecían invendidos. En una economía como esta, un monetarista defendería exactamente lo contrario: la cantidad de dinero puede afectar a los precios pero no a la actividad económica.

En las sociedades actuales, en las que no existe dinero metálico, el mecanismo es más complejo. Un aumento de la circulación de billetes por encima de la cantidad necesaria para la circulación de mercancías supondrá inmediatamente una devaluación de los mismos respecto al oro y, por consiguiente, los precios de las mercancías, denominados en billetes, se elevarán. Sin embargo, al igual que ocurría en el caso de la moneda metálica, el aumento de la cantidad de dinero puede suponer una demanda efectiva adicional e impulsar la actividad económica. El lector o lectora interesados puede retroceder a los mencionados capítulos para comprobar que es así.

Por tanto, en las sociedades actuales, la expansión de las variables monetarias puede tener un efecto tanto sobre los precios, como sobre la producción. La forma en que se distribuya dicho efecto dependerá de la situación en que se encuentre la economía. Si está en el pleno empleo y, por lo tanto, la producción no puede crecer a corto plazo, todo el aumento de la cantidad de dinero se traducirá en inflación. Si existe paro, una parte se reflejará en subida de precios, pero otra impulsará la actividad económica real. Desde que Keynes escribiera la Teoría General, en 1936, esto ha sido una verdad admitida por todo el mundo menos por los monetaristas.

En síntesis, el monetarismo sostiene que la expansión de las variables monetarias no tiene prácticamente ningún efecto positivo sobre la producción, porque esta depende de factores reales, nunca

monetarios. Por el contrario, puesto que los costes laborales son los principales determinantes de los precios, una expansión monetaria solo conseguiría mejorar las condiciones para que los empresarios pudieran transmitir más fácilmente las subidas de salarios a los precios, por lo que tendría consecuencias fuertemente inflacionistas. Se necesita, pues, una política monetaria restrictiva que genere una «disciplina» en la producción y el empleo, porque esta es la única manera de controlar los costes de producción.

Con las restricciones monetarias, los monetaristas pretende desplazar la «balanza de poder» a favor de los empresarios, para que puedan imponer sus condiciones, y en contra de los trabajadores, para dificultar las subidas salariales. Esto se consigue poniendo un corsé monetario a la economía que evite que los aumentos de la demanda real puedan ser aprovechados por los trabajadores para mejorar sus condiciones de vida. Pero tal corsé monetario tiene unas repercusiones fuertemente recesivas.

Los monetaristas creen que el crecimiento lento de la economía es una condición necesaria para que se reduzcan las presiones de los costes sobre los precios, pero que dicho crecimiento lento se producirá a corto plazo, solo mientras se cambia la balanza de poder. Sin embargo, la política monetaria puede hundir a una economía pero no puede hacer que se recupere de una recesión. Una política monetaria restrictiva puede estrangular a la economía, porque provocará una elevación de los tipos de interés que tendrá un efecto negativo sobre la inversión, producirá un hundimiento de las expectativas, etc. Pero una política monetaria expansiva, no podrá sacar a una economía de la recesión por sí sola, porque, una vez que la demanda agregada ha caído y se han hundido las expectativas, una bajada de los tipos de interés no inducirá un recuperación de la inversión, porque esta depende de otras variables. Como ha dicho Galbraith, con una cuerda (la política monetaria) se puede arrastrar un mueble (disminuir la inversión), pero no empujarlo (hacer que crezca). El resultado es que el monetarismo, en su empeño en conseguir la estabilidad de precios a toda costa, tiende a generar crisis de demanda añadidas.

12

LA HISTORIA INTERMINABLE (LA SALIDA DE LA ONDA LARGA RECESIVA)

Durante la crisis económica, el capitalismo ha sufrido transformaciones tan profundas, que algunas corrientes de la izquierda piensan que ya se han sentado las bases para que inicie una nueva fase expansiva de larga duración. Sin embargo, el análisis de dichos cambios muestra que el sistema no ha creado todavía los mecanismos que garanticen una reproducción y una acumulación sostenida en el tiempo. En este capítulo, se examinan los problemas de fondo que determinan la crisis económica actual y los debates en torno a la salida de la onda larga recesiva que ha enmarcado el desarrollo del sistema en los últimos veinte años.

12.1. Una enfermedad crónica

La crisis actual hay que situarla en el contexto de los movimientos a largo plazo que experimenta la economía capitalista. Las ondas largas constituyen períodos históricos complejos, cuyas características y causas son difícilmente resumibles. Cada una de ellas ha tenido una tecnología que la ha caracterizado, una potencia hegemónica, un sistema de relaciones económicas internacionales específico, un modo de vida, unas determinadas relaciones entre las clases, etc. Pero hay una variable que, por el papel crucial que ocupa en la economía capitalista, es un sintetizador de todos estos fenómenos. Como ya se dijo en el texto, se trata de la tasa de beneficio.

Durante los 25 años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la economía occidental conoció una larga fase de prosperidad determinada, fundamentalmente, por el aumento de la tasa de beneficio que permitieron las sucesivas derrotas de la clase obrera tras el ascenso del fascismo y el término de la guerra y por la incidencia de la «tercera revolución tecnológica» que se produjo entonces. Pero desde el final de la década de los sesenta, todos los datos indican que se ha situado en una larga fase recesiva, caracterizada por menores ritmos de crecimiento de la producción y la acumulación. La causa fundamental de este cambio de tendencia, aunque no la única, es el descenso que se registró en la tasa de beneficio mucho antes de que se produjera la crisis del petróleo de 1973. La salida de la crisis exigía, pues, restaurar el nivel de dicha tasa que existía antes de la misma y, como se mostró en el capítulo anterior, la clase dominante ha puesto en marcha una política económica y social neoliberal con el objetivo de conseguirlo.

A lo largo de la onda larga recesiva, se han producido ciclos de menor duración cuyas causas y naturaleza son distintas a las de las ondas largas: se deben a las periódicas situaciones de sobreproducción en las que se coloca la economía capitalista. Durante la fase descendente de la onda larga, se han producido dos recesiones generalizadas (1974-75 y 1981-82). Desde la recesión de 1981-82, los principales países industriales han vivido una expansión cíclica que ha sido limitada, pues las tasas de crecimiento no han llegado a ser las que se dieron durante los 25 años de prosperidad posteriores a la

Segunda Guerra Mundial, pero ha tenido una cierta intensidad: en 1988, el punto más alto de la mencionada expansión cíclica, los Estados Unidos crecieron el 4,5 por 100 y la Comunidad Europea lo hizo a tasas superiores al 4 por 100. Pero hace tiempo que la expansión coyuntural acabó. Primero fueron la economía americana y el Reino Unido los que, antes del conflicto del Golfo Pérsico, en agosto de 1990, entraron en una recesión mientras que, en Japón y en el resto de Europa, la actividad económica se desaceleraba acusadamente. Pero después, las tasas negativas de crecimiento del PIB llegaron a Japón y a Alemania y el fantasma de la recesión comenzó a recorrer el viejo continente.

Así, desde el punto de vista real, la situación del capitalismo puede caracterizarse por un cambio cíclico que hay que situar en el contexto de la fase recesiva de la onda larga. En cuanto cambio cíclico, sus causas son coyunturales: situación de sobreproducción que impide que la acumulación siga creciendo, debilitamiento de la actividad económica, etc. Pero en cuanto período que hay que situar en la dinámica de la onda larga, los problemas son más profundos: se derivan del descenso estructural de la tasa de beneficio y, por tanto, de una determinada correlación entre las clases sociales fundamentales.

12.2. *¡Hay que ver lo difícil que es mejorar!*

¿Se encuentra todavía la economía de mercado en la fase recesiva de la onda larga? La crisis generalizada que recorre a la mayoría de los países industriales parece indicar que sí. Pero la recesión actual podría ser solo un movimiento cíclico detrás del cual vendría una recuperación económica coyuntural que podría ser la primera de una nueva onda larga expansiva. Es preciso, pues, analizar si se han creado las condiciones de fondo para que esto se produzca.

Para algunos sectores de la izquierda, se puede asegurar que, si la economía de mercado no ha salido de la crisis económica de larga duración, está a punto de hacerlo. Durante los últimos años, el capitalismo ha experimentado una importante reestructuración interna. Las dos recesiones generalizadas de 1974-75 y 1981-82 han permitido la eliminación de muchas empresas improductivas, la política de austeridad y reconversión ha logrado la reestructuración de sectores industriales completos y se ha incorporado una verdadera revolución tecnológica. Y la recesión actual puede producir un mayor desgaste del movimiento obrero, acelerándose la reestructuración que el capitalismo necesita para salir de la crisis.

Desde la perspectiva de su funcionamiento interno, el saneamiento ha sido profundo a lo que hay que unir que, en la mayoría de los países industriales, el capital ha conseguido una cierta victoria sobre la clase obrera. Desde el punto de vista objetivo, la política neoliberal es hoy dominante y sus postulados han calado no solamente entre los trabajadores, sino también en amplias capas de los dirigentes del movimiento obrero. Los salarios han retrocedido su participación en la renta nacional, se ha impuesto un cambio negativo en el terreno de la organización del trabajo y puede hablarse de un serio retroceso del «estado del bienestar», que puede ser aún mayor si tiene éxito la ofensiva que el neoliberalismo ha desencadenado a raíz de la actual recesión. Desde el punto de vista subjetivo, la clase obrera se encuentra muy debilitada, como consecuencia de los efectos objetivos que veinte años de crisis han tenido sobre los trabajadores, del retroceso ideológico que ha provocado la incompreensión del derrumbe del «socialismo real» (no se trataba del socialismo, sino de una degeneración burocrática) y la ofensiva neoliberal y de los propios errores de la izquierda. El resultado es que no ha sabido imponer su alternativa a la crisis. Hoy, más que nunca, está lejos de vislumbrarse una salida no capitalista de la onda larga recesiva y, por el contrario, están sentadas todas las condiciones para que la clase dominante imponga sus dictados. Todo esto ha debido tener una repercusión importante sobre la tasa de beneficio.

En todo lo anterior, hay una gran dosis de verdad. ¿Cómo negar el avance de la reestructuración capitalista, el retroceso objetivo y subjetivo de la clase obrera, la lamentable situación, carente de perspectivas, en la que se encuentra el Tercer Mundo o los aspectos negativos del actual orden económico internacional? Pero el problema no es discutir el avance del capitalismo, que nadie niega, sino valorar si lo ha hecho en grado suficiente como para decir que ya están sentadas las bases para una salida de la fase recesiva de la onda larga. Esto es importante, porque suponer que ya se han creado las condiciones es dar la batalla por perdida antes de librarse.

El capitalismo está aún lejos de salir de la crisis. La reestructuración interna del capitalismo y el retroceso objetivo y subjetivo de la clase obrera son evidentes, pero el problema de fondo que ha determinado la onda larga recesiva subsiste pues, aunque se ha producido una cierta recuperación de la tasa de beneficio, ha sido insuficiente. Desde los primeros años de la década pasada, en la mayoría de los países industriales, los salarios reales han crecido menos que la productividad, lo que significa que el valor de la producción se ha redistribuido en contra de los salarios y a favor del excedente (pues lo que los trabajadores han retirado de la producción ha sido menor que lo que han aportado) o, dicho en términos marxistas, la tasa de explotación ha aumentado. Pero la forma en que se ha producido este hecho muestran las debilidades que aun subsisten en la economía occidental y por que dicha recuperación ha sido insuficiente.

El aumento significativo de la tasa de explotación requiere que se efectúe no solo a costa de los salarios, sino también que el crecimiento de la productividad se acelere. Si se realiza solamente por la vía de los salarios, el aumento de la tasa de explotación encontrará muy rápidamente limitaciones: económicas, porque los menores salarios reducirán la demanda global, y sociales, porque la reducción relativa del nivel de vida de los trabajadores puede encontrar una fuerte oposición. Por el contrario, el crecimiento sostenido de la productividad permite a la vez aumentar la tasa de explotación con una menor resistencia (pues no se consigue reduciendo el capital variable, sino aumentando en mayor proporción el valor de la producción) y ampliar los mercados (pues no se afecta al consumo y, por el contrario, el aumento de la productividad induce una nueva acumulación). Nada de esto es lo que ha sucedido.

Desde 1980, los salarios reales han crecido menos que la productividad no porque esta última haya acelerado su crecimiento, que no lo ha hecho, sino porque la reducción del crecimiento de los salarios ha sido mayor. De hecho, la productividad ha crecido cada vez menos y, en la mayoría de los países industriales, su crecimiento actual es muy reducido. Ello se debe a que se encuentra en un círculo vicioso: la insuficiente recuperación de la producción no permite un proceso de acumulación sostenido, lo que impide la incorporación significativa de tecnologías ahorradores de trabajo, esto a su vez obliga a actuar sobre el capital variable para aumentar la explotación, y los efectos sobre la demanda que tal política implica impiden que la producción se recupere sostenidamente. Este círculo vicioso se puede romper con una derrota significativa de la clase obrera que permita una aumento sustancial de la tasa de explotación pero, por el momento, no se ha producido. A pesar de las visiones impresionistas que pueden aparecer, el retroceso en el poder adquisitivo de los salarios o, incluso, en el «estado del bienestar», no ha tenido la envergadura que necesita el capital, por lo que las agresiones deberán ser mayores en el futuro. Como se ha dicho, suponer que ante tales agresiones, que cuantitativa y cualitativamente serán muy diferentes a las que hemos conocido, no habrá respuesta, es dar de antemano la batalla por perdida. Es mucho mas sensato prepararse para ellas, partiendo de que las condiciones son malas, pero no irreversibles.

La vía por la que se ha producido el aumento de la tasa de explotación es, pues, la característica de una fase recesiva de larga duración. Por este camino, el período necesario para que la tasa de beneficio aumente significativamente es excesivamente largo, sobre todo si se tiene en cuenta que la composición orgánica del capital también ha aumentado, lo que es lógico en un período en el que el objetivo fundamental de la acumulación no es aumentar la capacidad productiva, sino racionalizar el proceso productivo ahorrando trabajo. El capitalismo esta, pues, lejos de adentrarse en una nueva onda expansiva, a pesar de los avances logrados en restaurar la tasa de beneficio gracias a la política neoliberal que han logrado imponer los gobiernos.

Sin embargo, ya sea por el desgaste a que se están viendo sometidos los trabajadores por la política neoliberal y por la prolongación de la onda larga depresiva, ya sea porque la recesión actual puede poner en muy malas condiciones al movimiento obrero, existen riesgos de una grave derrota de los trabajadores, lo que es una condición indispensable para que el capitalismo salga de su actual parálisis e inestabilidad. Pero esto es una posibilidad que pertenece al futuro, no al pasado, y no está escrito que tenga que suceder.

11.3. Todo organismo vivo se regula a si mismo

Los argumentos anteriores están sustentados en una teoría de las ondas largas que parte de que el cambio de una fase recesiva de larga duración a una expansiva se produce exogenamente, esto es, requiere el concurso de algún factor externo para que se produzca. Como se ha visto en los capítulos 5 y 6, tal factor externo es la lucha de clases. Pero algunos autores sostienen que la salida de una onda larga recesiva se produce endogenamente, esto es, a lo largo de la misma se van creando las condiciones para la nueva expansión, de forma que esta se produce automática e inevitablemente.

El carácter endogeno de las ondas largas fue defendido por Kondratiev, el primero que, en los años veinte, hizo un estudio empírico sobre las mismas. Para él, el comportamiento cíclico de la economía capitalista, las innovaciones tecnológicas e, incluso, una serie de fenómenos económicos y sociales (guerras, expansión geográfica de los mercados, etc) estarían determinado por las propias fuerzas internas del capitalismo. Como es evidente, los conceptos de endogeneidad y exogeneidad no deben serlo en referencia a la sociedad capitalista en su conjunto, pues en este caso todo sería endogeno, sino respecto al mecanismo económico básico de su funcionamiento y, en este sentido, la explicación de Kondratief no es correcta.

Sin embargo, desde mediados de la década de los setenta, una serie de autores franceses y americanos han abordado el problema de la crisis desde una perspectiva novedosa. Reclamándose de todo o de parte de Marx, según quien sea el autor, tienen muy en cuenta las contribuciones de Keynes. Las aportaciones de esta corriente se encuentran muy dispersas y su heterogeneidad interna es muy grande, pero sus elementos comunes han hecho que estos autores se puedan agrupar en lo que se conoce como «escuela de la regulación». La mayor parte de ellos rechazan el análisis de las ondas largas pero, como se

verá inmediatamente, tienen muchos puntos en común con él. Incluso se les podría situar entre los que sostienen que la nueva fase expansiva se produce endogenamente. En síntesis y utilizando la terminología del análisis de las ondas largas en todo lo posible, su posición es la siguiente.

Los «regulacionistas» se preguntan como puede funcionar el capitalismo a pesar de sus contradicciones internas e indagan en las transformaciones que se han sucedido en el sistema a través de las cuales se han superado las recurrentes crisis que ha padecido, lo que les lleva al concepto de «modo de regulación». El modo de regulación es un conjunto de mecanismos, instituciones y comportamientos individuales y colectivos que aseguran la reproducción del sistema desde el punto de vista económico y social, esto es, que permite reabsorber las contradicciones y darle una estabilidad suficiente para asegurar la acumulación. La configuración exacta del modo de regulación descansa en formas institucionales que son producto de relaciones sociales (las relaciones crediticias, las relaciones salariales, la competencia intercapitalista, la inserción internacional, etc) y se corresponden con una determinada forma de acumulación. A lo largo del desarrollo del capitalismo se pueden producir crisis de dos tipos: crisis «en la regulación», que sería el equivalente a las crisis industriales periódicas, y crisis «de la regulación», que se podrían asimilar a las fases recesivas de una onda larga. Cuando se produce una crisis «de la regulación», el capitalismo desarrolla elementos internos que tienden a poner en pie una regulación nueva, con la que se superara la crisis. La salida de la fase recesiva de la onda larga se produce fundamentalmente, pues, por factores endógenos.

Durante la fase expansiva posterior a la II Guerra Mundial, el capitalismo funcionó con una regulación que estos autores denominan «fordista». En teoría, el capital tiene dos formas fundamentales de gestionar el trabajo obrero para aumentar la tasa de explotación.

Por un lado, el capital puede seguir el método que Marx denominó «extracción de la plusvalía absoluta», que consiste en buscar el aumento de la plusvalía intensificando la explotación directa de los trabajadores, por la vía de reducir los salarios, prolongar la jornada de trabajo, etc. Tal método, que implica un organización del trabajo de tipo taylorista (rentabilización al máximo de la utilización de la fuerza de trabajo mediante la racionalización del proceso productivo, el control de los tiempos de producción, la eliminación de los tiempos muertos, etc), tiene, sin embargo, una consecuencia negativa para el capital, en la medida en que el crecimiento de la tasa de explotación lleva aparejado una reducción de los salarios y, por tanto, de la demanda.

Por otro, el capital puede conseguir que la plusvalía aumente por un procedimiento indirecto, que Marx calificó como «extracción de la plusvalía relativa». La acumulación puede tener como uno de sus objetivos el de dotar a los trabajadores de mas capital para hacerlos mas productivos y que reproduzcan el valor de la fuerza de trabajo en un proporción menor de la jornada, con lo que la plusvalía aumentaría. La búsqueda sistemática de ganancias de productividad en los bienes de consumo de masas, la tendencia al trabajo semiautomatizado, etc, irían en esta dirección. Este método, que supone una organización del trabajo de tipo fordista (trabajo en cadena, semiautomatización del proceso productivo, etc), tiene una ventaja: el crecimiento de la plusvalía por esta vía permite el aumento de los salarios sin que la tasa de beneficio se vea afectada, con lo que la demanda puede aumentar impulsando la producción.

En efecto, sean Y el PIB, B los Beneficios, L el empleo total y K el capital. La tasa de beneficio, r, será:

$$\text{Tasa de beneficio } (r) = \frac{B}{K} = \frac{(B/Y)}{(K/Y)} = \frac{\text{participación beneficios en el PIB}}{\text{Relación capital/producto}}$$

Como se ha visto reiteradamente en capítulos anteriores, si los salarios crecen como la productividad, su participación en el PIB no variará y, por consiguiente, tampoco lo hará la de los beneficios. El resultado es, por tanto, que si se establece la regla de que el crecimiento de los salarios reales no supere el de la productividad, el numerador de la ecuación de la tasa de beneficio no se verá negativamente afectado por dicho crecimiento salarial.

Para que la tasa de beneficio no se vea afectada, es preciso que tampoco varíe la relación capital producto, esto es, el denominador de la mencionada ecuación. La relación capital producto puede ponerse de la siguiente forma:

$$\text{Relación capital/producto} = \frac{K}{Y} = \frac{(K/L)}{(Y/L)} = \frac{\text{relación capital/trabajo}}{\text{productividad}}$$

Por tanto, el denominador de la ecuación de la tasa de beneficio tampoco variará, si se establece una segunda regla: que la acumulación genere un aumento de la productividad que compense el crecimiento de la relación capital trabajo que se produce como consecuencia de la misma (puesto que el objetivo es dotar a los trabajadores de mas máquinas para que sean mas productivos).

Finalmente, si el consumo crece como los salarios, se garantizará un aumento de la demanda sostenido en el tiempo que impulsará la producción. Para los regulacionistas, esta es la tercera de las tres reglas que garantizan que el aumento de la tasa de explotación no afectará negativamente a la demanda.

Esto es lo que ocurrió en los años de expansión. Durante ese período, los salarios no solamente representaban un coste para los capitalistas, sino también un mecanismo de absorción de una producción creciente. Los convenios colectivos, mediante los que se determinaba el crecimiento de los salarios en función de la productividad, garantizaban que el poder adquisitivo crecería con la acumulación, contribuyendo a superar la contradicción latente entre la producción y la realización de la plusvalía. Los grandes sectores de la producción se articularon en torno al consumo de masas teniendo en cuenta estas condiciones de explotación dominantes. Y los salarios crecían empujando la demanda y con ella la producción, sin que la tasa de beneficio se viera afectada por dicho crecimiento salarial. De esta forma, se estableció una «regulación fordista», basada en las tres reglas anteriores, que se denomina de esta manera por referencia a la organización del trabajo en el que se sustenta.

Sin embargo, a partir de mediados de la década de los setenta, el modo de regulación vigente después de la II Guerra Mundial ha entrado en crisis, por lo que hay que estudiar como surgirá una regulación nueva y las características que tendrá. Pero en todo caso, no se producirá por factores exógenos pues estos autores consideran que las guerras, la lucha de clases, la nueva regulación, etc son datos endógenos al sistema, producto de sus propias contradicciones internas.

12.4. Y genera autodefensas frente a la enfermedad

La explicación de la crisis económica actual que se ha desarrollado en capítulos anteriores sostiene que la recuperación de la tasa de beneficio es una condición previa indispensable para que el capitalismo supere la onda larga recesiva. Todavía no se ha producido dicha recuperación y, por tanto, el inicio de una nueva fase expansiva dependerá de que lo permitan factores externos al mecanismo económico básico de funcionamiento del sistema capitalista. Como se ha indicado reiteradamente, la lucha de clases es el factor externo fundamental y, en este sentido, las batallas más importantes están por delante.

Pero, según los regulacionistas, los argumentos anteriores no sirven para valorar el estado de la crisis, porque suponen menospreciar las transformaciones internas que se están produciendo en el seno del capitalismo y en las relaciones entre las clases. Por un lado, la tasa de beneficio puede no haberse recuperado suficientemente y, sin embargo, una nueva regulación puede haber creado las condiciones para que lo haga en el futuro. Si esto es así, no sería necesario ningún factor externo para salir de la crisis, porque la propia dinámica interna del sistema ya estaría generando los requisitos para que el capitalismo remonte la fase recesiva. Por otro, la nueva fase expansiva no tiene por que ser como la que se registró después de la Segunda Guerra Mundial, en la que el aumento de la tasa de beneficio permitió un crecimiento elevado, una acumulación sostenida, la mejora de los salarios reales y del consumo de masas, etc. La nueva regulación puede permitir conciliar las contradicciones internas del capitalismo y darle un cierto grado de estabilidad social y eficacia económica, independientemente del nivel de la tasa de beneficio y de la tasa de crecimiento económico.

Así pues, para los regulacionistas, no se trata de analizar el estado de la tasa de beneficio y los factores externos que pueden influir sobre ella, sino las transformaciones internas que se están produciendo en el capitalismo y que apuntan a como puede ser la nueva regulación que se está gestando.

a) La nueva regulación salarial

Hasta ahora, la recuperación de la tasa de beneficio, cuya caída fue el factor fundamental para el inicio de la crisis económica actual, ha sido insuficiente para determinar una nueva fase de expansión. Por un lado, en la mayoría de los países industriales, el retroceso de los salarios ha sido muy moderado. Por otro, el crecimiento de la productividad es muy reducido en relación con el que había antes de la crisis. Pero se están produciendo transformaciones en la regulación de los salarios y en la organización del trabajo que pueden terminar desempeñando el mismo papel a medio plazo que la recuperación de la tasa de beneficio.

Comencemos por las «normas salariales». Durante la fase expansiva posterior a la Segunda Guerra Mundial, se aceptaba que los salarios reales crecieran como la productividad, de forma que su participación en la renta se mantenía. Ahora, como consecuencia de los efectos de la crisis, de la política de austeridad y de la ofensiva ideológica neoliberal, ha ganado legitimidad la norma de que, en el mejor de los casos, solo mantengan su poder adquisitivo, perdiendo, por tanto, los aumentos de la productividad. Se admite, pues, el retroceso de la participación de los salarios en la renta nacional, esto es, se acepta el aumento de la tasa de explotación y, por este camino, se puede producir una recuperación paulatina de la tasa de beneficio.

La segmentación objetiva de la clase obrera que está produciendo la crisis favorece la adopción de la nueva norma salarial. Durante la fase expansiva, el empleo creció prácticamente de forma ininterrumpida

porque la producción aumentaba más rápidamente que la productividad. El crecimiento de esta última permitió, a su vez, el aumento de los salarios, la reducción de la jornada de trabajo y la mejora de las condiciones laborales. Y el resultado de todo ello fue una cierta tendencia a la homogeneización de la clase obrera que tuvo su traducción en el comportamiento de los salarios. Pero con la fase recesiva, las cosas han comenzado a funcionar a la inversa. Ahora, el crecimiento de la productividad se realiza a costa del empleo y del deterioro de las condiciones laborales y el resultado es el descenso de la ocupación, incluso en los sectores rentables, la aparición de un enorme volumen de paro, la precarización del empleo y, en general, el deterioro global de la situación objetiva de la clase obrera. Se ha producido un enorme fraccionamiento: entre trabajadores de sectores con futuro y los que ejercen su actividad en sectores sometidos a reconversión, entre fijos y precarios, entre ocupados y parados, etc. La división interna de la clase obrera no es nueva, pero durante la fase expansiva, la tendencia a la homogeneización permitía una mejor defensa de los salarios y de las condiciones laborales, mientras que hoy es muy difícil encontrar dos sectores de trabajadores con los mismos intereses. Esto supone un cambio substantivo en el comportamiento de los salarios, que tienden a moverse a la baja. Todo esto no constituye una victoria decisiva de la burguesía, pero supone un avance considerable para imponer el aumento de la tasa de explotación.

La recuperación de la tasa de beneficio ha sido insuficiente también porque el crecimiento de la productividad es muy bajo en relación con el que existía antes de la crisis económica, pero esto tampoco hay que sobrevalorarlo. Por un lado, los reducidos aumentos de la productividad que se deducen de las cifras macroeconómicas ocultan el cambio de fondo que se está registrando en la organización del trabajo. Durante la fase recesiva, el crecimiento económico se ha basado en los servicios, cuya productividad es menor que la de la media de la economía. El mayor peso de los servicios en el conjunto de la economía ha reducido las cifras de aumento de la productividad global, pero esto no quiere decir que en la industria no se estén produciendo fuertes aumentos de la misma. Antes al contrario, en muchos sectores industriales y en algunos de los servicios, se está registrando una verdadera revolución en la organización del trabajo (el «toyotismo», por ejemplo) que supone un cambio radical en la forma en que el capital gestiona el uso de la mano de obra. Por otro, con los cambios tecnológicos que se están registrando ocurre algo similar. De momento, no se han plasmado en la realidad de forma generalizada, porque son tecnologías costosas y difíciles de extender de unos sectores a otros, pero dichas tecnologías existen, se están aplicando ya en muchas ramas industriales y en algunas de los servicios y su potencialidad es enorme. En conclusión, no se le debe dar una excesiva importancia al débil crecimiento de la productividad global de la economía. A corto plazo, el cambio substantivo que se ha producido en la regulación de los salarios permite un menor crecimiento de la productividad sin que ello afecte a la tasa de beneficio. Y a medio plazo, las transformaciones profundas que se están produciendo en la organización del trabajo y en la aplicación de las nuevas tecnologías terminarán teniendo un efecto positivo sobre la productividad.

b) La nueva regulación de la demanda

La forma en que se ha sostenido la actividad económica a pesar del bajo crecimiento de los salarios indica que se está creando una nueva regulación de la demanda. Como se ha visto, durante la fase expansiva, se estableció una regulación mediante la cual la participación de los salarios en la renta se mantenía y la producción y la demanda crecían armónicamente impulsadas por el consumo salarial. Esta regulación ha entrado en crisis durante la actual fase recesiva, pero ya se pueden señalar algunos elementos que apuntan a como puede ser la nueva regulación. Durante los períodos de expansión cíclica, como ocurrió en la segunda mitad de los años ochenta, los salarios permanecen prácticamente estancados en términos reales, mientras que los beneficios crecen considerablemente. Como consecuencia, el consumo salarial no crece y aparece un déficit de demanda que no puede llenar la inversión, porque los factores que han determinado la crisis económica de larga duración siguen actuando. Dicho desfase de demanda es cubierto de una nueva regulación de la demanda: el sistema financiero canaliza una parte del excedente generado en las empresas hacia el consumo no salarial, compensando así el estancamiento o retroceso del consumo salarial. En efecto, las dificultades para encontrar inversiones productivas rentables hace que grandes flujos de capitales se dirijan hacia el sistema financiero, que se está inflando considerablemente. Pero a través de los altos tipos de interés, parte de los beneficios termina llegando a las familias ricas que aumentan su consumo. La «financiarización» creciente de la economía desempeña el papel de facilitar el consumo, amortiguando los efectos de una distribución de la renta contradictoria con la realización de la plusvalía, por falta de demanda.

Así pues, durante la última expansión cíclica, la tasa de beneficio se ha recuperado porque el reducido crecimiento de los salarios reales ha compensado con creces el débil aumento de la productividad y la demanda ha crecido porque el consumo no salarial ha sustituido al salarial. Pero un esquema de crecimiento de este tipo no soluciona la contradicción entre la recuperación de la tasa de beneficio y el mantenimiento del crecimiento de la demanda, más que muy coyunturalmente. A largo plazo, si la

productividad crece debilmente, la demanda aumentará, porque el menor crecimiento de la productividad permitirá un mayor aumento del empleo, pero la tasa de beneficio se reducirá. Por el contrario, si el crecimiento de la productividad es fuerte, la tasa de beneficio podrá aumentar, pero la demanda se puede ver afectada por la reducción del empleo.

Es preciso, pues, desconectar la creación de empleo de la determinación de la tasa de beneficio y la única solución es la dualización de la economía, esto es, su fraccionamiento en dos sectores. Por un lado, la industria moderna y algunos servicios informatizados o informatizables caracterizados por crecimientos elevados de la productividad, débil creación de empleo y relativamente altos salarios. Este sector competitivo es el que debe empujar a la recuperación de la tasa de beneficio. Por otro, los servicios de baja productividad, que es el sector que crea empleo, pero que no está sometido a las exigencias de la rentabilidad capitalista y que compensa la débil productividad con menores salarios y un empleo mas precario. Hay una tendencia mundial, aunque sea contradictoria, a que en cada país se de este fraccionamiento entre los sectores competitivo y no competitivo de la economía y ello ocurre porque la «dualización» es necesaria para que pueda funcionar la reproducción del capital, dados los cambios que se han señalado mas arriba.

En conclusión, todavía no se ha producido la salida de la fase recesiva, pero a lo largo de la misma se han realizado transformaciones profundas que están sentando las bases de una nueva regulación. Con la nueva regulación, el capitalismo ya no será tan «progresivo» como lo fue durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero puede facilitarle una salida de la fase recesiva sin un gran salto en la acumulación y el crecimiento porque, con ella, puede encontrar una forma de estabilidad social distinta a la de los años cincuenta y sesenta (basada en el crecimiento de los salarios para todos, del estado del bienestar, etc). El dualismo le puede permitir un cierto apoyo social, estabilizar las relaciones sociales y obtener un cierto consenso y legitimación. La estabilidad será inestable, pero suficiente y, además, la legitimidad no es un criterio decisivo porque siempre queda el recurso de la coerción.

12.5. Cuando la enfermedad es grave, las autodefensas no son suficientes

Es inevitable compartir algunas de las opiniones expresadas por los regulacionistas. El análisis de la situación (retroceso de la participación de los salarios en la renta, segmentación de la clase obrera, cambios profundos en la organización del trabajo, implantación de nuevas tecnologías, dualización social creciente, etc), basado como esta en un examen riguroso de las condiciones económicas y sociales dominantes en la mayoría de los países, no puede constituir mas que un substrato común de toda la izquierda. Pero, ¿quiere decir ello que se están sentando las bases para que el capitalismo inicie una nueva onda larga expansiva? Los «regulacionistas» creen que sí y piensan en ella como el futuro lógico y previsible. Sería muy atrevido considerar ese futuro como descartable, pero los cambios no tienen la importancia que se les asigna y no son muy diferentes de los que se han producido en otras fases de crisis del capitalismo. Como en otros momentos históricos equiparables, el desenlace previsiblemente será mas convulso y no ajeno a acontecimientos políticos y sociales de gran trascendencia, en los que desempeñar un papel decisivo la lucha de clases.

Uno de los problemas mas importantes de la escuela de la regulación es que tiende a presentar de forma homogénea las características de un período, lo que le lleva a generalizaciones abusivas y a darle importancia crucial a algunos fenómenos que son normales en la historia del capitalismo. Algo de esto es lo que ocurre con la «nueva regulación de los salarios».

Los «regulacionistas» hacen hincapié en la importancia de las nuevas «normas salariales», con la recuperación del poder adquisitivo como objetivo frente al mantenimiento de la participación en la renta (aumentos de los salarios equivalentes al de la productividad) del pasado. Pasando por alto que el concepto de «norma salarial» es muy problemático, no parece que sea algo novedoso que en tiempos de crisis los trabajadores estén en condiciones menos favorables para negociar sus salarios. Esto ya ocurrió en ondas largas recesivas anteriores, pero las reducciones salariales que se consiguieron por esta vía no fueron suficientes para que el capital remontara la crisis. Además, en lo que respecta al período actual, cabe resaltar algunos hechos que limitan el alcance de los avances logrados por el capital. Durante los años ochenta, los salarios han crecido por debajo de la productividad en la mayoría de los países, pero esta situación se ha revertido en los últimos años en algunas economías, pues no en balde se ha ido agotando el discurso de los gobiernos que asegura a los trabajadores que la moderación salarial era la vía para lograr la recuperación económica y acabar con el paro. Por otra parte, los salarios se han desacelerado a lo largo de la década pasada, pero también, como se ha resaltado, lo ha hecho la productividad, de modo que la diferencia que ha podido obtener el capital ha sido bastante modesta. Durante la década de los ochenta, los salarios han tenido un crecimiento real positivo y la productividad ha sido inferior al 2%, de ahí que la diferencia en torno al 1% no pueda considerarse una gran mordida. Por la vía de la regulación de los salarios, habría que concluir, no se están sentando las bases de una salida a la crisis.

Con la segmentación y fragmentación de la clase obrera, ocurre algo similar. No es un fenómeno nuevo en las crisis del capitalismo y no debiera considerarse que es un mecanismo de regulación específico de la actual onda larga recesiva. En efecto, algunos fenómenos que se están dando en la actual crisis, como la precarización del empleo, los bajos salarios en algunos sectores o la segmentación de la clase obrera, nos parecen nuevos, pero no lo son en absoluto. Durante los años 30, por ejemplo, eran legiones los trabajadores a destajo que no sabían por la mañana si ese día iban a ganar un jornal o no y las desigualdades salariales eran enormes: entre los que cobraban semanalmente y lo que lo hacían por meses, entre destajistas y trabajadores fijos, entre empleados privados y funcionarios, etc. En un período en el que se producían deflaciones de precios, muy a menudo los intereses inmediatos de unas capas de trabajadores y otras no coincidían (los destajistas, por ejemplo, veían reducirse sus ingresos conforme bajaban los precios, lo que no ocurría con los empleados y los funcionarios, cuyo poder adquisitivo aumentaba mes a mes).

El paro como primera expresión de esa segmentación ha sido masivo en otras etapas históricas, y las secuelas de debilitamiento de la clase obrera, sobreexplotación de algunos sectores, degradación de las condiciones laborales, etc son manifestaciones usuales en cualquier crisis. El estancamiento económico no afecta por igual a todos los sectores económicos ni en esta ni en las anteriores depresiones, ni por tanto a todos los estratos de la clase obrera. Las reestructuraciones que se emprenden, las incorporaciones tecnológicas y los cambios en la organización del trabajo en tiempos de crisis no se corresponden con las del período de expansión, y de ahí que la dualización social tiende a acentuarse en los períodos de estancamiento y tiende a amortiguarse en los períodos de expansión. Como tal es un factor endógeno del capitalismo para remontar las crisis, pero no es nuevo ni históricamente por esta vía se ha conseguido un aumento suficiente de la tasa de explotación que permita una recuperación de la tasa de beneficio catalizadora de un cambio de tendencia.

El tema del bajo crecimiento de la productividad es más importante de lo que sugiere la teoría de la regulación. A corto plazo, por la regla salarial dominante podría parecer indiferente siempre y cuando los salarios crecieran por debajo de la productividad, pero ya se ha señalado que dicha regla no está estabilizada y que el cambio en la distribución de la renta que el capital ha podido obtener por esta vía ha sido muy insuficiente. Además, hay que tener en cuenta que si la tasa de beneficio aumenta con la redistribución de la renta a favor de los beneficios, disminuye con el aumento de la composición orgánica del capital que está teniendo lugar, por lo que el aumento de la productividad muy por encima del de los salarios reales es una condición fundamental para que la tasa de beneficio se recupere significativamente. A medio plazo, como se vio en los capítulos 6 y 7, no es suficiente que las nuevas tecnologías o las nuevas formas de organización del trabajo hayan penetrado en algunos sectores sino que, para salir de la onda larga recesiva, es necesario que se generalicen a toda la economía. Por lo que se refiere a las nuevas tecnologías, tal generalización exige una recuperación previa de la tasa de beneficio, que no se ha producido, por lo que no constituyen ningún factor endógeno de salida de la crisis. Y por lo que respecta a las nuevas formas de organización del trabajo, su generalización exige cambios legales e institucionales que, para que sean efectivos, no pueden producirse solo de forma paulatina o «rampante». La clase dominante lo comprende así y, por eso, ha desencadenado una ofensiva por la desregulación del mercado de trabajo. Pero dicha ofensiva responde a una decisión política, esto es, no es endógena respecto al mecanismo económico básico de funcionamiento de la economía capitalista, sino exógena al mismo.

Sobre el tema de la nueva regulación de la demanda cabría matizar las posiciones «regulacionistas» restándole importancia al papel que se le asigna a la «financiarización» de la economía como una nueva forma de resolver la contradicción de la demanda, por la vía de que el consumo no salarial sustituya al salarial. Ha sido un rasgo en la historia del capitalismo que en las fases de prolongado estancamiento, a falta de una rentabilidad suficiente del capital en la esfera productiva, se desarrollan actividades especulativas que implican un mecanismo de explotación adicional de los trabajadores. Esto no es nuevo, aunque no está de más resaltar que la explotación por esta vía burda nunca ha sido un procedimiento para superar las ondas largas depresivas, no le aporta estabilidad al sistema y le resta parte de la legitimidad conseguida a través de la explotación aséptica que proporciona la «neutralidad y eficiencia del mercado», incluido el de la fuerza de trabajo. Además, como los mismos regulacionistas sostienen, este no puede ser un mecanismo permanente de solucionar la contradicción entre la extracción de la plusvalía y su realización y, como muestra la actual recesión, ni siquiera se ha podido mantener mucho tiempo.

La dualización de la economía, fraccionándola en un sector competitivo, con altos beneficios y bajo empleo, y un sector no competitivo, creador de empleo y, por tanto, impulsor de la demanda, no pasa de ser una regulación de laboratorio muy difícil de imponer en la práctica. Por lo que se refiere a los salarios y a las condiciones laborales, tal dualidad existe y ha existido en otras épocas del capitalismo, no solo en las épocas recesivas. Pero ambos sectores tienen que tender a la misma tasa de beneficio, porque en caso contrario el capital emigraría de uno a otro sector, y el problema de demanda subsistiría a pesar de dicha dualidad, en la medida en que en un sector de la economía habría mucho empleo, pero con salarios bajos, y, en el otro, salarios altos, pero con poco empleo. Como se verá más adelante, el problema de la

demanda no puede ser solucionado con ninguna nueva regulación, sino con una acumulación que compense la reducción de la demanda que provoca la política destinada a aumentar la tasa de explotación.

12.6. *El mal solo se combate con un tratamiento de choque*

El capitalismo no ha generado endógenamente las condiciones para iniciar una nueva onda expansiva, como piensan los partidarios de la teoría de la regulación. En primer lugar, la tasa de beneficio no se ha recuperado suficientemente a pesar del retroceso objetivo y subjetivo que ha sufrido la clase obrera como consecuencia de los efectos de la crisis y de la política económica neoliberal. Incluso, durante los últimos años, ha descendido en la mayoría de los países industriales y, a este respecto, los datos son inequívocos. Por un lado, los salarios monetarios han crecido más que los precios, de modo que el poder adquisitivo de los trabajadores, como media, no se ha deteriorado. Por otro, se ha cerrado la brecha entre el crecimiento de los salarios reales y el de la productividad. Finalmente, hasta ahora, el capital no ha conseguido avanzar significativamente en el desmontaje del estado del bienestar. El resultado es que, en los últimos años, la participación de los salarios en el PIB, una aproximación a la tasa de explotación, ha mejorado, lo que ha determinado un retroceso de la tasa de beneficio. En segundo lugar, los cambios en la organización del trabajo y la implantación de las nuevas tecnologías tampoco han creado las condiciones para que la tasa de beneficio se recupere en el futuro, pues son todavía muy limitados para las necesidades del capital. Los cambios en la organización del trabajo han podido elevar la productividad con cargo al empleo y a las condiciones laborales en algunos sectores pero, para que la tasa de beneficio se recupere suficientemente, deben extenderse al conjunto de la economía y esto no está garantizado endógenamente. La implantación de las nuevas tecnologías, por su parte, se circunscriben a unas pocas ramas de la industria y los servicios hasta que previamente se haya producido una recuperación de la tasa de beneficio. En tercer lugar, no hay una nueva regulación de la demanda que permita soslayar la contradicción existente entre la producción de la plusvalía y su realización. Antes al contrario, en su intento de solucionar la «crisis de oferta», la política neoliberal ha añadido una «crisis de demanda» y la recesión generalizada en la que está sumida la economía de mercado es una prueba de ello.

Así pues, el capitalismo no ha creado mecanismos que garanticen una reproducción y una acumulación sostenida, aunque sea a un ritmo más bajo que durante la onda larga expansiva precedente, y, por tanto, sigue necesitando un tratamiento de choque para imponer a los trabajadores el aumento de la tasa de explotación y la recuperación de la tasa de beneficio. Como se vio en el capítulo anterior, este es precisamente el objetivo de la política económica neoliberal. Es indudable que el éxito de tal política no depende de ningún mecanismo interno del sistema capitalista, sino pura y simplemente de que la lucha de clases lo permita.

A este respecto, la situación de la clase obrera es mala, tanto objetiva como subjetivamente, pero sería erróneo concluir que es irreversible, porque el capital habría traspasado ya las últimas líneas de defensa.

Empecemos por el terreno ideológico. A raíz de la caída del muro de Berlín, la idea del socialismo se batía en retirada y el señor Fukuyama se permitía hablar del «fin de la historia». La humanidad habría encontrado un sistema social perfecto, el capitalismo, un nuevo orden internacional imperaría sobre el mundo y los Estados Unidos serían su gendarme. Hoy, el señor Fukuyama no encontraría un editor que estuviera dispuesto a publicar su libro sin sufrir pérdidas. El «nuevo orden internacional» es simplemente un desorden recorrido por guerras fratricidas y los intentos de imponerlo generan hambre, desesperación y miseria en continentes enteros y el deterioro del medio ambiente comienza a ser un dato para grandes sectores de la población de los países industriales. Y, para colmo, la política económica neoliberal ha agudizado el problema del paro en el primer mundo hasta hacerlo socialmente insostenible. Un panorama muy distinto al que había en el momento de la caída del «muro de Berlín», momento en el que el capitalismo aparecía triunfante. Es verdad que no hay un proyecto alternativo a la sociedad actual que sea sentido por grandes capas de la población, pero no es menos cierto que el proyecto capitalista retrocede. En el terreno ideológico, las grandes batallas están por delante, no por detrás.

Pero pasemos a la situación del movimiento obrero. La crisis económica ha tenido consecuencias negativas en términos de aumento del paro, retroceso de la participación de los salarios en el PIB, precarización del empleo, etc, es decir, se ha producido un retroceso de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores. Pero, como se ha dicho, el capital está muy lejos de haber desarticulado las últimas líneas defensivas de los trabajadores y, al contrario, continúa existiendo una capacidad de resistencia apreciable. Es esto lo que está detrás de la crisis económica en todos los países industriales: el hecho innegable de que el capital no ha conseguido la recuperación de la tasa de beneficio que necesita porque la resistencia del movimiento obrero a la ofensiva salarial, a las agresiones al estado del bienestar, a los cambios en las condiciones laborales se lo impide. Como se ha dicho, el capital ha avanzado unos centenares de metros cuando, para salir de la crisis económica, necesitaría avanzar kilómetros y es esto lo que quiere conseguir la política económica neoliberal.



Sin embargo, la situación actual no puede prolongarse indefinidamente. La nueva ofensiva neoliberal pretende aprovechar el debilitamiento de la clase obrera para dar un salto cualitativo en la explotación con el objetivo de que el capital pueda remontar la crisis económica a su favor. Las condiciones para que lo consiga no están dadas pero es indudable que los efectos corrosivos de la crisis contribuyen a crearlas. Después de décadas de crisis y de política de austeridad, la magnitud de los ataques a los salarios reales y al estado del bienestar y el intento de introducir la «ley de la selva» en el mercado de trabajo muestran que la ofensiva del capital está llegando a las líneas de retaguardia de la clase obrera.

LOS PROBLEMAS CRECEN (LA CRISIS DE DEMANDA Y LA INESTABILIDAD FINANCIERA)

El capitalismo no ha sido capaz de crear las condiciones para iniciar una nueva fase expansiva de larga duración y, como consecuencia, la crisis económica se ha complicado. La dinámica interna de la onda larga recesiva ha hecho que se liberen grandes volúmenes de capital que no se han invertido en actividades productivas, debido al bajo nivel de la tasa de beneficio, lo que ha tenido dos efectos. Por un lado, han aparecido dificultades para realización de la plusvalía, de modo que una «crisis de demanda» ha venido a añadirse a la «crisis de oferta». Por otro, estos capitales han buscado su rentabilidad en el sector financiero, que ha crecido considerablemente, introduciendo una enorme inestabilidad en el funcionamiento de la economía de mercado. Ambos elementos, «crisis de demanda» e «hipertrofia financiera» se han visto agudizados por la política neoliberal que se ha puesto en práctica durante los últimos doce años y el resultado es que la situación comienza a parecerse en muchos aspectos a la que existía durante la crisis de los años treinta.

13.1. La espiral de la crisis

Las ondas largas recesivas están determinadas por el descenso de la tasa de beneficio, por lo que, siguiendo la terminología convencional, empiezan siendo «crisis de oferta», esto es, el problema fundamental no es que la producción no encuentre una demanda, sino que no es rentable. El capitalismo no iniciará una nueva onda larga expansiva hasta que no haya logrado un aumento significativo de la tasa de explotación y una reducción de la composición orgánica del capital, por lo que la política de austeridad seguirá siendo necesaria para el capital. Sin embargo, la dinámica interna de la onda larga recesiva genera una «crisis de demanda» añadida que subsistirá hasta que el sistema haya creado las condiciones para iniciar una nueva fase expansiva de larga duración. Veamos como se produce.

Las crisis industriales periódicas no están provocadas por la demanda, sino por la oferta, pero durante las mismas es normal que se termine produciendo una insuficiencia de la demanda. Son crisis de sobreproducción y, por tanto, en ellas se combina el descenso de la tasa de beneficio con dificultades de realización de la plusvalía. A medida que se desarrolla la expansión coyuntural, la composición orgánica del capital aumenta, como consecuencia de la acumulación, y la tasa de explotación disminuye, debido al crecimiento de salarios propiciado por el aumento coyuntural de la demanda de trabajo que se produce durante la expansión. Esto, por sí solo, explica que se termine produciendo un descenso fuerte y brusco de la tasa de beneficio media de la economía, de modo que la causa de la recesión no reside en que la demanda sea insuficiente porque los salarios son bajos, sino precisamente en que la tasa de beneficio desciende porque son altos.

Pero aparecen también problemas de realización de la plusvalía. Conforme la capacidad productiva va creciendo durante la expansión, como consecuencia de la acumulación, la oferta de mercancías va aumentando y llega a un momento en que se hace mayor que la demanda, con lo que los precios tienden a caer por debajo de los valores. Los capitalistas no pueden realizar en el mercado toda la plusvalía que han obtenido de sus trabajadores y, por tanto, la tasa de beneficio desciende. De modo que la causa de la recesión es la sobreproducción en que se ha situado la economía y no la demanda.

Los problemas derivados de una demanda insuficiente aparecerán después, pero no son la causa de la crisis, sino su consecuencia. Por un lado, el descenso de la tasa de beneficio provoca una disminución de la demanda de inversión. Por otro, el aumento del paro que se produce durante la recesión crea las condiciones para que se reduzcan los salarios reales, lo que se traduce en una disminución de la demanda de consumo. Entonces aparece una crisis de demanda que se va añadiendo a la crisis de oferta pero, al mismo tiempo, se van creando las condiciones para que esta última se supere. En efecto, la tasa de beneficio tiende a recuperarse, por un lado, porque ha descendido la composición orgánica del capital debido al cierre de fábricas que se produce en la recesión y, por otro, porque la tasa de explotación tiende a aumentar como consecuencia de la reducción de los salarios reales y el deterioro de las condiciones laborales que permiten los altos niveles de paro. A partir de aquí, el crecimiento de la acumulación subsiguiente empujará a la demanda agregada, sentando las bases de un nuevo auge cíclico.

La dinámica a largo plazo de la economía capitalista funciona de una manera diferente a como se ha descrito que lo hace en el corto plazo. De la misma forma que ocurre con los ciclos industriales periódicos, las ondas largas recesivas no están provocadas por la demanda, sino por la oferta, aunque durante las mismas es normal que se termine produciendo una insuficiencia de la demanda. Pero así como en

aquellos, la aparición de una crisis de demanda y la solución de la crisis de oferta eran las dos caras de la misma moneda, en las ondas largas recesivas no ocurre lo mismo. Ello es así porque, mientras que los ciclos industriales periódicos pueden explicarse acudiendo a factores endógenos del propio sistema capitalista (por ejemplo, la reducción de los salarios que provoca la crisis de demanda, al mismo tiempo contribuye a que se recupere suficientemente la tasa de beneficio, solucionando la crisis de oferta), en las ondas largas recesivas los factores exógenos desempeñan un papel determinante, de modo que la crisis de demanda puede aparecer precisamente porque el capital no avanza suficientemente en la superación de la crisis de oferta.

Las distintas fases de las ondas largas determinan las características de los ciclos industriales periódicos que se producen durante las mismas. Si la economía se encuentra en una fase expansiva de larga duración, los factores coyunturales que pueden empujar hacia abajo a la tasa de beneficio tendrán mucho menos peso que los estructurales, que determinan que su nivel sea alto. Pequeños ajustes en la tasa de explotación y en la composición orgánica del capital producirán una recuperación de la tasa de beneficio suficiente para que la inversión vuelva a crecer fuerte y sostenidamente. Y el resultado será que la insuficiencia de la demanda que puede provocar el aumento de la tasa de explotación será rápidamente absorbida por la demanda adicional que generará el proceso de acumulación. Por tanto, la crisis tendrá poca profundidad y no significará más que un alto en el camino. La nueva expansión coyuntural se iniciará sin ningún problema de demanda.

Los mecanismos económicos funcionarán de una forma muy diferente si la economía se encuentra en la fase recesiva de la onda larga. Los factores estructurales que la originaron tendrán más peso que los coyunturales, de modo que ya no bastarán pequeños ajustes para que la recuperación de la tasa de beneficio sea suficiente. Para iniciar una expansión sostenida, se necesitaría un aumento sustancial de la tasa de explotación y una reducción no menos drástica de la composición orgánica del capital. Si tal cosa sucediera, la demanda que generaría la inversión compensaría con creces la reducción del consumo que provoca el aumento de la tasa de explotación, de forma que el nuevo auge sería el primero de la nueva fase expansiva de larga duración.

Pero el capital no puede imponer de golpe un aumento sustancial de la tasa de beneficio. Por un lado, durante la recesión, los salarios reales tienden a crecer por debajo de la productividad, de modo que se produce un aumento de la tasa de explotación, pero este aumento es pequeño, porque el cambio en la correlación de fuerzas entre las clases, que fue uno de los factores que determinaron la onda larga recesiva, sigue estando presente. Por otro, la composición orgánica del capital no se reduce suficientemente, como consecuencia de la implantación de tecnologías ahorradoras de empleo e intensivas en capital características de la fase recesiva, que son las que inducen un aumento de la productividad del trabajo. El resultado es que la recuperación de la tasa de beneficio es menor que el que se necesitaría para que el crecimiento de la inversión fuera fuerte y sostenido en el tiempo.

De esta forma, el aumento de la tasa de explotación consigue que crezca la plusvalía a costa de reducir la demanda de consumo, pero la plusvalía obtenida no se invierte totalmente en actividades productivas porque la tasa de beneficio sigue siendo reducida y, como consecuencia, aparece un problema de realización. Dicho de otra forma, el aumento de la tasa de explotación va generando un «gap» entre la demanda y la oferta, porque la productividad crece más que los salarios, que no es llenado por la inversión, porque la tasa de beneficio es insuficiente, y el resultado es que una crisis de demanda se superpone a la de oferta. Se iniciará un nuevo auge cíclico, porque la tasa de beneficio se ha recuperado algo, pero dicho auge arrastrará tras de sí un problema de demanda que viene de la recesión anterior. Y ciclo a ciclo la crisis de demanda se irá acumulando hasta que se haya producido una recuperación significativa de la tasa de beneficio. Entonces, toda la plusvalía acumulada durante las recesiones anteriores se invertirá, desaparecerán los problemas de demanda y el capitalismo iniciará una nueva fase expansiva de larga duración. Pero, hasta entonces, la crisis de demanda irá ganando un peso creciente respecto a la crisis de oferta que determinó la onda larga recesiva.

La solución para el capital es imponer un aumento sustancial de la tasa de explotación y una reducción significativa de la composición orgánica del capital, pero, paradójicamente, conforme avanza en estos objetivos, los problemas pueden agravarse más que solucionarse. Ello es así, porque la lucha de clases ocupa un lugar central en la salida de la onda larga recesiva. Si los trabajadores resisten y el capital no puede imponer las medidas que solucionarían la crisis de oferta, se tendrá que enfrentar también a una crisis de demanda, que se convertirá en un dato estructural del período. La situación puede acabar siendo insostenible (aumento del paro hasta niveles insólitos, quiebras masivas de empresas, etc) y las divisiones en las filas de la clase dominante pueden aparecer, porque la política económica necesaria para que el capital remonte la crisis no afectará de igual forma a todos los capitalistas. Los sectores más competitivos, que se han renovado tecnológicamente y que cuentan con una buena rentabilidad, no verán con buenos ojos una política que les crea serios problemas de demanda y que, por tanto, les repercute negativamente en su tasa de beneficio. La política de austeridad, que gozaba del consenso de prácticamente todos los

capitalistas al principio de la crisis, ya no será apoyada por todos ellos. Y la salida de la onda larga recesiva y la política económica necesaria para remontarla se habrá complicado también políticamente.

13.2. La montaña de papel

Para los economistas neoclásicos, el capital está constituido por las construcciones, las plantas industriales y los bienes de equipo con los que se realiza la producción, pero esta es una visión estrecha que restringe el concepto de capital a la parte del mismo que se utiliza en la producción de la plusvalía y que impide analizar correctamente como se forma el capital financiero. Desde el punto de vista de la economía marxista el problema es abordado desde otro ángulo mucho más enriquecedor.

La plusvalía que obtienen los capitalistas de la explotación de los trabajadores durante el proceso de producción puede ser acumulada, convirtiéndose en capital, de varias formas diferentes. Por un lado, pueden emplearla para adquirir máquinas, materias primas, productos acabados, etc (capital constante) y fuerza de trabajo (capital variable) y, por tanto, dedicarla a la producción de nueva plusvalía. El papel central que este componente del capital desempeña en las ondas largas ya se ha tratado profusamente en las páginas anteriores del presente libro. Pero, por otro, pueden convertirla en «capital financiero», esto es, pueden utilizarla para dar préstamos al Estado, a la banca o a las empresas, del propio país o de países extranjeros y obtener un interés a cambio. Dichos préstamos se materializan en documentos que pueden tomar la forma de acciones (cuando el préstamo se concede a una empresa a cambio de una participación en los beneficios), obligaciones (cuando el préstamo se realiza a cambio de un tipo de interés), bonos de la banca (con un funcionamiento similar al de las obligaciones), deuda pública (cuando el préstamo se realiza al Estado), etc. El capitalismo convierte en mercancía todo lo que toca y, así, junto a la existencia de mercados de mercancías, también existen otros en los que se compran y se venden estos capitales que no se han dedicado directamente a inversiones productoras de plusvalía (el mercado de dinero, el mercado de divisas, el mercado de capitales, etc). Estos mercados desempeñan un papel importante durante la fase recesiva de la onda larga.

Como se ha visto en el epígrafe anterior, las crisis cíclicas que se producen a lo largo de la misma permiten un aumento de la plusvalía, que no se invierte totalmente en actividades productivas durante la recuperación subsiguiente, porque la tasa de beneficio es baja. Así pues, durante la fase recesiva, las sucesivas crisis periódicas van liberando una cantidad creciente de capitales que terminan acudiendo a los mercados financieros en busca de una rentabilidad que no encuentran en las actividades reales. Precisamente, es esto lo que determina que aparezca una crisis de demanda: que una parte de la plusvalía obtenida no es devuelta al circuito económico, sino que se atesora improductivamente en forma de activos financieros, no generando nueva demanda. Estos capitales permanecerán ociosos hasta que se produzca un aumento significativo de la tasa de beneficio, momento en el que pasarán a invertirse masivamente en actividades productoras de plusvalía, lo que determinará el inicio de una nueva fase expansiva de larga duración. Pero, mientras tanto, conforme se desarrolla la fase recesiva, es normal que la esfera financiera crezca considerablemente, como consecuencia de la plusvalía acumulada que no se invierte.

Sin embargo, la esfera financiera tiene una característica peculiar: puede crecer prácticamente de forma ilimitada. El sistema bancario produce una multiplicación del dinero emitido por los bancos centrales, de forma que el que utiliza la sociedad (en forma de billetes o de depósitos bancarios), es un múltiplo de cantidad de billetes originalmente emitida. En efecto, supongamos que el banco central emite 100.000 libras adicionales y que el coeficiente de caja de los bancos privados (el porcentaje de sus depósitos que mantienen en forma de caja para hacer frente a la eventual retirada de fondos por parte de sus clientes) es del 10%. Una vez puestas en circulación, las 100.000 libras terminarán siendo depositadas en la banca privada, que se quedará con 10.000 en su caja y prestará las 90.000 restantes. Después de algún tiempo, las 90.000 volverán a ser depositadas nuevamente y la banca se quedará con 9.000 en su caja y prestará las 81.000 restantes. En la tercera ronda, la banca recibirá las 81.000, se quedará con 8.100 en caja y prestará las 72.900 restantes. El proceso continuará pero, en cada ronda, el aumento de los depósitos será menor porque, en la ronda anterior, un 10% se ha filtrado a la caja de la banca y no ha sido prestado. El resultado es que la expansión de dinero que puede producir la banca está limitada por el hecho de que existe un coeficiente de caja que, además, es utilizado por los bancos centrales para controlar la cantidad de dinero.

La expansión del capital financiero se puede producir de forma similar a la del dinero bancario (el préstamo que recibe una empresa se puede utilizar para comprar acciones de otra, esta a su vez puede utilizar los fondos para invertir en una tercera, etc, etc), pero hay una diferencia fundamental entre ambos procesos. Durante la fase expansiva de la onda larga, las filtraciones son mayores (las empresas que obtienen un préstamo no lo utilizan en inversiones financieras, sino en inversiones reales productoras de plusvalía) por lo que el proceso de multiplicación del capital financiero es muy limitado. Pero durante la fase recesiva, al haber muy pocas inversiones reales rentables, las filtraciones del proceso serán muy pequeñas, por lo que el volumen total de capital financiero puede terminar siendo muy superior al de la

plusvalía acumulada en la esfera financiera. Y el resultado es que todos los mercados financieros se expanden.

En la bolsa, la demanda de acciones aumenta, como consecuencia de los capitales que buscan una rentabilidad, mientras que no lo hace la oferta, porque no hay muchas posibilidades de inversiones reales y, por tanto, se produce una presión para que las cotizaciones suban. Este auge en las cotizaciones favorece la especulación que, en una primera etapa, contribuye a prolongarla y a hacer que tenga más intensidad. En los mercados de divisas, la fluctuación de las monedas que se produce como consecuencia de que no rige un sistema de tipos de cambio fijos, incita a la especulación en busca de una rentabilidad rápida, lo que contribuye a desestabilizar aún más los mercados de cambio. Multitud de nuevos instrumentos financieros, de nuevos mercados, de nuevas instituciones y nuevas operaciones van surgiendo al calor del crecimiento del capital financiero. Aparecen incluso actividades fraudulentas, gentes que están más informadas y se aprovechan de ello, etc. Así, la especulación se convierte en un negocio más fácil que las actividades productivas. La consecuencia es que se desarrolla una «economía de papel» que poco o nada tiene que ver con la situación de las empresas, caracterizada por la recesión y las bajas tasas de beneficio, de forma que cada vez son más los capitalistas que pretende participar de una plusvalía que no crece.

Durante un largo período, la contradicción entre el sector real y el sector financiero de la economía puede no aparecer. Pero cualquier acontecimiento puede cambiar la situación: una recesión real, el cambio en las expectativas de los inversores que hagan que se vuelvan pesimistas o, incluso, una creencia generalizada de que las cosas no pueden continuar así. Se puede producir entonces un descenso brusco en las cotizaciones, una huida de los mercados de cambio o una crisis financiera. Y el cambio puede ser acumulativo por las pérdidas en que hayan incurrido muchos especuladores y muchas empresas que, a falta de inversiones reales rentables, se hayan dedicado a la especulación. Pero mientras esto ocurre, la hipertrofia del sector financiero será una característica más de la fase recesiva de la onda larga.

13.3. La primacía de la política sobre la economía

La aparición de una insuficiencia de la demanda, que se añade al problema de una tasa de beneficio también insuficiente, y el crecimiento hipertrófico del sector financiero, que le da al sistema una gran inestabilidad, son consecuencias objetivas de la dinámica interna de la onda larga recesiva. Se podría decir que, conforme se acerca el final de la fase recesiva, la crisis se agrava y los problemas crecen y ello se produce precisamente porque la lucha de clases y los conflictos intercapitalistas impiden que el capital pueda imponer una recuperación de la tasa de beneficio suficiente como para evitar tales problemas. Pero tal agravamiento no indica nada sobre como será el futuro, salvo que la salida de la onda larga recesiva no será suave y que no se producirá por factores endógenos. Si el capital logra imponer finalmente el aumento de la tasa de explotación que necesita y consigue la reducción de la composición orgánica del capital que se requiere, a través de las correspondientes quiebras de las empresas menos competitivas, los capitales acumulados en la esfera financiera se invertirán masivamente en el sector productivo, desaparecerá la crisis de demanda, la hipertrofia financiera será absorbida (aunque no se absorberá ordenadamente y sin crisis, pues los capitales financieros que pasan a ser invertidos en el sector real provocarán una contracción de la burbuja financiera) y comenzará una nueva fase expansiva de larga duración. El agravamiento de la crisis solo indica que, en los momentos finales, la lucha entre las clases en conflicto es más dura y descarnada.

Pero hay que huir de cualquier explicación mecanicista. En todas las ondas largas recesivas, han terminado apareciendo problemas de realización de la plusvalía, pero que tales problemas se hayan transformado en una «crisis de demanda» grave y duradera no ha dependido solo de la dinámica interna de la onda larga. De la misma forma, en todas ellas, se ha registrado un enorme desarrollo del sector financiero y de la especulación, pero no siempre han tenido la misma intensidad y, sobre todo, no siempre han creado una inestabilidad similar. Ello es así porque la política ocupa un lugar en la dinámica del capitalismo tan importante como las condiciones objetivas. Este es precisamente uno de los elementos externos al propio mecanismo básico de funcionamiento de la economía capitalista que explica por qué la salida de una onda larga recesiva no se produce nunca por factores endógenos.

Veamos que papel ha desempeñado en la crisis económica actual. El capital cuenta con una estrategia para salir de la crisis: es lo que hemos llamado política de austeridad. Pero de tal estrategia no se deduce una única política económica y social posible, sino muchas líneas distintas de actuación. Todas ellas tendrán el mismo objetivo estratégico (la recuperación de la tasa de beneficio) pero, en la práctica, pueden ser muy diferentes. La clase dominante adoptará una u otra dependiendo de muchos factores: la situación del capitalismo, el estado del movimiento obrero, el tipo de resistencia que ofrece, las ideologías que se enfrentan en el campo de batalla, etc. Incluso, a lo largo de la fase recesiva se pueden aplicar políticas económicas y sociales muy distintas, aunque todas ellas tengan el mismo objetivo a largo plazo. Y es que, por lo que respecta a la evolución del capitalismo, nada está escrito de forma indeleble. Las condiciones

objetivas ocupan un lugar fundamental, pero los factores subjetivos no son menos determinantes y, por tanto, la política se sitúa en el centro de la lucha de clases.

Sin embargo, no todas las políticas posibles que puede adoptar el capital para remontar la crisis económica a su favor tienen los mismos efectos. Desde el punto de vista económico, unas pueden agravar la crisis de demanda, otras paliarla. Unas pueden provocar una gran inestabilidad financiera, otras reducirla. Por lo que se sabe de la experiencia histórica, durante la crisis de los años treinta, ocurrió lo primero. La economía neoclásica, fundamento teórico del liberalismo hegemónico entonces, no fue capaz de comprender la crisis en la que se encontraba el capitalismo y, lejos de crear las condiciones para que la superara, agudizó los problemas económicos hasta generar una situación social insostenible. Como ha dicho Hobbsbawm (*Industria e Imperio*, Ariel, Madrid, 1977), «nunca se hundió un barco con un capitán y una tripulación más ignorantes de las razones de su mala fortuna o más impotentes para hacer algo en contra de ella». Ahora puede estar ocurriendo algo similar.

Como se ha visto en el capítulo 11, el capital escogió el neoliberalismo porque pensó que era la mejor forma de hacer efectivos los objetivos de la política de austeridad. Para imponer tal política, necesitaba hacer retroceder las ideas fundamentales que se habían instalado sólidamente en el movimiento obrero durante los años de expansión económica. Por un lado, la idea del socialismo, como forma de organización social alternativa al mercado, debería perder terreno en la conciencia de los trabajadores, porque solo se podía conseguir que estos aceptaran medidas lesivas a sus intereses si aceptaban que la economía de mercado es el único sistema posible y la crisis un problema que exige sacrificios de todos. La crisis del llamado «socialismo real» vino después a reforzar el proyecto neoliberal. Por otro, también deberían retroceder las ideas keynesianas que habían animado la política económica durante el período de expansión posterior a la Segunda Guerra Mundial, porque la recuperación de la tasa de beneficio exigía un retroceso serio del estado del bienestar. Pero el neoliberalismo y la economía neoclásica no eran la única alternativa y, de hecho, no lo fueron durante los primeros años de la onda larga recesiva. Se impusieron a partir de la elección de Reagan, en 1980, y la llegada al poder de Thatcher en Gran Bretaña. Han llegado a dominar el mundo, pero la austeridad no siempre tiene que ser neoliberal.

Casi dos décadas después de iniciada la crisis, el neoliberalismo no ha sido capaz de crear las condiciones necesarias para que le capitalismo la supere. Aunque la tasa de beneficio se ha recuperado, todavía está muy lejos de los niveles que tenía antes de la crisis económica y que se requerirían ahora para iniciar una nueva fase expansiva. Sin embargo, ha contribuido a agravar decisivamente los problemas que se derivan de la dinámica interna de la onda larga recesiva. Por un lado, ha agravado considerablemente la crisis de demanda. En el terreno de la economía internacional, la ideología neoliberal se ha impuesto, generando una espiral recesiva en la economía mundial. En el interior de cada país, las recetas neoclásicas dominan la política económica de todos los gobiernos, lo que contribuye a que se agudice dicha crisis de demanda. Por otro, ha favorecido la hipertrofia financiera y la especulación hasta tal punto que el mundo se ha convertido en un «Gran Casino» en el que se puede jugar las 24 horas del día. La inestabilidad que se deriva de ello es evidente y dificulta la salida de la onda larga recesiva. Ambas cosas ya ocurrieron durante la crisis de los años treinta pero, ahora, las dimensiones que están adquiriendo la crisis de demanda y la hipertrofia financiera son asombrosas. El resultado es que el capitalismo ha vuelto a cometer los mismos errores que en los años treinta.

13.4. Una «Aldea Global» en medio de la selva

El neoliberalismo y la economía neoclásica conciben el mercado como la mejor forma de organizar la actividad económica de la sociedad y esto tiene una traducción en el ámbito del comercio internacional. Para ambos, el comercio libre entre todos los países es la base de la prosperidad económica, pues permite que cada uno de ellos pueda especializarse en lo que produce mejor y obtener lo que le falta al menor coste. Todos los países pueden beneficiarse de él, pero la condición es que no exista ningún obstáculo al comercio internacional, lo que significa que deben eliminarse todos los aranceles y restricciones cuantitativas que se opongan al funcionamiento libre del mercado mundial. De la misma forma, hay que liberalizar todos los movimientos de capital, para que los recursos productivos puedan asignarse eficientemente sin ninguna dificultad. El neoliberalismo, pues, concibe el mundo como un gran mercado (la «aldea global» se llama ahora) en el que el capital se pueda mover a su antojo y concluye que de esto solo pueden deducirse beneficios para la humanidad. Las negociaciones del GATT (Tratado General sobre Aranceles y Comercio), el Acta Unica y el Tratado de Maastricht en Europa y el NAFTA (Tratado de Libre Comercio entre Estado Unidos, Canadá y México) van en la dirección apuntada. Con el GATT, se trata de reducir los aranceles y demás obstáculos que restringen el comercio mundial. Con el Tratado de la Unión Europea, se intenta construir un mercado único en el que las mercancías y los capitales puedan moverse libremente. Y con el NAFTA, se pretende la creación de una zona de libre comercio (una zona en la que se han eliminado los aranceles y las restricciones cuantitativas entre los países miembros y se ha acordado una protección común a todos ellos) en América.

Un mercado mundial es al fin y al cabo un mercado capitalista y sus efectos negativos se verán amplificadas precisamente porque es mundial. Como se vio en los tres primeros capítulos, la economía de mercado solo satisface las necesidades que pueden expresarse porque alguien paga por ellas, no es el sistema eficiente que se propugna e implica una desigualdad social creciente. Después de dos siglos de capitalismo, período que en su inmensa mayoría ha estado dominado por la ideología liberal, las consecuencias negativas que ha tenido en el mundo son evidentes. En 1989, el 20 por 100 de los países mas ricos concentraban el 82,7 por 100 del PIB mundial, el 81,2 por 100 del comercio mundial y el 80,5 por 100 de las inversiones. Para el 80 por 100 restante, quedaba el 17,3 por 100 del PIB mundial, el 18,8 por 100 del comercio y el 19,5 por 100 de las inversiones. Y si nos atenemos al 20 por 100 de países mas pobres, en los que vive la inmensa mayoría de la población mundial, en ellos solo se concentra el 1,4 por 100 del PIB mundial, el 1,0 del comercio y el 1,3 de las inversiones. Hay que concluir, pues, que el comercio libre ha resultado ser un mecanismo de empobrecimiento y de concentración de la riqueza y el capital en los países ricos, por lo que la solución no es derribar los obstáculos internacionales que se oponen al mismo, como propone el neoliberalismo, sino precisamente el contrario: que los países pobres se protejan de los ricos.

Por lo que respecta a la crisis económica, los efectos negativos del libre comercio son evidentes. Dado que ninguna barrera resguarda los mercados interiores de cada país y que la competencia se convierte en el regulador supremo del sistema, se desata una lucha entre todos ellos por mejorar la competitividad y ofrecer las mejores condiciones de rentabilidad al capital. Esto reduce la capacidad de maniobra de todos los gobiernos para responder a los problemas económicos de sus respectivos países y les obliga a la adopción de políticas económicas basadas en el acoso a las condiciones de vida y laborales de los trabajadores que tienden a deprimir la demanda. En efecto, la competitividad depende de muchos factores (formación de los trabajadores, capitalización de la economía, nivel del desarrollo tecnológico, dotaciones de infraestructuras y servicios sociales, penetración en los mercados extranjeros, etc), pero ninguno de ellos es modificable a corto plazo. De modo que a los gobiernos, admitida la «aldea global» y empapados como están de ideología neoliberal, solo les queda reducir los salarios (directos y diferidos, porque las prestaciones sociales también forman parte de los costes a través de las cuotas a la seguridad social y los impuestos) y aumentar la productividad, mediante la flexibilización del mercado de trabajo. Se refuerza así la necesidad de la política neoliberal, que se desarrolló en el capítulo 11, a la vez que la competencia sirve como chantaje para que los trabajadores la acepten. Pero, como también se vio en dicho capítulo, tal política tiende a deprimir la demanda y, dado que este proceso se repite país a país, se entra en una espiral depresiva que tiende a agravar aún mas la crisis.

La liberalización tiene también consecuencias sobre los demás aspectos de la política económica. Los países menos competitivos verán aparecer un déficit en su balanza de pagos por cuenta corriente, lo que les llevará a políticas monetarias y fiscales recesivas para que la reducción de la inflación y el descenso en la actividad económica frenen las importaciones y aumenten las exportaciones. Mientras estas políticas surten efectos, necesitarán financiar dichos déficits y, en un mundo de libertad casi absoluta de movimientos de capital, estos solo entrarán si los tipos de interés son mas altos que en otros países, si el tipo de cambio es estable y si reciben un trato fiscal favorable, esto es, si el gobierno del país correspondiente mantiene una política económica recesiva y un sistema fiscal regresivo. Nuevamente este proceso se repite país a país y el resultado es que las depresiones competitivas tienden a reducir la demanda de todos ellos. Nadie puede salirse, porque la implantación de una política económica distinta a la dominante, con el propósito de forzar el crecimiento, generaría problemas insostenibles: aumentaría la inflación y el déficit exterior, huirían los capitales, se reduciría el empleo, etc.

Así pues, por lo que respecta a la economía internacional, el mercado mundial absolutamente libre que propugna el neoliberalismo está contribuyendo a agravar la crisis de demanda. Algo que ya ocurrió durante la crisis de los años treinta, momento en el que el liberalismo era también la ideología dominante. Entonces como ahora, la reducción de aranceles y las llamadas a la liberalización del comercio mundial hicieron que los deflacionistas aparecieran por todas partes, agravando el componente de crisis de demanda que recorría a la economía de mercado. Pero las analogías van mucho mas allá. Entonces, las devaluaciones competitivas que realizaban todos los países buscaban exportar el paro al vecino por la vía de favorecer las exportaciones y restringir las importaciones. No lo consiguieron porque todos hacían la misma política y el resultado es que la de depresión se profundizó. Ahora el mismo papel lo desempeñan las elevaciones competitivas del tipo de interés y las políticas recesivas. Todos los países elevan el tipo de interés, para atraer los capitales extranjeros, toman medidas para deprimir la actividad económica, con el propósito de incentivar las exportaciones y reducir las importaciones, y hacen llamadas para que los salarios disminuyan, con el objetivo de que aumente la competitividad. Y como entonces, nadie conseguirá mejorar su posición relativa, porque todos hacen la misma política.

13.5. Si algo es susceptible de empeorar, alguien se empeñará en lograrlo

El proyecto de integración europea diseñado en el Acta Unica y en Maastricht es un ejemplo claro de como entiende el neoliberalismo que debe ser el funcionamiento de la economía internacional. Tal proyecto no pretende una verdadera integración económica y social de los países del continente, sino la implantación de unas reglas similares a las que existían en la época del patrón oro. Se trata de construir un mercado interno europeo en el que no existan trabas de ningún tipo, que funcione con la mínima intervención del Estado y con una moneda única (el oro antes, el ECU ahora) cuya emisión no dependa de decisiones políticas.

Por lo que respecta al mercado único, son aplicables todas las críticas que se hicieron al libre comercio en el epígrafe anterior, agravadas por el hecho de que, en este caso, no se trata solo de eliminar las barreras arancelarias, sino también todos los obstáculos técnicos, fiscales o legales que pueden impedir la libre circulación de mercancías, servicios, capitales y trabajo por Europa. Esto convierte a la competitividad en un criterio aún mas importante y hace aún mas imprescindibles a las políticas recesivas, si los países no quieren verse desmantelados por la competencia. Pero se trata, además, de restringir el papel desempeñado por el Estado, porque justamente se pretende que sea el mercado el que regule la mayor parte de la actividad económica sin condicionamientos de ningún tipo. Una menor intervención estatal no garantiza una mayor estabilidad económica y una mas alta racionalidad y, sobre todo, no es el mercado el que permitirá superar la crisis. El mercado, abandonado a sus propias fuerzas, solo genera desequilibrios, por no hablar del aumento de las desigualdades regionales y personales que provoca. Precisamente, el «capitalismo mixto» que hoy conocemos es el resultado del cambio del papel del Estado en la economía, que se produjo ante la constatación de que el mercado no pudo remontar la crisis de los años treinta. Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo registró la expansión mas larga de su historia gracias a dicho cambio. De modo que, por si solo, el mercado único es un factor que tiende a agravar la crisis, sobre todo en los países mas atrasados del continente.

Por lo que se refiere a la Unión Económica y Monetaria, el proyecto supone la introducción de importantes elementos recesivos adicionales. En efecto, dicho proyecto está impregnado de una ideología neoliberal nada propicia a adoptar políticas expansivas que contribuyan a remontar la recesión. El objetivo final es convertir al ECU en la moneda única para toda la Comunidad y al Banco Central Europeo, que es el que la emitirá, en la máxima autoridad monetaria de la misma. Para lograrlo, se han establecido unos objetivos monetarios y fiscales que deben cumplir todos los países miembros (las condiciones de convergencia) y unas fases, al final de las cuales, los estados que las satisfagan entrarán a formar parte del núcleo de países que contarán con un mercado y una moneda únicos. En definitiva, se trata de conseguir una convergencia monetaria y fiscal (en términos de estabilidad de las monedas, inflación, déficit público y endeudamiento del Estado) para poder dar el salto a la moneda única al final del proceso.

Pero estas condiciones solo se pueden alcanzar practicando una rigurosa política económica restrictiva y de acoso al estado del bienestar. La pretensión de estabilizar los tipos de cambio y reducir la inflación hasta el nivel de los países que la tengan mas baja forzará a todos ellos a mantener una política estabilizadora parecida, cuando tienen problemas radicalmente diferentes y cuentan con una substrato económico y social no equiparables. La estabilidad de precios y del tipo de cambio que puede defender Alemania, por ejemplo, nada tiene que ver con las posibilidades y necesidades de otros países. El objetivo de rebajar el déficit público y reducir el endeudamiento de los Estados obliga a una política fiscal contractiva y de ataque al estado del bienestar, que tiene efectos perniciosos sobre la actividad económica. El resultado es que el endurecimiento de las políticas económicas, en un momento de recesión como el actual, solo puede contribuir a extenderla y profundizarla.

A pesar de ello, la Europa ultraliberal de Maastricht es un proyecto inviable. Las contradicciones entre los países miembros, la recesión y las crisis recurrentes del Sistema Monetario Europeo (una de las claves para la puesta en pie de la UEM era la estabilidad en las cotizaciones de las monedas) han acabado con él, de modo que la burguesía europea deberá esperar a mejores tiempos para retomar su proyecto de construcción de una Europa neoliberal. Por lo menos, deberá esperar a la siguiente onda larga expansiva. Pero, mientras tanto, el intento de imponer la UEM está contribuyendo a hundir a Europa aún más en la recesión. Un error similar al de los años treinta, cuando Inglaterra, en 1925, y Japón, en 1929, restauraron el patrón oro. Esto les obligó a adoptar políticas restrictivas que agravaron la situación económica sin que, como ha demostrado la historia, consiguieran su objetivo. Después de la Segunda Guerra Mundial, la economía de mercado se volvió a regir por un sistema de tipos de cambio fijos pero, entre tanto, ocurrieron muchas cosas y el sistema que vio la luz fue muy diferente al que estos países habían intentado alumbrar antes de la misma.

13.6. Tropezando dos veces en la misma piedra

En el interior de cada país, las políticas económicas neoliberales que se ponen en práctica también repiten los errores del pasado. Durante la crisis de los años treinta, la economía neoclásica dominó la política económica de todos los gobiernos. Como dijeron von Mises y von Hayek en 1929, todo el problema se

reducía a que no se dejaba que actuaran las fuerzas libres del mercado, por lo que la misión de la política económica era remover los obstáculos que se oponían a un funcionamiento eficiente del mismo. Hoy sabemos que la crisis tenía un importante componente de demanda pero, entonces, los gobiernos respondían a la misma con recetas que tendían a hacer aún mas profunda dicha crisis.

El paro se debía a que los trabajadores se empeñaban en mantener unos salarios mas altos que los correspondientes al pleno empleo pero, conforme disminuían los salarios, el empleo en vez de aumentar descendía porque se reducía la demanda de consumo. La inversión era insuficiente porque el ahorro también lo era a causa de los déficits públicos, pero la política de presupuestos equilibrados tendía a deprimir aún mas la demanda, lo que afectaba negativamente a las expectativas empresariales que determinan la inversión. El dinero era un velo monetario que en nada afectaba a las variables reales, de modo que un aumento de la oferta monetaria se traduciría inevitablemente en una inflación y no en un mayor nivel de actividad. Pero las restricciones monetarias hundían aún mas la demanda de inversión y, cuando se abandonaron, las expectativas empresariales estaban tan hundidas que la política monetaria expansiva no pudo hacer nada por reanimarla. Para que los problemas no continuaran agravandose, era preciso dar un giro drástico en la política económica y esto es lo que propuso Keynes en 1936 aunque, como se ha mostrado en páginas anteriores, no fue la política keynesiana la que determinó el inicio de la fase expansiva de larga duración que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial.

Durante los últimos años, la economía neoclásica ha vuelto a ser dominante y, como en los años treinta, la política económica inspirada en ella vuelve a cometer errores similares. La «política de oferta» (reducción de los salarios reales, flexibilización del mercado de trabajo y medidas fiscales para incentivar el ahorro), la reducción de los déficits públicos y las políticas monetarias restrictivas son asumidas en mayor o menor medida por todos los gobiernos occidentales. Desde el punto de vista teórico, dicha política contribuiría a que el capitalismo remonte la onda larga recesiva, dado que su objetivo es elevar la tasa de beneficio. Pero en la práctica, en la medida en que sus resultados se dilatan en el tiempo debido a la resistencia de los trabajadores, termina teniendo mas efectos negativos que positivos.

El consumo disminuye como consecuencia de las reducciones salariales, de la disminución del empleo que provoca la flexibilización del mercado de trabajo (mas flexibilidad implica mas productividad y, por tanto, menos ocupación y menos salarios) y de la política de fomento del ahorro. La inversión no depende del ahorro, como erróneamente creen los economistas neoclásicos, sino de otros factores (tipo de interés, tasa de beneficio, expectativas de crecimiento de la demanda, etc), y todos ellos tienen una evolución negativa: los tipos de interés son altos como consecuencia de la política monetaria restrictiva, la tasa de beneficio no se recupera suficientemente porque lo impide la lucha de clases, las expectativas de demanda son muy pesimistas, dada la política recesiva, etc. El gasto público no puede ser un motor de la demanda porque, como se ha dicho, también se trata de reducir el déficit público. Y de las exportaciones se puede esperar muy poco, porque la política recesiva es aplicada por todos los países. El resultado es que la política neoliberal, pretendiendo solucionar la crisis a favor del capital, termina desplegando una verdadera batería de medidas depresivas que hundan la demanda, lo que afecta negativamente a la tasa de beneficio, precisamente lo contrario de lo que pretendía.

Para la economía neoclásica, no existe ningún problema de demanda, sino solo de oferta. Durante los primeros años de la onda larga recesiva, los gobiernos practicaron una política de oferta, pero todavía no habían olvidado las técnicas de gestión de la demanda que se habían utilizado en la fase expansiva, de forma que la política de austeridad se practicaba al tiempo que se tenía cuidado de no producir una excesiva contracción por la vía del gasto público. Pero conforme la crisis ha avanzado, los gobiernos han adoptado el neoliberalismo mas extremo y ya no se recatan en aplicar políticas que estrangulan la economía. Hoy, la reducción de los salarios y del gasto público y la política monetaria contractiva son la tónica dominante, repitiéndose nuevamente los errores de los años treinta.

13.7. ¡Hagan juego señores!

La economía mundial se sostiene hoy día sobre una inmensa pirámide de deuda, que no puede explicarse solamente por las consecuencias objetivas de la dinámica interna de la onda larga recesiva. Nunca ha habido tal acumulación de deudas en otras fases recesivas y nunca ha sido tan difícil conseguir que se mantenga en pie el entramado financiero.

Durante la fase de prosperidad de la onda larga del capitalismo tardío, la inflación permanente fue la situación normal. Ya se ha visto cuales fueron su génesis y sus causas: el crecimiento de la deuda, pública y privada, que llevó a una expansión monetaria y financiera sin precedentes en la historia del capitalismo. Pero durante la fase recesiva, particularmente durante la última década, la expansión del crédito y de la deuda ha sido aún mayor, hasta el punto de que puede decirse sin ninguna exageración que la economía mundial está sentada sobre un barril de pólvora.

En los países industriales, el aumento del endeudamiento del Sector Público ha sido la norma general en la década pasada. Los déficit del sector público se han ido acumulando y al principio de los años

noventa todos los países tenían una relación endeudamiento del sector público/PIB sensiblemente mas alta que al final de la fase expansiva. Otro tanto puede decirse de las empresas: la relación en sus balances entre los recursos propios y ajenos y su endeudamiento en relación con el PIB muestran un empeoramiento a lo largo de la fase recesiva. Y, en fin, lo mismo puede decirse de las economías domésticas, cuyo endeudamiento en relación con la renta disponible se ha degradado acusadamente.

Por lo que respecta al tercer mundo, en 1987, 109 países debían 1.190.000 millones de dólares, una cifra considerable, porque una gran parte no se podrá pagar. La deuda del tercer mundo se ha convertido en un mecanismo de expoliación abierto por parte de los países industriales: en el período que va entre 1982 y 1987, el tercer mundo devolvió 85.000 millones de dólares mas que los que recibió. Esto tiene graves repercusiones para estos países: el servicio de la deuda de América Latina supone entre el 5,5% y el 6% del PIB y entre el 30% y el 50% de las exportaciones, lo que supone el hambre masiva y la desarticulación económica y social completas. Recuérdese que las indemnizaciones alemanas en el período 1921 a 1931, que supusieron porcentajes menores (3,5% del PIB y 15% de las exportaciones) tuvieron unas repercusiones gravísimas.

Este enorme volumen de deuda, unido a la liberalización de los mercados financieros que ha impuesto el neoliberalismo, ha dado lugar a una enorme «economía de papel» que no se corresponde con la situación real del capitalismo. Masas elevadas de capitales se mueven de una lado para otro buscando una rentabilidad en las inversiones financieras que no encuentran en el sector real a causa de la caída de la tasa de beneficio. La desregulación de los mercados, característica de la política económica neoliberal, permite que se creen multitud de nuevos instrumentos financieros, de nuevos mercados, de nuevas instituciones y de nuevas operaciones y el resultado es que esos capitales financieros se multiplican. El mecanismo del crédito favorece la especulación, pues permite comprar activos financieros sin pagarlos en el momento y venderlos a plazo sin tenerlos todavía. Y el desarrollo de las comunicaciones convierte al mundo en un «Gran Casino», donde se puede especular con valores y divisas, porque siempre hay un mercado abierto: cuando se cierran los europeos se abren los de Estados Unidos, cuando estos se cierran se abre Tokio y así sucesivamente.

El resultado es que masas astronómicas de capitales errantes, sin apenas relación con los flujos reales a los que centuplican, buscan rentabilidades a través de apuestas especulativas que se suceden las veinticuatro horas del día. Esta especulación desatada tiene un efecto sobre las cotizaciones de las principales bolsas, que dan una rentabilidad de las acciones muy por debajo de los tipos de interés en los mercados financieros sin que existan expectativas de plusvalías, por el carácter especulativo que tienen y por la volatilidad que han adquirido las operaciones y los movimientos de capitales. Por tanto, la inestabilidad intrínseca de todo ese montaje es indiscutible y es así como en los últimos tiempos se han vivido algunas conmociones financieras: el crash de los mercados de valores en 1987, la repetición en 1989, el pánico desatado al estallar el conflicto del Próximo Oriente en el verano de 1990, la caída de la bolsa de Tokio desde 1990, etc.

La magnitud de los flujos financieros y la especulación afecta también al sistema monetario internacional. Desde hace dos décadas, el sistema está en crisis y ninguna de las soluciones que se han buscado ha servido para solucionarla. Por el contrario, los desequilibrios entre las balanzas de pagos de los países industriales y entre las de estos y las de los países del tercer mundo se han agudizado. En este contexto, enormes volúmenes de capitales se desplazan de unas monedas a otras buscando beneficios en las devaluaciones, que terminan consiguiendo, porque la masa es tan grande que ni los gobiernos ni los organismos internacionales pueden hacer nada por contrarrestarla. Baste decir a este respecto que los flujos financieros entre los siete principales países industriales superan los 400.000 millones de dólares por día, lo que supone un volumen próximo al importe del PIB de la economía española de un año, y que en algunos momentos la cifra ha llegado a un billón de dólares. Compárense estos flujos financieros con los comerciales, que en el mencionado grupo, no llegan a los 20.000 millones de dólares diarios.

La hipertrofia financiera es sintomática de una fase de recesión donde los capitales no encuentran posibilidades de rentabilizarse productivamente, pero, en esta ocasión, la magnitud que ha cobrado supera cualquier otra etapa histórica, incluida los años que precedieron a la gran depresión del 29. Antes de que se inicie otra onda larga expansiva parece imprescindible un saneamiento del sistema que destruya parte del capital financiero, porque ninguna recuperación firme puede desarrollarse con la rémora de la hipertrofia y la degeneración financiera que han tenido lugar. Pero mientras esto se produce, la bola de nieve sigue creciendo y una bomba de relojería adosada al sistema puede estallar en cualquier momento, provocando una crisis de alcance imprevisible.

13.8. El capital en la encrucijada

Dos décadas después de iniciada la crisis económica, el neoliberalismo no ha sido capaz de crear las condiciones necesarias para que el capitalismo la supere. Los factores que originaron la fase recesiva han evolucionado, pero no hasta el punto de haberse creado las condiciones para una fase expansiva de larga

duración. La política económica neoliberal ha conseguido un cierto retroceso de los salarios y de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores y ha logrado una cierta reestructuración del aparato productivo, pero lo obtenido no es suficiente. La tasa de beneficio es mas elevada que la que existía en los primeros años de la crisis económica, pero su recuperación no es capaz de generar todavía un proceso de acumulación masivo. Dicho de otro modo, las políticas económicas neoliberales no han podido solucionar la «crisis de oferta» que se desencadenó en los primeros años setenta, de forma que el capital sigue necesitando insistir en este tipo de políticas. Pero esto ya no es tan fácil, porque la crisis económica se ha complicado considerablemente.

Por un lado, la mayoría de los países industriales están sumidos en una recesión generalizada en la que se combinan la «crisis de oferta», característica de la actual fase recesiva de larga duración, y una «crisis de demanda», generada por mas de una década de política neoliberal. Esto ha hecho que el paro se convierta en un problema potencialmente insostenible. Desde que se inició la onda larga recesiva a principios de la década de los setenta, la economía occidental ha sufrido tres recesiones generalizadas (1975, 1982 y 1992-) y cada una ha sido mas grave que la anterior, en parte debido a la dinámica interna de la onda larga recesiva, pero también, como consecuencia de la política económica neoliberal aplicada desde los primeros años ochenta. Cada auge cíclico intermedio a estas recesiones generalizadas se ha alcanzado con un volumen de paro mas elevado, mostrando que, en las recuperaciones, no se generaban puestos de trabajo suficientes para absorber el crecimiento de la población activa y el desempleo provocado por la recesión anterior. En el auge de 1974, previo a la recesión generalizada de 1975, la tasa de paro fue del 3,3% en la OCDE. En el punto equivalente de 1980, antes de la anterior recesión, fue del 5,1%. Y en 1990, el momento mas favorable de la ultima recuperación, el nivel mínimo de paro fue del 6,1%. La tercera recesión generalizada ha supuesto un salto cualitativo en la evolución del paro: a finales de 1993, se eleva a 33 millones de personas en la OCDE (el 8,5% de la población activa) y a 17 millones en el ámbito de la CE (el 10% de la población activa). Y con toda seguridad el volumen de desempleo real debe ser muy superior. La mayoría de los organismos internacionales reconocen que las estadísticas oficiales de paro no recogen el llamado desempleo oculto, esto es, personas no registradas como parados porque no buscan activamente un puesto de trabajo convencidas de que no lo encontraran, pero que se reincorporan rápidamente al mercado de trabajo en cuanto hay una recuperación económica.

Por otro, la política económica neoliberal también es responsable de que el capitalismo se haya asentado sobre una hipertrofia financiera basada en una economía de papel que no tiene nada que ver con la economía real. Esta hipertrofia financiera es un producto normal de las propias ondas largas recesivas y se ha producido también en otras etapas históricas del capitalismo en las que el liberalismo fue la ideología dominante. Pero la internacionalización del capital, la descomposición del sistema monetario internacional y la desregulación de los mercados que se han producido durante los últimos años, hacen que el castillo de naipes que se ha levantado con la expansión financiera y crediticia sea mas inestable y peligroso que en otras épocas históricas. No parece posible una nueva onda larga expansiva sin un saneamiento financiero previo.

Así pues, la «Gran Depresión» de los años treinta comienza a ser un referente por la gravedad que está adquiriendo la crisis actual y, como entonces, el capital se enfrenta a una contradicción. Por un lado, necesita seguir aplicando las políticas económicas y sociales neoliberales si quiere crear las condiciones para una nueva onda larga expansiva. Pero, por otro, tales políticas pueden llegar a generar una situación social insostenible y una crisis financiera desastrosa. La superación de esta contradicción no es fácil y, como siempre, estará determinada por los resultados de la lucha de clases.

BIBLIOGRAFICA SELECCIONADA

El objetivo de la siguiente bibliografía es facilitar lecturas para una eventual ampliación de los temas mas relevantes contenidos en el presente libro. Se ha pensado en un lector o lectora no especializado en economía y que dispone de poco tiempo para estos menesteres. Ello ha obligado a limitar la bibliografía escogida descartando algunas lecturas que, siendo fundamentales, requieren un nivel de conocimientos previos mas elevado que el que aquí se pretende. Aún así, como se podrá comprobar, la lista de lecturas es excesivamente amplia, por lo que en algunos casos se indica de las que se puede prescindir.

Las lecturas se han ordenado por temas, siguiendo el desarrollo lógico del libro, pero no coincidiendo necesariamente con los capítulos. Ello ha sido así porque no todos requieren una ampliación del mismo orden, hay cuestiones insuficientemente desarrolladas en el texto o incluso no tratadas que son fundamentales a nada que se quiera profundizar ellas (como ocurre con la crítica neoricardiana o la polémica sobre las ondas largas), etc. Siempre que se ha juzgado conveniente se han facilitado los capítulos de libros y no libros completos, lo que significa que una misma obra puede aparecer en varios puntos. Finalmente, en cada apartado de lecturas y en cada una de ellas, se ha pretendido facilitar una

muy somera explicación de lo que el lector o la lectora se va a encontrar, así como del contexto en que hay que situarla.

1. SELECCIONES DE LECTURAS, MANUALES Y LIBROS INTRODUCTORIOS

Como se dijo en la Introducción, la economía contenida en El Capital es perfectamente asequible y resulta de una actualidad asombrosa, pero leer los escritos originales de Marx se ha convertido en una tarea titánica por el excesivo número de páginas y de temas que contiene. Sin embargo, existen algunas **selecciones de lecturas de Marx** útiles. Las que se recomiendan son las siguientes:

- * FREEMAN, Robert. Karl Marx. Teoría económica. Ediciones Península. Madrid 1961. 308 páginas. Selección de los principales párrafos de Marx sobre la ideología, la metodología y la economía marxistas ordenados sistemáticamente y con notas introductorias a cada uno de ellos. El libro era la base de un curso impartido por el autor en la Universidad de Nueva York durante los años sesenta. Las lecturas están bastante bien escogidas, pero con demasiados cortes, lo que hace que el conjunto resulte excesivamente esquemático.
- * MUÑOZ, Jacobo. Marx. Antología. Ediciones Península. Barcelona 1988. 462 páginas. Es una selección de textos de Marx, sin ninguna nota introductoria a cada uno de ellos, con criterios más políticos que económicos, pero que contiene lecturas que no están en el libro reseñado antes. Las lecturas están magníficamente ordenadas desde el punto de vista lógico y resulta de utilidad para todos los que deseen leer algo más que los escritos económicos de Marx. Los textos económicos se encuentran en las páginas 253 a 371.

Pueden encontrarse multitud de **manuales y libros introductorios** a la economía marxista, pero no todos son recomendables y en particular algunos deben ser evitados. Entre los muchos que son utilizables, se ha preferido seleccionar los siguientes:

- * MANDEL, Ernest. Introducción a la economía marxista. Editorial Nova Terra. Barcelona 1966. 116 páginas.
- * SALAMA, P y VALIER, J. Una introducción a la economía política. Editorial Fontamara. Barcelona 1976. 243 páginas.
- * MANDEL, Ernest. Tratado de Economía Marxista. Editorial Era. México 1969. Dos tomos: 377 y 424 páginas.

2. LA TEORIA DEL VALOR Y LA EXPLOTACION

Este tema es el objeto del capítulo 1 y por el que parece razonable empezar. Conviene comenzar las lecturas por los capítulos del libro de Mandel como introducción a las lecturas de El Capital, que no deben evitarse. Hay que pasar después a ver la relación que existe entre los conceptos marxistas y los que actualmente se utilizan en la macroeconomía y la contabilidad nacional y este es el tema de la última de las lecturas.

- * MANDEL, Ernest. Tratado de Economía Marxista. Opus citado.
 - Capítulo I (producto necesario y producto excedente)
 - Capítulo II (el intercambio, la mercancía y el valor)
- * Marx, Karl. El Capital. Siglo XXI. Madrid 1983. Para este apartado, se recomiendan las siguientes lecturas, todas ellas del Libro I:
 - capítulo 1 (la mercancía, el valor de uso y el valor de cambio)
 - capítulo 3, epígrafe 1 (el dinero y los precios)
 - capítulo 4, epígrafe 3 y capítulo 5 (el valor de la fuerza de trabajo y la explotación)
 - capítulos 6 y 7 (capital constante, variable y plusvalía)
 - capítulo 13 (la maquinaria y la gran industria)
 - capítulo 17 (la transformación del valor de la fuerza de trabajo en salario)

- * MANDEL, Ernest. Tratado de Economía Marxista. Opus citado. Capítulo X: Reproducción y crecimiento de la renta nacional. Este capítulo trata de la "contabilidad social" desde el punto de vista de la teoría del valor, de la formación de la renta nacional, de su distribución, del papel redistributivo del estado, etc. Es un tema complicado que, en la guía de lecturas, puede ser abordado más tarde.

3. EL MARXISMO Y LA TEORÍA ECONÓMICA CONVENCIONAL

Las relaciones entre la economía marxista y la teoría económica convencional han sido siempre conflictivas. Solamente en la economía moderna pueden encontrarse autores que han bebido de las dos fuentes obteniendo resultados apreciables pero, desafortunadamente el nivel es superior al que se pretende dar a las actuales lecturas, por lo que se ha prescindido de ellos. Nos hemos limitado, pues a las controversias más clásicas y hemos pretendido ser objetivos, pero no neutrales. Las dos primeras lecturas facilitan un análisis del marco y evolución de la teoría económica. La tercera, pretende introducir al lector en la economía convencional utilizando un autor no marxista. La cuarta, contiene la polémica entre marxismo y marginalismo que se desarrolló en el siglo XIX y que desde muchos puntos de vista ha vuelto a ser actual y, la última, una aguda crítica al marginalismo desde las posiciones marxistas actuales.

- * THERBORN, Göran. Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico. Siglo XXI, Madrid 1980. 466 páginas. En el capítulo 2 ("Economía y teoría económica del capitalismo", páginas 72 a 110) puede encontrarse el análisis de la Teoría Económica como un producto del capitalismo.
- * MANDEL, Ernest. Tratado de Economía Marxista. Opus citado. Capítulo XVIII: Origen, auge y extinción de la economía política (páginas 292 a 332). Es una aproximación desde el punto de vista del marxismo de la historia de la llamada "ciencia económica".
- * FELLNER, William. Origen y contenido del análisis económico moderno. Ediciones Ariel. Barcelona 1963. En él, puede encontrarse una excelente exposición del análisis de la escuela clásica (páginas 61 a 140) y neoclásica (167 a 300) desde un punto de vista no marxista. Solo para lectores muy interesados en el tema.
- * HILFERDING, BÖHM-BAWERK, BORTKIEVICZ. Economía burguesa y economía socialista. Cuadernos de Pasado y Presente. Argentina 1974. En la parte I, se encuentra el clásico trabajo de BÖHM-BAWERK, principal exponente de la teoría del valor subjetivo y fundador de la llamada "escuela austriaca", cuya crítica contemporánea a Marx se convirtió en la respuesta "oficial" de los marginalistas. En la parte II, se encuentra la respuesta, también contemporánea, de HILFERDING desde una óptica marxista. El libro cuenta con una introducción del Paul M. Sweezy relativa a la polémica, cuya lectura también se recomienda.
- * SALAMA, PIERRE. Sobre el valor. Era. México 1978. En la parte I (El enfoque neoclásico) se encuentra la crítica a la teoría del valor marginalista, desde una perspectiva marxista actual.

4. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS VALORES EN PRECIOS DE PRODUCCIÓN Y LA FORMACIÓN DE LA TASA DE BENEFICIO GENERAL. LA CRÍTICA NEORICARDIANA

El capítulo 3 trata de un tema crucial para la economía marxista y su explicación del funcionamiento del mercado: la transformación de los valores trabajo en precios de producción, problema al que va ligada la formación de la tasa de beneficio general del sistema. Este tema es también el centro de la crítica que ha desarrollado durante los últimos años la llamada escuela neoricardiana.

El fundamento metodológico de esta corriente puede encontrarse en la obra de Bortkiewicz que reseña más adelante, pero su desarrollo se ha producido en décadas recientes. En 1961, Piero Sraffa, un economista italiano profesor de Cambridge, que en su juventud había sido amigo de Gramsci y que era el que sacaba sus escritos de la cárcel, publicó un libro ("Producción de mercancías por medio de mercancías", Oikos, Madrid 1965) que a pesar de tener las dimensiones de un folleto, estaba llamado a revolucionar la economía por la herida de muerte que infringía a los fundamentos más profundos de la teoría económica dominante: el marginalismo. A partir de él, toda una corriente de economistas ha resucitado los esquemas de análisis de la economía política clásica, enriquecidos por las modernas técnicas matemáticas contemporáneas.

A la luz de esta "nueva economía política", el pensamiento de Marx ha sido analizado minuciosamente, lo que, en general, ha llevado a la mayoría de los autores a desechar la teoría del valor y la explotación porque, según ellos, el análisis de Marx en este terreno tenía los suficientes errores como para ser revisado. En especial, el problema de la transformación de los valores en precios de producción, tal y como fue formulado por Marx, contiene errores de análisis que hacen que el problema que pretende solucionar deba ser planteado de una forma muy diferente. La heterogeneidad de los autores que pueden adscribirse a esta corriente es muy grande, pero los rasgos fundamentales de la mayoría de ellos pueden describirse de la siguiente manera:

Los neoricardianos se caracterizan por su rechazo al individualismo subjetivista y a la consideración de la oferta y la demanda como determinantes de la distribución de la renta, de forma que un punto esencial de su análisis es el reconocimiento de la división de la sociedad en clases. En este sentido, sus aportaciones a la crítica de la teoría económica convencional han sido fundamentales, pues han demostrado que muchas de sus proposiciones centrales no son coherentes con sus propios supuestos. Rechazan, pues, en bloque, las posiciones neoclásicas y vuelven sus ojos a las formulaciones de la economía política clásica.

Pero, para ellos, la teoría del valor trabajo no rige y el problema de la transformación de los valores en precios de producción fue incorrectamente resuelto por Marx. El cálculo de los precios de producción pasando previamente por los valores es un rodeo innecesario (que además implica errores) porque el problema puede ser resuelto sin pasar por los valores. Pero esto no constituye un obstáculo insalvable, pues los conceptos de valor y plusvalía pueden ser substituidos por los de precio y excedente y a partir de estos llegar a una formulación coherente de explotación y de la determinación de la tasa de beneficio. Desde esta nueva formulación, la mayor parte de la obra de Marx sería plenamente utilizable, pues el abandono de la noción marxista del valor no impide recurrir, por ejemplo, a *El Capital* para encontrar una explicación de la acumulación, las crisis, la dinámica del capitalismo, etc.

La explicación neoricardiana es, como se puede ver, extraordinariamente sugerente, pero no ha logrado convencer a muchos marxistas, y no porque sean dogmáticos (lo que ocurre en muchos casos, pero no en todos). Desde el punto de vista teórico, resuelven el problema por la vía de no admitir que existe, pues parten de una concepción del capitalismo que tiene muy poco que ver con lo que este es en el mundo real. A título de ejemplo, suponen que existe una única tasa de beneficio de equilibrio, que cada mercancía tiene un solo precio, que el capital se puede mover instantáneamente de unas ramas a otras buscando la máxima rentabilidad, etc. Dados todos estos supuestos, los precios únicos de las mercancías y la tasa de beneficio única pueden obtenerse matemáticamente con cálculos que pueden ser complejos, pero para los que no se necesita conocer previamente los valores. Pero en la realidad, no existe una única tasa de beneficio sino que cada capitalista tiene la suya, y esto es una consecuencia de la existencia de monopolios, de las dificultades para que cada capitalista pueda mover el capital de unas ramas a otras, etc. La consecuencia es que cada mercancía no tiene un único precio, que estos fluctúan por razones muy diversas y que no existe ningún método matemático para resolver el problema.

Desde el punto de vista práctico, la posición neoricardiana significa que el antagonismo fundamental de la producción capitalista queda reducida a una simple lucha entre salarios y excedente, pero sería injusto suponer que de este hecho todos los autores neoricardianos sacan una consecuencia reformista. Por el contrario, en muchos de ellos, el abandono de la teoría del valor trabajo no ha significado la adopción de posiciones conciliadoras, sino todo lo contrario.

El análisis neoricardiano pretende ser una explicación en positivo del funcionamiento de una economía capitalista y es desde este análisis desde el que se dirigen las críticas a Marx. Muchas de estas críticas son las viejas con ropaje nuevo, pero la envoltura matemática con que se presenta no es insustancial para los marxistas, pues de ella se pueden obtener instrumentos de análisis valiosos para desarrollar la economía marxista.

A continuación, se presentan unas lecturas ultraseleccionadas sobre una polémica que, en muchos de sus puntos, solo es comprensible para personal especializado. Siguiendo el criterio que se ha mencionado antes, se han omitido algunas lecturas fundamentales (como las del propio Sraffa o los textos de Morhisima, básicos en muchos aspectos). El lector debe empezar por los textos originales de Marx, para pasar a continuación al de Mandel, en el que se da una panorámica completa de la polémica. Las tres siguientes lecturas se corresponden a la corriente neoricardiana y pueden considerarse entre las más significativas. Con el artículo de Barceló, se pretende mostrar que la mayoría de estos autores no se

pueden considerar de ninguna manera ajenos al marxismo. Finalmente, el trabajo de Salama constituye una respuesta a la crítica neoricardiana que es la mejor que se puede encontrar dado el nivel que aquí se está manejando.

- * Marx, Karl. El Capital. Siglo XXI. Madrid 1983. Las definiciones y el planteamiento del problema se encuentran en el Libro III, capítulos 2, 3 y 8; el problema de la transformación de los valores en precios de producción, en el capítulo 9 del mismo libro, y los precios de mercado y los valores de cambio, en el 10.
- a * MANDEL, Ernest. El Capital. Cien años de controversia en torno a la obra de Karl Marx. Siglo XXI. México 1981. El libro recoge las introducciones del autor a la edición de El Capital de Penguin Books, que estuvo a cargo del equipo de New Left Review. Es un libro avanzado que valora la aportación de Marx a la luz de las críticas aparecidas desde que apareció su obra. En las introducciones a los libros I y III se encuentra una panorámica de dichas críticas y de la respuesta marxista actual a las mismas. Es pues de inexcusable lectura previa si se quiere abordar las modernas críticas ricardianas al marxismo.
- * HILFERDING, BÖHM-BAWERK, BORTKIEVICZ. Economía burguesa y economía socialista. Cuadernos de Pasado y Presente. Argentina 1974. En la parte III del libro, se encuentra la crítica contemporánea de BORTKIEVICZ a la forma en que Marx transformó los valores en precios de producción. Este trabajo es la base de la crítica neoricardiana y aclara muchísimo más el problema que muchos artículos y libros posteriores.
- * GAREGNANI, Pierangelo, et alia. Debate sobre la teoría marxista del valor. Ediciones de Pasado y Presente. México 1979. Contiene los artículos fundamentales sobre el debate que se desarrolló durante los años sesenta sobre el problema de la transformación. Se recomienda, en particular, la lectura de los artículos de Garegnani: "La realidad de la explotación", "Por el reencuentro de Marx con los clásicos" y "Formulas mágicas y polvos de arsénico".
- * STEEDMAN, Ian. Marx after Sraffa. New Left Books. Londres 1977. Una de las pocas ocasiones en que se dará bibliografía en inglés, pero esta no hay forma de evitarla para todos aquellos y aquellas que quieran profundizar en el tema. Es la versión más elaborada y más actual de la crítica neoricardiana y en él se basan muchos de los trabajos posteriores. Sin embargo, el nivel del libro es relativamente elevado y se puede sortear.
- * BARCELO, Alfons. La teoría del valor trabajo de Marx. Mientras Tanto, número 16-17. Barcelona 1983. Artículo elaborado para el número monográfico de la revista con motivo del centenario de Marx. En él, se da una visión general de la polémica desde el punto de vista neoricardiano y resulta interesante porque, a pesar de las críticas, muestra el fuerte componente marxista que tiene una parte significativa de esta corriente.
- * SALAMA, PIERRE. Sobre el valor. Era. México 1978. En la parte II, se encuentra la crítica marxista a los enfoques neoricardianos.

4. EL MERCADO, LOS MONOPOLIOS Y LAS CARACTERÍSTICAS DEL CAPITALISMO REAL

El otro tema que se trata en el capítulo 3 es el funcionamiento de la economía de mercado en la realidad. Las lecturas que se recomiendan son las siguientes:

- * MANDEL, Ernest. Tratado de Economía Marxista. Editorial Era. México 1969. Dos tomos: 377 y 424 páginas. Capítulo XII: El capitalismo de los monopolios.
- * MANDEL, Ernest. El capitalismo tardío. Ediciones Era. México 1972. El tema puede encontrarse en los capítulos VII (La reducción del tiempo de rotación del capital fijo y la presión hacia la planificación de las compañías y la planificación económica) y X (La concentración y centralización internacionales del capital).

- * AGLIETTA, Michel. Regulación y crisis del Capitalismo. Siglo XXI. Madrid 1979. En él se encuentra el problema tratado desde una perspectiva diferente a la anterior.

6. EL MERCADO Y LA PLANIFICACION

En los años 30, hubo una polémica en las universidades anglosajonas sobre la viabilidad de una economía socialista. Fue una polémica académica y a lo largo de la misma se dijeron muchas tonterías, pero resulta de interés en la actualidad porque demostró la posibilidad de que una planificación socialista fuera eficiente así como los criterios que no podrían olvidarse.

Una serie de autores neoclásicos (George Halm, von Hayek, Lionel Robins, von Mises) negaban la posibilidad de cualquier tipo de cálculo económico en una economía socialista porque en ella no existiría un mercado de medios de producción, con lo que la racionalidad económica sería imposible. A favor del socialismo, desde posiciones no marxistas, participaron Fred M. Taylor, Oskar Lange, B.E. Lipincott, Enrico Barone y A.C. Pigou. Sus posiciones partían de la posibilidad de que la oficina del plan reprodujera las condiciones del mercado, lo que además representaría una economía más eficiente. La crítica a ambas posturas desde posiciones marxistas corrió a cargo de Maurice Dobb y Charles Betelheim. Las cuatro primeras lecturas que se dan a continuación corresponden a esta polémica. Aunque es excesivamente teórica, esos textos aclaran muchos de los puntos que ha puesto de actualidad la crisis del socialismo real. Conviene leerlos para comprobar que no hay nada nuevo bajo el sol.

El libro de Trotsky es contemporáneo a la polémica anterior, pero no tiene nada que ver con ella. Es una crítica a la planificación burocrática soviética sorprendente, por lo temprana y por el papel fundamental que da al cálculo económico, al papel que debe jugar el mercado, etc. Es insustituible para comprender la crisis actual del socialismo real.

El artículo de Mandel sobre el período de transición es una sistematización posterior de las ideas que Trotsky señalaba para la economía soviética. Como podrá comprobar el lector, este texto ha sido fundamental para la elaboración del capítulo 4 del presente libro. Finalmente, los trabajos de Novec y de Mandel, con los que se acaban las lecturas del tema, entran en la polémica actual sobre el papel del mercado en la planificación. Evidentemente, el tema no está cerrado, pues la polémica sigue abierta, pero basta con estas lecturas para situarse en ella.

- * LANGE, Oskar y TAYLOR, F.M. Sobre la teoría económica del socialismo. Ariel. Barcelona 1970. En él puede encontrarse la defensa del socialismo desde perspectivas no marxistas
- * BETELHEIM, Charles. Problemas teóricos y prácticos de la planificación. Madrid 1962
- * DOBB, Maurice. Economía política y capitalismo. Fondo de Cultura Económica. México 1945.
- * DOBB, Maurice. El cálculo económico en una economía socialista. Ariel. Barcelona 1970.
- * TROTSKY, L. La revolución traicionada. Fundación Federico Engel. Madrid 1991. El libro, que lleva el subtítulo *¿Que es y donde va la Unión soviética?*, fue publicado en 1936, en un momento en el que, a 20 años del triunfo de la revolución de octubre, esta pregunta parecía superflua. La crítica de la planificación burocrática, el papel que el mercado debe jugar en la planificación, la necesidad de mantener los equilibrios económicos, etc, resultan sorprendentemente actuales para la mayoría de los que no conozcan la obra de Trotsky. Todos estos puntos económicos pueden encontrarse en los primeros seis capítulos.
- * MANDEL, Ernest. La economía del período de transición. Fifty year of word revolution 1917-1967. Nueva York 1968. (Existe traducción castellana). Contiene un tratamiento sintético del papel de la planificación y el mercado durante el período de transición al socialismo
- * NOVE, Alec. La economía del socialismo factible. Siglo XXI. Madrid 1986. Constituye la más aguda crítica moderna de los problemas de la planificación, tomando como ejemplo el caso de la Unión Soviética.
- * MANDEL, Ernest. En defensa de la planificación socialista. Inprecor, diciembre de 1989. Es la respuesta de Mandel a las críticas de Nove

7. LA LITERATURA SOBRE LAS ONDAS LARGAS

Situar la crisis económica actual en el contexto de una onda larga puede parecer una manía de cierta corriente de economistas marxistas empeñados en encontrar mecanismos mágicos que lo resuelvan todo. Pero esto es así por el extraño racionalismo que se ha instalado en la teoría económica convencional después de la Segunda Guerra Mundial, al que se ha hecho referencia en el texto, pues en la historia de la llamada ciencia económica el estudio de las ondas largas ha sido una constante.

Las ondas largas habían despertado interés ya en el siglo pasado, tanto entre autores marxistas, como neoclásicos. Jevons (1884), Wicksell (1894), Casel (1918) y von Gelderen (1913), entre otros, aceptaron la existencia de estos ciclos largos. Pero fue Kondratiev, en la década de los años veinte, quien hizo el primer estudio estadístico con datos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Dichos datos, que abarcaban desde finales del siglo XVIII hasta 1920, sugerían la existencia de "ondas largas" con una extensión media de 50 años.

Kondratiev consideraba las ondas largas como una expresión de las fuerzas internas del capitalismo, esto es, según sus propias palabras, "surgen de causas inherentes a la propia esencia de la economía capitalista". Su funcionamiento sería "endogeno": el comportamiento cíclico de la economía capitalista estaría determinado por fuerzas internas que serían incluso las que determinarían las condiciones que favorecen la innovación tecnológica. Para Kondratiev, por tanto, no es la innovación tecnológica la que crea las ondas largas, sino que estas vienen determinadas por fuerzas más profundas, que configuran el desarrollo de la economía capitalista. Además, Kondratiev observaba un abanico amplio de fenómenos económicos y sociales que se configuran endogenamente: guerras y descubrimientos de yacimientos de oro, expansión geográfica de los mercados, etc. Las innovaciones tecnológicas ejercen una gran influencia sobre el desarrollo capitalista, pero se producen como respuesta a los factores endógenos, no son su causa.

El carácter exógeno de las ondas largas ha sido defendido desde dos puntos de vista muy diferentes. El primero, cuyo representante más destacado es Schumpeter, parte de la idea de que los ciclos largos son causados por los procesos innovadores. Se ha hecho referencia a esta posición en el texto, y no nos detendremos más en ella. La segunda, desde nuestro punto de vista más correcta, parte de la idea de que las ondas largas están determinadas por factores externos, pero no por las innovaciones tecnológicas, sino por fenómenos extraeconómicos no sistemáticos y no periódicos que, además, habrían sido diferentes en las distintas fases del capitalismo. Es en esta segunda posición en la que hay que situar a autores como Trotski, Mandel o Rostow.

Teniendo en cuenta las observaciones anteriores, las lecturas que se han seleccionado son las siguientes:

- * ROSEMBERG, N. y FRISCHTAK, C.R. La innovación tecnológica y los ciclos largos. Papeles de economía española número 28. Es un panorama de las diferentes posiciones sobre las ondas largas que no es el mejor de los existentes, pero sí el más claro castellano. Admite la existencia de movimientos de larga duración, pero duda que se pueda encontrar evidencia empírica de la existencia de ondas largas.
- * MANDEL, Ernest. El capitalismo tardío. Ediciones Era. México 1972. Capítulo IV: Las ondas largas en la historia del capitalismo. En él se trata la controversia teórica sobre las ondas largas a la luz de la posición que se mantiene en el presente libro. En este texto está descrita la polémica rusa de los años 20.
- * KONDRATIEV, N.D. Las ondas largas en la economía. Revista de Occidente. Madrid 1946. Contiene las posiciones originales de Kondratiev.
- * TROTSKY, L. La curva del desarrollo capitalista. Críticas de la economía política. Edición Latinoamericana, número 3. México 1977. Es el artículo fundamental de Trotsky sobre el tema, que marcó el debate de la polémica rusa de los años 20. Extraordinariamente sencillo, pero clarificador.

- * SCHUMPETER, J.A. Capitalismo, socialismo y democracia. Editorial Aguilar. Madrid 1952. En la Parte II ("Puede sobrevivir el capitalismo") se encuentra lo esencial de su tesis en lo que se refiere a las ondas largas. Para los lectores en inglés puede encontrarse una exposición mas acabada en su obra "Business Cycle".
- * MANDEL, Ernest. Las ondas largas del desarrollo capitalista. Siglo XXI. Madrid 1986. Ver especialmente los capítulos 2 (Las ondas largas, las revoluciones tecnológicas y los ciclos de la lucha de clases) y 4 (Las ondas largas como períodos históricos concretos).

8. EL DINERO Y LA INFLACION

Los aspectos relacionados con el dinero y el crédito presentan una dificultad adicional, sobre todo si no se conoce cual ha sido la historia de la teoría monetaria en la ciencia económica. Se ha preferido no dar ninguna bibliografía sobre esta última para no recargar un volumen de lecturas que resulta ya excesivo. Las dos primeras referencias bibliográficas se refieren a las ideas originales de Marx, en los Grundrisse la primera y en El Capital la segunda. Los capítulos del Tratado de Mandel constituyen una recapitulación de la teoría marxista del dinero y el crédito y en ellos puede encontrarse una crítica a las principales posiciones de la teoría monetaria convencional. El resto de las lecturas circunscriben el problema a la era del capitalismo tardío: inflación permanente, papel del Estado, etc

- * ROSDOLSKY, Roman. Génesis y estructura de El Capital de Marx. Siglo XXI. Madrid 1978. La naturaleza y características del dinero se encuentran en los capítulos 4 a 8 (páginas 129 a 203) y el dinero como capital en el capítulo 27 (páginas 424 a 440)
- * Marx, Karl. El Capital. Siglo XXI. Madrid 1983. Véase los siguientes capítulos del Libro III:
 - Capítulo XXI: El capital que devenga interés
 - Capítulo XXII: El tipo de interés
 - Capítulo XXIII: El interés y la ganancia empresarial
 - Capítulo XXV: Crédito y capital ficticio
- * MANDEL, Ernest. Tratado de Economía Marxista. Editorial Era. México 1969. Dos tomos: 377 y 424 páginas. En los capítulos VII (El crédito) y VIII (La moneda) se pueden encontrar los elementos fundamentales de la teoría marxista clásica del dinero y el crédito, así como apuntes críticos sobre el monetarismo y la moderna teoría monetaria, desde el punto de vista marxista.
- * MANDEL, Ernest. El capitalismo tardío. Ediciones Era. México 1972. En el capítulo XIII se encuentra tratada la inflación permanente que ha caracterizado a la economía capitalista desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, así como un tratamiento mas elevado que en la anterior bibliografía de la teoría marxista del dinero. En el capítulo XV, pueden encontrarse todos los aspectos relacionados con el papel económico del Estado en la era del capitalismo tardío.
- * MANDEL, Ernest. Las ondas largas del desarrollo capitalista. Siglo XXI. Madrid 1986. En el Capítulo 3 (La inflación y el boom de la posguerra) se pasa revista a los aspectos monetarios en la onda larga del capitalismo tardío.

9. El neoliberalismo

Desde que Reagan ganó las elecciones americanas en 1980, el neoliberalismo ha dominado la política económica de todos los gobiernos occidentales. La naturaleza y características de dicha política económica son abordadas en el capítulo 11 y sus consecuencias sobre la situación actual en el 13, pero un tema como este, que esta influyendo decisivamente la evolución de la crisis, requiere algunas ampliaciones. Sobre la economía neoclásica, fundamento último del neoliberalismo, ya se ha dado bibliografía en el epígrafe 3 anterior, de modo que aquí nos limitaremos a profundizar en la forma en que se presentan hoy día. La primera lectura analiza los principales elementos de la llamada «revolución conservadora», en la que hay que situar los aspectos económicos del neoliberalismo. La segunda entra en la crítica teórica de la política de oferta, el monetarismo, la ideología de mercado, etc, que son los elementos centrales de la política económica neoliberal. Las dos siguientes analizan su concreción en la

economía española, aunque los aspectos teóricos no son olvidados. La última es fundamental para comprender el proyecto de construcción de una Europa neoliberal y conservadora, así como el proceso de integración de la economía española en la misma y sus consecuencias.

MILIBAND, R., PANITCH, L. y SAVILLE, J.: *El neoconservadurismo en Gran Bretaña y Estados Unidos: retórica y realidad*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1992. En este libro, se recopilan 12 contribuciones de varios autores que giran todas ellas en torno a la llamada «revolución neoconservadora» que se produjo durante los años de Reagan y Thatcher. En él, se analizan todos los aspectos del pensamiento neoconservador desde una perspectiva socialista: el Estado, la política internacional, la política de orden público, el mercado, la teoría económica neoliberal, el monetarismo, etc. Los temas económicos pueden encontrarse en los capítulos 9 (B. Fine y L. Harris. Ideología y mercado: la teoría económica y la «nueva derecha») y 10 (S. Clarke. La crisis capitalista y el auge del monetarismo).

BOWLES, S., GORDON, D.M. y WEISSKOPF, T.: *La economía del despilfarro*. Alianza Editorial, Madrid, 1989. Un libro de la «New Left» americana que se podría situar en esa corriente amplia y heterogénea que se conoce como «escuela de la regulación». Los autores, algunos de los cuales pertenecen a dinastías de honda raigambre en las universidades americanas, son conocidos por un manual de economía nada convencional que ha sido utilizado en algunas universidades españolas. En los capítulos 8 (Las locuras de la economía de la oferta), 9 (¿Monetaristas o corporatistas al rescate?), 10 (La visión empresarial del mundo) y 11 (¿Beneficios antes que democracia?) puede encontrarse una penetrante crítica de la política económica neoliberal desde la perspectiva keynesiano-marxista.

VARIOS AUTORES: *La larga noche neoliberal*. Icaria-ISE, Madrid, 1993. Una crítica de la ideología y la política económica neoliberales desde la perspectiva española. Muy útil para criticar los grandes mitos que se han instalado, durante los últimos años, en temas como el mercado, la economía internacional, los salarios, el desempleo, las prestaciones sociales, el estado del bienestar, etc. Atención a la contribución de David Anisi (La sonrisa de Keynes) en la que se realiza un repaso a vista de pájaro de la evolución de la teoría económica durante las últimas décadas.

MARTIN SECO, J.F.: *¡La economía, estúpidos, la economía!* Libertarias/Prodhufo, Madrid, 1993. Una crítica penetrante de la política económica neoliberal practicada durante los últimos años por el gobierno socialista, realizada por una de las voces discrepantes mas conocedoras de la misma. Utilísimo para comprender lo que nos pasa en el Estado español.

MONTES, P.: *La integración en Europa*. Trotta, Madrid, 1993. Como se ha visto en el texto, el proyecto de integración europea diseñado en el Acta Unica y en Maastricht es un ejemplo claro de como entiende el neoliberalismo que debe ser el funcionamiento de la economía internacional. En pleno desarrollo de este proyecto, se produjo la integración española en la CE, lo que creó unas dificultades adicionales a la economía española. El libro es imprescindible para conocer las claves de la economía internacional que propugna el neoliberalismo, la naturaleza y características del proceso de integración europeo y las consecuencias que está teniendo para la economía española.

10. La teoría de la regulación y la salida de la onda larga recesiva

Desde los años setenta, un conjunto de autores franceses y americanos han publicado una serie de estudios sobre la crisis económica actual intentando encontrar los puntos comunes y las diferencias con otras crisis del capitalismo en el pasado. Estos autores, que se sitúan entre Marx y Keynes, están muy influenciados por su origen universitario, de modo que entran en polémica con las corrientes contemporáneas del pensamiento económico: hacia la derecha, contra la economía neoclásica, y hacia la izquierda, contra lo que ellos consideran «ortodoxia marxista». Es costumbre agruparlos bajo el epígrafe de «escuela de la regulación», porque todos ellos tienen la característica común de analizar la crisis desde el punto de vista de la regulación interna del sistema capitalista. Pero el conjunto es muy heterogéneo y alguno de ellos, como Robert Boyer, denuncian la mala vulgarización que se hace el concepto «regulación» en muchos artículos que se atribuyen a la corriente. Las dos primeras lecturas corresponden a los libros mas clásicos de esta «escuela» y la tercera es una crítica desde las perspectiva de las ondas largas.

AGLIETA, M.: *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de Estados Unidos*. Siglo XXI, Madrid, 1979. En él se analiza la larga expansión capitalista que siguió a la Segunda Guerra Mundial, en el caso de la economía americana, partiendo del concepto de «modo de regulación», de modo que el análisis se enfoca sobre las modificaciones de la relación salarial, de los cambios en la organización del trabajo, de las transformaciones de las normas de consumo, etc. Es el libro que marcó escuela y, por consiguiente, es fundamental para todos aquellos y aquellas que quieran conocer el regulacionismo.

BOYER, R.: *La Théorie de la régulation: une analyse critique*. París, 1986. Es el que presenta los conceptos básicos del regulacionismo de forma más coherente y clara, dedicando incluso un anexo a los mismos. Con posterioridad, el autor ha publicado múltiples artículos con Samuel Bowles en las principales revistas teóricas americanas e inglesas, desarrollando el análisis de una manera más formalizada, pero es lamentable que no exista traducción castellana de los mismos. Los lectores muy interesados y con alta formación en teoría económica pueden acudir, por ejemplo, a *American Economic Review* de 1988 o a su contribución en MARGLIN, S.A.: *The Golden Age of Capitalism*, Oxford University Press, 1989.

VERLA, C.: Régularités et crises du capitalisme. VARIOS AUTORES: *La crise, les crises l'enjeu*. París, 1988. Un análisis crítico de la «escuela de la regulación» muy similar al que se realiza en el presente libro.

Las posiciones más recientes del regulacionismo pueden encontrarse en los múltiples estudios realizados por el CEPREMAT (Centre d'Etudes prospectives d'Economie mathématique appliqués a la planification) y por el GRESP (Groupe de recherches et d'études sur les systemes productifs).